



Amor en los días de la ira

DIES IRAE

JOEL SANTAMARÍA

e
ESPASA

Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[PRÓLOGO](#)

[PRIMERA PARTE. LOS ESCOLARES DE LA SEO](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[SEGUNDA PARTE. LA FRONTERA](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[TERCERA PARTE. MADINAT AL-MAYURKA](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[CUARTA PARTE. LA CRUZADA DE ULTRAMAR](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[APÉNDICES](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

*A mi padre, Daniel F. Santamaría,
poeta y viajero fallecido recientemente.*

Hay, sin embargo, en la dureza de aquellos tiempos un cierto grado de ingenuidad que hace morir en nuestros labios el juicio condenatorio. [...] Tan abigarrado y chillón era el color de la vida, que era compatible el olor de la sangre con el de las rosas. El pueblo oscila, como un gigante con cabeza de niño, entre angustias infernales y el más infantil regocijo, entre la dureza más cruel y una emoción sollozante. Vive entre los extremos de la negación absoluta de toda alegría terrena y un afán insensato de riqueza y de goce.

JOHAN HUIZINGA. *El otoño de la Edad Media*

PRÓLOGO

Con dedos temblorosos, Jan Vidal se desabrochó las correas que le ceñían el pesado yelmo y se desanudó los cordones de la cofia que llevaba debajo. Al instante, notó la caricia del viento refrescándole los cabellos y soltó un suspiro de alivio, que acompañó con una buena rascada. Algo le correteaba por el cuero cabelludo. Debían de ser los primeros piojos; las pulgas ya hacía más de dos semanas que las venía padeciendo por otras partes del cuerpo. Ese pensamiento trivial le distrajo durante breves instantes de otros que hasta entonces le habían estado inquietando.

Apoyándose en su venablo, se incorporó fatigosamente de la arena y con el yelmo y la cofia echados aún sobre sus espaldas, se dirigió hacia la cresta de la duna. Los dieciséis hombres de su compañía, que allí estaban descansando, le saludaron con respeto, pues Jan era su alcaide y era querido y apreciado por todos ellos. Al llegar al punto más alto de la duna, hizo visera con la mano y notó cómo el corazón se le encogía: tal y como se figuraba, el rey seguía encerrado en su tienda real, sin salir de ella. Guilhem Durfort, señor natural de Jan, se le acercó por la espalda y le apretó el hombro con su mano, en señal de consuelo y amistad. Los dos habían nacido en tierras de Tolosa y se conocían desde sus años de escuela.

—El tiempo no parece mejorar —le aseguró—. Tal vez el rey nuestro señor desista de sus propósitos.

—Que Dios os escuche, en Guilhem, que Dios os escuche.

En efecto, el tiempo no sólo no daba signos de mejora, sino que se había enturbiado tanto que la tormenta parecía inminente. Repentinamente ráfagas de tramontana levantaban cortinas de arena por toda la playa, revolvían las olas de un mar que se iba oscureciendo cada vez más e iban cubriendo de nubarrones los últimos retazos de añil que iluminaban el cielo.

A Jan aquel tiempo le parecía de mal agüero. El desolado paisaje que se extendía a sus espaldas tampoco contribuía a levantarle el estado de ánimo; entre toda aquella interminable región de dunas y de marismas no se asomaba ninguna otra cosa que no fueran rescos cañaverales y pinedas con los troncos retorcidos y a ras de suelo.

Efectivamente, no había protección ni resguardo alguno contra el viento del norte en toda aquella playa. Una playa que empezaba en el diminuto castillo de Salou, encaramado sobre un acantilado, y que desde allí se extendía durante más de tres millas hasta las lejanas barracas de pescadores de Cambrils. Era la playa más larga que había en toda la Cataluña Nueva: por eso había sido elegida como punto de partida para aquella insólita y temeraria cruzada hacia el lejano reino de las

Mallorcas.

Los dos centenares de naves que componían la armada se zarandeaban en el vaivén de las olas con extremada violencia, y a Jan no le hacía ninguna gracia que el momento de subirse a ellas estuviera a punto de llegar. Las había de todas clases y tamaños. Las más cercanas, con la popa atracada en la orilla, eran las largas y estilizadas galeras, de entre diez y veinte bancos de eslora y con escalas laterales por las que subirían, llegado el momento de zarpar, los barones y prelados del reino. Mar adentro, por detrás de ellas, se asomaban los mástiles de las taridas, de menor eslora que las galeras, pero con amplias bodegas que acababan de acoger a todos los corceles, palafrenes, rocines y acémilas que requeriría la hueste al llegar a su destino. Más al fondo, ya casi en alta mar y escasamente resguardadas del oleaje por el cabo de Salou, se alzaban las inmensas naos y cocas, verdaderos castillos flotantes de tres cubiertas a las que subirían las afortunadas compañías de peones como la suya, que estaban exentas de remar en las galeras. Pero en realidad, incluso esas altivas embarcaciones, pensó Jan, no eran nada más que frágiles cascarones a merced de los elementos.

El origen de todos aquellos leños y navíos era variado: muchos procedían de Barcelona, otros de Montpellier o de Marsella, los había que venían de Pisa y de Génova; algunos de ellos llevaban incluso escudos de ciudades tan lejanas como Londres o Lübeck. Los barcos habían sido estibados ya con abundante cebada para el sustento de las bestias, y con el bizcocho y todas las viandas necesarias para el de los hombres. Aun así, las velas de la flota permanecían arriadas y los remos recogidos. Jaime I —rey de Aragón, conde de Barcelona y señor de Montpellier— se hallaba reunido en su tienda con los cómitres de la flota y con los principales barones y prelados de sus feudos desde la primera hora de la mañana, discutiendo si la partida hacia el lejano reino de las Mallorcas se haría aquel mismo 6 de septiembre del año 1229, festividad de San Zacarías, o se pospondría *sine die* hasta que el vendaval amainara.

Y si los presagios que daba aquel viento endiablado no parecían buenos, tampoco lo eran los antecedentes. El rey era joven e inexperto y parecía incapaz de meter en cintura a sus barones; el fracaso de la expedición que había emprendido cuatro años atrás para tomar Peñíscola había sido rotundo. No tanto, sin embargo, como el de la cruzada internacional que pisanos y genoveses auxiliados por su bisabuelo, el conde Ramon Berenguer, habían emprendido cien años atrás para conquistar el mismo reino de Mallorca. En aquella funesta ocasión, las huestes sarracenas dirigidas por el famoso rey Miramamolín se habían encargado de que miles de cristianos no regresaran jamás a sus hogares. Por si tales antecedentes no bastaran ya para desanimar al más pintado, el mismo Bernat Calbó, abad de Santes Creus y tenido por muchos como el varón más santo del reino, se había opuesto rotundamente a aquella expedición, tildándola de «disparate»; ni siquiera la declaración del delegado papal, sire Jean d'Abeville, otorgándole el rango de cruzada le había hecho cambiar de opinión.

El silencio reinaba entre los más de quince mil hombres de la hueste, que en su mayoría parecían tener el corazón tan oprimido como el de Jan y que, al igual que él, fijaban sus ojos en esa misma tienda de la que ahora estaba a punto de salir el joven rey y ordenarles a todos que embarcaran o que esperaran a que llegara otro día más propicio. Se decía que Jaime I, terco e impetuoso como correspondía a su corta edad, acababa de insistir en que se debía proceder al embarco de modo

inmediato, sin más demora ni dilación, faltaran los hombres y barcos que faltaran, y estuviera la mar como estuviera.

—¿Creéis que se atreverá? —preguntó Jan a Guilhem, expresando en voz alta la misma pregunta que en aquellos instantes se estaban haciendo todos para sus adentros.

—Definitivamente, sólo un loco se atrevería a levar anclas hoy y arriesgarse a un viaje de más de tres jornadas por mar con un tiempo semejante —terció Jordi Miró, marinero de agua dulce, pero que también se las daba de experto en temas de agua salada—. Esperemos que los almirantes y los cómitres de la flota hayan expuesto bien sus temores y que los ricos hombres que forman parte de la curia hagan entrar al rey en razón.

—Decidan lo que decidan ahí dentro —aseguró Guilhem con aquel sutil tono irónico que tanto le caracterizaba—, todo se hará al fin según la voluntad de Dios... o del diablo.

Jan había empezado a notar los picores de las pulgas y le habían entrado unas ganas locas de rascarse también el pecho y los sobacos. Sin embargo, no se atrevía a quitarse la pesada loriga con franjas de cuero endurecido que llevaba puesta sobre la camisa, porque era un trabajo mucho más arduo que desprenderse del casco y de la cofia.

Fue una decisión acertada, pues en aquel mismo momento, una docena de correos salieron disparados de la tienda real y se desperdigaron por toda la playa, avisando a barones, comodoros y adalides de la decisión tomada por el rey: sin duda alguna, la que tanto temían. Así se lo confirmó el que se acercó jadeante hacia su duna. Las órdenes eran claras: cese inmediato de todas las actividades y reunión de todos los hombres en las orillas de la playa para hacer muestra general de tropas y comulgar antes de embarcarse. Jan soltó un suspiro de resignación. El momento decisivo había llegado: el rey contaría todos sus hombres antes de hacerlos subir a aquellos frágiles cascarones y ya no habría vuelta atrás.

La tensión y la inquietud aumentaban por momentos: a medida que caballeros y escuderos iban agrupándose en sus mesnadas alrededor de los pendones que los alféreces sacudían en el aire, los almogávares se juntaban en sus algaras y los peones y ballesteros lo hacían en sus respectivas compañías y milicias. Pronto empezó a resonar por la playa la voz ronca del canciller real que iba nombrando a los ricos hombres para que hicieran acto de presencia ante él, mientras el séquito de escribanos que lo rodeaba se aseguraba de que no faltara ni uno solo de los efectivos prometidos por ellos en las últimas Cortes de Barcelona. En breves instantes se formó una inmensa serpiente humana que se deslizaba ordenadamente ante el pabellón, bajo la atenta mirada del rey, antes de hacerle una reverencia, retirarse y disponerse en filas a lo largo de la orilla. Y era en verdad un espectáculo digno de ver, que por un momento alegró el corazón de Jan, pues aunque las bestias se hubiesen embarcado ya y nadie apareciese montado a caballo, todos se habían puesto sus mejores galas. Reconocía muchas de esas insignias, pintadas con alegres y vivos colores en todos los yelmos y escudos de la hueste: entre otras, la Tau del arzobispado de Tarragona, los seis besantes de oro de los Montcada, el manzano de los Pomar, la cruz de San Jorge de las milicias de Barcelona y, muy especialmente, la cruz de la Orden del Temple, la que llevaban él mismo y sus hombres.

Fray Ramon de la Serra, comendador y lugarteniente templario, hizo una señal con la mano a su mesnada de setenta caballeros y a sus compañías de quinientos peones, entre las que se encontraba la de Alfama. Jan Vidal dio un último repaso con la mirada a sus dieciséis hombres, e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza a su señor Guilhem, que estaba observándolos a distancia. Bien era verdad que las abarcas que calzaban los peones estaban sucias y deshechas, al igual que sus camisonos de lana; pero tanto las lorigas de cuero que llevaban encima como los venablos y las hachas que apoyaban sobre sus hombros estaban bien engrasados y ofrecían un aspecto impecable; la cruz negra de la Orden del Temple había sido además pintada recientemente sobre yelmos y escudos.

Flanqueado por su alférez, Jordi Miró, y sus sotalféreces, Pere Baixet, y Bernat Massip, Jan se acercó a las otras compañías de peones templarios y se juntó a ellas. Cuando le tocó el turno de hacerle una reverencia al monarca, aprovechó la ocasión para estudiarlo de soslayo, pues era la primera vez en su vida que podía acercarse tanto a él. Le pareció alto y apuesto; mas no tanto como lo pintaban las leyendas y los cantares que circulaban sobre él, sin duda alguna compuestos por trovadores cercanos a la cancillería real.

Llegado el momento de la misa, los quince mil hombres de la hueste se dispusieron en filas a lo largo de la orilla del mar. Con el fin de que todos aquellos cruzados pudieran recibir la comunión antes de embarcarse, decenas de sacerdotes corrían apresuradamente de un lado al otro, ayudados por monaguillos que sostenían en lo alto sus cálices. El que llegó a su mesnada se sujetaba con manos temblorosas las faldas de su sotana y de su sobrepelliz, para que no se los salpicara el agua del mar. Aunque fuera un descreído, Jan comulgó; también lo hicieron los otros peones de Alfama, que en su mayoría eran «maulas», conversos de segunda generación que seguían conservando muchos de los usos y creencias mahometanas.

La atención general de la multitud se centró en el cáliz que en aquel mismo momento estaba alzando el arzobispo de Tarragona, Espàrreg de la Barca, ante el monarca, y que hizo que un repentino murmullo de asombro recorriera las filas.

—¡Es el Santo Grial! —le aseguró Jordi Miró, santiguándose y haciéndose eco de los rumores que estaban circulando por la hueste—. Acaban de sacarlo del Panteón real de San Juan de la Peña, y lo han traído aquí para que nos asista en la cruzada.

Jan recordó que el Santo Grial era la reliquia más santa de la casa de Aragón y, según aseguraban, el mismo cáliz que José de Arimatea había ofrecido a Nuestro Señor Jesucristo en la última cena; el mismo que habían estado buscando infructuosamente el legendario sire Perceval y otros caballeros de la Tabla Redonda a lo largo de muchos años. Se decía que su poder y su santidad eran incluso superiores a los del *lignum crucis* del rey de Jerusalén. Muchos de los soldados de aquel ejército estaban convencidos de que con semejante reliquia en manos de su rey serían invencibles. Jan no. A diferencia de todos ellos, a él no le movían el fervor religioso ni el ansia terrenal de aumentar su hacienda y sus riquezas; si se encontraba allí, era precisamente para cumplir un propósito más absurdo y desquiciado que cualquiera de estos dos. El arzobispo, mientras tanto, había empezado a sermonear a la hueste con su gangosa voz; la distancia que lo separaba de Jan era tanta que a duras penas podía entender lo que estaba diciendo. No le hacía falta: las pocas palabras que llegaban hasta él le eran tan familiares que podía adivinar con facilidad el resto del discurso. Entre otras perogrulladas, creyó entender «la cristiandad», «la honra», «Nuestro Señor Jesucristo» y «la pérfida

secta mahometana».

En aquel preciso instante, cuando el cansancio empezaba a apoderarse de él, Jaime I se acercó con reverencia al cáliz y comulgó. Un repentino rayo de sol se abrió entonces en el cielo y el oro del cáliz y de su corona refulgió como si estuviera ardiendo; también brillaron las vestiduras de los eclesiásticos y las lorigas de los caballeros más cercanos, quedándose todos los presentes admirados de ello, pues el mismo rey y los que le rodeaban parecían ángeles que acabaran de descender del cielo. Blandiendo su espada en el aire, Jaime I se incorporó y se dirigió al ejército. La hoja era tan limpia y clara que su reflejo volaba por toda la playa.

—¡Adelante, mis hombres! —gritó con su voz nítida y ronca—. ¡Subid sin miedo a los barcos, que empieza a soplar viento de levante! ¡Mallorca es nuestra!

Con su gesto y las pocas palabras que había pronunciado, el rey acababa de demostrar a todos que, a pesar de sus desastrosos antecedentes y de su mocedad, tenía la talla suficiente como para coronar con éxito aquella peligrosa empresa. Y sus palabras eran ciertas, pues la tramontana había sido reemplazada por un nuevo viento que soplaba desde el interior y que los empujaría con rapidez hacia las islas. A todo ello respondieron los presentes con un clamor de alegría y gritando «*Aragó! Aragó!*». Y mientras resonaban las gaitas y los timbales tocando el himno rápido y alegre de los condes de Barcelona, retumbaban por la playa los golpes que, todos a una, barones y caballeros, escuderos y ballesteros, peones y almogávares, daban a los escudos con las astas de sus lanzas. Y era en verdad un espectáculo digno de ver, que animó el corazón de Jan.

A pesar de su temperamento melancólico y proclive al pesimismo, empezó a creer que aquella expedición tendría éxito. Que con ella llegaría a cumplir el absurdo y desquiciado propósito que le había llevado hasta allí: encontrar a su enamorada Blanca Guiu, volverla a estrechar entre sus brazos, deleitar la vista con su bello semblante, regalar los oídos con su fresca voz y complacer los otros sentidos con los dulces goces que ya había experimentado con ella quince años atrás. Las últimas noticias que había tenido de Blanca era que unos moros se la habían llevado a Mallorca, donde la habían vendido como esclava. Bien sabía que cumplir tan noble propósito no sería fácil, pues suponiendo que su enamorada no hubiese fallecido, o que aún siguiese en la isla, conseguir encontrarla entre los más de sesenta mil vecinos que, según se decía, la poblaban, sería una tarea harto difícil y compleja.

Entonces, con una mezcla de dolor y nostalgia, regresó con su memoria a aquel lejano día en el que había visto a Blanca por primera vez; el mismo en el que había dejado de ser niño y se había convertido en mancebo.

PRIMERA PARTE

LOS ESCOLARES DE LA SEO

I

Todo había empezado con un sueño. En él, Jan se encontraba dentro de una inmensa casa, con larguísimos corredores, tortuosas escaleras y salones vacíos y repletos de ecos. Todas las estancias estaban bañadas por una luz mortecina similar a la que, según se decía, reinaba a perpetuidad en los palacios encantados de las hadas. El edificio parecía encontrarse desierto. Por eso mismo le sorprendió tropezarse de pronto con domén Pallejà, más conocido por sus alumnos de la escuela parroquial de Béziers como domén Testagrossa (dómine Cabezón). Estaba profundamente dormido y con la cabeza apoyada sobre una mesa. La llama de una vela aleteaba violentamente sobre esa misma mesa, acompañando su fuerte ronquera e iluminando la temible vara que empuñaba en su diestra y con la que solía escarmentar a sus alumnos más díscolos. Sin duda alguna, todos sus antiguos compañeros de la escuela parroquial estaban ocultos por allí cerca, tramando alguna de las gordas; y los muy hideputas ni siquiera se habían tomado la molestia de avisarle. Sin dejar de mirar de soslayo la temible vara, Jan se agachó y pasó a cuatro patas por delante del dómine. Cuando por fin consiguió adentrarse en el pasillo, se echó a correr y se dio de bruces contra un portón. Brotaba de ahí detrás un apagado rumor de risas y alaridos que no hizo sino confirmar sus sospechas: los otros escolares debían de encontrarse al otro lado de aquel vano polvoriento, haciendo cosas prohibidas y pasándose en grande. Se decidió a abrir la puerta, y lo que descubrió entonces ultrapasó con creces sus más calenturientas imaginaciones: sus compañeros se encontraban desnudos de la cabeza a los pies, como Dios los había traído al mundo, persiguiendo y acorralando a doncellas impúdicas que iban de la misma guisa y accedían de buen grado a abrazarse y a revolcarse por los suelos con ellos. Jan se sentía confuso, turbado; no sabía qué hacer ni hacia dónde mirar, pues nadie le había explicado cómo debería comportarse cuando se encontrara en una situación semejante. Y entonces escuchó cercano al oído el susurro de una voz dulce y fresca, que era como si conociera ya de siempre. Se volvió y descubrió a una doncella, risueña y hermosa como un ángel, que le cogió de la mano y lo condujo a la cámara contigua, en la que no había nadie más aparte de ellos dos. La doncella empezó a mirarle con aquellos ojos tan cálidos que le hacían sentir vértigo, como si la tierra se estuviera abriendo bajo sus pies, a punto de tragárselo. Se desnudó por completo y le ofreció su cuerpo, blanco y luminoso como la nieve, arrastrándole hacia ella con sus frescas y delicadas manos; susurrándole en los oídos palabras tan dulces como no las había escuchado desde la muerte de su madre, años atrás. Y a Jan le entró prisa por cumplir lo que le pedía el cuerpo, porque tenía miedo de que los muy bestias de sus compañeros de un momento a otro despertaran al dómine de su sueño, con todo aquel jaleo que armaban. Y entonces se echó sobre ella y rodaron los dos por los suelos, abrazándose y besándose; y en el momento de juntar su ansioso cuerpo con el de la doncella, notó una extraña calidez sacudiéndolo de arriba abajo.

Descubrió que la moza con la que estaba yaciendo era en realidad su almohada de paja y esparto, y en aquel preciso instante se despertó. Decepcionado, con un poso de amargura en el alma, se figuró que su sueño se hacía realidad en algún lejano futuro. ¡Dios, cuánto le gustaría encontrarse de verdad con una doncella tan linda y gentil como ésa! Por yacer con ella una sola noche, sería capaz de darlo todo, hasta su propia alma.

Se restregó los ojos, y advirtió que la luz del alba se estaba filtrando por las rendijas de los postigos, y que las formas de la alcoba se habían hecho ya reconocibles. Así pudo confirmar con el sentido de la vista lo que el del tacto le estaba delatando: tenía el bajo vientre empapado por un líquido viscoso de naturaleza desconocida. La calma era total: aparte de los ronquidos de su amo, Hug de Laurac, que dormía apaciblemente en su colchón de plumas de oca, no se oía nada más, ni siquiera el canto de los gallos. Y entonces Jan recordó que en la ciudad de Barcelona apenas había gallos que anunciaran la salida del sol, y que ésta era precedida por el repiquetear de las campanas anunciando el servicio de laudes. Con un sobresalto en el corazón, se acordó de que le era necesario limpiarse de aquella sustancia pegajosa antes de que su amo o cualquiera de los otros escolares alojados en los dormitorios vecinos despertaran con el tañido de las campanas.

Jan retiró con sigilo la rugosa manta de esparto, sacó los pies del duro catre en el que estaba acostado y los puso sobre el suelo en el preciso instante en el que Hug murmuraba algo y se daba la vuelta entre sus tersas sábanas de hilo; mas, por suerte para él, siguió durmiendo. No podía figurarse escena más vergonzosa que su severo amo sorprendiéndole con aquella repugnante viscosidad que le empapaba el vientre. Se deslizó de puntillas hacia el corredor y desde allí se dirigió a la comuna. Al llegar a ella, descubrió que el banco de madera en el que los escolares aposentaban las posaderas para hacer sus necesidades estaba sucio, salpicado por completo de una mixtura de vómitos y orina, que bajo la primera luz de la mañana refulgía como el rocío de los prados. Maldijo las borracheras nocturnas de sus compañeros y permaneció de pie mientras se subía los faldones de la camisa y palpaba con sus propios dedos aquella sustancia extraña. Era la primera vez en su vida que ese líquido espumoso y blanquecino había brotado de sus entrañas: pero al percibir el tufo dulzón que desprendía, recordó enseguida otras viscosidades parecidas soltadas por perros y bestias en celo, y dedujo que se trataba de su propia simiente. De buena gana se la habría limpiado con la esponja, pero la única que había en el retrete estaba tan reseca y acartonada de excrementos que no tuvo más remedio que aclararse la mancha con abundante agua del cubo, echando pestes por la desidia de otros estudiantes, que parecían incapaces de limpiarla tras pasársela por sus posaderas, como era de rigor. Luego regresó a la alcoba y volvió a acostarse en su catre, arrepintiéndose de los pensamientos sacrílegos y lujuriosos que le habían asaltado al despertarse.

Jan relacionó su sueño con aquello que fray Ermengol, el profesor de teología, denominaba *nocturnae pollutiones*, y sintió mucho miedo. Miedo que fue acrecentado por el bulto que se erguía en el rincón más oscuro de la alcoba, y que parecía delatar una presencia maligna y cruel. Tal vez se trataba de uno de esos demonios femeninos conocidos como súcubos. Si lo que se decía de ellos era cierto, le debía de haber inspirado aquel sueño obsceno que acababa de tener y habría recogido gotas de su simiente para crear con ella nuevos demonios; demonios que, a la hora de su muerte, acudirían

a su lecho a atormentarle y a arrastrarlo con ellos hacia el infierno. Y él se lo habría merecido. ¿No se había jurado a sí mismo instantes atrás que sería capaz de dar hasta su alma con tal de llegar a yacer alguna vez con la doncella de su sueño?

Se santiguó con dedos temblorosos y empezó a rezar un apresurado paternóster. Al principio, el silencio reinante en la estancia envolvía su plegaria y la hacía resonar entre las paredes, como si de verdad tuviera poderes mágicos. De pronto, al llegar al «*panem nostrum quotidianum, da nobis hodie*», el paje tuvo que interrumpir la oración. La alcoba fue inundada por el estrepitoso tañido de las campanas tocando a laudes desde todas las iglesias, monasterios, conventos, abadías y capillas de la ciudad. Ya tranquilizado, recordó la conclusión a la que había llegado San Bernardo sobre los súcubos, mencionada por el mismo fray Ermengol. Aseguraba el santo que las poluciones nocturnas eran tentaciones inducidas efectivamente por demonios, pero que siendo éstos como eran de naturaleza etérea e inmortal, no podían engendrar otros demonios con semilla humana. Rogó a Dios que San Bernardo no se hubiera equivocado en sus disertaciones sobre los súcubos y se levantó de un salto. Fue entonces cuando descubrió que aquel bulto que tanto le había asustado se trataba en realidad de su propio manto, que se había caído de la percha. Riéndose de sus temores anteriores, abrió de par en par los postigos de la ventana y los vanos de pergamino y mimbre trenzado. Al instante, la claridad de la mañana entró a raudales en aquel dormitorio, situado en la buhardilla de un palacio.

Jan recogió una camisa nueva, sus calzas y su sayo, y se vistió apresuradamente con ellos. En ese instante, Hug se giró sobre su mullido colchón y murmuró algo incomprensible; pero por suerte no tardó en recuperar su ronquera anterior. Aprovechando que su amo seguía dormido, el paje se asomó al alféizar de la ventana y observó el paisaje urbano que se veía desde ella, y que al cabo de tantos meses aún seguía resultándole ajeno. El tañido de las campanas había cesado y había sido sustituido por el estridente chiar de una bandada de golondrinas. Jan siguió con su mirada la trayectoria rápida y caótica de aquellos pájaros entre los altos campanarios, las azoteas repletas de ropa tendida, las torres esquineras de los palacios y los remates de las chimeneas, que simulaban casas en miniatura. En el tiempo que llevaba en aquella ciudad extraña, ya había empezado a reconocer algunos de los principales edificios que se alzaban tras las negruzcas almenas de la muralla romana; distinguía en primer plano las iglesias de San Miguel y la de los Santos Justo y Pastor; más atrás el palacio real, flanqueado a levante por el castillo de la Orden del Temple y a poniente por la Seo, con su triple ábside y sus dos robustos campanarios cuadrangulares; al fondo de todo, se erguía la imponente mole de Montjuïc, con sus laderas salpicadas de molinos y su cima coronada por el torreón del castillo condal. El sol estaba iniciando su trayecto por la bóveda celeste y sus rayos empezaban a acariciar con sus dedos de fuego aquel mar de azoteas, almenas y tejados. Un nuevo día empezaba en la ciudad que se extendía a los pies de Jan, un día que en apariencia sería casi igual que el anterior, pero que, para él, en su fuero interno, se le antojaría completamente distinto, pues ya había dejado de ser niño y se había convertido en mancebo, en un hombre joven. El pensamiento le resultaba casi sobrecogedor.

—¿A qué día estamos, Janic? —le preguntó Hug de pronto, interrumpiendo el curso de sus pensamientos.

—Buenos días tengáis, mi señor. A martes 2 de abril, festividad de Santa Engracia, según creo recordar —contestó atropelladamente.

Martes, 2 de abril del año 1211 del advenimiento de Nuestro Señor. Hacía justo seis meses que había empezado el curso y faltaban poco más de dos para que terminara, y amo y criado pudieran regresar por fin a su hogar, a la lejana villa de Lavaur en el condado de Tolosa. Sin embargo, ya nada volvería a ser igual que antes, pues él habría cambiado. Y entonces el recuerdo de Girauda de Laurac, la gentil dueña y castellana del señorío de Lavaur, le asaltó con grandísima pena y dolor.

—Es extraño que, a estas alturas, mi madrastra na Girauda todavía no me haya hecho llegar el estipendio que con tanta generosidad me envía cada mes —le soltó Hug, como si hubiera adivinado en quién estaba pensando.

Jan ignoró la ironía de su amo y sacó del arcón la ropa que éste necesitaría a lo largo del día, doblándola cuidadosamente entre sus brazos.

—Tal vez haya un retraso en el correo por culpa de la guerra, mi señor —le dijo mientras le ofrecía unos calzones y una camisa limpia de algodón.

—Como este retraso se prolongue mucho, se va a enterar. ¿Pudiste hablar ayer con Peire Alanhan?

—Me dijeron que aún no había regresado de Francia. Cuando lo haga, os traerá el dinero, señor. De eso no me cabe la menor duda.

—Janic, hazme el favor y cierra el pico. ¿Acaso no sabes por qué oscuras razones mi madrastra me ha enviado a Barcelona? O tal vez sí; empiezo a sospechar que tal vez no seas tan tonto como aparentas, y que en realidad estés compinchado con ella; con ella y con sus apestosas herejías.

Jan se acercó a su amo y le ayudó a colocarse las calzas de paño; pero turbado como estaba por la acusación que acababa de escuchar y por la excesiva proximidad a las partes pudendas de Hug, los nervios le fallaron. Era una situación ridícula: le temblaban tanto sus dedos que los lazos de las calzas se le escurrían entre ellos, y no consiguió anudarlos a los muslos de su amo hasta el tercer o cuarto intento. Lo mismo ocurrió cuando le ató los cordones de los zapatos.

—¿Lo ves? Tu nerviosismo te delata.

Jan balbució una excusa; pero Hug se apartó de él, y cubriéndose con la diestra sus calzones, hinchados por una repentina erección, le ordenó a gritos que fuera a buscarle el agua que necesitaba para el aseo matinal.

El paje cogió el cubo y salió disparado hacia el pozo del jardín trasero. Mientras lo llenaba y lo llevaba a la cocina, intercambió un par de apresuradas bromas con el mozo del establo; por desgracia, al entrar en ella descubrió que tanto el fuego del hogar como los fogones de carbón estaban ocupados por otros pajes. Como el tiempo apretaba, no tuvo más remedio que regresar a la alcoba y confesarle a Hug que lo sentía mucho, pero que aquella mañana tendría que hacer su aseo con agua fría. Y mientras le decía estas palabras, se encogía de hombros esperando una de las habituales palizas de su amo.

Afortunadamente, Hug estaba tan dormido que se limitó a soltar un resoplido de fastidio antes de arrodillarse sobre la jofaina y remojar su busto con la esponja y aquella agua gélida que el muy inútil de su criado le había traído. Habiendo terminado su aseo matinal, recogió él mismo de la percha su aljuba preferida, con franjas verdes y amarillas, y se colgó del hombro el cinto de chapas doradas

con la espada corta que, como hijo de barón, tenía derecho a llevar. Acto seguido, amo y criado bajaron a desayunar a la sala principal de aquel albergue, situado en el palacio de los Barberà.

Jaspert, su propietario, había acordado con el obispo utilizarlo como albergue para los escolares de la Seo, a condición de que todos ellos fueran hijos de caballeros o criados suyos, y que estuvieran exentos de las obligaciones y tareas de otros escolares, como velar en la sacristía o servir y asistir a los canónigos de la catedral.

La sala era, sin lugar a dudas, la estancia más suntuosa del palacio. El colorido artesonado mudéjar del techo estaba sostenido por unos amplios muros cubiertos de frescos que representaban la conquista del reino de Tortosa, y en la que, supuestamente, Guillem de Barberà, el abuelo del actual señor, se había distinguido por sus gestas heroicas. Los escolares desayunaban ruidosamente alrededor de una hilera de mesas situadas en el centro de la sala, mientras Petronella, la hermana soltera de Jaspert de Barberà, iba poniendo orden entre ellos.

Hug, tan considerado como siempre, se quedó para él solo las hogazas de pan recubiertas con requesón y tocino que les tocaban a los dos. Aún tuvo la gentileza de pasarle a su paje las dos cortezas de tocino y un montoncito de migas que le habían sobrado, mientras charlaba animadamente con otros escolares.

Habiendo terminado el desayuno, Jan regresó a la alcoba y le trajo a su amo la cofia y el característico manto morado de los escolares conocido como *clotxa*. Al ponérselas, Hug reparó en unas manchas de grasa que ensuciaban la manga izquierda de su aljuba y le dirigió una mirada fulminante a su paje.

—¡Janic! —le gritó de pronto con toda la fuerza de sus pulmones, haciendo que la sala quedara sumida en un tenso silencio—. Explícame qué significa esto.

El paje bajó la mirada avergonzado, incapaz de dar alguna respuesta satisfactoria a su amo. De bien poco le había servido el mucho trabajo que la tarde anterior había tenido con esa misma aljuba en el lavadero del Riego Condal; sabía que la dificultad de eliminar del todo aquellas malditas manchas no sería ninguna excusa válida para su quisquilloso amo.

—Pues si tú no lo sabes, te lo voy a decir yo —graznó Hug, acercándose a él y retorciéndole el brazo por la espalda—. ¡Estas manchas significan que no has sabido limpiar la aljuba como es debido! ¡Estas manchas significan que permites que tu amo asista a los estudios tan sucio como un rústico villano o como un vulgar pordiosero!

Y llegado a aquel punto, perdió los estribos por completo y, retorciéndole aún el brazo a su criado, se puso a propinarle puntapiés en el trasero. Jan, mientras tanto, padecía todo aquel escarmiento en silencio, más dolido por la humillación que su amo le hacía sufrir ante el resto de los escolares que por el dolor físico. Tan sólo la repentina llegada de Petronella pareció apaciguar la furia de Hug. La dueña le hizo detener el castigo, y tras llevárselo a una estancia adyacente y quedarse con él a solas, cerró la puerta y le recriminó en susurros:

—Ignoro cómo funcionan las cosas en la alejada villa de donde procedéis, n'Hug, pero aquí en la corte se considera más descortés y propio de «rústicos villanos», como vos decís, maltratar a la servidumbre en público, que llevar unas pocas manchas en la manga.

—Disculpad mi comportamiento anterior, mi señora Petronella, pero no tengo por qué malgastar saliva con alguien tan corto de entendederas como mi criado —se defendió con jactancia—, que no hay labor que desempeñe bien, ni trabajo que no deje a medias, tal y como ha demostrado con la limpieza chapucera de mi aljuba. Como decían los antiguos: «*Hoc genus servorum non nisi cum suplicis enmendatur*», al linaje de los siervos sólo se le puede corregir con golpes y azotes.

—¡Dejaos de latinismos huecos! Si tan mal os va con él, yo os puedo encontrar un paje nuevo, y a él podemos encontrarle otro amo; que según tengo entendido, aprovecha los estudios mejor que vos.

—Ya me gustaría, pero na Girauda, mi tutora, me ha puesto como condición forzosa para seguir recibiendo el estipendio que tan generosamente me envía cada mes, que Janic sea mi criado hasta que finalice los estudios.

—Entonces, bienamado señor, ya que estáis obligado a convivir con él, no me queda sino advertiros que le tratéis con más indulgencia, y que si os conviene amonestarle, lo hagáis en privado.

Hug soltó un bufido y, sin despedirse como era debido de Petronella, bajó apresuradamente por la escalera del patio y se perdió en la calle. Janic se fue corriendo tras su amo, causando con ello la hilaridad de los otros escolares.

Recorrió un par de callejuelas, abriéndose paso entre los niños que jugaban en ellas a la pelota y esquivando a las dueñas que hilaban y cotilleaban a la sombra de los portales. Por fin, al llegar a la llamada calle del Mar, consiguió dar con su amo. Era tan densa la multitud de viandantes que llenaba aquella calle que tenía que avanzar a trompicones para no perderle de vista. El rostro de Jan estaba encendido de ira y de vergüenza por la nueva humillación que acababa de sufrir. Él no se merecía aquel trato, se decía a sí mismo refunfuñando entre dientes, pues era hijo de un próspero mercader de paños de Béziers y no de un vulgar destripaterrones. De no haber sido por aquella maldita guerra que assolaba el condado de Tolosa y que le había dejado huérfano de padre y madre, hubiese podido costearse unos buenos estudios en la misma catedral de Tolosa, sin necesidad de hacerle de paje a nadie. ¿Y aún tenía que seguir aguantando a aquel amo fatuo y engreído durante los siguientes dos meses? Lo único que le impedía abandonar todo y regresar de inmediato a su casa era el fuerte deseo que tenía de terminar los estudios, y el mucho amor que profesaba a su dueña y señora na Girauda, pues era ella quien le había encargado que hiciera de paje a Hug.

En aquellos mismos momentos, amo y criado habían llegado al tramo de la calle del Mar más cercano al mercado condal, flanqueado a ambos lados por obradores de joyeros, orfebres y plateros que acababan de abrir. Ese tramo solía ser frecuentado por doncellas de toda clase y condición, que deleitaban la vista en las abundantes alhajas y pedrerías expuestas tras las rejillas de los mostradores, o en las que labraban los artesanos en el interior de sus talleres. Hug había empezado a repasar con su mirada lujuriosa a un grupo de ricas damas, aminorando el paso y permitiendo con ello que Jan le alcanzara. El paje contempló también aquellos semblantes, risueños y blancos como el marfil; admiró las tiaras con brocados que coronaban sus cabelleras, limpias y perfumadas, y se recreó en sus esbeltos cuerpos, envueltos en briales de reluciente tafetán. Sabía lo que estaba pensando Hug: que todas aquellas altas damas resultaban inaccesibles, como no se acudiera a la

dudosa ayuda de una trotaconventos. Era sólo con las mozas de humilde cuna con las que su amo podía dar rienda suelta a su lujuria. Al poco rato, pasó un grupo de ellas; sus pelos eran sucios y grasientos, sus cuerpos poco agraciados estaban cubiertos por bastas capas aguaderas y pellizas descoloridas, que dejaban a la vista buena parte de los bustos. Ésas sí que eran presa fácil para su amo. Hug persiguió a una de ellas, y empezó a susurrarle sonrojantes requiebros en la oreja, sin que la moza pareciera molestarse en demasía.

Siguiéndola, amo y criado llegaron enseguida al mercado condal. El mercado se encontraba en la explanada que se abría frente a la antigua muralla romana. Bajo sus soportales se exponían lujosas telas, coloridas especias y toda suerte de productos exóticos traídos desde los lejanos puertos de Pisa, Constantinopla, Alejandría y Tremecén. Allí, la multitud se hacía más densa, y el vocerío de vendedores y subastadores era tan fuerte que ensordecía los oídos. De pronto, Hug pareció descubrir algo que le resultaba más interesante que la moza a la que estaba persiguiendo. Así que, apresurando el paso, atravesó el portal del Ángel y se juntó a una comitiva de vecinos que iba vociferando por la calle Mayor y que rodeaba a una mujer montada sobre un asno. La mujer estaba en cueros de cintura para arriba, e iba custodiada por el alguacil y sus ayudantes, armados todos ellos hasta los dientes. Un pregonero iba leyendo en voz alta el crimen por el que se la había condenado: se trataba de una prostituta a la que habían pillado ejerciendo su oficio en el porche de una iglesia, en lugar de hacerlo en uno de los locales prescritos por el concejo municipal. Jan la observó con lástima. Sin duda había llegado al otoño de su vida: así parecían mostrarlo sus senos flácidos y caídos y las abundantes arrugas de su rostro, distorsionado en una mueca de dolor. Se estremeció al observar las manos crispadas y sujetas por el cepo y los tremendos surcos que el látigo le había abierto en los hombros. Pero la vista de estos horrores no parecía amedrentar a la multitud de vecinos que la rodeaba, escupiéndole e insultándola; ni al propio Hug, que muy pronto se sumó a ella. Por suerte, el interés de su amo en aquel entretenimiento duró unos pocos instantes nada más, pues al llegar al cruce de la calle Mayor con el llamado pasaje del Milagro, se separó de la comitiva y se adentró por él. A la entrada del oscuro pasaje, que atravesaba el interior de un templo pagano, se erguía un frontón triangular en el que aún se podía leer la inscripción «CAESAR AUGUSTUS ME FECIT». A Jan siempre le habían llamado la atención las columnas que sostenían el frontón y que se extendían por el pasaje de detrás, sujetando viviendas de hasta cinco pisos de altura. Pero en aquella ocasión, estando aún molesto por la humillación que le había infligido Hug, no se sentía de humor como para alzar la vista y fijarse en semejantes detalles.

Su ánimo tan sólo mejoró cuando salió con su amo de la penumbra del pasaje y entró por un postigo trasero en el cementerio de la catedral. El sol resplandeciente de la mañana daba de lleno sobre las losas de las tumbas y las cruces triangulares de madera, pintarrajeadas de vivos colores. Una multitud de gente muy diversa solía usar las losas de piedra como mesa o mostrador para sus actividades. Entre otros, se podían ver echadores de cartas, sacamuelas, vendedoras de ocas y corrillos de escolares que hacían sus apuestas. A nadie parecía amedrentar el osario que recubría el lado interior de la tapia del camposanto, con sus centenares de calaveras y de fémures dispuestos ordenadamente y en filas. Muchos años atrás, solía pensar Jan, esos huesos polvorientos y mohosos debían de haber pertenecido a gente que también habría pasado por aquel mismo cementerio. Y ése era el destino que aguardaba a los que ahora estaban charlando, vendiendo o jugando allí, entre ellos su propio amo, Hug, que ya se había juntado al ruidoso corrillo de escolares y estaba echando un

pulso sobre una de las losas. Al cabo de varios años, concluyó Jan, su cabeza se convertiría en una calavera hueca y repleta de telarañas, y no se diferenciaría en nada de la de cualquiera de los pajes y criados como él mismo, a los que tanto despreciaba. Sólo la muerte zanjaba de modo definitivo las injusticias terrenales.

Consolándose con este pensamiento, dio un rodeo al ábside románico de la catedral y se dirigió hacia la capilla de Santa Lucía. Esa capilla era usada como aula magna, y estaba ya repleta de pajes como él, que se habían sentado en los bancos. El propósito de los pajes era calentarles el asiento a sus amos antes de que empezara la jornada lectiva, pues las noches seguían siendo frías y éstos solían tener posaderas más delicadas que las suyas.

Sonaron las campanas para misa de laudes y los escolares que esperaban en el cementerio entraron y se situaron según prescribía la rígida etiqueta: en los bancos delanteros, bien cerca del púlpito, los hijos de «ricos hombres» como Hug; en las filas de en medio, los hijos de burgueses con título de «ciudadanos»; los hijos de menestrales y otros «vecinos», en las de atrás; y por último, arrimados a los muros y sentados sobre el frío suelo de piedra, los pajes como Jan.

Tras la misa estudiantil venían las clases del Trivium y la primera de todas ellas era la árida y compleja dialéctica, que explicaba fray Llaurens. En un latín retorcido y alambicado, el canónigo inició su *lectio*, que aquella semana trataba sobre la dicotomía aparentemente insuperable entre la forma y la sustancia.

Jan mojó su pluma de oca en el cuerno de tinta que colgaba de su cinto y empezó a tomar apuntes a su modo habitual, garabateando velozmente sobre el burdo pliego de papeles de la Riba que sostenía entre sus manos. Anotó con diligencia el planteamiento de esa dicotomía, esbozado por vez primera por Aristóteles en su *Lógica*; los intentos de superación realizados posteriormente por Porfirio y por Boecio, mediante la gradación de sujetos que pudieran ser aplicables a cualquier ente individual. Apuntó también que el insigne maestro Abelardo, en un alarde de audacia, había planteado recientemente en su *Theologia Christiana* la comparación entre las diferencias y semejanzas de los entes individuales, con el fin de inferir la auténtica naturaleza de los conceptos que los definían; y llegado ese momento, soltó un suspiro de fastidio y dejó reposar la pluma en el cuerno de tinta. Había perdido el hilo de la *lectio*. A pesar de ser uno de los alumnos más brillantes de la clase, era incapaz de entender nada. Esperaba de todo corazón que aquella tarde pudiera aclararse con sus apuntes y tuviera tiempo suficiente para pasarlos a limpio en el cuaderno de su amo de un modo sencillo y comprensible, pues Hug, cuando no estaba fuera de jerga, tenía la costumbre de interrumpirle a todas horas con los encargos más absurdos o de martirizarle con humillaciones públicas, como la que le había hecho padecer poco antes.

Miró de reojo a su amo, que había dejado de lado su lujoso cuaderno de pergamino con tapas de cuero sin tomarse siquiera la molestia de abrirlo y ya empezaba a intercambiar gracias con Martín, sentado a sus espaldas. De momento se estaba conteniendo: el murmullo de su conversación aún no sonaba con más fuerza que el de las otras plumas garabateando apresuradamente sobre pliegos y cuadernos.

En la siguiente clase de gramática, impartida por fray Gilabert, tampoco pudo concentrarse demasiado en la lectura en voz alta que hicieron del *De bello Gallico*, la relación de Julio César sobre las guerras contra los galos. Como norma general, Jan solía interesarse por la suerte de

Cartago, las virtudes de los romanos o las conquistas de César. Pero aquella mañana, dolido por la manera como le había tratado su amo, las frases tan largas y enrevesadas con las que solían escribir Cicerón, César o Catón (con esas acumulaciones de oraciones subordinadas que separaban el sujeto del verbo durante líneas y más líneas) lo confundían y también le hacían perder el hilo de la *lectio*.

Le resultó más llevadera la última clase de la mañana, la retórica impartida por fray Anselm. En ella se limitaban a leer y a comentar jugosos textos clásicos sacados de las *Metamorfosis* con abundantes descripciones de ninfas desnudas y de lances amorosos de todo tipo. El único problema lo causaba Hug, que llegado a estas alturas conceptuales del Trivium se había desmadrado por completo. El escándalo que montaba tirando bolas de papel o interrumpiendo la *lectio* con comentarios soeces era tan evidente que incluso el mismo Anselm, desde las alturas intelectuales de su púlpito, no podía seguir ignorándolas. Le ayudó a ello el murmullo de protesta que levantaron los alumnos del común en las filas de atrás, pues tenían mayores ganas de aprender que los «bien nacidos» de delante. Fray Anselm se limitó a hacer un comentario irónico sobre la mala educación de aquellos tiempos («*O tempora, o mores!*»), y prosiguió con su lección, sin inmutarse apenas. Poca cosa más podía hacer con aquellos privilegiados que le estaban interrumpiendo; aunque a juzgar por la fulminante mirada que les dirigió se notaba que de buena gana les habría dado un escarmiento ejemplar con la vara, de haber podido.

Acabadas las clases de la mañana, los escolares se fueron con los canónigos al refectorio de la catedral y comieron en silencio la *olla putrida* que aquel día les tocaba. Hug y sus amigos decidieron aprovechar el corto receso que tenían hasta las clases del Quadrivium de la tarde; así que salieron del recinto y se quedaron por la plaza que se extendía entre la entrada de la catedral y la iglesia circular del Santo Sepulcro. Allí, a la sombra del colorido tímpano que representaba el Juicio Final, se pasaron un buen rato regalando su vista con las feligresas que entraban apresuradamente en la Seo. A aquella hora había muchas de ellas que acudían a confesarse, rezar sus oraciones o colgar exvotos a Santa Eulalia.

Los cinco escolares que formaban parte de aquel corrillo coincidían en muchas cosas: todos ellos eran *minores* que estaban cursando el primer año de estudios, tenían una edad que rondaba entre los trece y los dieciséis años y eran los únicos escolares de la catedral que procedían del otro lado de los Pirineos. Sire Martin Daunís era parisino, misser Lamberto Rugero, genovés, y en Guilhem Durfort era tolosano, al igual que el mismo Hug y su criado. Ni misser Lamberto ni los escolares provenzales habían tenido problemas en hacerse entender con los barceloneses, pues tanto unos como otros hablaban variantes locales de la lengua de Oc. Tan sólo sire Martin había tenido que esforzarse, ya que su romance de Oil resultaba más oscuro y difícil de entender para los oídos catalanes que el de sus compañeros.

—¿Qué opináis de la dialéctica de hoy? —aventuró a preguntar Martin.

—Vive Dios que me ha parecido más larga que un día sin pan —confesó Hug.

—¡Y pensar que hasta la *lectio* de esta mañana el pobre Abelardo me parecía tan admirable! —aseguró Lamberto—. Ahora bien, debo confesaros que mucha de mi admiración por el maestro se

debía más a la apasionada relación amorosa que tuvo con su alumna Eloísa, que a su erudición escolástica.

—Bien caro le costó tal amor —explicó Martin—, que por culpa de él se quedó sin sus atributos masculinos: pérdida dolorosa donde las haya.

—Pues yo os juro y os prometo que si en estos momentos el maestro Abelardo resucitara de cuerpo entero y se plantara ante mí, volvería a caparlo —aseguró Hug.

—Recordad que todo ese discurso soporífero de hoy era sólo el principio de una miserable *lectio* —amenazó Martin—; siguiendo el método instaurado por el mismo Abelardo en su cátedra de París, la semana siguiente vendrá la *questio*, y de aquí a final de curso, fray Llaurens nos someterá aún a la *argumentatio* y a la *sententia* que tendremos que desarrollar nosotros mismos de un modo convincente si deseamos aprobar el curso.

—A esa que viene por ahí sí que la sometería yo a una buena *sententia*... —aseguró Hug con ojos que parecían estar a punto de salirse de las órbitas.

Se refería a una criada de muy buen ver que llevaba su melena pelirroja suelta y que acompañaba a una viuda y a una doncella; las tres iban vestidas de blanco por llevar luto. Hug salió a su encuentro y la siguió de cerca hasta la misma entrada de la iglesia, mientras Lamberto aullaba como un perro en celo. La señora se volvió y protestó de las malas maneras de aquellos escolares, alzando tanto la voz que todos cuantos había en la plaza la pudieron oír y enseguida se formó un grupo de curiosos a su alrededor. Jan se quedó a solas y de pronto le sucedió algo que trastocaría su existencia para siempre.

La doncella, que iba algo rezagada, se detuvo frente a él con la mirada hundida en el suelo, dándole a Jan la oportunidad de contemplarla a placer. Si bien vestía de manera exageradamente recatada, cubierta de la cabeza a los pies como solían hacerlo las burguesas, el rostro de nieve y coral que se asomaba por debajo del tocado era el más hermoso que el paje recordara haber visto en su vida, salvando quizá el de su dueña na Girauda. Sus ojos tenían la misma forma de almendra que los ángeles y las vírgenes, y sus pupilas el mismo color dorado que el mechón de cabello que se le había escapado sobre la frente. De pronto se hizo el milagro: mientras el rostro esbozaba una sonrisa, esas mismas pupilas se alzaron y se toparon con las de Jan. Y con un sobresalto en el corazón, descubrió que sus más íntimos deseos se estaban haciendo realidad, pues había visto en otro lugar, en otros mundos, esa mirada tan dulce y ese rostro tan gentil: eran los mismos que los de la doncella de su último sueño. La había reconocido. Y al igual que había sucedido con el sueño, el despertar fue también en esta ocasión brusco y amargo.

—¡Blanca! —se oyó de pronto a la viuda gruñendo por encima del coro de voces—. ¡Ven aquí ahora mismo y deja de entretenerte con ese goliardo!

Y Jan pensó que esa doncella no podía tener nombre más adecuado que el de Blanca.

La joven se sonrojó y, con la nieve de su rostro encendida, entró apresuradamente en el templo. El paje fue tras ella y la observó a distancia mientras se rociaba la frente con agua bendita y se postraba ante la gigantesca figura de San Cristóbal, protector de las muertes repentinas y violentas, pintada en uno de los pilares del templo. La siguió con la mirada a medida que avanzaba por la nave central y

dejaba a su izquierda y a su derecha las capillas sufragadas por distintos gremios y cofradías: la de Santa Lucía, patrona de los campesinos; la de San Bartolomé, protector de los zapateros; la de San Eloy, de los armeros y herreros... Al final, la doncella entró con gran respeto y veneración en una que había al fondo de todo, cercana al crucero, y se arrodilló al lado de la viuda. Las dos mujeres se pusieron a rezar ante el retablo pintado que cubría el altar, presidido por una imagen de San Jorge, y como ese santo solía ser el patrón de los miembros pertenecientes a la orden de la caballería, Jan dedujo que la doncella debía de ser hija de caballero.

Cuando regresó al corrillo de escolares, la mayor parte de los curiosos ya se habían largado y Martin estaba presumiendo de sus muchas hazañas amorosas con las viudas.

—Ninguna tan fácil de conquistar ni de complacer como ellas —aseguraba, embargado por el entusiasmo—. Mujeres como Dios manda, sin marido ni padre ni hermanos que las vigilen, con unas peras bien jugosas que ya han dado de mamar y un conejito bien curtido. No se andan con rodeos, van al grano y encima, si las has complacido, te regalan buenos presentes.

—Las mozas del burdel también tienen un conejo bien curtido —aventuró Hug.

—¡Bah, qué poca imaginación tenéis! —contestó Martin.

—A mi parecer, es mejor conseguir el corazón de una mujer casada que el de una viuda —aventuró Guilhem de manera provocativa—, pues cuanto más celoso sea el marido y más difícil la tarea, tanto mayor será el merito del enamorado al conseguir el galardón.

—Vos estáis demasiado influido por todas esas tonterías del amor cortés. La lectura de tantos poemas de trovadores os ha llenado de pájaros la cabeza. Creedme, si de verdad queréis gozar de los frutos del amor, lo mejor es ir a lo fácil: viudas o, en su defecto, criadas.

Guilhem estaba pensando una de sus típicas contestaciones sarcásticas, en la que seguramente rebajaría a Martin al nivel de las bestias y ofrecería la excusa ideal para iniciar uno de esos acalorados debates a los que tan aficionado era; pero le interrumpió Lamberto.

—Martin, ¿vos os iríais con cualquier viuda, por ejemplo, con una de más de sesenta años?

—*Deo gratias*, abundan también las de carnes jóvenes y prietas.

De pronto Lamberto se quedó plantado en medio del corrillo y dijo como si se tratara de una revelación:

—Martin, mi madre es viuda, y tiene los treinta años recién cumplidos.

—¡Ah, mirad qué bien, pues presentádmela!

—Eso sí que no, sería la última cosa que hiciera en mi vida. Como primogénito y heredero, debo velar por la honra de mi familia. Así que si alguna vez os veo cruzando el umbral de mi casa, no tendré más remedio que echaros los perros encima.

El grupo de estudiantes estalló en una risotada tan abrupta que volvió a llamar la atención de todos los transeúntes de la plaza.

Al regresar a la capilla de Santa Eulalia, Hug se quejaba a Martin del pésimo servicio que le prestaba su criado, mientras le enseñaba la manga manchada de su brial. Sin duda se podía aplicar a

los dos aquel dicho de Dios los cría y ellos se juntan, pensaba Jan: Martín tenía fama de jugador y mujeriego. Su padre le había sacado de la Universidad de París a causa de las múltiples deudas que había contraído y le había enviado a aquella escuela de Barcelona como castigo. Su temperamento sanguíneo y sensual congeniaba mejor con el colérico de Hug que con el flemático y reservado de Guilhem. Por eso su amo iba frecuentando con una asiduidad cada vez mayor su compañía, aunque fuera un vulgar hijo de mercader que se alojaba en la alhóndiga de Marsella, e iba evitando cada vez más la de Guilhem, el único de sus amigos que de verdad era hijo de barón como él. En ese mismo momento, Martín le estaba susurrando a Hug que conocía unos baños donde podría deleitar su vista y sus sentidos mucho mejor que en cualquier otro lugar de Barcelona, mientras el desventurado de su amo asentía complacido con la cabeza y le pasaba el mismo brazo de las manchas por detrás del hombro.

De pronto, Guilhem se acercó al criado y le dijo en un aparte:

—Janic, me veo en la obligación de tratar contigo un asunto privado.

El paje se sobresaltó al oírle. No era frecuente que un rico hombre se dirigiera a un criado ajeno, como no fuera para darle alguna orden o recriminarle alguna falta; pero Guilhem Durfort tenía fama de muy buen trato con sus criados.

Jan siguió a Guilhem, que se apartó de los otros tres escolares y se metió por el claustro carolingio de la catedral; luego se detuvo en el surtidor que había bajo el cenobio, muy conocido entre los barceloneses porque encima de ese mismo surtidor se hacía bailar un huevo el día de Pascua[*]. En aquel momento, no obstante, el cenobio estaba desierto y sin oídos indiscretos que pudiesen escucharlos. El murmullo de los claros chorros de agua cayendo sobre el cuenco era acompasado por los alaridos de las trece ocas, que deambulaban a perpetuidad entre los cipreses y naranjos del jardín, en memoria de los trece años que tenía Santa Eulalia cuando la martirizaron.

—¿En qué os puedo servir, mi señor? —aventuró a preguntar.

—Hug se queja continuamente de tu dejadez, y no duda en humillarte en público, como, según parece, ha ocurrido esta misma mañana en vuestro albergue.

—Intento servirle lo mejor que puedo, en Guilhem, pero es superior a mis fuerzas: cuanto más intento esforzarme, tanto más arrecian sus recriminaciones.

—Janic, los profesores suelen ponerte como ejemplo de buen estudiante y me consta que tus copias y comentarios son los mejores del aula. Recuerda que todos somos iguales ante los ojos de Dios, menos en nuestros méritos y en nuestras culpas. Así que no te atormentes por la ojeriza que te tiene tu amo: empiezo a sospechar que todas sus broncas y recriminaciones se deben a un pecado venial tan feo como la envidia.

Jan recorrió con sus dedos los frescos chorros que manaban de la fuente, pensativo. Hasta entonces había atribuido todas las humillaciones y malos tratos que había sufrido de su amo a sus propias faltas y defectos como paje; a los típicos miramientos que solían mostrar los nobles en todo aquello concerniente a la etiqueta y a la apariencia externa; a la naturaleza colérica de su amo, regida por el planeta Marte; a cualquier cosa menos a la envidia. La sospecha de Guilhem le hizo recordar todas las miradas fulminantes que le había dirigido su amo cada vez que los profesores le felicitaban

por su trabajo y también sus muchas chanzas y burlas al respecto. Y de pronto, le pareció que todas las piezas del rompecabezas encajaban. Turbado por aquella revelación, acertó a preguntar:

—¿Cómo es posible que un hijo de barón envidie a su criado?

—Precisamente por eso, porque en vez de mantenerte en un modesto segundo plano, como sería lo habitual para alguien de tu condición, destacas demasiado. Hablaré con él sobre este tema. Si al cabo de cierto tiempo, no cambia de actitud, intentaré colocarte con cualquier otro amo.

Jan se quedó sin palabras y se hincó de rodillas ante su interlocutor, de puro agradecimiento, pero éste le hizo reincorporarse antes de que fuera a rechazar la oferta.

—En realidad, por quien más temo es por Hug —le confesó—. Con esa vida tan disoluta que lleva, parece que vaya tras los pasos del famoso trovador Guillem de Bergadà.

—Suele poner como excusa mi amo el proverbio que Martin repite una y otra vez: «El aire de la ciudad te da la libertad». Y lo cierto es que si ya en Lavaur era conocido por sus muchas peleas y líos de faldas, aquí en Barcelona, aún se va más de madre.

—Con todo ello, no creo que tarde demasiado en arruinarse ni en asegurarse la perdición. Ruego a Dios que no te arrastre a ti en su caída.

Era la primera vez en su vida que Hug había traspasado el umbral de unos baños y ya se arrepentía de haberlo hecho. Había entrado con su amigo Martin en una amplia estancia en la que varios hombres desnudos yacían indolentemente alrededor de un aljibe rodeado de columnas o chapoteaban en él, iluminados por los escasos rayos de sol que atravesaban la bóveda y las penumbras. Otros hombres entraban y salían de la estancia envueltos en humaredas de vapor desde unas puertas laterales tapadas por cortinajes de cuero. Algunos de esos bañistas se abrazaban y se toqueteaban entre sí con una ternura excesiva, como si fueran algo más que simples amigos, confirmando la mala fama que aquellos Baños Viejos de Barcelona habían ganado entre los buenos cristianos. Los ecos de los requiebros y melindres amorosos de algunos de esos sodomitas reverberaban por toda la sala y llegaban hasta sus oídos con excesiva nitidez. Por suerte, Hug y Martin aún no se habían desnudado y permanecían de pie junto a las alacenas donde los bañistas guardaban sus vestidos; justo cuando Hug estaba a punto de huir corriendo de aquel nauseabundo lugar, apareció el encargado, y al preguntarles que por qué no se desvestían como los otros clientes, Martin le contestó que tenían la bolsa bien cargada y que deseaban unos baños «más íntimos». El empleado reconoció a Martin, asintió con la cabeza y los condujo a un patio donde los dejó esperando.

En el patio se alzaban varias cúpulas de plomo y una docena de chimeneas en funcionamiento, que debían de pertenecer a la estancia donde se calentaban las aguas; en su centro brillaba una extensa alberca que reflejaba el cielo morado de la tarde; pero lo que de verdad colmó de asombro a Hug era el muro de cuatro pisos que se alzaba enfrente de él, invisible desde la calle, y en el que se abrían numerosas ventanas con vanos de pergamino. Como el sol se había puesto ya, las luces que ardían en el interior de las cámaras proyectaban sobre los pergaminos confusas sombras de hombres en grata compañía, a las que se sumaba el turbador ruido de susurros, jadeos y gemidos de placer. Una voz

angelical cantaba, desde algún lugar escondido a sus ojos, un romance que amortiguaba todos aquellos ruidos bestiales de apareamiento. Hug reconoció enseguida la inquietante letra: se trataba de un fragmento del extenso *Cantar de don Rodrigo*, el último rey goda, de gran éxito en los vecinos reinos de Navarra, Castilla y Aragón.

*Los vientos eran contrarios, la luna era crecida,
los peces davan gemidos, por el mal tiempo que facía,
cuand el rey don Rodrigo, cabe la Cava dormía,
soñava con cient garridas dueñas, vestidas a maravilla,
las cincuenta están tañendo, con muy rara armonía,
las cincuenta están cantando, con muy dulce melodía,
Oiredes lo que decían: «Despertad-vos, Rodrigo por cortesía,
Et veredes los malos agüeros et la peor postrimería»[*].*

En aquel momento apareció el encargado y los condujo al interior de aquella mancebía de cuatro plantas, que a buen seguro ni siquiera debía de contar con licencia del concejo. La primera sala estaba presidida por un altar de Santa María Magdalena haciendo penitencia. Sentadas en un banco que recorría la pared, las parroquianas aguardaban a sus clientes con una actitud y una postura muy poco devotas, y eran todas ellas mucho más lozanas y bellas que cualquier otra prostituta que hasta entonces hubiese visto Hug. A diferencia de las cortesanas corrientes, apenas llevaban en su rostro afeites ni pinturas; su única vestimenta eran unos altísimos chapines con suela de corcho y un albornoz de gasa tan estrechamente ceñido por un bordón, que parecía que sus pechos fuesen a salirse de él en cualquier momento. Desde la entrada de los dos mancebos, no habían cesado de dedicarles miradas supuestamente ardientes ni de cuchichear entre ellas, dejando escapar ocasionales risas y grititos.

Confundiendo el asombro de Hug con su indecisión, el encargado empezó a enumerar las virtudes más que evidentes de todas aquellas mozas y lo bien que desempeñaban su oficio de camareras. Hug escogió a una, de nombre Dolça, que era prácticamente idéntica en cuerpo y cara a su madrastra na Girauda. Las dos compartían los mismos labios finos y distantes y una frente despejada bajo la que se abrían unos ojos idénticos, tan fríos y calculadores que con una sola mirada parecían desnudar el alma de sus interlocutores. A simple vista, la única diferencia apreciable entre su madrastra y aquella ramera se reducía a los cabellos, que Girauda tenía de un rubio natural, y no teñidos con alheña o lejía, como Dolça.

La cortesana le estampó a Hug un beso en los labios a modo de saludo y cogiéndolo de la mano lo llevó a su cámara, a la que se accedía subiendo por unas escaleras de caracol. El lujo del lugar era desbordante: al lado de una amplia y elevada cama, humeaba una bañera con dos bandejas y cubierta por un dosel; una criada de edad avanzada estaba llenando la bañera con agua caliente y esparciendo pétalos de rosa sobre su superficie.

—¿Por ventura os apetecería comer o beber algo? —le preguntó Dolça con una vocecita que pretendía parecer fresca e inocente—. ¿Qué tal una sabrosa empanada de carne de delfín, regada con

buen vino de Candia?

—Como gustéis —le respondió Hug cohibido.

—Mientras voy a buscarlos, ya os podéis poner cómodo en la bañera —le sugirió, guiñándole el ojo y dedicándole una calculada sonrisa.

Ya a solas, Hug se desnudó y miró con admiración la bañera antes de meterse en ella: aunque hubiera visto un recipiente parecido en los aposentos de na Girauda, hasta entonces sólo había usado para su aseo personal pequeñas jofainas o extensos barreños de cobre en los que el agua apenas le rebasaba el tobillo. Se sentó en la bañera y al instante una plácida sensación de bienestar se apoderó de él: definitivamente, podría pasarse horas enteras allí dentro.

La ambigüedad de los sentimientos que profesaba a su madrastra le sorprendía a él mismo: por un lado la odiaba con toda su alma, pues sospechaba que desde la muerte de su padre no cesaba de conspirar para quitarle sus derechos y sus heredades; pero por otro, la había deseado con inexplicable intensidad desde que su padre se había casado en segundas nupcias con ella tres años atrás. Ése era el motivo por el que había elegido a Dolça de entre todas aquellas cortesanas. Era algo casi paradójico: gastaba el dinero que su madrastra le daba para los estudios con una prostituta que era idéntica a ella. Aun así, no sentía remordimiento alguno. Estaba convencido de que si tras la muerte de su padre, su madrastra le había mandado a Barcelona con aquel inútil de Janic no era para protegerle de la guerra ni para hacerle cultivar la mente, sino para repartirse la baronía con su hermano Aimeric de Montreal y disponer de sus arcas a su antojo. A buen seguro, las decenas de huéspedes herejes que pululaban a todas horas por Belesgard causaban dispendios mucho mayores que todos los gastos suyos en el juego y en el amor, pensó. Lo único que le preocupaba era el inexplicable retraso de la anterior remesa de dinero, pues ya debería haber llegado más de una semana atrás. Su mayor temor era que el muy inútil de Janic, enamorado hasta la médula de su madrastra, le hubiera descrito en alguna carta su vida disipada con todo lujo de detalles y se hubiera confabulado con ella para que no recibiera ni un solo sueldo más.

Tan ensimismado estaba en esos pensamientos que ni siquiera se dio cuenta de que Dolça había regresado con una fuente cargada de vino y comida. La chica la depositó sobre una de las bandejas de la bañera y le sugirió:

—Si deseáis que me bañe con vos, por dos dineros lo haría de buen grado.

Parecía poco, y Hug sacó las monedas de la bolsa que había depositado al lado de la bañera y se lo entregó. Dolça se desnudó muy poco a poco y se sentó en el otro extremo de la bañera. Retiró la manzana seca y arrugada que tapaba la botella de vino y escanció una generosa cantidad de él en los dos vasos de cristal. Dolça no paraba de hablarle sobre distintas menudencias, usando en ocasiones una voz suave y cálida y en otras, una aguda e infantil. Su piel, que momentos atrás había sido blanca como el marfil, había adquirido en contacto con el agua caliente un delicioso color rosado. Cada vez que Dolça se inclinaba sobre la bandeja para cortar un trozo de empanada o para llenarse el vaso, Hug notaba los tiernos pechos de ella apretándose contra sus rodillas y olía el aroma a almizcle de su pelo. De pronto, como quien no quiere la cosa, Dolça enroscó sus piernas en la cintura de su acompañante y mientras apuraba su vaso de un solo trago apretó sus muslos blandos y suaves contra su sexo en erección. Incapaz de seguir conteniéndose, Hug estiró sus manos y palpó y apretó a placer

aquel apetitoso cuerpo por todos sus rincones. Transcurrió un rato bastante largo, antes de que se diera cuenta de que ella le estaba sujetando las muñecas y pidiéndole que se detuviera.

—Vuestro vigor y vuestros ímpetus son admirables, pero antes de poder seguir adelante, necesitaría cinco dineros más.

Hug se los pagó y presionó sus sedientos labios contra uno de sus pezones. De pronto, notó el sabor dulzón de la leche materna inundándole la boca. Se apartó del pecho sorprendido, y reparó en que Dolça se había sonrojado, que toda su artificiosidad de antes parecía haberse esfumado en el aire, como por ensalmo.

—¿Y eso? —preguntó tras soltar una carcajada.

—Soy madre, no hace ni medio año que me dedico a estos menesteres —le confesó ella, con un tono de voz distinto al anterior y cargado de tristeza, que aún le excitó más de lo que ya estaba.

Intentó penetrarla en aquel mismo momento, pero la bañera era demasiado estrecha y ella se le resistía entrecerrando con fuerza sus muslos.

—Para ir conmigo a la cama, antes deberíais desembolsar dos besantes de plata o seis sueldos.

Hug dejó escapar una exclamación de sorpresa, pues aquel precio era diez veces más alto que el de una prostituta normal, pero se sentía tan encendido por el deseo que vació sin titubear el contenido entero de su bolsa en el suelo. A continuación arrastró a Dolça fuera de la bañera y se echó sobre ella en la cama, donde durante el resto de la noche pudo satisfacer sus instintos a placer; pero no la inquietud ni la obsesión que sentía por su madrastra.

Tal y como venía siendo habitual en las últimas semanas, Jan estaba esperando a que su amo regresara de su juerga nocturna, apoyado sobre el alféizar de la ventana que daba a la calle de los Caballeros. Permanecería en vela hasta oír su silbido, y entonces bajaría las escaleras con el candil y le abriría el portón; posiblemente tendría que arrastrarle también hasta su lecho y limpiar sus vómitos de algún rincón.

Las estrellas refulgían en la bóveda celeste; más abajo se extendía la ciudad, sumida en una negrura casi absoluta, que sólo era disipada de vez en cuando por las luces que ardían en las capillas y en las hornacinas, parpadeando ante las imágenes religiosas como si fueran un reflejo de esas mismas estrellas. Hacía ya tiempo que había sonado el toque de queda y que las calles se habían vaciado de transeúntes. Únicamente se oía el ladrido de los perros y la fuerte discusión de unos vecinos, en la que el hombre insultaba y perseguía a su mujer, que chillaba y tiraba cazuelas al suelo para cortarle el paso. En la lejanía, un grupo de mancebos cantaba una serenata de contenido picante y el alguacil que hacía la ronda nocturna iba poniendo orden. Hasta sus oídos llegó la pregunta «¿Quién vive?», repetida varias veces.

Dos temas centraban el pensamiento de Jan, de modo obsesivo y reiterativo: el primero era cómo podría conseguir volver a encontrarse con aquella doncella llamada Blanca que había visto a la entrada de la catedral; el segundo, la futura ruina de su amo vaticinada por Guilhem.

Triste y afligido, se apartó de la ventana, retiró uno de los tablones del entarimado que había debajo de su catre, y sacó de él un pequeño estuche de plata. Lo abrió con reverencia y extrajo de su interior un mechón de pelo que, al cabo de tanto tiempo, todavía conservaba su perfume a ámbar. Lo cubrió de besos y volvió a guardarlo en la cajita. Tal vez debería por fin escribir una carta a su muy estimada na Girauda, y explicarle con toda sinceridad lo que estaba ocurriendo con su ahijado. De pronto sintió remordimientos por haber prestado tanta atención a aquella doncella llamada Blanca y con todo el ardor de su mocedad, echó de menos a la gentil castellana de Lavour, a quien creía haber traicionado con el pensamiento.

II

El día que conoció a na Girauda, Jan llevaba más de un año en casa de su tío Teobald, que lo había adoptado tras la matanza de Béziers, cuando se había quedado huérfano de padre y madre. A pesar de las circunstancias, Jan se aclimató bien a su nueva vida: Teobald, que era tesorero del barón de Lavaur, le había cogido aprecio y, como su sobrino parecía de inteligencia espabilada y despierta, muy pronto empezó a enseñarle los entresijos del oficio. Tan sólo rompían la calma aparente de la nueva vida las frecuentes pesadillas de Jan, de las que solía despertarse aullando y gritando como un poseso.

En sus ratos libres, Jan salía al exterior y se juntaba con aquellos mozos de la villa con los que había hecho buenas migas. Al igual que a ellos, le intrigaba la nueva mansión que na Girauda de Laurac, la segunda mujer del barón, se había hecho construir en la parte inferior del castillo de Plo. La baronesa había bautizado la mansión con el nombre de Belesgard y, según se decía, no había reparado en gastos en su edificación ni en la de su exuberante jardín, cuyo recinto exterior se bañaba en las aguas del río Agot. Tanto la mansión como el jardín estaban protegidos de la vista de los curiosos por altos muros sobre los que se asomaban frondosas ramas, rebosantes de peras y de manzanas. En las noches cálidas de verano, cuando se veían luces resplandeciendo entre el follaje y se oía el sonido de bellas canciones, Jan hacía conjeturas con los otros chiquillos del pueblo sobre lo jugosas que llegarían a ser aquellas inaccesibles frutas que se balanceaban con la brisa, y sobre qué tipo de secretos guardaría el interior de la mansión que se alzaba detrás de aquellos muros.

Un día, mientras pasaba unas cuentas a limpio, Teobald se le acercó y le preguntó:

—¿Te gustaría conocer Belesgard por dentro?

Jan, como era de esperar, asintió encantado. Ningún mozo de Lavaur habría sido capaz de rechazar semejante invitación.

—Pues entonces sígueme, la castellana me ha pedido que le lleve los albaranes de unas cuentas pendientes, y tú, como aprendiz mío y futuro tesorero, deberías acompañarme.

Teobald, con toda la tranquilidad del mundo, salió de su casa, bajó hasta la orilla del río Agot y tras recorrer durante un tiempo el camino que la reseguía, respondió al saludo de dos centinelas con un murmullo ininteligible y atravesó con su sobrino el puente levadizo que salvaba el foso y que a todos los otros chicos de la villa les estaba prohibido pisar.

Jan se vio de pronto en el más bello jardín que hubiese visto nunca. En su centro se alzaba un pabellón con un surtidor, coronado por un ángel que blandía una espada centelleante de oro. De la

fuente brotaban cuatro acequias que dividían el huerto en partes iguales, en las que crecían rosales, lirios, narcisos y toda suerte de flores exóticas que no había visto hasta entonces. Teobald, que había tenido largas conversaciones con el maestro de obras, se lo iba explicando todo embargado por el entusiasmo: el jardín mismo representaba el Edén, custodiado por el arcángel San Miguel con su espada de fuego; y los canales que manaban de la fuente, los cuatro ríos principales del mundo: el Nilo, el Tigris, el Éufrates y el Jordán.

Un súbito rumor de risas de doncella, acompañado por los acordes fluidos de un salterio, hizo que Jan se abstraiera de las explicaciones de su amo. Sus sentidos dejaron atrás el estallido de las flores, el murmullo del agua y el zumbido de las abejas, y se centraron en un banco que había en el otro extremo del huerto. Allí, a la sombra de una parra, se sentaban dos caballeros que hacían compañía a otras dos damas, muy ricamente vestidos los cuatro. Una de las damas se había erguido en su asiento; no llevaba velo, ni cofia ni prenda ningún tipo que le cubriera la cabeza, y sus cabellos rubios resplandecían suaves y lisos bajo el sol de la mañana, enmarcando un rostro angelical. Fue esta dama quien de pronto empezó a cantar un extraño poema:

*En la terra de Larida
un y perd, autre y ganha.
Ay, mon amic!
Mas nous y habem molt perdut
habem perdut la nostra dama.
Ay, mon amic!
Mas oun l'anirem a cercar?
Sobre toutes les mountanhes
hai corregut nech et jorn
sens trobar castel ni granja
fors un tros de castelet.
La teulada toca terra
m'han convidat a soupar
Causerets uo outra dama.
Per sopar, ieu souparai
mas cosi, non, per mon ama!
De despech al ped del foch
m'han jetat un lut de palha
Ay, mon amic![*]*

Teobald se dirigió hacia ellos y tras saludarlos les presentó a su sobrino: los caballeros resultaron ser el famoso trovador n'Arnaut d'Armanhac y un navarro conocido como don Guillermo de Tudela; la señora de los cabellos rubios que acababa de cantar era la misma na Girauda; y la doncella su dama de compañía y amiga de infancia, Violant. N'Arnaut y don Guillermo se encontraban de paso por Lavaur y habían sido invitados por su gentil dueña a pernoctar en Belesgard. Jan recordó

entonces los socarrones comentarios de su tío Teobald, en los que aseguraba que desde que se había quedado viuda, la baronesa era muy poco puntillosa en materia de honra; pero bien sabían los dos que la honra solía tener pocos detractores en el distante mundo en el que vivían las gentes de alta cuna.

En el momento de inclinarse y de besar la mano de Girauda sintió que enrojecía; quiso decir algo, pero las palabras le salían a trompicones, como las de un tartamudo; intentó recomponerse, pero se sentía mareado y sus ojos eran incapaces de mirar a los de sus interlocutores. Violant y Arnaud, al descubrir su azoramiento se echaron a reír; Girauda, por el contrario, se puso muy seria, como si un velo de melancolía le hubiera cubierto el rostro. Sus ojos azules, de mirar honesto e inteligente, brillaban con tanta fuerza como si estuviesen ardiendo.

—Me alegro mucho de conocerte, Jan. Tu tío me ha hablado muy bien de ti —le dijo en tono maternal y posándole su fresca mano sobre el hombro.

—Señora, si vos y los aquí presentes me lo permitís, me gustaría haceros una pregunta —dijo tartamudeando.

—Pregunta sin miedo, que aquí nadie te va a cortar la lengua —le dijo Arnaud en tono de chanza.

—He oído con el mayor de los placeres la canción que acabáis de cantar, pero por mucho que me esfuerce, no consigo entender su significado. ¿Podrías, por ventura, aclarármelo?

Dichas estas palabras, na Girauda intercambió una mirada de complicidad con Arnaud y le contestó:

—Mucho me temo que en este caso no podremos complacerte, Jan. Es un *trobar clus*, y sólo a los iniciados nos está permitido entenderlo. —Y al descubrir su gesto abatido, añadió estas enigmáticas palabras—: Quién sabe, tal vez dentro de poco te conviertas en un «buen hombre» y puedas escribir letras parecidas; entonces yo misma te las cantaré.

A partir de entonces, la conducta de Jan se volvió extraña e imprevisible, mas no tanto como para no encontrar descripciones de comportamientos análogos en el *Ars amandi* o en otros manuales de amor al uso. Jan comía poco y con desgana, pasaba las noches en vela y soltando hondos suspiros y de día estaba somnoliento y con la cabeza en la luna. Las quejas y burlas de Teobald sobre esta insólita enfermedad que atormentaba a su sobrino, y que le distraía en exceso para llevar como era debido las cuentas de la tesorería, empezaron a arrear tanto que en algún momento debieron de llegar a los oídos de la misma castellana.

Un día, Jan se encontraba en una de las azoteas del castillo ayudando a Mathieu el halconero a sacar las aves de cetrería de las jaulas y a darles de comer. Soplaba el mistral y una flota de nubes surcaba con rapidez la bóveda celeste. De pronto oyó una tosecilla femenina y al volverse descubrió a Violant, la dama de compañía de Girauda; y fue tan grande su sorpresa que descuidó al halcón que estaba en su mano. Éste, al verse libre y sin caperuza, saltó sobre el vecino palomar, asustando a todas sus presas, que huyeron en desbandada por el patio de armas del castillo, mientras Mathieu le gritaba:

—¡Presta más atención, desgraciado, que nos pierdes a los dos!

Afortunadamente aún tenía anudado a su pulgar el cordón que sujetaba una de las patas del halcón, y con mucho esfuerzo consiguió que regresara a sus manos y dejara en paz a las pobres palomas. Violant, que no dejaba de sonreírle, le susurró que su dueña y señora quería hablar con él en privado y que le había encargado que fuera a buscarle. Jan notó cómo el corazón le daba un vuelco, pues hasta entonces no había hablado nunca a solas con la castellana, aunque no hubiera otra cosa en el mundo que deseara más. Observó atentamente el rostro de su interlocutora, pero, aparte de su sonrisa de circunstancias, era inexpresivo como el de una máscara.

—¿De qué se trata? —acertó a preguntar, titubeante.

En aquel mismo momento Hug estaba probando su nuevo corcel corredor, rápido como una flecha, y a medida que daba vueltas con él por el yermo ejido que se extendía entre el castillo y la villa de Lavaur, una multitud de sirvientes que se había congregado en las almenas le ovacionaba y le aplaudía.

—No será éste el único halcón con el que tendréis que lidiar —se limitó a contestarle, mientras echaba una despectiva mirada a Hug por una de las troneras.

Jan le puso la caperuza al halcón y, tras dejarlo atado a la percha, recorrió con Violant el patio y descendió con ella por el camino de ronda, que bordeaba el muro inferior del castillo y llegaba hasta la mansión de Belesgard.

Era la primera ocasión en la que Jan entraba en su interior, así que observó con admiración las estancias construidas en aquel nuevo estilo que tanto triunfaba en París, con esbeltas ojivas y estilizadas figuras esculpidas en los dinteles. El nuevo estilo llegaba a su máximo esplendor en la última de todas las salas, iluminada por vitrales. Los huidizos rayos de colores que se filtraban por ellos acariciaban todos los elementos de la estancia: una chimenea de alabastro custodiada por leones, los frescos con frisos de águilas y escenas del Evangelio de San Juan y la lujosa alfombra que, a juzgar por sus intrincados arabescos y filigranas, debía de proceder de tierras del gran sultán, tal vez de la misma Babilonia. Girauda estaba sentada en un escaño de madera y leía en voz alta su devocionario a dos criadas que bordaban en los bancos laterales de un ajimez. Vestía un brial en el que se alternaban franjas doradas y azules y llevaba el cabello recogido en trenzas. Parecía tranquila y relajada: su hijo Bernadó roncaba apaciblemente en su cunita cubierto por una manta con brocados de coral. Al descubrir el asombro de Jan mientras observaba la sala, le sonrió con ternura.

—Que Dios os guarde, mi señora.

—Me place mucho volverte a ver, Janic —le dijo—. Ven, siéntate aquí, a mi lado.

Violant se acercó con una fuente que llevaba abundantes frutas y dos lujosos vasos de cristal tallado y escanció en ellos un vino que desprendía un aroma dulce y delicioso, antes de desaparecer de la estancia acompañada por las dos criadas. Jan observó a la baronesa mientras saboreaba el vino. Se había hecho un tenso silencio en el que ninguno de los dos se atrevía a decir nada.

—Yo no soy orgullosa, Janic, créeme —dijo al fin—. Intento seguir el Evangelio de San Juan y cumplir con la voluntad de Dios lo mejor que puedo, sin ofender ni hacer sufrir a nadie... pero no siempre es fácil.

—Siguió otro tenso momento de silencio en el que Jan se preguntó adónde iría a parar su señora, cuál era el auténtico motivo de aquella charla a solas, y llegó a atormentarse preguntándose si ella habría descubierto por casualidad los sentimientos que despertaba en su corazón.

—Escucha... muchos caballeros se enamoraron de mí antes de que concediera la mano a mi difunto marido. Y algunos de ellos aún lo siguen haciendo hoy día, dejándose atrapar por mi engañosa apariencia externa, que ellos creen bella pero que en realidad es fugaz y caduca. Yo los he tratado a todos bien, dentro de lo que la decencia y la honra establecen. Créeme si te aseguro que, de haber podido, habría multiplicado mi corrupto cuerpo por más de veinte con el propósito de poderos corresponder a todos...

—Perdonad, ¿habéis dicho «poderos corresponder»?

—Sí, porque a los ojos de Dios todos somos iguales. Y yo te aseguro que ni el hombre más rico de Francia ni el mejor caballero de justas de Tolosa tienen más valor ante mis ojos que tú, Janic, por mucho que seas un criado de apenas trece años.

Jan, incapaz de seguirse conteniendo, cayó de rodillas y estalló en un lloro silencioso. Girauda le extendió su mano y él cubrió su guante de terciopelo con besos y se lo humedeció con lágrimas.

—Me consta que ya cuento con tu amor; espero contar también a partir de ahora con tu fidelidad y discreción. Seré enamorada tuya; pero sólo si los sentimientos que alberga tu corazón se mantienen puros y honestos y los guardas en el mayor de los secretos.

Dicho esto, Girauda hizo ponerse de pie a Jan, lo abrazó y le estampó un sonoro beso en la boca. Jan se echó hacia atrás sobresaltado y estudió a la castellana con ojos abiertos como naranjas. La expresión de reserva y distanciamiento de su señora lo convencieron de que no había sido un beso de amor, sino uno de lealtad: un ósculo de vasallaje.

—Espero que me tengas en alta estima antes de que encuentres a otra más digna de adoración que yo y llegues a olvidarme. Hasta que esto suceda, tal vez mi presente te sirva de utilidad.

Pronunciadas estas palabras, Girauda abrió un pequeño estuche de plata, y sacó de él unas tijeras con las que cortó un mechón de sus cabellos, que envolvió con una cinta de seda. Mientras lo guardaba en el estuche, le dijo:

—Éste es mi presente. Puedes quedarte con él.

—Verdaderamente, señora, vuestra fama como luz de toda cortesía es bien merecida. Ahora sé que sirvo a la dueña más discreta de todo el condado de Tolosa —contestó tartamudeando, mientras apretaba el estuche contra su pecho.

—Debo advertirte, no obstante, que mi presente no viene en balde —prosiguió ella—. Como ya sabes, mi hermano y señor, n^o Aimeric de Montreal, se ha hecho cargo de la baronía de Lavaur en tanto Hug siga siendo menor de edad y no sea nombrado caballero. Hasta que llegue ese momento, quiere que mi hijastro estudie en la escuela catedralicia de Barcelona, y no sólo para mantenerlo alejado de los peligros de esta guerra. Como ya sabéis, Hug ha vuelto precipitadamente de Tolosa donde, siguiendo la tradición, estaba haciendo de escudero al conde Raymond de Trencavel. El verdadero motivo de su regreso es que éste no ha podido aguantar por más tiempo su presunción y su

falta de tacto. Según parece, Hug no sólo ha desobedecido a Raymond, sino que ha llegado incluso a contestarle y a insultarle en público. Únicamente su corta edad y su noble cuna le han salvado del cadalso. En fin, me imagino que lo que te estoy contando difícilmente te sorprenderá: de todos es conocida la fama de mi hijastro.

Su mala fama, pensó Jan, quien apenas conocía a Hug, aunque fuera de la misma edad que él; pero sí había oído hablar ampliamente de todas sus reyertas, borracheras, malos tratos a los criados y líos de faldas.

Girauda le estudió interrogativamente, pero él permaneció callado.

—El caso es que necesitamos ponerle un paje honesto y discreto como tú. Uno que no le siga la corriente. Y puesto que Teobald me ha asegurado que piensa en ti como en su sucesor, hemos considerado que no sería mala idea pagarte los estudios generales en Barcelona, con tal de que sirvas a Hug lo mejor que puedas. Espero de todo corazón, y así ruego al Criador, que los estudios y su frecuente trato contigo dulcifiquen su temperamento.

Jan no pensó en la difícil y ardua tarea que su señora le estaba encomendando; bien al contrario, vio la oportunidad de cursar unos estudios como era debido, e imaginó que se le abría el cielo. Se postró a los pies de na Girauda, le dio las gracias y le aseguró que intentaría ser el mejor paje del mundo.

Ella le estudió con un semblante preocupado.

—Ya le he dicho a mi hermano que, más que un paje, Hug necesitaría un preceptor severo, pero no puedo oponerme a su voluntad —dijo como pensando en voz alta.

Dichas estas palabras, empezó un largo discurso sobre lo mucho que temía la manera en la que su hijastro se estaba echando a perder y la posible suerte de su hijo Bernardó cuando Hug llegara a la mayoría de edad. Y en esta ocasión fue a ella a quien se le nubló la vista y le saltaron las lágrimas, dejando con ello más confuso y turbado a Janic, que la habría consolado de mil ganas, si se hubiese atrevido a hacerlo. La culpa no era de Hug, aseguraba. Había quedado huérfano de madre cuando era un niño de corta edad y su padre había quedado sumido en una tristeza tan profunda que le hizo descuidar por completo a su primogénito. Durante varios años, Hug estuvo rondando por el castillo con sus galgos y mastines, compartiendo con ellos los juegos, la comida y las pulgas y sin frecuentar apenas compañía humana.

Cuando el barón se desposó con ella, pareció darse cuenta del imperdonable abandono en el que había dejado a su hijo. Le adjudicaron varios preceptores; intentaron enseñarle buenas maneras y unas nociones de latín, pero cada vez que fracasaban y Bertrand intentaba enmendar a su hijo con azotes o a puñetazo limpio, él se quedaba mirando a su madrastra con los ojos llenos de resentimiento. Al final, tras la muerte del barón, Hug se había convertido en un monstruo: un mozo de buena cuna que en apariencia era normal y sabía guardar las formas, pero que a la mínima se convertía en una bestia feroz y sedienta de sangre.

—Cuando no de otras cosas —se le escapó a Jan, recordando los comentarios de alguna criada.

Al escuchar estas palabras, Girauda se acercó a él y le susurró en el oído, con cierto recelo, como si Hug estuviera en la estancia de al lado:

—Janic, su presencia ahora mismo se me hace insoportable. Desde que he enviudado, no sólo me sigue mirando con el mismo resentimiento de antes; en sus ojos aprecio también el deseo. Aun así, no quiero abandonarte a tu suerte, si los dos os veis metidos en líos, escíbeme y yo intentaré enmendar lo que pueda.

Jan abandonó la estancia tambaleándose y tropezando un par de veces. Después estuvo un largo rato vagando por los bosques cercanos al río Agot, maravillado por su buena estrella. Estaba completamente convencido de que en todo el mundo no había mujer más digna de ser amada que na Girauda. Llegó incluso a hacerse a sí mismo la promesa de vivir en castidad hasta que la muerte se llevara a cualquiera de los dos. El encargo de servir a Hug como paje que ella le acababa de encomendar no le inquietaba lo más mínimo, cegado como estaba por el amor.

Y ahora, varios meses después, había pasado un día y una noche enteros pensando en otra doncella y era incapaz, no ya de corregir los vicios de su amo, sino incluso de seguir aguantando su compañía. ¡Qué ingenuo había sido!

III

El mes de mayo ya había entrado y con él los primeros calores del año. Martin quiso aprovechar aquella mañana soleada de la festividad de Santa María Mediadora, que caía en domingo. Así que convenció a sus amigos para que le acompañaran en su paseo por las orillas del Llobregat, un paseo en el que, tal y como había repetido en numerosas ocasiones, la caza de hembras era fácil y abundante.

Los escolares se encontraron ante el monasterio de San Pablo y siguieron el camino real, que bordeaba la costa hasta Tarragona y atravesaba Montjuïc por su vertiente más suave. Pasaron por debajo del sombrío castillo condal y de los numerosos molinos de viento, cuyas aspas se movían perezosamente bajo la escasa brisa, y al dejar atrás aquella vertiente de la montaña, enseguida parecieron confirmarse las palabras de Martin.

Ante ellos se extendía una fértil llanura dividida en dos por el río Llobregat y su desembocadura[*]. Numerosas familias y gentes de toda clase y condición habían decidido aprovechar aquel cielo límpido y claro de mayo para caminar por los parajes más sombreados de Montjuïc o por las frescas orillas del río y pasar el día entero en cualquiera de los dos sitios. La llanura estaba salpicada de masías defendidas por robustas torres de piedra. Las que se encontraban a la vera del camino abrían sus puertas a los viandantes para ofrecerles comida y bebida; algunas de ellas eran usadas como taberna o merendero.

Martin se adentró por un camino menos concurrido que seguía la orilla del río y que se abría paso entre bosquecillos de olmos y de chopos. Los escolares bordearon sauces aislados, que ocultaban con sus ramas plateadas esquifes de pescadores, y esquivaron densos cañaverales, de los que surgían de pronto bandadas de patos salvajes. En la otra orilla se alzaban palafitos de madera envueltos por redes en las que brillaban pescados puestos a secar. El silencio del lugar era turbado ocasionalmente por chillidos de niños zambulléndose en el agua, o por las carcajadas y las alegres conversaciones de jóvenes de ambos sexos sentados a la sombra de los árboles.

Refiriéndose a ellos, Martin aseguró:

—Todo esto alegra sin duda la vista y reconforta el corazón. Pero nosotros, como buenos gatos que somos, no hemos venido aquí para recrearnos en las amenas orillas del río, sino para cazar ratones.

Y a continuación, empezó a narrar algunas de sus aventuras ocurridas en aquel mismo paraje, meses atrás, haciendo la boca agua a Lamberto y a Hug.

—Vuestro afán por aparearos con las hembras supera al de las bestias en celo —terció Guilhem,

levantando una oleada de protestas.

—¿Y qué quieres hacer sino, matarte a pajas el resto de tu vida, como los curas?

—A mi entender, la mayoría de sacerdotes están ya tan acostumbrados a romper sus votos de castidad, que ni siquiera necesitan practicar el onanismo —aventuró Guilhem con su característica ironía anticlerical.

—¡Y tanto que se matan a pajas! ¿Cómo es posible si no que la mayor parte de ellos sean cortos de vista? Eso es lo que nos predicán, ¿no? Que hacerse pajas causa ceguera. ¡Pues que se apliquen el cuento a ellos mismos, que son los más ciegos de entre todos los hombres!

—¡Sobre todo nuestros profesores! —afirmó Hug—. ¡Si la mayoría de ellos no ve tres en un burro! ¡Deben de estar pelándosela como macacos todo el santo día!

—A fe mía que Guilhem va poco desencaminado —terció Lamberto—. De lo contrario, no habrían encontrado todos aquellos fetos humanos emparedados en el muro del convento de las Magdalenas cuando hicieron las obras.

—¿Y qué tiene que ver la fogosidad de las monjas con la de los sacerdotes? —preguntó Hug.

—¡Ah! ¿Es que no lo sabíais? Es del dominio público que ese convento está conectado con el monasterio de San Pedro por un larguísimo túnel subterráneo que corre por debajo de la calle llamada de San Pedro Alto —aclaró Lamberto—. Así, los monjes del monasterio y las monjas del convento pueden encontrarse en secreto y solazarse tantas veces como gusten.

Y los escolares siguieron criticando acerbamente a los canónigos que les impartían clases y a todos los clérigos en general, y se enfrascaron tanto en su conversación que les hubieran pasado inadvertidas unas frescas risas que procedían de algún escondido rincón, de no ser porque Martin les hizo cerrar la boca. Habían llegado a un esplendido claro, salpicado de amapolas y separado del río por un espeso cañaveral. Detrás del cañaveral, unos chopos que debían de pertenecer a una isla se recortaban contra el luminoso cielo, altos y rectos como espadas. Era de aquel lugar de donde parecían provenir las risas. Intercambiando miradas de complicidad y sin volver a abrir la boca, los escolares se adentraron por el cañaveral, y al llegar a la orilla, se ofreció a sus sedientos ojos la más bella vista que pudieran haberse imaginado.

En las aguas del río se bañaban tres mozas, confiadamente y con todos sus encantos a la vista, pues estaban tal y como Dios las había traído al mundo. Tan sólo la que hacía guardia al lado de la ropa seguía vestida de la cabeza a los pies, con evidente cara de fastidio. Las otras tres, mientras tanto, se salpicaban unas a otras, soltando estridentes carcajadas y alegres chillidos. Sus cuerpos brillaban apetitosos entre las claras aguas y se ofrecían a los ojos hambrientos de los mancebos, que estaban observándolo todo calladamente, agazapados entre las cañas. Una de ellas se incorporó y se puso a perseguir a la otra, y las dos brincaron sobre las ondas del agua exhibiendo sus trémulas nalgas; cambiaron de dirección, y los escolares pudieron apreciar entonces los pechos opulentos de la perseguida y los estrechos y puntiagudos de la perseguidora, zarandeándose de un lado al otro. La tercera de las doncellas se había sentado sobre la raíz de un sauce que crecía a la orilla; un chorro de agua se deslizaba desde la cabellera pelirroja hasta el vientre, y de allí iba a parar al vello púbico, tocado por un rayo de sol que lo hacía brillar con un vivo color naranja. La blancura de sus muslos

contrastaba con la oscuridad de la gruta que se escondía entre ellos, lamida por las ondas del río. Tan grata vista fue turbada por un repentino jadeo. Jan se giró y descubrió a su amo sacudiendo con furia su sexo. Ocasión tan buena como aquella para hacer el mirón raramente volvería a presentársele, pero Martin le conminó a refrenarse con la promesa de un premio más sabroso.

Mientras regresaban a la pradera repleta de amapolas, le dijo:

—Tranquilizaos, n'Hug, esta noche ya tendréis sobrado tiempo de rememorar a Onán; ahora toca cazar, y somos nosotros, como buenos cazadores, los que tenemos que poner un reclamo que resulte lo suficientemente apetitoso para las presas.

—¡Tú, Janic, vete de aquí! —graznó Hug, haciendo reír a Lamberto—. Eres tan torpe y tan necio que si te quedas las vas a espantar.

Jan se mordió la lengua. Incluso una mañana de domingo como aquella su amo tenía que importunarle con estupideces; sin embargo, su nuevo protector no le dejó en la estacada. Guilhem estudió el semblante preocupado del criado y aseguró:

—Más espantan a las doncellas las pretensiones no solicitadas de un sátiro como vos que los servicios de un criado honesto y discreto como Janic.

—Que se quede —zanjó Martin—, al fin y al cabo, es el único criado que tenemos y nos podría ser de utilidad.

Y era cierto, Ericó, el paje de Guilhem, se había quedado en su lecho a causa de una indisposición.

Dicho esto, Martin sacó la vihuela de arco de su zurrón, mientras Jan extraía el laúd de sus alforjas y Lamberto un cuchillo y una jarra de estaño para llevar el ritmo. Tras algunas improvisaciones, Martin empezó por atacar con su vihuela una melodía fácil y ruidosa que había aprendido en París con los goliardos, esos clérigos y estudiantes de vida disoluta que tan mala fama estaban dando a su universidad. Su estribillo decía así:

In vino veritas

meum est propositum

in taberna moriendi^[*].

Y para hacerle los honores, los demás la interrumpían de vez en cuando con abruptas carcajadas y dando buenos tragos a las botas de vino que se había traído.

La siguiente canción era de temática más seria y Martin la cantó con tanta emoción que pareció que iba a echarse a llorar de un momento a otro.

O Fortuna

velut luna

statu variabilis

*semper crescis
aut decrescis;
vita detestabilis
nunc obdurat
et tunc curat
ludo mentis aciem.
egestatem,
potestatem,
dissolvit ut glaciem!*^[*]

A los pocos instantes de haberla empezado, la carita risueña de una pelirroja se asomó por encima del cañaveral y tuvo que interrumpirla.

—Que Dios os guarde —los saludó.

—Que Dios os guarde, ninfas del Llobregat. ¿Por ventura desearías compartir el vino y el yantar con nosotros?

—¿Qué son ninfas? —preguntó la doncella.

—Las ninfas son hadas, tal y como las nombraban los romanos y los griegos —aclaró Guilhem.

—A fe mía que cantando himnos profanos en latín como lo hacéis y diciendo estas palabras tan raras, debéis de ser escolares de la catedral.

—Disculpad que os corrija: estos «himnos profanos» que decís vos se llaman en realidad *carmina burana* y los he aprendido en París, con otros estudiantes.

Al punto salieron del mismo cañaveral las otras tres doncellas ya vestidas y con una postura tan forzada y tan exageradamente altiva que Jan tuvo que apretarse los labios para no echarse a reír.

—¿París? ¡Ya me parecía a mí que teníais acento francés!

—En efecto, venimos casi todos de la dulce Francia; pero tres de mis compañeros vienen del condado de Tolosa, y son, como vosotras, súbditos de don Pedro de Aragón (o el conde en Pere, si así lo preferís), a quien Dios guarde durante muchos años.

—¿Y qué hacéis aquí en España, tan lejos de vuestros hogares?

—En Guilhem y n'Hug cursan aquí sus estudios para no ser estorbados por la guerra, que mi señor el rey de Francia ha empezado contra sus vasallos del Mediodía. En cuanto a misser Lamberto y un servidor somos hijos de mercaderes y nos alojamos en las alhóndigas de Pisa y de Marsella.

—Me habéis dejado intrigada con vuestro comentario sobre los estudiantes de París. Proseguid.

—Lo haría de buen grado si no encontrara esta situación y esta postura un tanto forzadas. Ya que habéis comprobado que no somos sarracenos ni salteadores de caminos, podríais aproximarnos a nosotros, hacer las presentaciones y otorgarnos el placer de vuestra compañía el tiempo que tengáis a

bien.

—¡Y tanto que sí!

Y por increíble que le pareciera al propio Jan, las cuatro chicas se sentaron al lado de ellos formando un semicírculo; ahora bien, todas ellas juntas y con las faldas bien bajadas, por si las moscas. Resultó que Clara, la pelirroja, y las otras dos, Guineueta y Simona, eran criadas de la viuda Marta Pallejana; Blanca, la que guardaba la ropa, era en cambio hija de caballero, y había venido a Barcelona a pasar unos meses en casa de su tía Marta. Como daba la casualidad de que regresaba a su hogar al día siguiente, na Marta les había dado permiso a las cuatro para que pudieran celebrar su despedida paseando por el campo. Y eso era un motivo de fiesta y jolgorio, porque como norma general la viuda velaba tanto por la honra de su familia que a la sobrina sólo la dejaba salir de casa para asistir a misa; e incluso ellas mismas, que eran unas simples criadas, tenían a Elisabeta, la avinagrada ama de llaves, pisándoles los talones y vigilándolas a todas horas.

Y así como la primavera se mostraba en todo su esplendor en la verde y florida hierba de los prados, al poco rato se manifestó también en los mancebos y las doncellas, alterando su sangre y su humor: pues a medida que las voces de aquéllos se hacían más roncadas y ruidosas, las de éstas se volvían más agudas y estridentes. Guineueta inclinaba su barbilla hasta acariciar con ella uno de sus deliciosos hombros desnudos, Clara se estiraba con sus finos dedos su larga cabellera roja y se la echaba hacia atrás una y otra vez, y Simona no dejaba de jugar con uno de sus mechones y de pasárselo por debajo de su adorable barbilla; Blanca, por el contrario, permanecía con una postura distante y el ceño arrugado, como si adivinara las intenciones depredadoras de los escolares y fuera inmune a los encantos del amor.

Jan había reconocido con un vuelco en el corazón a esta doncella, que era sin lugar a dudas la misma Blanca que había encontrado a las puertas de la catedral. Pero intentó pasar desapercibido, pues, por un lado, se avergonzaba de haber sido tan poco discreto en aquella ocasión y de haber traicionado con el pensamiento a su muy estimada señora na Girauda; y por el otro, temía que su amo volviera tener alguna de sus habituales salidas de tono, y le humillara ante ella.

Martin hasta entonces había estado hablando con cierto engreimiento de los estudios generales de París, elogiando la libertad de cátedra de la que gozaban los profesores, que sólo debían responder de sus lecciones ante el rey de Francia o el mismo papa. Constatando que este tema tenía poco éxito, pasó a regalar los oídos de los presentes con una de las historias licenciosas que corrían entre los goliardos y que en su lengua de Oil se conocían como *fabliaux*.

En ella, un clérigo de costumbres licenciosas acudía el sábado por la tarde a una mancebía y se pasaba la noche entera satisfaciendo sus apetitos carnales con una prostituta, muy bella pero de poco seso. A la mañana siguiente, el clérigo tenía que officiar la misa mayor y se largó tan apresuradamente que se dejó olvidado su devocionario debajo del lecho. Cuando la ceremonia religiosa estaba a punto de finalizar y el mosén estaba proclamando el «*Ite, missa est!*», un repentino murmullo recorrió las filas de los feligreses. Y entonces el sacerdote descubrió que la cortesana con la que había estado yaciendo la noche anterior acababa de entrar en el templo con la vestimenta y los afeites típicos de su profesión. El mosén empezó un improvisado sermón sobre la desvergüenza de algunas putas, que no contentas con vivir del pecado y la lujuria, se atrevían a interrumpir una misa de domingo. Y la cortesana, algo confusa y turbada, contestó con la voz bien alta: «Disculpad, padre, ya

sabía que tenéis mala memoria, pues esta noche os dejasteis olvidado vuestro devocionario bajo mi lecho; pero no pensaba que vuestra falta de memoria llegara hasta el extremo de haceros olvidar a aquella mujer con quien tan gozosamente habéis estado compartiendo ese mismo lecho durante toda la noche».

La historia tuvo tanto éxito que todos los presentes estuvieron largo rato desternillándose de risa, tanto más cuanto que se encontraban en medio del campo y ningún curioso podía reprenderlos.

Lamberto y Jan vieron llegado el momento de sacar las botas de vino e invitaron a sus acompañantes; al principio, como era de esperar, las tres criadas se excusaron asegurando que no sabían beber de la bota y que tenían miedo de mancharse. Accedieron solamente tras muchos ruegos y súplicas, cuando Martin se sentó al lado de Simona y Guilhem y Lamberto lo hicieron al lado de Clara y de Guineueta; entonces resultó evidente que no sólo se morían de ganas por probar el vino, sino que eran bebedoras de bota tan hábiles y experimentadas que incluso pudieron apurar hasta la última gota de ellas. Mientras tanto, Hug se había aproximado a Blanca, que no dejaba de mirarlo con aprensión.

Gradualmente, las conversaciones pasaron de ser en grupo a ser más íntimas, y puesto que el mediodía se acercaba y el sol pegaba fuerte, las parejas recién formadas se fueron a acostar indolentemente a la sombra fresca de los sauces que crecían en la orilla. El pobre Janic se quedó a cierta distancia de su amo, aguantando la vela y observando sus avances con la adorable niña que, a diferencia de los de las otras parejas, no parecían ser demasiados ni muy prometedores. Guilhem había conseguido subirle las faldas a Clara y le estaba pasando con cierta desgana una brizna de hierba por los blancos muslos; mayor entusiasmo estaba mostrando Martin, que ya había empezado a besar a Simona en la boca y a restregarle su rodilla por la entrepierna; Lamberto tampoco se había quedado de brazos cruzados, y había desabrochado ya el brial de Guineueta y le estaba manoseando los opulentos pechos; tan sólo Hug seguía a varios pasos de distancia de la niña que le había tocado en suerte, hablándole largo y tendido de sus destrezas y hazañas, las más de ellas exageradas, cuando no inventadas. Pero Blanca, en lugar de seguirle la corriente, desviaba la mirada y respondía con monosílabos a sus apremiantes preguntas.

Jan, que se alegraba de todo ello, decidió distraerse tocando el laúd; estuvo un rato afinándolo y al punto empezó a tocar y a cantar en voz baja una de las composiciones que con más frecuencia había oído en el castillo de su dueña na Girauda:

*Dejust ma finestra
i a un auselu,
tota la neyt canta
sens fermar l'elhu.
Dejust ma finestra
i a un amelhér
que fa de flos blancs
com de paper.
Se canto que canto*

Canto pas per ieu

Canto per m'amia

Qu'es al prép de ieu^[*]

Tanto se ensimismó con la canción, que se sorprendió al volverse y descubrir a su amo mirándole con expresión airada; sin duda, debía de estarle achacando las culpas de su fracaso amoroso.

—¡¡Janic!! —rugió de pronto con todas sus fuerzas.

El paje dejó caer el laúd y se fue corriendo hacia su amo, temeroso y solícito. Hug le ladró que fuera a la masía más cercana a comprar vino dulce, del mejor que tuvieran, varios pollos y pan de harina refinada. A continuación, le hizo entrega solemne de su bolsa de monedas haciéndola resonar ostentosamente, para que todos los presentes pudieran apreciar lo bien cargada que estaba.

Sin rechistar nada y de muy mala gana, recogió la bolsa que le ofrecía Hug, se echó a los hombros las alforjas y un odre vacío e inició la vuelta hacia la carretera real. Esperaba cumplir el encargo de su amo en cualquiera de aquellas masías en las que ofrecían comidas y vinos a los paseantes. A los pocos pasos, un repentino grito le sobresaltó.

Lo había dado Blanca, que se zafó de las manos de Hug y se acercó corriendo hacia donde él estaba, arreglándose su brial con franjas blancas y azules y echándose hacia atrás sus cabellos, que hasta poco antes habían estado cuidadosamente recogidos bajo el tocado. Jan se quedó allí mismo, paralizado y boquiabierto como si le hubiera acabado de golpear un rayo: bajo la luz del sol, la cabellera de Blanca era tan rubia y tan deslumbrante como debería de serlo el éter de los ángeles en las esferas superiores del universo. De nuevo regresó a su mente la visión que de aquella misma doncella había tenido en sus sueños.

—Te acompaño —le dijo ella, con la respiración agitada.

Clara, que se había levantado al oír el grito de Blanca, se acercó a ellos, estudió atentamente primero a Jan y después a Hug, que crispaba su rostro como si fuera un lobo al que se le hubiera acabado de escapar una presa, y dictaminó:

—Me parece buena idea, Blanca, acompañad al criado. Se le ve muy buena persona. En cualquier caso, creo que en estos momentos su compañía es más conveniente para vos que la del amo.

Jan dejó que Blanca le adelantara. La cabeza le daba tantas vueltas que de vez en cuando tenía que parar y apoyar su espalda en el tronco de algún árbol. Era la primera vez en su vida que había probado tragos tan generosos de vino tinto.

Su acompañante le esperaba y al hacerlo, le observaba con ojos de un mirar más dulce e indulgente que ninguno de los que hasta entonces hubiera visto en otra doncella; en verdad parecía que le estuviera acariciando con ellos.

—¡Qué amo tan acalorado tienes! —le espetó—. ¡Y qué vulgar! Si no os conociera de antemano y os viera a los dos juntos, juraría que tú eres el amo y él el criado.

Y había sido sincera. La mayoría de los criados eran bajitos y feos como Hug; Janic, por el contrario, tenía una gentil figura. Era alto de estatura, ancho de espaldas y fuerte de brazos, al igual que la mayoría de los jóvenes pertenecientes a la nobleza.

—¡Y con cuánta dulzura cantabas antes! —añadió—. Lástima que tu amo te interrumpiera.

Jan se detuvo y estudió atentamente el semblante de su interlocutora.

—Diría que os he visto antes en alguna otra ocasión, señora —se atrevió a decir por fin, golpeándose la frente.

—¿Hace unas semanas, en la puerta de la catedral, tal vez? *¡Deo gratias!* —exclamó ella, tras soltar un suspiro de alivio—. Llevo un rato bien largo temiendo que te hubieras olvidado de mí.

—Sin embargo, entonces estabais alegre y risueña y hoy parece que vengáis de un entierro.

—Mañana mismo debo regresar a Reus. Mi padre, el caballero Hubert de Guiu, me envió a casa de mi tía Marta hace dos meses para protegerme. Y la verdad es que me lo he pasado tan bien con las criadas que la estancia en Barcelona se me ha hecho demasiado corta.

—¿Protegeros de qué?

—Sin duda habrás observado que las masías de los alrededores están todas ellas provistas de torres de reciente construcción. Desde hace algún tiempo, el rey de las Mallorcas empuja sin parar a sus corsarios contra nuestra costa y vivir a menos de media jornada del mar se ha vuelto peligroso. A eso se une el hecho de que soy hija única: de los seis hijos e hijas que ha concebido mi madre, sólo yo he sobrevivido.

Jan reprimió un suspiro. Difícilmente podía imaginarse compañía más amena ni atractiva que la que le ofrecía aquella niña; pero sus palabras le habían traído penosos recuerdos.

—Afortunada vos que aún tenéis a vuestros padres. Los míos han muerto. Mis tres hermanos también.

—¿Qué ocurrió?

—La guerra... —acertó Jan a decir sin poder continuar, mientras los labios se le trababan y se le hacía un nudo en la garganta.

Se detuvieron. Blanca se acercó a él y le miró enternecida. Sabía de sobras que se estaba refiriendo a esa maldita cruzada que estaba luchando el rey de Francia contra los albigenses, defendidos por el rey don Pedro de Aragón.

—Ven conmigo —le pidió, tras reunir fuerzas.

—Tengo que ir a comprar vino y comida, mi amo se enfadará si tardo demasiado.

—Déjale que espere.

Blanca cogió de la mano a su acompañante y le llevó a una cercana roca que había a la sombra de un frondoso pino, donde lo hizo sentar a su lado. Sin soltarle la mano, le pasó el brazo que tenía libre por el hombro a modo de consuelo y Jan pudo notar en los omoplatos la caricia de sus senos, agitados por la respiración.

El lugar que habían escogido para sentarse estaba situado en un promontorio que se alzaba sobre el Llobregat. Debía de ser la hora quinta: el sol había llegado al punto más alto de su recorrido por la bóveda celeste y caía a plomo sobre el deslumbrante río; las cigarras y los moscardones llenaban el aire con sus cantos y zumbidos; más abajo, pasaba un laúd de pescadores, con su palo mayor proyectado hacia delante y su vela latina colgando raída por la falta de viento; una escuadra de patos se acercaba hacia ellos trenzando la plácida superficie del río y escarbando con sus picos entre las aguas. Todo invitaba, pero ninguno de los dos se atrevía a abrir la boca. Jan no dejaba de mirar de reojo a Blanca que, con los ojos hundidos en el suelo, se pasaba la mano por las sienes sudorosas o se desabrochaba los cordones superiores de su brial para respirar mejor. De vez en cuando, también Blanca se atrevía a dirigir breves y furtivas miradas hacia su acompañante. Y es que no podía dejar de estudiar el semblante de Jan: veía su nariz aguileña y sus cejas espesas y rectas, signos los dos de un temperamento firme y decidido; y le fascinaba el contraste que había entre ellos y la expresión melancólica de sus ojos, tan verdes y profundos. La conclusión a la que llegaba era que el criado tenía un alma noble, torturada por la intensidad de sus sentimientos. Sin duda alguna, a pesar de su actitud servil, o precisamente a causa de ella, las humillaciones a las que le sometía su amo le debían de hacer sufrir lo indecible.

En algunas ocasiones, las miradas de los dos se cruzaban durante breves instantes. Blanca desviaba sus pupilas hacia el suelo, confusa y turbada; pero Jan empezó a darse cuenta de que en ellas no se leía ningún rechazo, tan sólo cierta timidez. Así que en uno de esos cruces de miradas, Jan se abalanzó de pronto sobre Blanca y la besó en la boca. Temió haber ido demasiado lejos, pues ella se apartó y le observó con expresión de sorpresa; pero a diferencia de lo que había ocurrido con Hug poco antes, en lugar de gritar le dirigió una sonrisa enigmática.

—¿Qué edad tienes, Jan? —acertó a preguntar Blanca al fin, para romper aquel tenso silencio.

—A juzgar por lo que dice mi tío Teobald, ahora mismo debería de tener entre los catorce y los quince años.

—Pues no parece que tengas tantos: mi primo Manfred tiene la misma edad que tú y no está tan alto ni tan apuesto.

Jan tragó saliva al oír aquel cumplido y preguntó:

—¿Y vos, qué edad tenéis?

—Catorce, nací en las calendas de enero del año 1197.

—¡Afortunados vosotros, los de buena cuna, porque siempre sabéis con exactitud la fecha de vuestro nacimiento!

—¿Y eso qué importancia tiene?

—Desde Ptolomeo se sabe que los planetas inciden en la vida de las personas. Vos, por ejemplo, habéis nacido bajo el signo de capricornio y esto podría haber moldeado vuestra personalidad y determinar en cierta medida vuestro destino.

—¿Quieres decir que mi destino está ya escrito en las estrellas?

—Sólo en parte, pues según los padres de la Iglesia, las personas seguimos disponiendo en todo

momento de libre albedrío, esto es, de capacidad de elección para decantarnos por el bien o por el mal. Y este albedrío es más importante para nuestro destino que la conjunción de circunstancias o de acontecimientos que nos hayan deparado los astros.

Blanca observó a Jan hablándole sobre el destino y los astros con aquellos ojos fulgurantes y aquella expresión de arrobó que se le habían puesto, similares a los de un niño pequeño disfrutando de una historia contada al lado del hogar, y sonrió enternecida.

—*Sancta Maria*, qué bien habláis los estudiantes!

Pronunciadas estas palabras, fue ella misma quien tomó la iniciativa y se arrojó sobre él, dándole un largo y apasionado beso en el que recorrió todos los rincones de su boca. Se separaron, se miraron asombrados y volvieron a besarse. Y así siguieron hasta que la mano de Jan se adentró por la abertura superior del brial y le apretó con ella uno de sus senos.

—Sigamos nuestro camino, o mucho me temo que la comida se convertirá en cena —dijo ella incorporándose y retirando suavemente la mano de su acompañante.

—¡Que Dios me ampare, ya casi me había olvidado! —contestó él, echándose a caminar apresuradamente.

Se acercaron a una barraca con techo de paja en cuya era se veían abundantes gallinas picoteando por el suelo. Jan dejó que Blanca seleccionara a tres de las mejor cebadas y regateara con el propietario su precio hasta conseguir rebajarlo de los dos sueldos iniciales a uno solo. El hombre se sentó en un poyo y, tras escupirse en las manos, las desnucó ante la consternación de Blanca, que a pesar de vivir en el campo, no acababa de aceptar que mataran a animales en su presencia. Con las gallinas recién muertas y desplumadas en las alforjas, se dirigieron a una cercana masía. Una vez allí, Blanca saboreó el vino con miel y especias que le ofreció uno de los criados y aseguró encontrarlo insípido. Fingió escandalizarse al enterarse que pedía un besante por fanega y, cuando por fin consiguió que se lo rebajaran a dos sueldos, pidió que le llenaran el odre entero, mientras susurraba con orgullo a Jan la ganga que habían conseguido, comprando aquel espléndido vino a tan bajo precio.

—Vive Dios que sabéis negociar —le dijo Jan complacido.

—Suelo acompañar a mi madre en sus compras y ventas por el mercado de Reus —respondió escuetamente.

Al salir de la masía, descubrieron que el reloj de sol que había sobre la puerta marcaba la hora sexta del mediodía. Jan emprendió apresuradamente el camino de vuelta, agobiado con el peso de las alforjas y del odre, que ocupaba el pellejo entero de un cordero.

Blanca se ofreció a compartir su carga, y él lo rechazó.

—Casi tendríamos que haber traído una acémila —bromeó.

—Para eso estamos los criados —contestó Jan.

Tras oír esta respuesta, Blanca pareció hacerse consciente de la brecha que se abría entre la condición de ellos dos y permaneció ausente y callada todo el camino de vuelta.

Poco antes de llegar al claro donde los esperaban los demás, se paró en seco.

—Jan —le dijo—, estoy asustada. Una mañana, poco antes de venir a Barcelona, fui con mi madre a la masía de los Rubió, nuestros vecinos. Encontramos las puertas abiertas de par en par, y a todos los hombres degollados. La abuela Elisabeta seguía con vida, pero le habían arrancado los ojos de la cara. Nos contó que se habían llevado cautivos a los niños y a las mujeres para venderlos como esclavos. ¡Tengo tanto miedo de que a mí y a mi familia nos pase algo parecido! ¡Estaban todos muertos, Jan! ¿Lo entiendes? ¡Siete hombres a quienes yo conocía y había visto el día anterior, tendidos por el suelo, con la cabeza separada del cuerpo y tinta de sangre! ¡Y la Guillemona, una de mis mejores amigas, desaparecida para siempre! ¡Tengo miedo de volver a casa!

Jan dejó caer las alforjas y el odre en el suelo, y estrechó a Blanca entre sus brazos, dejando que se desahogara. Poco después, le secó las lágrimas de los ojos con sus dedos y le explicó:

—Blanca, la vida es breve y demasiado a menudo la muerte llega de pronto y sin avisar, cuando menos te la esperas. Todas estas barbaridades que han hecho los sarracenos con vuestros vecinos no tienen nada que envidiar a las que han hecho los cruzados por el Mediodía de Francia. Si yo os contara...

—Cuéntame.

—Me encontraba en un bosque cercano a Béziers con unos amigos, cazando pájaros con el lazo, cuando llegó sire Arnaud, el delegado del papa, con su ejército de cruzados a asediar la ciudad. Ya no pude volver a entrar en ella ni ver a mi familia. Fui a buscar cobijo a casa de mi tío Teobald en Lavaur, a dos jornadas de distancia. El asedio duró meses. Cuando los cruzados tomaron la ciudad, sire Arnaud les ordenó que mataran a todos sus habitantes, sin dejar ni uno solo de ellos con vida, aunque aseguraran ser católicos, como lo eran los de mi familia. «Matadlos a todos, que Dios reconocerá a los suyos», dijo.

»Regresé a Béziers tres días después de la toma de la ciudad, acompañado por mi tío. Estábamos en pleno verano. El hedor a putrefacción nos alcanzó media milla antes de llegar a la ciudad, mezclado con el de los incendios. Habían desnudado a los muertos y los habían arrojado a los fosos de las murallas. Hombres, mujeres y niños; nobles, clérigos y menestrales; albigenses o católicos, tanto daba, todos yacían allí juntos y revueltos, inmovilizados en posturas grotescas e igualados por la sombra de la muerte. No se oía ruido alguno que no fuera la cantinela de cruzados borrachos, el graznido de los cuervos picoteando ojos y lenguas o el zumbido de los moscardones escarbando en las heridas abiertas de los cuerpos. Recordé que el último día que había visto a mi familia, mis padres me habían regañado por descuidar mis estudios en la escuela parroquial y me habían puesto a mi hermano menor Enric como ejemplo. Recordé haberme enfadado y haberme largado de casa sin despedirme de nadie, porque ya tenía la intención de juntarme con mis amigos y hacer novillos. Y entonces me golpeó como un rayo la certeza de que ya no volvería a ver vivo a nadie de mi familia nunca más, que sus cuerpos formaban parte de aquella grotesca cofradía de cadáveres que llenaba el foso.

—Jan, mañana mismo voy a partir hacia mi casa de Reus. Es una lástima, pero probablemente no volveremos a encontrarnos, pues nuestras vidas son de condición diversa —concluyó—. Es de temer además, y ése ha sido el principal motivo de mi enfado anterior, que mis padres insistan en concertar

lo antes posible mi matrimonio con algún caballero que me agrade mucho menos que tú.

—No habléis así, Blanca. Yo os prometo que, tan pronto como haya terminado los estudios, y haya conseguido una buena posición como tesorero, escribano o procurador iré a Reus a visitaros. *Deo volente*, no pasarán tres años sin que nos veamos de nuevo —dijo Jan, arrodillándose ante ella.

Y entonces Blanca se inclinó hacia él, hasta rozarle la boca con la suya, y se dieron un beso más largo e intenso que todos los anteriores, porque sabían que, a pesar de la reciente promesa de Jan, podría ser el último que se dieran en su vida.

Cuando regresaron al claro donde los estaban esperando los demás, parecían tristes y abatidos, y ni siquiera los aplausos y las burlas con que fueron obsequiados por su tardanza lograron arrancarles alguna sonrisa. Jan ensartó los pollos en un asta y los colgó sobre las brasas del fuego, recién encendido. Hug, mientras tanto, empezó a reñirle con aspereza y tan sólo le detuvo la mirada fulminante que le dedicó Blanca. Siguieron los dos en silencio durante el transcurso de la comida, Blanca sentada al lado de las criadas y Jan de pie, escanciando diligentemente entre todos los comensales el vino dulce que había traído. El regreso a su vida de criado le parecía a Jan como una bajada a los infiernos: observaba las niveas manitas de Blanca, cortando el pollo esmeradamente en minúsculos trozos y masticándolos con la boca cerrada y no podía dejar de compararla con todas aquellas criadas vocingleras; las que le tocarían a él por clase y condición, que masticaban a dos carrillos y alababan a gritos el buen sabor del pollo y del vino con la boca tan abierta que se veía la comida hasta la garganta; y concluía con la mayor de las tristezas que Blanca era hija de caballero y que difícilmente podría llegar a ser suya, que para él era tan inaccesible como na Girauda.

Acabada la comida, Clara explicó que tenían que marcharse porque le habían prometido a la señora Marta que volverían a casa antes del anochecer. Las chicas se despidieron apresuradamente del grupo de escolares, como si estuvieran avergonzadas de su inofensivo extravío amoroso, y ni siquiera dejaron que las acompañaran hasta el camino real. A modo de compensación, Clara les prometió que, si así lo deseaban, podían volver a verse al cabo de dos domingos en la porta Ferrisa.

Mientras regresaban a Montjuïc por la vertiente que bordeaba el mar, los estudiantes no dejaban de soltar sus bravatas en voz alta, menos Jan, que caminaba cabizbajo y sumido en sus pensamientos.

—¡Estúpido! —le espetaba Hug a su criado, preso de la exaltación, como si estuviera a punto de echarse encima—. ¿Es que tenías que aguar-me la fiesta con esa niña? ¡Por tu culpa se me ha escapado de las manos!

Jan se preguntó si su amo sospechaba lo que había ocurrido entre él y Blanca, y a punto estuvo de replicarle de malos modos; por suerte, Guilhem volvió a acudir en su defensa, asegurando a Hug que no había para tanto, y que difícilmente aquella pieza habría caído en sus manos, por mucho vino que hubiera bebido.

—Lo que ésas querían —aseguró Martin— era conseguir un buen partido. A buen seguro, la próxima vez que las veamos se harán pasar por chicas decentes. Ya lo veréis; se negarán a probar el

vino y ni siquiera se dejarán besar. ¡Criadas, bah, como si no las conociera! Al principio prometen mucho y al final hacen que te quedes con un palmo de narices.

—¡Si ni siquiera nos han dejado acompañarlas hasta la ciudad! —añadió Guilhem—. No se fían de nosotros.

—¡Dios! ¡Qué quemado me ha dejado aquella calientapollas de la Simona! ¡Y qué tetas más succulentas tenía la zorra! —exclamó Lamberto.

—¡Eran todas unas putas! ¡Unas malas putas! —bramó Hug—. ¡La próxima vez que las vuelva a ver les meteré a las cuatro mi tranca hasta el fondo, tanto si quieren como si no!

Jan observó con atención a su amo, se preguntó si sería capaz de violar de verdad a una doncella como Blanca y no supo encontrar la respuesta.

—¡Moderad los dos vuestro lenguaje —les recriminó Guilhem sonriendo—, que tal y como habláis parecéis más vulgares carreteros que gentiles hombres!

Poco antes de que el sol iniciara su recorrido por el inframundo, los escolares llegaron a la playa que se extendía entre la montaña de Montjuïc y los arrabales de Barcelona. La tarde se había vuelto triste, y esa misma tristeza se contagiaba a la multitud de campesinos y arrieros que se marchaba de la ciudad tras un día de mercado, o a las familias y grupos de jóvenes que, como ellos, regresaban de pasar el domingo en el campo. Cuando alcanzaron la cruz del término, las campanas del cercano monasterio de San Pablo empezaron a tañer lúgubrementemente para la oración del ángelus y silenciaron el chirrido de los abundantes carros.

Al pasar por delante del cadalso, a Jan le llamaron la atención unos trozos de carne que colgaban de unos ganchos y que, a primera vista, apenas se diferenciaban de los expuestos en las paradas del cercano mercado de la Boquería. Aquel montón de cuerpos desventrados, muslos sangrientos y cabezas negruzcas se recortaba contra el cielo plomizo del atardecer, disputado por media docena de gaviotas que chillaban y revoloteaban a su alrededor. Entonces Jan recordó la costumbre que en aquella ciudad existía de descuartizar a los salteadores de caminos; y acordándose de la matanza de Béziers, musitó un apresurado avemaría por aquellos desdichados y por todas las víctimas de la crueldad humana.

IV

Habían transcurrido siete semanas desde su primera noche con Dolça y Hug tenía sobrados motivos para inquietarse. Por culpa de aquella furcia se había gastado demasiado dinero, tanto que si la ayuda de su madrastra tardaba un día más en llegar, se vería metido en problemas muy serios. De los más de cuarenta besantes prestados por el usurero Jacob Astruch, sólo le quedaban aquellos tres miserables sueldos que agarraba con su diestra.

Martin se sentaba frente a él, flanqueado por aquellos dos matones a quienes apenas conocía, Maniferro y Carifartó. Habían empezado a jugar a los dados a primera hora de la tarde, y a juzgar por la desmayada luz que entraba por el único ventanuco de aquel tugurio, ahora debía de estar a punto de anochecer; se habían bebido entre los cuatro generosas cantidades de vino infecto, y en todo ese rato no se habían movido de aquella taberna ilegal, escondida tras una bodega. Las inmensas cantidades de dinero que apostaban habían atraído a un grupo de andrajosos parroquianos, que los animaban a gritos, como si aquella partida fuera una pelea de gallos. Su hedor corporal se unía a la embriagadora dulzura que exhalaban los toneles de vino y al tufo del estiércol que quemaba en el hogar para crear aquella atmósfera asfixiante, que le adormecía los miembros del cuerpo y le impedía pensar con claridad.

Hug observó a sus compañeros de juego, auténticos expertos en enmascarar sus emociones: el fuego que chisporroteaba en aquella sala iluminaba unos rostros pétreos y unos ojos enrojecidos que a duras penas pestañeaban. Había bastado un sutil intercambio de miradas entre Martin y Maniferro y un leve asentimiento de cabeza por parte de éste para que todas sus sospechas se confirmaran: estaban compinchados. Se habían puesto de acuerdo en engañarle y en quitarle los pocos sueldos que no se había gastado con aquella furcia de Dolça. Ni siquiera le habría extrañado que hubieran trucado los dados. En su primera noche jugando con él, Maniferro se había hecho pasar por corto de entendederas y le había dejado ganar con extraordinaria facilidad tanto dinero que Hug se había imaginado que estaba a punto de arreglar sus problemas económicos; las siguientes noches le habían demostrado cuán equivocado estaba, pues Maniferro no sólo había recobrado con creces sus pérdidas iniciales, sino que le había desplumado por completo.

Maniferro agitó los dados en su cubilete y con un furioso golpe lo puso sobre la mesa. En un primer momento, al echar un vistazo a su interior, parecía que esbozaba una sonrisa de triunfo; pero, instantes después, una repentina llamarada del estiércol hizo que Hug pudiera apreciar un leve torcimiento en las comisuras de su boca. Tanto los puños de Martin, que había tirado previamente los dados, como los de Carifartó parecían delatar cierta crispación mientras contaban sus monedas o

asían la copa de vino: las venas se les marcaban con fuerza entre los nudillos. Ahora le tocaba el turno a Hug. A pesar de sus sospechas anteriores, la ocasión pintaba bien. Tal vez tuviera un golpe de suerte y pudiera recuperarse por completo y desplumar a sus adversarios; tal vez aquellas mismas sospechas habían sido infundadas, simples figuraciones suyas. Preso de la incertidumbre, agitó su cubilete en el aire, lo depositó sobre la mesa y al levantarlo descubrió que tenía pareja de ases. Uno por uno, depositó con furia sus tres sueldos en el centro de la mesa. El fuego se oscureció y dejó sumida la taberna en una tensa penumbra; cuando volvió a avivarse, los contrincantes ya habían levantado los cubiletes y enseñado sus resultados. Maniferro tenía trío de ases: había vuelto a ganar. Hug se incorporó de un salto y completamente fuera de sí, tumbó la mesa de una patada.

—¡Cabrones, embaucadores, mala rabia os mate a todos! —gritó.

La mayoría de los curiosos se retiraron en silencio a unos pasos de distancia; sus tres contrincantes, por el contrario, permanecieron en los asientos, observándole con la misma impasibilidad de antes.

—Tranquilizaos, n'Hug —dijo Martin—. Ya sabéis lo que se dice: que al buen pagador no le duelen prendas...

—¡Cállate, estafador de poca monta! ¡Tú tienes la culpa de todo!

Maniferro desenvainó su puñal de dos palmos de longitud y se lo acercó a Hug, hasta rozarle el cuello con la punta.

—¡Lárgate a tu casa si no sabes perder, hideputa!

—¡Anda, canalla, no te rajés: acércate un poco más y clávame eso! —contestó Hug con tono gélido.

Maniferro vaciló durante unos instantes, desconcertado por aquella repentina frialdad de Hug; los que tardó él en agarrarle el brazo con el que sujetaba el puñal, apretárselo contra el borde de la mesa volcada y cercenarle la mano de un solo tajo con su espada.

Sobre el suelo relucían grandes cantidades de monedas. Hug habría podido recogerlas todas, pagar con ellas sus deudas y colmar sus vicios con Dolça un par de noches más; pero no era propio de barón recoger dinero del suelo, así que miró con desprecio a todos los presentes y arrojó de un puntapié la mano cortada al fuego, antes de envainar la espada y desaparecer por la puerta.

Se sentía confuso, aturdido, y por ese motivo en lugar de dirigirse directamente hacia el albergue, deambuló por las tortuosas calles de aquel suburbio de mala fama que era conocido como el Arrabal y que a esas horas aún estaba animado y repleto de gente.

Su semblante era tan ceñudo y su expresión tan torturada que, al verle, muchos de los aprendices que estaban cerrando los obradores interrumpían sus conversaciones, y algunas de las dueñas que quedaban en los portales llegaban incluso a santiguarse. No eran los únicos a quienes intimidaba su aspecto: se topó con un sacerdote que venía de administrar el viático a un moribundo y le pareció que él y el monaguillo que hacía sonar las campanillas le miraban de reojo, como si fuera un poseído

a quien tuvieran que exorcizar; incluso el santo de una hornacina, empapado por el agua que acababan de tirar desde un desagüe, parecía dedicarle a él su sonrisa carcomida y la bendición que daba con su diestra. De pronto le dio la sensación de que todo aquel laberinto de calles que le rodeaban se había convertido en una trampa sin salida. Arriba del todo, lejana y espléndida, se entreveía una estrecha franja de cielo, con hileras de nubes rojizas y las primeras estrellas titilando en la lejanía; pero con demasiada frecuencia los voladizos de madera de los pisos superiores y la abundante ropa tendida llegaban a tapársela por completo. Y a ese ambiente opresivo se sumaban los múltiples olores de los callejones, que al mezclarse en sus pulmones parecía que se anudaran entre sí y le taponaran el aire que llegaba hasta ellos. Al tufo de las boñigas que alfombraban el suelo y al hedor agrio de unos pordioseros se superponían el perfume dulzón y etéreo de unas damas que acababan de pasar con su carruaje y el aroma tibio del pan recién salido del horno. Sí, aquella gran ciudad que tanto había fascinado a Hug seis meses atrás, tan llena de posibilidades y de entretenimientos, con el paso del tiempo se había llegado a convertir en una trampa. Necesitaba respirar, meditar a solas en un lugar que estuviera a resguardo de miradas indiscretas.

Atravesó el mercado para pobres de la Boquería, ignorando a los trileros y las prostitutas que lo frecuentaban y, si se detuvo en él durante breves instantes, fue sólo para recrear su vista en las malolientes entrañas que aún se ofrecían en los puestos. Perdido en sus pensamientos, atravesó por un puentecillo el torrente bordeado de olmos que muchos barceloneses conocían como la Rambla. A continuación, manteniéndose apartado de las calles más transitadas, rodeó las murallas romanas por el lado de oriente, dejando atrás el portal de Regomir y el castillo del Temple. Se adentró por la Villanueva, el barrio extramuros donde se encontraba la calle de los Caballeros y su propio albergue, y de pronto se encontró ante el solitario camposanto que rodeaba la iglesia de Santa María de las Arenas, también conocida como del Mar.

Habían acabado la misa de vísperas y el templo se encontraba iluminado por el trémulo fulgor de las decenas de lámparas, velas y hachas que todavía ardían en su interior. Sus luces eran empañadas por la nube de incienso que flotaba en el aire y que sumergía la nave en una atmósfera irreal, de ensueño. Arriba, en la techumbre de madera, bailaban las sombras temblorosas de los ángeles que sostenían sus vigas; al fondo, abriéndose paso con su baldaquino entre la aureola de exvotos que la rodeaba, se alzaba la muy venerada Virgen de la Candela, protectora de los vecinos de la Villanueva del Arenal, en su mayoría marineros y pescadores. Entre toda esa abigarrada cantidad de exvotos, se podían ver desde los habituales retabillos pintados con vivos colores, brazos y piernas de cera y prendas de vestir, hasta maquetas de barcos que colgaban del techo, e incluso polvorientas cabelleras de mujer.

A medida que los monaguillos iban apagando todas las luces que ardían en el templo, una multitud de silenciosos vagabundos ocupaban los corredores y se acostaban sobre esteras de esparto o haces de paja. Al final, tan sólo quedó encendido el candil que quemaba perpetuamente ante la Madre Celestial. Bañada por aquella luz parpadeante y frágil, que parecía que se fuera a apagar de un momento a otro, se alzaba la venerada imagen, cuyo rostro dulce y risueño contrastaba con el ceñudo y colérico del pantocrátor que habían pintado sobre el ábside de detrás. El semblante de la Virgen era tan estilizado y estaba tan bien conseguido que parecía real, y a Hug le recordaba extraordinariamente el de Dolça o el de su madrastra. Contempló también el extenso retablo de madera que recubría el altar, a los pies de la imagen: en él, la Madre Celestial extendía

compasivamente su manto azul sobre las ánimas del purgatorio, las de aquellos que habían muerto sin confesión, como los marineros o los pescadores ahogados. Embargado por la emoción, decidió hincarse de rodillas ante el altar y pedirle ayuda a esa Virgen tan comprensiva y misericordiosa, y entonces le salió de los labios uno de los avemarías más sinceros que recordaba haber rezado nunca. Al terminarlo, permaneció allí de hinojos, dando rienda suelta a sus pensamientos.

Se había pasado las noches anteriores en compañía de Dolça, satisfaciendo impetuosamente todas sus pasiones, y una y otra vez, a las pocas horas, había vuelto a necesitarla. Con ella nunca podría darse por satisfecho: era como una fuente encantada que cuánto más bebiera de ella, más sed le diese; como uno de esos ícubos chupasangres, con cuerpo de murciélago y rostro humano, que se posaban sobre sus víctimas cuando éstas dormían y, a medida que les evocaban sueños lujuriosos, les iban chupando con sus colmillos el alma del cuerpo; y a él Dolça no sólo le había quitado todos los dineros, sino también las ganas de vivir. Porque si algo sabía Hug con certeza era que esa maldita furcia había sido la auténtica responsable de su caída en desgracia, la única que de verdad tenía la culpa. Le había quitado el poco interés que le quedaba por los estudios; había conseguido que su afición por el juego pasara de ser un pasatiempo casi inofensivo a una obsesión de la que se habían aprovechado Martin y sus compinches. Pero lo que nunca podría llegar a perdonarle era que en su visita anterior, al pedirle que renunciara a su oficio y se fuera a vivir con él, Dolça le había rechazado. Tras haberle destrozado la vida, ella, una miserable prostituta, se había atrevido a rechazar su amor. ¡Así reventara, la muy zorra!

¿O se trataría acaso de una conspiración, de una trampa urdida por su madrastra? Na Girauda, consciente del tremendo deseo que su hijastro sentía por ella, se había puesto de acuerdo con Martin y Jan y había contratado a aquella prostituta para que le redujera a la indigencia más absoluta y hacerle renunciar así a su legítima herencia. Lo mejor que podía hacer era apostar fuerte y salir de dudas. Al fin y al cabo, la misma hechicera que le había envenenado podría suministrarle el antídoto; la misma hada que le había hecho enfermar guardaba la medicina en su seno. Le propondría el matrimonio a Dolça: si ella no estaba confabulada con su madrastra, sería incapaz de rechazarle a él, futuro barón de Lavaur. Dolça tenía que entender que él la necesitaba para siempre, no para una sola noche. Y si seguía sin entenderlo o aceptarlo, si se mostraba indigna de su amor y le parecía además sospechosa de conspirar con su pérfida madrastra, entonces se merecería mil veces la muerte. Dirigió la mirada hacia esa Virgen tan parecida a Dolça, pero incomparablemente más pura y compasiva que ella, y le suplicó con fervor que le ayudara a reblandecer su endurecido corazón.

—*Ma Donna Sancta Maria*, mi Santísima Señora Madre —rogó, juntando sus dos manos—, yo os juro y os prometo que si me asistís en las penas de amores y en las otras necesidades que padezco, me convertiré en vuestro servidor más fiel y devoto. Y os prometo, además, que tan pronto como me convierta en barón os ofreceré en agradecimiento mil misas, cien velas de cera virgen, diez camisas de hilo y hasta un manto con brocados de oro y plata, para que podáis vestirlo con orgullo en vuestras procesiones...

Y toda esa promesa, por la necesidad animal de juntarse con una vulgar meretriz, pensó de pronto Hug. Sintió pena de sí mismo y se lamentó de lo bajo que había llegado a caer; y entonces, alzando la vista al pantocrátor de mirada implacable que había en el ábside, se juró a sí mismo que, si Dolça volvía a rechazarlo, no tendría compasión de ella.

Siguió arrodillado ante aquel mismo altar el resto de la noche, sin dormir y dándole vueltas una y otra vez a los mismos pensamientos, a las mismas obsesiones, repitiendo sus juramentos anteriores incontables veces y con un fervor cada vez mayor.

Por fin, hacia la hora tercia de la mañana, salió de la iglesia tambaleándose y, sin volver la vista atrás, se encaminó hacia los Baños Viejos.

Jan llevaba toda la noche en vela, asomándose al alféizar de la ventana y escudriñando la oscuridad, esperando a que su amo regresara de su juerga nocturna. El cielo empezaba a clarear, y los grifos y dragones que sostenían los aleros del palacio de enfrente se habían hecho ya visibles, al igual que las abundantes cruces pintadas o esculpidas sobre los dinteles de las ventanas, para impedir que el mal entrara por ellas. En la calle de abajo, llamada de los Caballeros o de Montcada, empezaban a mostrarse los primeros signos de animación diurna. Los vendedores ambulantes más madrugadores pregonaban canturreando sus mercancías y los aprendices limpiaban esmeradamente de estiércol y de basura la porción del suelo empedrado que les correspondía.

Y Hug seguía sin presentarse por el albergue ni la escuela, llevaba ya más de dos días y dos noches desaparecido, como si se hubiese esfumado en el aire por arte de ensalmo. Imposible que en un periodo de tiempo tan largo no se hubiese gastado ya el poco dinero que le quedaba, pensó Jan mientras se decidía por fin a hacer lo que debería haber hecho mucho tiempo atrás.

Cogió del baúl una hoja de papel en blanco, la puso sobre el escritorio y la pulió con un pomo de vidrio hasta que quedó lisa y reluciente. Tanto el tacto suave del papel como el aroma que se desprendía de él, le hicieron olvidar durante unos instantes el hambre que empezaba a roerle el estómago y le dieron los ánimos que hasta entonces le habían faltado para escribir la redacción definitiva de aquella carta, cuyo contenido había estado rondando por su cabeza durante las últimas semanas.

A mi muy amada y venerada señora na Girauda; saludos y obediencia.

Os escribo para haceros saber que vuestros peores temores se han cumplido y que vuestro hijastro no sólo ha malgastado todo el dinero que tan generosamente le habéis enviado, sino que además ha recurrido a los usureros y prestamistas de peor fama de Barcelona. Mucho me temo que esta misma noche haya gastado lo poco que le quedaba de ello. Yo, por mi parte, a duras penas puedo seguir con los estudios, pues hemos tenido que malvender en el mercado todos los libros, pergaminos, y papeles sueltos que teníamos, menos este con el que os escribo la carta. Como mi señor n'Hug lleva más de un mes de retraso en el pago del albergue a na Petronella de Barberà y de los estudios a la Seo, me han excluido a mí, como criado, de los desayunos de ese mismo albergue y de las colaciones de la mensa escolar. Las dos únicas alternativas que me quedan son, o bien aceptar la ayuda del muy gentil en Guilhem Durfort y servir a otro amo renunciando a vuestro encargo, o regresar a Lavaur con las manos vacías, sin

haber terminado el primer año de los estudios, cuando apenas faltan unas semanas para que finalice. N'Hug recela de mí y asegura que el retraso de más dos meses en vuestro estipendio se debe a que os he informado en secreto de la vida disoluta que lleva.

Mi señora, si en algo valoráis mis pobres servicios y mi modesto juicio, os pido que me concedáis el siguiente favor: dadle a Peire Alanhan una generosa cantidad de dinero que le permita pagar a mi amo sus deudas y terminar nuestros estudios, pero no permitáis que n'Hug toque para su uso personal ni un solo sueldo de esa cantidad.

Por otra parte, estamos los dos bien de salud, os estoy muy agradecido por vuestra generosidad anterior y os agradezco de antemano la que ahora me vais a ofrecer.

Vale.

Jan dobló la carta, estampó el sello de su amo en el lacre y se la guardó cuidadosamente en el bolsillo interior de su sayo. Al salir el sol, y viendo que su amo no había regresado aún, le entró miedo y decidió quitársela lo antes posible de encima. Abandonó corriendo el palacio de los Barberà, ignorando los saludos de todos los demás escolares, que a aquella hora acudían a la sala a desayunar y que le observaban con una mezcla de burla y compasión. En los bajos del cercano palacio de los Montcada, los criados del mercader tolosano Peire Alanhan acababan de descorrer los postigos que protegían su establecimiento. Peire tenía un acuerdo con Robert de Montcada, señor del Bearn, para comerciar en las abundantes villas que el barón tenía a ambos lados de los Pirineos; el mercader gozaba además de la total confianza de na Girauda, y por ese mismo motivo, tanto ella como los dos escolares solían usarle de correo para el envío de dinero y de cartas.

Al verlo entrar en el establecimiento, Peire le saludó con semblante grave y tras hacerle pasar a la trastienda, le pidió que se sentara en un banco. Jan se disponía a oír otro de los habituales sermones sobre la vida disipada que llevaba su amo. En lugar de ello, recibió un vaso de aguardiente y un fuerte apretón en el hombro, como si le estuvieran consolando de alguna pérdida. Mientras su interlocutor se sentaba en un arcón que había enfrente, él se bebió el contenido del vaso de un par de tragos.

—Sire Simón de Montfort ha llegado con sus cruzados a Bram —dijo al fin Peire, tras un tenso silencio—. Allí hizo quemar en las hogueras a sesenta albigenses. Al resto de los vecinos les hizo cortar las narices y los labios; y luego los obligó a pasear por todos los pueblos cercanos, atados y en fila.

Jan sacudió la cabeza, horrorizado por la atrocidad que acababa de escuchar.

—Bram no es el único sitio que han visitado los cruzados. También han pasado por Lavour —añadió Peire.

Era día de justas y las calles estaban repletas de gente aclamando a los caballeros que caracoleaban por ellas con sus monturas e intentaban insertar sus lanzas en los elevados aros de hierro que

colgaban de las esquinas. Hug reconoció enseguida la montaña de los Claramunt y la campana de los Sant Climent brillando con despampanantes colores en las lorigas de los caballos y en los yelmos y escudos de sus jinetes; pero no estaba en condiciones de admirar ninguno de esos magníficos arreos. Se abrió paso entre la multitud y llegó enseguida al portal de los Baños Viejos, donde se amontonaban varios encargados y prostitutas que estaban mirando la exhibición desde allí, y que apenas le prestaron atención cuando entró en ellos. La calma que reinaba en el patio contrastaba con el rumor apagado que llegaba desde la calle. En aquella hora ya casi no debían de quedar clientes.

Subió por la escalera de caracol que le era tan familiar, y por fin, al encontrar la puerta que buscaba, la aporreó con todas sus fuerzas. Dolça le recibió recién levantada de la cama, con la cabellera desgreñada y sosteniendo un bebé entre sus brazos; aun así, seguía resultando tentadora, pues su camisón dejaba adivinar con facilidad las turbadoras formas de su cuerpo. En su semblante somnoliento se dibujaba una expresión enigmática, casi compasiva, similar a la que solía esbozar na Girauda al verle, y que a Hug le resultó repugnante. ¿Cómo podía ella, una burda meretriz, sentir pena por él, hijo de barón? El tremendo parecido suyo con la madrastra de Hug era incrementado por el bebé que ella acurrucaba entre sus brazos, de la misma edad que Bernadó; pero allí se terminaban las similitudes. Al entrar en la alcoba, Hug reconoció enseguida el tufo dulzón que impregnaba toda la estancia, ese olor inconfundible a semen rancio, tan típico de cualquier mancebía. Sin duda alguna, su amada no se había quedado cruzada de brazos la noche que él había faltado. A esto se unía el aliento fétido que salía de la boca de Dolça cada vez que la abría. Hug se imaginó a otros hombres introduciendo su miembro viril en aquella boca que había besado tantas veces y con tanta pasión, y sintió arcadas en el estómago. ¿Y por esa vulgar mujerzuela había tenido que perder el juicio y arruinarse?

—¡Qué pronto llegas hoy! —se limitó a comentar ella con resignación.

Y entonces Hug le soltó el largo y enrevesado discurso que había estado ensayando durante toda la noche: un discurso en el que, al igual que el anterior, se quejaba de lo mucho que sufría por su cruel indiferencia y le prometía amor y fidelidad eternos. En el momento de proponerle el matrimonio, llegó a hincarse de rodillas y a asegurar que si ella no lo aceptaba sería capaz de hacer algo terrible.

Dolça recelaba de aquel mancebo tan joven y temperamental, aun cuando se pusiera a sus pies y le pidiese la mano. Apenas escuchaba las palabras que le dirigía entre sollozos, tan ridículas como esos supuestos gestos de devoción con que las estaba acompañando. Se sentía aturdida por el mucho vino que había bebido la noche anterior; su sexo y su boca le escocían a causa de los fogosos clientes a los que había tenido que atender y, ahora que por fin podía disfrutar de unas pocas horas de descanso y de la compañía de su hijo, justo cuando acababa de conciliar el sueño, aquel joven engreído y estúpido venía a molestarla. Ya se imaginaba que con él ocurriría algo así; que no se habría dado por vencido con el rechazo anterior y que en breve volvería a insistir. También estaba convencida de que si rehusaba de nuevo su oferta, él se lo tomaría como una ofensa personal; en los pocos meses que llevaba trabajando de cortesana se había encontrado ya con varios casos parecidos; y en todos ellos había sentido el mismo fastidio, el mismo peso abrumador cayendo sobre sus hombros.

Sin dejarle de dirigir a Hug una tensa sonrisa, depositó suavemente a su hijo en el centro de la cama y, cerrando tras de sí la puerta de la alcoba, le acompañó hasta el pasillo. Si tenía que pegarle,

que no hiciera daño al niño, pensó Dolça. Descendió con Hug la escalera de caracol y al llegar a la capilla, resolvió detenerse y enfrentarse a su acompañante, figurándose que cualquier encargado podría oír sus gritos si venían mal dadas. Respiró profundamente para cobrar fuerzas y por fin se atrevió a decirle:

—N’Hug, agradezco vuestras atenciones y vuestra proposición, pero deberíais comprender que no puedo aceptarla.

—¿Y por qué no? —rugió con rabia—. ¡Si te estoy dando la oportunidad de salir del arroyo y de convertirte en una señora principal, en mi propia mujer! ¡Deberías de ser tú la que se pusiera de rodillas ante mí!

—¿Bromeáis? Sabéis perfectamente que vuestra familia nunca os dejaría casar conmigo. ¡Nunca! —le espetó Dolça mientras empezaba a acercarse a la puerta que daba al patio.

—¡Huyamos juntos, ven conmigo a mi tierra! —insistió.

—¡N’Hug! —le recriminó ella—. Os repito las mismas palabras que os dije ayer: mal negocio sería para mí amancebarme con vos. A las pocas semanas os cansaríais de mi compañía, me retraeríais mi pasado y nos abandonaríais a mí y a mi hijo. Además... Yo también me cansaría de vos porque no os amo. ¡Ni siquiera me gustáis!

Temía la reacción de Hug, que, efectivamente, la agarró firmemente por el brazo cuando estaba a punto de cruzar el umbral.

—¡Por tu culpa me he arruinado!

—Por mi culpa, no; por vuestro escaso juicio. Es lo que suele ocurrir con los mancebos alocados como vos; cuando no lo pierden por mí, lo hacen por cualquier otra; y si no, únicamente con la bebida y el juego ya les basta y les sobra para arruinarse.

—¿Sabes? Yo a ti te entiendo.

—Lo dudo. Ahora, soltadme o empezaré a gritar.

—Sí, y tanto que te entiendo, rechazas una oferta honesta de matrimonio, porque te gusta más esta vida de guerra que llevas ahora, porque prefieres retozar con pecadores lujuriosos antes que vivir como una mujer honrada.

—¿De verdad creéis que es así? Entonces, suponiendo que eso sea cierto, ¿por qué demonios los pecadores lujuriosos como vos tenéis que pagar tanto dinero para que alguien como yo os aguante?

—¡Cállate, mala puta, así revientes! ¡Qué asco me das!

—¡Pues si supierais el que me habéis dado vos!

No debió de haber pronunciado nunca estas últimas palabras. Dolça se escapó corriendo por la puerta, pero tan sólo pudo recorrer unos pocos pasos antes de que la fuerte mano de Hug la atrapara, la agarrara por la cabellera y le hundiera la cabeza en el agua de la alberca, apretándole la cara contra su fondo cenagoso. A Dolça le pareció que sus pulmones estaban a punto de estallar y que iba a perder los sentidos. Pero justo entonces, la mano que la había estado sujetando la soltó y ella pudo erguirse y volver respirar, entre fuertes toses. Su acompañante aún estaba a su lado, en el borde de la

alberca: su figura oscura era precedida por una deslumbrante hoja metálica, que brillaba a un solo palmo de distancia. Intentó abrir la boca y decirle algo, pero en aquel momento notó como algo duro y afilado le atravesaba el gáznate y le ensartaba la lengua desde abajo. Luego, volvió a sentir las fuertes manos de Hug zarandeándola y sumergiéndola de cuerpo entero en la alberca. A las manos siguió la boca, que empezó a besarle todos aquellos rincones del cuerpo con los que ella más había pecado. Seguía teniendo la punta de la espada clavada en el paladar, aprisionándole la lengua y sin dejarla hablar.

—Te quiero, Dolça, te quiero como nunca he querido a nadie —le susurraba—. Si me rechazas, si te niegas a ser mía, morirás.

Dolça contuvo la respiración esperándose lo peor. Aquél era el final. La punta de la espada salió de su boca y de pronto la notó por todo el cuerpo, llenándolo de dolorosos relámpagos, que se lo iban embotando. Le pareció que la alberca dejaba de tener fondo y se transformaba en un agujero inmenso que se la estaba tragando. Eternidades más tarde, cuando ya estaba a punto de desvanecerse, pudo incorporarse por última vez y sus ojos se encontraron con los de otro mancebo que permanecía inmóvil a varios pasos de distancia, observándola.

Jan se abrió paso entre las multitudes que llenaban las calles, aturdido por el hambre, por el sueño y el aguardiente que acababa de tomar con Peire Alanhan. Sabía que en los Baños Viejos era donde trabajaba aquella meretriz de la que Hug se había encaprichado las últimas semanas. Ése era el lugar más probable donde podría encontrarle a aquellas horas de la mañana. A medida que se acercaba a ellos, iba rememorando las nuevas que le había explicado Peire sin acabarlas de dar por ciertas: Simón de Montfort había conseguido tomar Lavaur y había hecho quemar a más de cuatrocientos supuestos albigenses, entre los que se encontraba su tío y benefactor, Teobald; a la mañana siguiente, su amada señora na Girauda había sido arrastrada desnuda por las calles de la villa, entre las burlas y las chanzas de la soldadesca, antes de ser arrojada a un pozo que taparon con rocas y piedras. Aunque en su fuero interno Jan sabía que las noticias podían ser ciertas, que los cruzados eran capaces de cometer atrocidades semejantes o incluso peores, no quería creérselas; es más, se negaba a creérselas.

Atravesó la puerta de los baños, que encontró vacíos, y al llegar al patio, sintió como el corazón le dio un vuelco. Una mujer idéntica a na Girauda estaba sumergida en la alberca con su amo, que la agarraba entre sus brazos y le estaba ensartando su espada en el pecho izquierdo. Paralizado por el miedo y por el asombro, Jan contempló como instantes después retiraba esa espada de allí y se la hundía con saña en una de las nalgas; y descubrió que la furia de su amo, en lugar de tranquilizarse, iba creciendo por momentos mientras le daba la vuelta a la mujer y seguía apuñalándola rabiosamente, a espasmos, en el vientre, en los muslos, en la entrepierna y en todos los rincones del cuerpo donde hubiese carne abundante que pinchar y desgarrar. Y a medida que lo hacía, empezó a prender con fuerza en el corazón de Jan el temor a que aquella pobre mujer fuera de verdad su señora na Girauda, que había conseguido huir de Francia y llegar de incógnito a Barcelona. Tal vez las nuevas que había oído sobre la toma de Lavaur eran falsas, y mientras él permanecía allí, indeciso y con las manos agarrotadas, estaba permitiendo que su amo malhiriera a su muy amada señora. Los

lloros de Bernadó, que en aquel mismo momento empezaron a oírse desde una ventana abierta, no hicieron sino confirmar sus sospechas. Hug se detuvo y levantó la cabeza, ignorando el cuerpo inerte que flotaba sobre las aguas cenagosas y tintas de sangre. Al instante sus ojos se cruzaron con los de Jan y le dirigieron una de aquellas miradas despectivas y chulescas, tan típicas de él; pero su paje ya no le tenía miedo.

Avanzó con paso firme y decidido hacia la alberca, y se metió en ella. El agua apenas rebasaba sus rodillas. Apartó a su amo de un empujón y retiró del agua el cuerpo de su señora, sosteniéndolo entre sus brazos, mientras ella abría la boca y balbuceaba con dificultad:

—¡No llores, hijo mío, que ahora voy!

De pronto, pareció darse cuenta de lo que le estaba ocurriendo, miró a Jan con ojos desorbitados de miedo y empezó a pedirle a gritos que buscara a un sacerdote para que la confesara, porque no quería ir al infierno.

—¡Quita de ahí, imbécil! —le graznó su amo, arrancándole a la moribunda de los brazos y dejándola caer de nuevo en el agua—. ¡Cuando acabe con ella me dirás dónde has escondido el dinero de mi madrastra, o te mataré a ti también!

Dichas estas palabras, Hug apoyó a la desvanecida Girauda sobre el borde de la alberca y, empuñando su espada con las dos manos, posó la punta de ella sobre su corazón y se lo perforó. Ya era demasiado tarde para que Jan pudiera salvarla. De las espaldas de la pobre mujer brotaron cuatro palmos de hoja desnuda que destellaron hirientes bajo el sol de la mañana; no fueron tan terribles, sin embargo, como el chorro de sangre densa y oscura que saltó de la empuñadura, y que cayó goteando desde los codos de su matador hasta la superficie de la alberca. El niño, mientras tanto, seguía llorando con toda la fuerza de sus pulmones, y sus llores fueron acompañados enseguida por los del propio Hug. Con el pecho sacudido por profundos sollozos, el amo de Janic contemplaba a la mujer a quien más había amado y odiado en su vida, convertida en un cuerpo inmóvil por cuyos abundantes agujeros se le escapaba el alma.

Y el paje en todo ese tiempo no podía dejar de recordar todas las burlas y humillaciones que su amo le había infligido a lo largo de los últimos meses por estupideces y menudencias; todas las amenazas y malos tratos que había tenido que soportar en silencio, sin atreverse a abrir la boca para protestar, y sintió que una ira ciega estaba empezando a apoderarse de él y a ofuscarle. Nunca había matado a nadie; pero había degollado a decenas de animales, cerdos, corderos y terneras, entre otros. Estudió a Hug, que seguía dándole la espalda, centrando toda su atención en el cuerpo de su madrastra y sin preocuparse lo más mínimo de él, un simple criado. Y entonces, como movido por un resorte, le abrazó con fuerza el cuello mientras le clavaba su cuchillo debajo de la oreja y trazaba con él un repentino semicírculo. Hug opuso resistencia y consiguió zafarse de los brazos de Jan e incorporarse; pero perdía tanta sangre y con tanta rapidez que en un abrir y cerrar de ojos cayó desplomado sobre la superficie del agua.

Había ocurrido todo de un modo tan brusco que el propio Jan se quedó allí durante un largo rato, mirando estupefacto la tráquea seccionada de su amo que borboteaba bajo la superficie del agua, sin acabar de creerse lo que acababa de hacer. Reparó en que el pelo de la mujer asesinada parecía teñido, recordó que trabajaba en unos baños, y concluyó que no podía tratarse de na Girauda; que la

falta de comida y de sueño de las últimas semanas le debía de haber trastornado la cabeza. En ese preciso instante, oyó ruido de voces que se acercaban y saltó por una tapia que daba a la calle.

Las multitudes lo fueron empujando hacia abajo, hacia un arenal conocido como el Born y usado como campo de justas de Barcelona. Incomprensiblemente, un grupo de mozos de su edad le estaban aclamando y palmeándole la espalda. Jan dejó que lo arrastraran con ellos hasta el interior del campo. Al principio, la amplia extensión de arena le deslumbró y le confundió por completo; al deslumbramiento inicial se añadía el ritmo frenético y enloquecedor de gaitas, flautas y tambores, que en aquel recinto cerrado resonaban con excesiva estridencia y que lo dejaban aún más aturdido de lo que estaba. Un caballo pasó por su lado izquierdo, arrastrando sus propias tripas por el suelo y pisoteándolas con los cascos. A la derecha, yacían los cuerpos inmensos de tres toros de lidia, acompañados por varios hombres heridos que no cesaban de lamentarse. Uno de ellos se aguantaba un ojo con la mano, intentando que no se le saliera de la cuenca.

Cuando su sentido de la vista consiguió acostumbrarse a la luz del sol, Jan descubrió, que a lo largo y a lo ancho de la arena yacían escudos quebrados, astillas de lanza y fragmentos de viseras y de arzones, señales todas ellas de que las justas se habían celebrado ya. Por el centro del campo, deambulaba una densa multitud de hombres del común, borrachos como cubas y armados con picas y venablos que sacudían en el aire. Los hombres, en su mayoría mozos, estaban persiguiendo a un toro y acorralándolo contra la valla que partía el campo en dos mitades. Entonces Jan entendió por fin lo que había pasado: llevaba el sayo salpicado de la sangre de su amo, y el grupo de mozos, que eran espontáneos que participaban en los juegos, lo habían confundido con uno de los suyos. Conocía de sobras las corridas de toros como aquella, que también se celebraban en tierras de Tolosa. Sabía que todos esos mancebos aspiraban a matar al toro y a bañar sus mantos con la sangre de la bestia, pues según una creencia ancestral, esos mismos mantos les otorgarían prosperidad y abundante descendencia si los llevaban puestos el día de su boda. Incluso los caballeros noveles que querían demostrar su valor participaban en las corridas; algunos de ellos estaban esperando en las proximidades del recinto, montados en sus corceles y caracoleando impacientes con ellos.

Jan bebió un buen trago del odre que le volvieron a ofrecer, salpicó su sayo con el vino a propósito, hasta limpiar y confundir con él todos los restos de sangre, y dejó que su improvisado grupo de compañeros le arrastrara hacia el centro del campo. El toro había quedado acorralado contra la valla y recibía impasible los tirones de cola, las patadas y los pinchazos con lanzas y estacas de la multitud que lo rodeaba. De pronto, cuando Jan se hallaba ya a pocos pasos de distancia, el animal embistió furiosamente a uno de sus acosadores y lo volteó por los aires. La muchedumbre retrocedió espantada, mientras el toro se iba cebando con otros cuatro o cinco mozos que habían tropezado. Jan permaneció allí, empapado de sangre, sudor y vino; aturdido y contemplando todo aquel espectáculo como si lo estuviera soñando.

Le desperezaron el rugido de los espectadores y los gritos de «¡Alamany, Alamany!», dirigidos a un caballero que estaba galopando hacia el centro de la plaza. El acero de su loriga y la plata de su yelmo refulgían con tanta fuerza bajo la luz del sol que realmente parecía un ángel que hubiera bajado del cielo. Llevaba pintada su enseña, un ala, sobre el escudo y la loriga de su montura. El caballero

saludó al rey y a las autoridades, que estaban viendo el espectáculo desde las ventanas de un palacio. Mientras lo hacía, las muchas damas que había en un palco le tiraron flores, alborozadas. A continuación, espoleó a su corcel y cargó contra el toro con la misma rapidez con la que lo habría hecho un halcón volando hacia su presa. Era un combate desigual: mientras él ensartaba a placer su lanza en el lomo de la bestia, los afilados cuernos de ésta rebotaban contra las tres capas de mallas de acero que recubrían por completo los cuerpos del caballero y de su montura.

Tan sólo la presión de una fuerte mano sobre su hombro distrajo a Jan del espectáculo: era Guilhem Durfort. Le susurró que se acababa de enterar de lo ocurrido en Lavaur y que le había estado buscando por toda Barcelona; de pronto pareció reparar en la expresión de inquietud que tenía el paje y le preguntó qué le había ocurrido.

—Acabo de matar a mi amo —le respondió.

Guilhem lo miró compasivamente y lo abrazó, luego le ordenó:

—Sígueme.

Como Jan titubeaba, le tiró de la mano, e insistió:

—¡Rápido, no hay tiempo que perder!

De inmediato, Guilhem lo sacó del Born y lo llevó por las estrechas callejuelas con cobertizos que iban a parar al puerto. Pasaron de largo por el bosque de mástiles que se balanceaban siguiendo el vaivén de las olas, dejaron atrás la espléndida escuadra de galeras reales y llegaron al faro, en cuyas inmediaciones los pescadores solían atracar sus humildes laúdes.

A la sombra de un porche, varias mujeres estaban remendando unas redes. Guilhem preguntó por un tal Miquel Ferran, patrón de pesca y dueño de uno de los laúdes. Al oír su nombre, el pescador salió del interior de la casucha que había tras el porche y saludó a Guilhem como si ya le conociera de antemano. El tal Miquel les explicó que podrían zarpar en ese mismo instante, pues había empezado a soplar la tramontana, y ello les permitiría navegar hacia mediodía con el viento a favor.

Jan creyó adivinar que la intención de su amigo era ayudarlo a huir de Barcelona por barco antes de que la justicia diera con su paradero y lo encontrara. Pero no conseguía explicarse por qué demonios aquel pescador estaba ya sobre aviso, ni por qué oscuros motivos Guilhem quería acompañarle. Mientras Guilhem seguía hablando con el pescador, observó el amplio y oscuro mar, surcado por abundantes velas, y el horizonte en que terminaba, brillante como el filo de una espada. A su diestra, entre la montaña azul de Montjuïc y los pinares de la isla de Mayans, se amontonaban en confusa penumbra las casas de Barcelona. Sobre sus tejados y azoteas sobresalían los campanarios de piedra blanca y agujas doradas, que se entremezclaban con las torres de la muralla romana, altas y sombrías. Jan había estado encerrado en aquella ciudad durante seis largos meses, sometido a los caprichos de su amo. Con un fuerte peso oprimiéndole el corazón, recordó que acababa de matar a Hug con sus propias manos, y sintiéndose terriblemente culpable por ello, se hincó de rodillas en la arena y empezó a recitar un avemaría. Sus rezos quedaron ensordecidos por el fragor de la tramontana, que hinchaba las lonas y las velas de los laúdes y arrastraba la espuma de las olas hasta sus piernas.

Más sosegado, consideró cuánto había cambiado su vida entera en apenas dos años, desde que

vivía con su familia en Béziers hasta aquella misma mañana, en la que se había convertido en un fugitivo perseguido por la justicia. Y le apesadumbró mucho que así fuera, pues estaba cerca de Reus, el lugar donde vivía aquella doncella llamada Blanca; y por culpa de ello no podría visitarla, ni terminar sus estudios que le habrían permitido labrarse una posición y pedirle la mano a su familia. Regresó a su memoria aquella canción sobre la mutabilidad de la Fortuna que Martin había cantado a orillas del Llobregat; y recordó la descripción que de ella hacía Boecio en su *De Consolatione Philosophiae*, concluyendo que tales descripciones eran acertadas, y que la rueda de la caprichosa diosa giraba con excesiva rapidez.

SEGUNDA PARTE

LA FRONTERA

I

Hubert de Guiu tenía serios motivos para preocuparse. El correo había llamado a las puertas de su masía fortificada a la hora prima, cuando el sol apenas acababa de asomarse por el horizonte. Con voz temblorosa, le había comunicado la convocatoria para un consejo general, que se celebraría aquel mismo día y de inmediato. Habitualmente, recordó Hubert, los consejos generales de Reus se convocaban con varios días de antelación, para que todos los prohombres, ciudadanos y vecinos de la villa que tenían derecho a asistir pudieran aplazar sus asuntos privados. Pero más inquietante aún que la urgencia de ese consejo era su celebración en las fechas en que estaban: a 23 de septiembre de 1215, día de Santa Tecla, cuando graneros y despensas estaban llenos a rebosar por las recientes cosechas. Ésa era la época que preferían los sarracenos de Valencia o de Mallorca para hacer razias por el Campo de Tarragona; por no decir cualquier barón de los vecinos reinos de Aragón o de Castilla, que aprovechaban la minoría de edad del rey para engrosar su fortuna; los más terribles de todos, sin embargo, eran los almogávares: esos sanguinarios forajidos sin Dios, rey ni señor, que vagaban por la cercana tierra de nadie.

Hubert presidió el desayuno en la sala principal de su masía con la cabeza llena de estas y otras preocupaciones similares, y habiendo ya comido, quiso acallar sus propios miedos para no transmitirlos a su familia.

—Nuestros jurados son unos exagerados y se ahogan en un vaso de agua —repitió varias veces, con tono desenfadado respondiendo a los angustiados comentarios de su mujer Alianor—. Por cualquier tontería ya te montan un consejo.

—No siempre son tonterías, señor padre —advirtió su hija Blanca con su habitual descaro, mientras mecía entre sus brazos a Miquelet, su hermanito de cuatro años—. Acordaos de que cuando nuestro anterior rey en Pere se fue a la guerra de Tolosa, os avisaron también con un consejo general de urgencia.

Hubert recordó con desagrado aquella maldita guerra y la vergonzosa derrota de Muret con la que finalizó, dos años atrás. Él mismo, para su grandísima vergüenza, fue hecho prisionero por los franceses. Sólo pudo recobrar la libertad cuando su mujer Alianor pagó un cuantioso rescate, malvendiendo la mitad de sus tierras y despidiendo a todos los masoveros y criados que trabajaban para él, menos a Genís Grasset y los de su familia.

—¿Y a ti quién te ha dado permiso para soltar impertinencias? —soltó de pronto Hubert a su hija, alzando la voz.

—¿De qué tenéis vergüenza, señor padre? ¿Deno haber muerto en el campo de batalla por una causa estúpida, como vuestro señor, Bernat de Bell-lloc? ¿De haberos rendido y haber regresado a casa, con nosotros?

—¿Cómo puedes ir con esos aires? ¡Tú, que no eres más que una doncella! ¡Nunca, nunca deberías tratar de estos asuntos con un caballero!

La mente de Hubert estaba enturbiada por el reciente sueño y le faltaban aún energías para regañar a su hija como era debido; así que sin decir nada más, se levantó refunfuñando de su escaño y dejó que Perot, el hijo mayor de Genís, le pusiera la sobrevesta de cuero y le ciñera al hombro Roenta, su larga espada. A continuación, descendió por las escaleras hacia el patio interior de la masía, que estaba empedrado y hacía las veces de era y corral. Al verle llegar, Genís hincó una rodilla y le sostuvo con las manos el estribo de Blanquínos, su viejo corcel. Hubert estrechó fuertemente entre los brazos a su mujer y a su hijo, ignorando por completo a Blanca, que en un repentino gesto por congraciarse con él, se le había acercado por la espalda y le había abrochado su manto en el hombro. Sin girarse hacia ella ni darle las gracias, se subió de un salto a su corcel y seguido de cerca por Genís, atravesó el portón de la masía.

A los pocos pasos recorridos, tiró de las riendas de su caballo para frenarlo e inspeccionó con atención el semicírculo de montañas que rodeaba el Campo de Tarragona. Tal y como le acababa de asegurar su criado, las almenaras de Montroig, Escornalbou, Castellvell o Almofter seguían estando apagadas. Y dejó escapar un suspiro de alivio, pues eso significaba que no había bajeles moros en la costa ni incursiones de enemigos que hubieran atravesado los puertos de Besseit. El cielo estaba despejado y no soplaba ningún viento; volvería a hacer tanto calor como en los días anteriores, pensó ya más reconfortado.

En el camino de Reus se encontró con Ramon de Ribes, barón de Barenys, que también había sido convocado. Hubert reprimió un suspiro de malestar, pues Ramon venía acompañado por sus dos hijos mayores y un séquito de cinco criados, todos ellos ricamente vestidos y montados sobre veloces corceles o robustos palafrenes. Su séquito en cambio daba pena: a él sólo le acompañaba Genís, que cabalgaba sobre un rocín viejo y flacucho que a duras penas podía aguantar su enorme peso.

Ramon se le acercó y le preguntó por la salud de su hija Blanca.

—¡Demasiado buena la tiene! Ya conocéis como las gastan las doncellas en su juventud —contestó bromeando, mientras recordaba su indiscreto comentario del desayuno—, últimamente nos lleva tanto la contraria a su madre y a mí, que nos trae a los dos de cabeza.

—Estos problemas son de fácil solución —le contestó—, que no hay fierecilla que no se pueda domar, Dios mediante y con la ayuda de una buena vara. Así he hecho yo con mis cinco hijos y hasta la fecha ninguno de ellos me ha dado el menor motivo de queja.

—Admito que tal vez hayamos sido demasiado indulgentes con ella y la hayamos malcriado un poco, pero, como sabéis, Blanqueta ha sido hija única durante demasiado tiempo.

De pronto, Ramon de Ribes se acercó más a Hubert y le susurró al oído:

—Reitero mi proposición del año anterior, Hubert. Os pido que la volváis a considerar.

Hubert lo escuchó con un sobresalto en el corazón y le contestó diplomáticamente:

—Os juro que no he dejado de tenerla en cuenta durante todo este tiempo, mi señor.

No quería desilusionarle pero tampoco darle falsas esperanzas. Su hija era demasiado altanera en todo aquello concerniente a sus pretendientes; a nueve de ellos había rechazado ya, entre los que se contaba su mismo interlocutor, Ramon. Cuando Hubert le contó a Blanca que la pretendía el señor de Barenys, ésta se echó a reír. Y con motivo, pues Ramon no era precisamente un galán joven y apuesto: estaba a punto de entrar en el invierno de su vida y había enviudado ya tres veces. Y la verdad sea dicha, a su rostro enjuto no le favorecían demasiado ni aquella nariz tan marcada que tenía, de ave rapaz, ni la severidad que solían expresar sus ojos pequeños y saltones. Pero éstos no eran motivos de peso para faltarle al respeto a alguien que podía convertirse en el benefactor de la familia, puesto que de todos los pretendientes que habían aparecido hasta la fecha era sin duda alguna el más rico y el de mejor rango. Y Blanca tampoco era nadie para ir con esos aires: cierto que posiblemente era la doncella más rubia y con la piel más blanca de todo Reus y de sus alrededores, pero a su familia no le sobraba el dinero ni era precisamente de las de más alta alcurnia. Además, apenas le quedaban cinco meses para cumplir los dieciocho años: en poco tiempo sería ya tan mayor que difícilmente volverían a aparecer partidos tan buenos como Ramon.

—Veo que dudáis, ¿acaso me faltan honra y heredades para ser un digno yerno?

—Muy al contrario, mi señor. Vos, como barón con señorío y feudo propio, sois de un rango muy superior al suyo, que ella es sólo hija de caballero. No puedo imaginar mejor pretendiente para Blanqueta. Nos hacéis un honor demasiado grande con vuestra propuesta, tan grande que nos abrumáis.

—No temáis por el rango, que lo que a ella le falta de eso, lo suple de sobras con la belleza y el vigor de su juventud.

—Ahí está el problema —se sinceró al fin Hubert, sin perder la diplomacia—, en Ramon, que mi hija encuentra que hay demasiada diferencia de edad entre vos y ella.

—¿Y eso es el único obstáculo que se interpone para que yo alcance mi felicidad y vos mayor riqueza y honra? ¡Acabáramos! ¿Desde cuándo le está permitido a una doncella desobedecer la voluntad de su padre? ¿Recordáis lo que os he dicho antes de mis hijos? Pues aún es más válido con las mujeres y con las hijas: si no se aviene a razones, convencedla con el palo.

A Hubert le habría gustado contestar a Ramon que él había pegado a su mujer o a su hija en muy raras ocasiones; que cada vez que se figuraba a aquel señor no ya pegando con la vara a su querida Blanqueta —a quien a pesar de su reciente enfado con ella, quería más que a nadie en el mundo—, sino incluso besándola o acariciándola, le entraban escalofríos. Pero, en lugar de eso, respondió:

—Esta misma tarde hablaré muy seriamente con ella.

El consejo se celebraba en la iglesia de Santa María de Reus, que era también la capilla del castillo. Habiendo entrado en el patio de armas, Hubert y Ramon desmontaron de sus caballos y les pasaron

las riendas a sus criados. En el pórtico de la iglesia se veían dos corrillos: uno de ellos estaba formado por los barones de Salou, Riudoms y Cambrils, que estaban manteniendo una conversación fría y formal con la castellana n'Agnès de Cànoves y su hijo, Bernat. El otro corrillo lo componían tres de los antiguos compañeros de armas de Hubert, caballeros sin feudo como él: Robert Gascó, Pere Jofré y Joan Gavaldà, que se encontraban en animada charla.

Hubert acompañó a Ramon hacia el primer grupo, y rindió homenaje a la castellana y a su hijo, dedicándoles una rápida genuflexión y besándoles las manos. El marido de la castellana, Bernat de Bell-lloch, había fallecido en la batalla de Muret, por lo que el nuevo señor de Reus era nominalmente su hijo de nueve años; pero en la práctica, y hasta que no alcanzara la mayoría de edad, era n'Agnès quien gobernaba el señorío. Y era por tanto a ella, una mujer, a quien debían obedecer todos aquellos altivos barones, vasallos suyos, que la estaban halagando tan falsamente con una sonrisa en los labios. Hubert se dirigió muy pronto al corrillo que formaban sus compañeros y los saludó efusivamente. Se conocían todos ellos desde la más tierna infancia y sus padres, e incluso sus abuelos, habían sido ya amigos; pues tal y como indicaban sus apellidos provenían todos ellos del norte de los Pirineos. Intercambiaron cuatro palabras sobre la cosecha del verano, que había sido espléndida, y cuando sonó la campana de la iglesia, entraron en ella a ocupar su sitio correspondiente.

La iglesia estaba dominada por un inmenso Cristo crucificado, esculpido en yeso sobre el ábside, con el sol y la luna pintados a los dos lados. En el altar se alzaba una sonriente imagen de la Virgen, protegida por un baldaquino. Agnès y Bernat se sentaban en los escaños que había alrededor del altar, al lado de los otros señores feudales que les debían vasallaje. En las primeras filas se colocaban los caballeros como Hubert y sus compañeros, que, a pesar de no tener señorío propio, tenían el honor de ser los nietos de los cruzados que habían conquistado el territorio, setenta años atrás. El resto de la iglesia estaba ocupado por los ciudadanos del Brazo Mayor y los vecinos del Menor, que se apretujaban contra las paredes y la entrada por falta de espacio.

El rector, fray Ramon Esplugues, mandó cerrar las puertas y ofició una corta y apresurada misa de laudes. Terminada la ceremonia, se hincó de rodillas ante el inmenso Cristo del ábside y dijo en romance:

—¡Gloria a ti, oh, Señor de la tierra y de los cielos! ¡Gloria a ti, oh, Criador que estás en lo alto! Te damos las gracias por permitirnos un día más de existencia y por dejarnos reunir de nuevo en esta iglesia para celebrar la santa misa y el consejo. ¡Ten piedad de nosotros y concédenos la gloria eterna, amén!

Pronunciadas estas palabras, declaró abierto el consejo general.

Arnau Muster, prohombre y jurado mayor de Reus, se puso de pie y caminó hasta el centro de la iglesia, pidiendo silencio con un gesto de la mano

—¡Vecinos de Reus! —gritó al fin, indignado—. Sabed que lo que tanto temíamos está a punto de ocurrir, y que volverá a repetirse si no hacemos nada para remediarlo. El largo cautiverio de nuestro rey y señor, en Jacme, y su minoría de edad han durado demasiado. Algunos aprovechan el vacío de poder que se ha creado para llenar sus arcas; y lo más triste de todo es que entre estos mismos desaprensivos se encuentra nuestro propio señor natural, el arzobispo.

A continuación, les explicó que el señor del Campo de Tarragona, n'Espàrreg de la Barca, con la excusa de los enormes gastos que le causaba la construcción de su catedral, quería imponer un elevadísimo impuesto de *lleudes* a todos los mercaderes, comerciantes, menestrales y arrieros de Reus. Y no contento con eso, quería poner otro de *questies* a todos los caballeros sin señorío y propietarios de alodios del Campo de Tarragona. Al parecer, previendo ya de antemano las protestas y el rechazo de los vecinos, había decidido cobrarse ambos impuestos en especies, enviando un ejército de hombres armados a todas las villas del territorio.

Estas noticias, como era de esperar, levantaron un murmullo de indignación entre los asistentes al consejo. Todos ellos recordaban con amargura las *questies* recolectadas por el vicario real y el mismo arzobispo, con motivo de la guerra contra los almohades del año 1212, y las de la guerra de Tolosa del 1213, dos años atrás. En ambas ocasiones, los recaudadores se cobraron los impuestos con tanta generosidad y abundancia, que cuando llegaron los inviernos siguientes, muchos de los vecinos presentes pasaron hambre y tuvieron que enterrar a sus hijos en el cementerio. Algunos de ellos se incorporaron de sus bancos y gesticularon en el aire con los puños cerrados.

—¡Justo lo que me temía! —clamó Robert Gascó—. No tardaremos en ver extendidos los malos usos de la Cataluña Vieja a estas tierras que nuestros abuelos consiguieron luchando tan duramente contra los sarracenos.

—¿Y qué ha hecho el excelentísimo arzobispo con los derechos y privilegios de nuestra Carta de Población? —bramó un comerciante de paños—. ¿Es que se la ha pasado por el forro?

—¡Decidle a ese n'Espàrreg que se vaya a freír espárragos, y nunca mejor dicho! —bramó Hubert, levantando una oleada de risas y de aplausos.

—¿Qué somos, hombres o mujerzuelas aterrorizadas? —propuso enfurecido Robert Gascó—. Armemos a todos aquellos que coman de nuestro pan, reunámonos con los otros vecinos de la villa y, tan pronto como aparezcan los lacayos del arzobispo por el camino de Tarragona, hagámosles frente. Sólo Dios decidirá de quién es la victoria.

—¡Pero qué dices, animal! —respondió el señor de Barenys— ¡Sabes tan bien como yo que seríamos incapaces de ganar una guerra contra las huestes del señor arzobispo! Incluso aunque nos juntáramos con todos los vecinos de Riudoms, Almoister y Cambrils, su eminencia no tendría ni para empezar con nosotros.

—Pues yo participaría de buen grado en esa contienda —repuso Robert Gascó—. Y lo haría, aunque sólo fuera por ver la cara que pondría n'Espàrreg cuando se enterara de que las muy amadas ovejas de su rebaño están en pie de guerra contra él.

El rector, como buen representante de la misma Iglesia que el muy denostado arzobispo, procedió a enfriar el descontento de sus feligreses. Les hizo considerar las posibles represalias que podría originar cualquier enfrentamiento abierto contra los representantes de su señoría: incluyendo la destrucción y el saqueo de la villa de Reus, el exterminio o el cautiverio de sus vecinos o, lo que era aún mucho peor, la excomunión de todos ellos. Si no temían perder sus haberes enfrentándose contra un legítimo representante de la Santa Iglesia, nombrado por el mismísimo apóstol, al menos deberían temer por la salvación de sus almas.

Berenguer de Castellet, el camarero, pidió también medida, pues acababa de hablar con el vicario real de Tarragona y las cosas eran mucho más complejas de lo que a simple vista parecían. Les recordó que el mismo rey don Jaime lo era sólo de Aragón: el único título que tenía respecto a sus súbditos catalanes era el de conde de Barcelona, y como tal, seguía siendo vasallo del rey de Francia, el Capeto Felipe Augusto. Similar problema tenían Juan de Plantagenet —que aunque fuera el rey de Inglaterra, siendo duque de Normandía también debía vasallaje al de Francia—; o Raymond de Trencavel, el conde de Tolosa. Diez años atrás, las mesnadas de Felipe Augusto habían arrebatado Normandía a Juan de Plantagenet, llamado desde entonces Sin Tierra; ahora las de Simón de Montfort acababan de conquistar el Mediodía francés a sangre y fuego y de meter en cintura al rebelde Raimond; no sería de extrañar que en el momento más inesperado cruzaran los Pirineos e hicieran lo mismo con los territorios del conde de Barcelona, que ya llevaba demasiado tiempo sin rendir vasallaje a su rey y señor como era debido. Tampoco había que olvidar que el mismo obispo de Barcelona dependía por completo del de Narbona, favorable al rey de Francia. Tarragona era la única ciudad de toda Cataluña que tenía tradición de arzobispado, una tradición que se remontaba a finales del imperio romano. Afianzar la autoridad y el poder del arzobispado de Tarragona, hasta tal punto que pudiera incluir a todas las iglesias y obispados catalanes, y hacerle construir una sede digna de tal nombre era reforzar la independencia de Cataluña respecto al rey de Francia.

—¡Lo que faltaba por oír! ¡Como buenos catalanes y buenos cristianos aún tendríamos que dejarnos robar impunemente por su señoría! —protestó Hubert.

—¿Y qué hay de malo en ser vasallos del rey de Francia? —exclamó Robert Gascó, incorporándose de su sitio y dando voz a lo que muchos de sus compañeros pensaban—. ¡Mi abuelo, el fundador de mi heredad era francés, al igual que los de muchos de los que estamos aquí! ¡Y a nuestro antiguo señor en Pere le estuvo bien merecido lo que le ocurrió! ¿Quién le mandaba tomar las armas para defender a esos malditos herejes albigenses? ¡Por su culpa cayeron tantos de los nuestros en la derrota de Muret!

—¡Moderaos en vuestras palabras, que estáis mostrando deslealtad a nuestro soberano! —exclamó Berenguer, el camarero, fuera de sí.

—¡Los catalanes somos francos, lo somos desde la época del famoso rey Carlomagno y de sus doce pares! —prosiguió Robert—. Y sire Philippe Auguste es el único señor con poder suficiente para oponerse a las ansias depredadoras del rey de Castilla, don Alfonso, que no para de rumiar de qué manera podría incorporar las tierras catalanas a su reino.

—Pues mejor soberano me parece el tal don Alfonso que sire Philippe —concluyó Hubert—, ya que en lugar de emprender guerras contra sus súbditos, las hace contra nuestros enemigos naturales, los sarracenos.

N'Agnes, la castellana, se levantó y pidió permiso para hablar. Se mostró de acuerdo con la medida tomada por el arzobispo en cuanto a la intención de construir una catedral digna de su cargo; pero no en cuanto a las formas. Sugirió que todos los vecinos de Reus dejaran sus pertenencias más preciadas a recaudo en el torreón del castillo; en cuanto a los caballeros con heredades y los campesinos con alodios que vivían fuera de la villa, les pidió que no opusieran resistencia a los recaudadores, ya que entonces les servirían en bandeja la excusa para quitarles aún más cosas; y que hicieran inventario de todo cuanto éstos se llevaran. Prometió que ella misma iría a las próximas

Cortes que se celebraran en Barcelona, acompañada por el camarero real y por dos síndicos que escogieran los vecinos, y que expondría todos sus agravios ante el mismo monarca.

A la mayoría les pareció acertada esta propuesta y el prior declaró terminado el consejo.

Cuando Hubert se disponía a montar en su caballo, descubrió que había un corro de gente discutiendo vivamente en medio del patio de armas. Se acercó y se enteró con un sobresalto de que los recaudadores del arzobispo habían llegado ya al camino que iba de Reus a Salou, y que estaban saqueando todas las masías que se encontraban a su vera.

Los racimos de uvas estaban ya maduros y sin recoger, a merced de las moscas y de las bestias del campo, y ya que los viñedos estaban cercanos a la masía, a Alianor se le había ocurrido aprovechar el día empezando la vendimia, tal y como estaba previsto. Su marido ya se encargaría de explicarle aquella misma tarde todo cuanto se hubiera notificado o resuelto en el consejo.

El verano aún no se había acabado y era un día de mucho calor. La sombra del reloj sobre la puerta de la masía marcaba apenas la hora tercia, y ya el sol caía a plomo sobre las espaldas de los vendimiadores. Entre éstos se encontraban su hija Blanca, la hermana soltera de Hubert llamada Brunissenda y Esteveta, la mujer de Genís Grasset, con sus dos hijos, Perot y Llaurens; estaba además Jordi Cirera, un vecino a quien esporádicamente contrataban de jornalero. Alianor permanecía sentada en el pescante del carro y mantenía en su regazo a Miquelet mientras daba instrucciones y órdenes; de vez en cuando tenía que pasarse un paño por la frente para secársela.

Todos los vendimiadores tenían los dedos escocidos y la espalda dolorida de tanto encorvarla; pero el ambiente que reinaba entre ellos estaba cargado de alegría, pues aquel año tendrían una vendimia abundante que se sumaría a las cosechas de trigo, centeno y cebada que ya tenían a buen recaudo en casa. A pesar de los muchos bienes perdidos para pagar el rescate de Hubert, aquel año aún conseguirían salir adelante, concluyó Alianor. Esteveta era, de entre todos los vendimiadores, la que parecía más alegre y trabajaba con más ánimos. De vez en cuando se detenía y se llevaba la diestra a su barriga, redonda y abultada. Hacía ya más de cuatro meses que se encontraba en estado. Su hija Blanca, por el contrario, aparte de quitarse el sombrero de paja y de estirarse provocadoramente, bien poca cosa hacía. Alianor no podía dejarla de mirar con reprobación: pues Blanca no sólo se arriesgaba a perder la muy preciada palidez de su piel, sino que además se exhibía de un modo casi impúdico a las ávidas miradas del jornalero Jordi Cirera o del mismo Perot, que ya no era niño, sino mancebo; y la muy incauta ni siquiera parecía darse cuenta de ello. Dudó sobre si sería mejor reprender a su hija en público en aquel mismo instante, o esperar al regreso de su padre y hacerlo en privado. Y soltó un suspiro de resignación pensando en que Blanqueta, al final, acabaría haciendo siempre lo que se le antojara, por muchas reprimendas y amonestaciones que recibiera; pues su hija había salido a Hubert y era terca como una mula. La muy inconsciente todavía parecía ser ignorante del tremendo deseo que despertaba en los hombres, y que ya le había causado más de un susto.

Esteveta, mientras tanto, había empezado a cantar a viva voz, trajinando de un sitio a otro un cesto cargado de racimos:

*Ahora que havem dinat,
cantem una joia,
preguem al Creador
que ens doni la gloria[*].*

—¡Más gloria os daría yo, si me dejaran a solas con cualquiera de vosotras! —bramó Jordi Cirera, mirando de reojo a Blanca y despertando con ello las iras de Perot, que lo fulminó con la mirada.

—¡Hombres! —contestó Esteveta, riendo—. Sois igual que los perros; cuando oléis a hembra, sólo pensáis en una cosa.

Alianor se había decidido por fin a amonestar en público a Blanca para que guardara las formas, y cuando ya desmontaba del carro y se acercaba a ella, Miquelet se removió de pronto entre sus brazos y señaló al camino de Salou mientras gritaba entusiasmado: «¡Caballos, caballos!».

Alianor reprimió un grito. Había, en efecto, muchos hombres montados a caballo, más de treinta ballesteros y lanceros que iban al trote, atravesando la cerca de piedra que rodeaba el terreno de los Guiu y dirigiéndose hacia ellos, seguidos por una comitiva de carros y unos veinte hombres de a pie que corrían dispersos por las avellanedas y los olivares de la entrada. Las largas barbas y las pellizas de lobo que aquellos peones llevaban como vestimenta les hacían inconfundibles: eran almogávares contratados por el arzobispo para espantar a cualquier vecino que se le ocurriera oponer resistencia, como si no bastara con todos aquellos otros hombres de a caballo, cuyas lanzas y yelmos brillaban bajo el sol.

Dejaron todos cestos y tijeras y se precipitaron corriendo hacia el portón de la masía. Aún tuvieron tiempo de atrancarlo ante las narices de los primeros jinetes que llegaban. Llaurens y su hermano menor Perot recogieron dos ballestas y se subieron a las almenas que defendían el portón, mientras Jordi Cirera se escondía en la bodega y Alianor se refugiaba con sus hijos y las otras mujeres de la casa en la torre esquinera.

—¡Abrid las puertas sin tardanza, que vengo en nombre del arzobispo, dueño y señor de estas tierras!

Alianor se dio cuenta de que el que así hablaba era un hombre altivo y con una voz exageradamente autoritaria, que quería imponerse mediante el miedo.

—Viniendo con estos forajidos que os acompañan, ¿cómo sabemos que decís la verdad? —preguntó, intentando disimular su desconcierto.

—Aquí tengo las cédulas de mi señor, n'Espàrreg, por las cuales me autoriza a pasar por todos sus territorios y cobrar los tributos en especie.

Incluso desde aquella distancia, los documentos que mostró parecían auténticos. Tal vez se tratara

de una equivocación, pensó Alianor.

—Mi marido es el caballero Hubert de Guiu —contestó con orgullo—. Y debido a su condición, no está obligado a pagar diezmos ni impuestos de ningún otro tipo.

—A mí todas estas historias de caballería me importan un comino —contestó con aspereza—. Los tributos que recaudo son *questies* y, debido a su naturaleza excepcional, vuestro marido está tan obligado a pagarlas en especie como el que más.

—Sabed que ninguno de los años anteriores se nos cobró *questies* —explicó Alianor, intentando mantener la serenidad—, y que el propio Bernat Calbó, tesorero de su excelencia y vecino nuestro, nos exoneró de la última de ellas para que pudiéramos pagar el rescate de mi marido.

—¿Bernat Calbó? ¡Ése ya hace varios meses que se ha retirado al monasterio! —contestó en tono de chanza—. ¡Abrid la puerta de una vez y dejadme pasar o, de lo contrario, os consideraré culpables de sedición y rebeldía!

—Os ruego que esperéis hasta que llegue mi marido y señor —contestó Alianor para ganar más tiempo.

De pronto reparó en que uno de los almogávares llevaba un buen rato dedicándole obscenidades con su boca sin labios a alguien que estaba a su lado; y que la homenajeadada era la inconsciente de su hija, a quien no se le había ocurrido nada mejor que asomarse por las almenas sin sombrero ni cofia de ningún tipo que cubriera su brillante cabellera. Iba a apartar a Blanca de un empujón y a tirarla contra el suelo, pero antes de que pudiera echarle la mano encima, oyó un chasquido y el silbido de una flecha.

Llevado por el ardor de su mocedad, Perot no se había resistido a dispararle al almogávar con su ballesta. La flecha había sido tirada con tan mala puntería que, en lugar de acertar al blanco, había atravesado y rasgado el estandarte del arzobispo, con la Tau de Tarragona que ondeaba a sus espaldas.

—¿Qué has hecho, miserable? —chilló Alianor.

Pero ya era demasiado tarde: antes de que Perot pudiera justificarse, resonó por el aire el chirrido de una veintena de ballestas disparándose a la vez, acompañado por un zumbido similar al que habría hecho un enjambre de avispas. Cuando Alianor volvió a dirigir su mirada hacia abajo, descubrió que los cuerpos de los dos hijos de Esteveta yacían sobre el empedrado del patio interior, acribillados por las flechas.

—¡Aguardad, señor! —gritó Alianor con voz destemplada—. Si prometéis que los almogávares no traspasaran el umbral de esta casa, os dejo el paso franco a vos y al resto de vuestros hombres.

—Veo que empezáis a mostrar un poco de sentido común.

La misma Alianor describió la barra de la puerta. Al entrar en el patio, el recaudador le informó de que habiéndole recibido como había hecho, con la puerta cerrada y a tiros de ballesta, bien se merecían que se llevara de aquella casa todo cuanto se le antojara, pues habían atentado contra la autoridad.

Y efectivamente, haciendo caso omiso de los gritos que profirió Esteveta mientras atendía a sus

dos hijos malheridos, el recaudador siguió a Alianor por todas las estancias de la casa y se encargó de que sus hombres se llevaran todo cuanto en ella había de valor, respetando tan sólo los vestidos y las armas, por consideración al rango de caballero de Hubert. Cogieron de la cómoda de Alianor sus joyas y varios dineros de plata que encontraron por allí; de la despensa todos los quesos, embutidos y pescados en salazón; de la bodega los toneles de vino y las tinajas de aceite; del granero que tenían en el desván, los cereales y frutos secos que habían estado recogiendo con tanto esfuerzo desde hacía meses; pero lo que peor sentó a Alianor fue que se llevaran del corral una treintena de gallinas, a las que ataron las patas antes de echarlas a uno de los carros.

Cuando momentos después, Hubert regresó al galope, acompañado por Genís y los cuatro hombres que Ramon había puesto a su disposición, no encontró nada más que una casa vacía y desolada.

Blanca pasó buena parte de aquella triste noche dando vueltas en su camastro y sin pegar ojo: a los continuos gemidos de Perot y de Llaurens, que aún seguían vivos y estaban acostados en la estancia contigua, se sumaban los rezos y el ensalmo que Esteveta iba repitiendo una y otra vez:

*Bon cop mal dat, per les llagues de Crist,
un Paternoster a la Sancta Trinitat
et el cop de ballesta sia tost curat*^[*].

A esto había que añadir los precipitados pasos de sus padres por el dormitorio de abajo y los gritos de la airada discusión que estaban manteniendo, en la que mencionaban su nombre con excesiva frecuencia.

Miquelet también estaba inquieto. Se había levantado de la cunita en la que dormía y quería subir hasta su camastro, empotrado en un nicho de la pared. Blanca lo cogió entre sus brazos y a pesar de que no era una noche fresca, decidió cerrar la compuerta de madera y aislarse por completo de todos aquellos desesperantes gritos y discusiones del exterior.

Mientras Miquelet se agarraba a su pelo con sus manitas y se quedaba dormido, ella sintió caer un enorme peso sobre sus hombros. Se preguntó si sería capaz de sostenerlo y de no defraudar a su familia, que tanto empezaba a necesitarla, y no acertó a encontrar la respuesta.

A la mañana siguiente, unos furiosos golpes sobre la compuerta la despertaron por completo a ella y a su hermanito. Se trataba de su madre, Alianor, que estaba completamente vestida y mostraba el semblante preocupado. La ventana de la alcoba se encontraba abierta y por ella entraba la luz a raudales, encendiendo el remolino de motas que flotaban por el aire. Los gemidos de Perot y de Llorenç se habían silenciado y la casa entera estaba sumida en una tensa calma.

—¡Buenos días, mi señora madre! ¿Qué hora es? —preguntó Blanca desperezándose, mientras la tía Brunissenda cogía en sus brazos a Miquelet y se lo llevaba a la otra habitación.

—Ha pasado ya la hora segunda de la mañana.

Blanqueta se incorporó de un salto y se quedó de pie en el centro de la estancia.

—¿Y las laudes? ¿Y el desayuno?

—Ya hace tiempo que los hemos hecho. Convenía que hoy durmieras bien para que a la hora de la comida nuestro huésped te encontrara lo más guapa posible —le respondió Alianor, estudiándola fríamente, como si fuera un objeto ajeno que se expusiera en el mostrador de una tienda.

A Blanca le avergonzaba que su madre mirara su cuerpo desnudo de aquel modo, así que mientras se tapaba sus partes íntimas con las manos, buscó su camisa del día anterior en vano.

—Está mal que lo diga yo, que soy tu madre; pero en verdad que no te podría haber parido mejor —le dijo con orgullo.

Si ya las rotundas nalgas y los senos firmes de su hija la dejaban maravillada, la espléndida blancura de su piel llegaba a colmarla de orgullo, pues demostraba a todas luces que su hija era de buen linaje y sangre limpia, sin ascendientes rústicos, maulas o judíos. De todos los parientes de Blanqueta que Alianor había llegado a conocer, sólo la difunta abuela Sibila, nacida en la lejana Normandía, había tenido una tez tan pálida como ella.

Esteveta irrumpió en la alcoba resoplando y arrastrando el barreño que reservaban para el aseo de los domingos y otras festividades señaladas. Blanqueta se colocó de cuclillas sobre el extenso recipiente de cobre y dejó que su madre le vertiera el agua caliente del cubo, la enjabonara bien y le frotara todo el cuerpo y el cabello con la esponja y el cepillo. Normalmente aquella labor solía estar reservada a Esteveta, que lo hacía con pocas ganas; el entusiasmo de Alianor en aquella ocasión, sin embargo, era tan extremo que llegó al paroxismo; sobre todo a la hora de peinar la larga cabellera de su hija y de deshacer todas las marañas y nudos de las últimas semanas.

Mayor sorpresa tuvo Blanca con la ropa que su madre le hizo vestir a continuación: un brial de algodón con franjas blancas y azules, que no se ponía desde hacía tiempo porque le iba demasiado estrecho: el mismo que había llevado cuatro años atrás en las orillas del Llobregat, cuando había besado a aquel estudiante llamado Jan, pensó con un repentino arrebató de nostalgia.

Con la paciente ayuda de Alianor, consiguió volvérselo a poner y, al hacerlo, le dio la sensación de que estaba a punto de reventar en aquellas partes que más le habían crecido los últimos años, precisamente las que solían despertar la lujuria de los hombres. No comprendía a su madre; llevaba varios años recriminándole de modo obsesivo su supuesta impudicia, y de pronto, cuando esperaban la llegada de un «huésped» muy importante, la hacía vestir de aquella manera, como a una vulgar ramera.

Estando ya bien aseada, peinada y vestida, su madre la llevó hacia el salón, donde le esperaba su padre para comunicarle algo trascendental, algo que ella empezaba a sospechar.

Hubert le endilgó un largo discurso sobre la difícil situación familiar tras el saqueo del día anterior, la inminente llegada del invierno y la certeza de que si no hacían nada para arreglarlo, se verían obligados a malvender el resto de las tierras, e incluso a despedir a Genís y a toda su familia, porque ya no les quedaría comida para alimentar a tantas bocas. Le explicó la difícil situación de su hermano en el futuro, que siendo hijo, nieto y bisnieto de caballeros como era, debería resignarse a trabajar de campesino para el resto de su vida. De pronto, Hubert se calló y arrugando el ceño la

observó de una manera muy seria.

Blanca desvió sus ojos intimidada y empezó a mirar con lástima todas aquellas espléndidas armas que colgaban de la pared y que habían sido el orgullo de la familia durante tres generaciones, desde que su abuelo, el caballero Guiu de Vannes, se había asentado en el Campo de Tarragona: la carísima loriga de acero y el escudo en forma de almendra y con centro de plata, que le habían pertenecido y que refulgían con todo su esplendor entre los otros escudos, yelmos, lanzas y espadas que las rodeaban, iluminados por los ventanales del salón. Tan sólo de figurarse a su hermano siendo hombre hecho y derecho, excluido de la orden de caballería y sin posibilidad alguna de llevar todas aquellas armas tan honradas, se le formaba un nudo en la garganta.

—La solución de todo esto está en tus manos, Blanca —le dijo de pronto Hubert, mientras ella sentía que el peso de la noche anterior regresaba y se hacía tan fuerte que llegaba a asfixiarla.

—¿Qué queréis decir?

—En Ramon de Ribes volvió a plantearme ayer por la mañana su proposición del año pasado, y, vistas las circunstancias... creo que no podemos rechazarla.

—¿El señor de Barenys? —preguntó inquieta, mientras sus piernas empezaban a temblar.

Hubert reprimió un suspiro, y durante un breve momento se cubrió la cara con la palma de su mano. Tampoco para él era fácil todo aquello; pero tenía que proseguir con los planes que ya había decidido con Alianor la noche anterior, pues la honra y el bienestar de toda la familia Guiu dependían de ellos.

—Admito que en Ramon ya no se encuentra precisamente en la primavera de su vida; pero es un caballero de honor y está claro que nunca dejaría que ni tú ni nadie de nuestra familia llegara a pasar hambre o penalidades. Sus heredades se cuentan entre las más ricas y fértiles de los alrededores. Si aceptas, toda nuestra familia emparentaría con una alta estirpe de barones y se abriría un espléndido porvenir para tu hermano y para ti misma. Figúratelo, cualquier vecino que tratara contigo debería inclinarse y tratarte de «vos» y de «na Blanca»; tendrías a tu disposición abundantes siervos y criados a los que podrías mandar todo cuanto quisieras, vestirías las más lujosas prendas...

—No hace falta que prosigáis, señor padre, acepto prometerme y casarme con Ramon —dijo al fin con voz débil y ahogada—, a pesar de lo poco que me importan todos estos privilegios que me estáis contando y a pesar de la opinión que como pretendiente me merece, y que vos tan bien conocéis.

Habiendo pronunciado Blanca estas palabras, Alianor y Esteveta salieron disparadas de detrás de la puerta, desde donde habían escuchado toda la conversación, y la abrazaron contentísimas, asegurándole que había tomado la mejor decisión. «¿Y qué otra cosa podía hacer sino?», pensaba Blanca enfurecida mientras los ojos se le empezaban a empañar y se sentía a punto de estallar en lloros.

Besó a su padre en los labios, como muestra de amor y obediencia filial, y tras desembarazarse de todos aquellos asfixiantes abrazos de agradecimiento, se fue corriendo hacia la capilla familiar, el único lugar de la casa donde la podrían dejar a solas durante unos momentos. Allí se arrodilló ante la imagen de la Madre de Dios, de rostro negro, y le rezó con fervor. Mientras contemplaba la tenue llama que ardía en el candil a todas horas del día y de la noche, empezó a considerar con amargura

que nunca en toda su vida se había sentido tan impotente e insignificante. Todas sus esperanzas y deseos de volver a encontrarse alguna vez con un Jan que hubiese prosperado en sus estudios y en su vida, o de conocer algún día a un joven y apuesto señor que le llegara a gustar tanto como él, se acababan de esfumar para siempre.

Solamente el estrépito que de pronto resonó en el patio, de caballos relinchando, perros ladrando y voces desconocidas gritando, la sacaron de sus pensamientos. Se asomó por un ventanuco que daba al patio y descubrió que era el mismo Ramon de Ribes, que acababa de entrar en la masía acompañado por su séquito de siervos y criados y por el prestigioso médico judío Abraham ben Hasday. El físico intercambió cuatro palabras con Esteveta y la siguió para hacer, según sus palabras, todo cuanto estuviera en sus manos para salvar a sus hijos. Acto seguido, el señor de Barenys, desmontó del caballo y dejó impertérrito que Genís le expresara su más vivo agradecimiento y le besara y le regara con lágrimas sus manos enguantadas.

Alianor interrumpió enseguida la vista de aquel espectáculo tan lamentable, haciendo que se retirase a su alcoba, pues no quería que el barón la descubriera hasta que llegara el momento.

En la sala principal de la casa, la mesa estaba ya puesta con unas coloridas vajillas de loza de Manises que Alianor había recibido tiempo atrás como parte de su dote. Y a su brillo se unió muy pronto el maravilloso olor a pollo relleno con miel y almendras, a empanadas de codorniz y a otras exquisitas viandas que el cocinero del barón se había hecho traer consigo y que estaba recalentando en la cocina de al lado. Hubert, que normalmente ocupaba el escaño situado en la cabecera de la mesa, en esta ocasión lo había cedido a su huésped y se había sentado a su diestra. En aquel momento estaba describiéndole a Ramon con todo lujo de detalles las espléndidas joyas que habían formado parte de la dote de Alianor y que, *Deo gratias*, los lacayos del arzobispo no habían podido encontrar, y por tanto podrían servir para la de su hija. Su interlocutor le escuchaba con desgana, asintiendo con la cabeza por pura cortesía. La súbita aparición de Blanca hizo que se incorporara de pronto de su escaño y se le mudara el rostro como si le hubiera golpeado un rayo.

Hasta aquel momento, no había visto a la hija de los Guiu más que en la misa mayor de los domingos en Reus, a la que solía asistir vestida con amplios trajes que disimulaban las perfecciones de su cuerpo y con tocado y velo que recubrían su busto entero, con la excepción de aquel rostro tan blanco y angelical que tanto le turbaba desde hacía largos años, desde que era apenas una niña. Ahora, al descubrirla vestida de aquel modo, con todas sus formas juveniles en plena eclosión y su espléndida cabellera que le llegaba hasta la cintura brillando bajo la luz de la mañana, notó cómo se le ofuscaban los sentidos y empezaba a perder el seso. El rubor que de pronto cubrió las mejillas de Blanca al sentirse el objeto de tanta atención, y la modestia con que hizo descender su mirada, no hicieron sino inflamar el deseo de Ramon. Sólo de imaginarse tanta belleza en su alcoba, reservada única y exclusivamente para él, notaba que le faltaba el aire y que su corazón se le ponía a latir desbocado.

Alianor hizo sentar a su hija al lado del barón y frente a su padre. Blanca obedeció y soltó un respingo al notar la mano seca y peluda de su pretendiente agarrando la suya con tanta firmeza como si fueran unas tenazas. Ramon, que ya se había recompuesto, empezó a hablar con voz bien alta de los setenta maravedís de oro que iba a entregar en concepto de arras, a los que habría que añadir las más de veinte arrobos de terreno sin desbrozar que le regalaría a Hubert como presente de bodas y que,

esperaba él, compensarían con creces todo lo que el caballero había perdido el año anterior en el pago de su rescate. A medida que el futuro esposo iba hablando de estos y otros dones con los que pretendía comprar a su prometida, le iba clavando sus pequeños ojos con una voracidad y ansias tales, que Blanca enseguida empezó a notar escalofríos recorriéndole la espalda entera.

II

Era domingo y día de mercado, pero en la plaza que se extendía ante la puerta principal del castillo de Reus, rodeada por casas de adobe con soportales, reinaba la calma y el silencio. Las vendedoras que exponían sus mercancías en los puestos hablaban entre ellas en susurros y con un lenguaje comedido, sin las habituales broncas ni discusiones. En la picota que se alzaba en el centro de la plaza habían castigado a una de sus compañeras, la verdulera Maria Pujola, cuya lengua suelta ya le había merecido en ocasiones anteriores multas y amonestaciones. La gota que había colmado el vaso había sido la sarta de impropiedades y blasfemias que había soltado aquella misma mañana, pues, entre otras cosas, había llegado a cagarse en Dios y en la santa hostia. Y lo había hecho con la voz tan viva y tan mala suerte que n' Agnès, la castellana, que en aquel mismo momento estaba saliendo de misa mayor, la escuchó con claridad y la hizo apresar por su alguacil. El castigo que Agnès había convenido con el camarero y el jurado de la villa había consistido en clavarle la lengua a la misma picota, y dejarla de tal guisa el día entero para escarmiento de todas aquellas otras verduleras y pescaderas del mercado, que también la tenían bastante suelta.

Blanca estaba con sus tres mejores amigas de infancia, Serena Gavaldà, Elisenda Jofré y Joana Gascó, contemplando el triste espectáculo que ofrecía Pujola. La pobre verdulera intentaba mantener el equilibrio con las manos encadenadas a la espalda; mientras tanto, los chiquillos del pueblo, en venganza por las veces que los había reñido o pegado cuando le habían intentado robar, revoloteaban a su alrededor tirándole verduras podridas y burlándose de ella, entre la hilaridad general. Blanca observó horrorizada aquella lengua tan monstruosamente hinchada, que iba adquiriendo ya un color morado, y el agujero que se abría en su centro, ensanchado por el clavo y rodeado por un enjambre de moscardones. Sintió tanta pena por la verdulera, que no sólo desvió la mirada, sino que además se santiguó allí mismo y rezó un apresurado avemaría.

—Esa verdulera no merece tu compasión —le increpó Serena—. Bien está lo que le ha ocurrido.

—Es de buenos cristianos sentir compasión por el prójimo, aun cuando no se la merezca —le recordó Joana.

Agnès de Cànoves, la baronesa que había condenado a la verdulera, al enterarse del futuro enlace de su vasallo Ramon de Ribes con la hija de su otro vasallo, Hubert de Guiu, los había recibido a ambos y a todas sus familias en la sala principal del castillo. Al finalizar la recepción, Blanca se había escabullido con sus amigas de infancia. ¡Eran tan raras las ocasiones en las que podían verse a solas! Últimamente no se encontraban más que en la misa de los domingos y apenas les quedaba tiempo para ninguna otra cosa que no fuera saludarse e intercambiar cuatro apresurados cotilleos. No

iban solas, pues Blanca se había tenido que llevar con ella a Miquel y Joana a Bernadet, su hijo de cinco meses. Siguiendo la costumbre, Bernadet iba vendado de cuerpo entero, en el interior de un cesto que Joana llevaba a sus espaldas.

Las tres amigas habían estado escuchando con el mayor deleite todo cuanto Blanca les había explicado sobre su futuro enlace, incluyendo jugosos detalles, como la dote que iba a llevar en su arcón de novia cuando fuera a vivir al castillo de Barenys y el vestido que se iba a poner para la boda. Hacía ya tiempo que las tres se habían casado, a una edad que oscilaba entre los doce años de Serena y los quince de Joana, y se empezaban a preguntar cuánto tiempo tardaría Blanca en pasar también por la vicaría, porque de ningún modo se imaginaban a una doncella tan guapa y solicitada como ella encerrada en un convento o vistiendo santos en su casa.

El grupo de amigas abandonó la plaza Mayor y se adentró por el sendero que reseguía el foso del castillo, flanqueado por tapias de mimbre y rosales. Las acompañaba una bandada de cisnes, protegidos por la castellana, que nadaba plácidamente en las aguas del mismo foso. A las cuatro amigas les resultaba agradable pasear por aquel lugar, donde no había tantas multitudes de parientes y conocidos como en la plaza del mercado o en la calle Mayor de Reus. El día era despejado y en la lejanía se distinguían con nitidez los contornos azulados de las sierras que rodeaban el Campo de Tarragona, y los abundantes caseríos y masías que salpicaban sus laderas, blancos como perlas.

Serena se acercó a sus amigas y rememoró con todo lujo de detalles su espantosa noche de bodas, probablemente con el propósito inconfeso de espantar a Blanca. Según aseguró, en ella había sufrido y sangrado tanto que si Bertrand Folch, su marido y señor, en lugar de desflorarla le hubiera cortado y arrancado los labios de la boca no le hubiera causado menos daño. Blanca la miró asustada, figurándose que al cabo de pocas semanas le ocurriría a ella algo parecido, y Joana se compadeció de ella.

—No hagas caso a Serena, Blanqueta —le dijo a modo de consuelo—, que la casaron a la fuerza y se nos ha avinagrado como el vino que envejece mal. Si queréis que os sea sincera, estoy convencida de que no hay gozo mayor en el mundo ni más dulce que el que se consigue ajuntándose con un mozo apuesto y placentero.

—Es impropio de señoras y de damas presumir del placer que se obtiene con la lujuria —le recriminó Serena—. Hablando así te pareces ya a una de estas verduleras como la que acaban de clavar al poste. Las mujeres sólo hemos venido a este mundo a sufrirlo con resignación cristiana, y a darles hijos y placer a nuestros varones.

En este punto de la conversación, el bebé de Joana empezó a gimotear, y antes de que sus gemidos se transformaran en un llanto estrepitoso, su madre lo recogió del cesto y lo acunó en su regazo, mientras negaba con la cabeza.

—En esto te equivocas —le contestó—, que no existe el menor pecado en los goces del amor, ni siquiera en la lujuria más desenfrenada, si éstos se encuentran bendecidos por los sagrados lazos del matrimonio.

—Creo que estáis exagerando las dos —terció Elisenda—. Cada vez que a Dalmau, mi marido y señor, le apetece satisfacer sus bajas pasiones conmigo, me tomo antes varias copas de ambrosía y así no me causa con ello molestia alguna. Pero, por supuesto, no he llegado a sentir en ningún

momento el menor placer.

Tan entusiasmado con los cisnes estaba Miquelet, que de pronto se le escapó de los brazos de Blanca, y atravesó la valla de mimbre para admirarlos de cerca. Su hermana lo recogió en volandas justo cuando estaba a punto de caerse al foso, y le propinó un par de sonoros cachetes. Cuando el lloro de protesta del niño hubo terminado, concluyó con tono triste y melancólico:

—De todo esto que me habéis explicado las tres, infiero que si por casualidad te toca un marido que te agrada, entonces puedes llegar a obtener de él los mayores placeres; pero que, en el caso contrario, es menester que te emborraches por completo para poderlo aguantar en el mismo lecho.

Mientras se desataba los cordones del brial y se arremangaba la alfarda que le sujetaba el pecho para darle de mamar a su bebé, Joana permanecía en silencio, consciente de haber metido la pata. Era imposible que a su amiga o a cualquier otra doncella le gustara lo más mínimo aquel señor de Barenys tan seco y repulsivo, por muy cargado de riquezas y de honores que estuviera, y aún menos con la fama de mataesposas que había adquirido tras enviudar tres veces seguidas.

—Quién sabe, como tu marido es ya mayor, tal vez tengas suerte y en esta ocasión seas tú quien se quede viuda —dijo al fin, a modo de consuelo.

—¡Acabáramos! —se escandalizó Serena—. ¿El mayor gozo de una mujer cristiana es ahora enviudar pronto para poder disponer a placer de la fortuna de su marido?

En ese preciso instante, los centinelas que paseaban por el camino de ronda del castillo empezaron a gritarles piropos, la mayoría de ellos dirigidos al turgente pecho de Joana, que había quedado al descubierto; y las cuatro amigas se alejaron apresuradamente del foso y se adentraron por el camino de la Selva.

—Todos los sufrimientos y pesares que te pueda causar un marido son escasos en comparación a los que te da un hijo —aseguró Elisenda, mientras se acercaban al hospital y empezaban a oírse los lamentos de algunos de sus pacientes—. Aún recuerdo con escalofríos mi primer parto, aquel que tuve el invierno pasado. ¿Os acordáis? Me dolió tanto como si me hubieran metido unas tenazas al rojo vivo por dentro y me hubieran arrancado con ellas las entrañas. Tuve que guardar cama durante dos semanas en las que estuve sangrando sin parar. Y tan mal me veían todos que me daban ya por muerta; llegaron incluso a convencer a fray Ramon, el rector, para que me diera la extremaunción.

Elisenda acababa de mencionar el peor miedo de Blanca, la muerte por parto. Recordó con tristeza a la pobre Águeda y a su prima Cristiana, que se contaban entre sus mejores amigas y eran alegres y guapas como el sol: a una de ellas se le desprendió la matriz; la otra murió de los mismos dolores del parto. Se figuró con cuánto placer estaría charlando con ellas en aquella mañana tan espléndida, y tuvo que secarse una repentina lágrima que se le escapó rodando mejilla abajo. Tal vez al año siguiente ella también estaría muerta y ya no podría acompañar a sus amigas cuando salieran a pasear.

—Total, que tanta fatiga y tantos sinsabores no me valieron de nada —prosiguió Elisenda—, porque mi pobre hijo murió a los pocos meses de calenturas benignas. ¡Que Dios lo tenga en la gloria eterna, con sus ángeles!

Blanca observó a Miquelet con cierto espanto, recordó a los cinco entierros que había asistido, de

hermanitos suyos muertos a los pocos meses de vida, y lo estrechó con fuerza entre sus brazos, complaciéndose en mirar su cara regordeta y saludable, y en oler el dulce y embriagador aroma que desprendía su coronilla. Al devolverlo al suelo, le hizo la señal de la cruz y le dijo murmurando entre dientes:

Sancta Maria que et feu néixer,

Sancta Maria que et faci créixer.

Recordó con un escalofrío a su difunto hermano Roger. Nació cuando ella había cumplido los once años y era un bebé rubio y con una carita risueña como la de un niño Jesús. Hasta entonces, los cuatro hermanos anteriores habían sido para ella una sucesión de bebés casi idénticos, de los que confundía sus nombres, sus caras, sus olores y sus lloros; como si todos ellos hubiesen sido el mismo niño, renaciendo una y otra vez en el vientre de su madre. Con Roger en cambio fue todo diferente. Ya a los pocos días de su nacimiento, Blanca se había encariñado tanto con él como si se hubiera tratado de su propio hijo. Y estaba bien que así fuera porque, tras el parto, Alianor, desanimada por la temprana muerte de sus cuatro anteriores hijos, cayó sumida en una profunda tristeza y apenas lo cuidó ni se preocupó por él. Blanca dejó sus muñecas de lado y le dedicó toda su atención: le ponía y le quitaba los vendajes que, siguiendo la ancestral costumbre, lo recubrían de cuerpo entero; le cambiaba los pañales, lo bañaba y untaba su cuerpecito con aceite de oliva, y mientras lo hacía, aprovechaba cualquier ocasión para darle besos y hacerle carantoñas, sin dejar a su madre ninguna otra labor que no fuera la de darle de mamar. El caso es que fuese por los cuidados de Blanca, o por los crucifijos, ajos y laureles que colgaban de la cuna, el niño superó a todos los otros anteriores en edad, y llegó al primer año de vida y aún seguía estando vivito y coleando. Pareció que la esperanza volvía a prender en el corazón de Alianor, y ya le había comprado los primeros zapatitos y el primer vestido, que era de color blanco y con una capuchita roja que tenía cuernos. La misma mañana que iba a estrenarlos, Blanca fue a despertarlo y se lo encontró tendido de bruces sobre la cuna. Lo meció entre sus brazos, y entonces reparó en que el cuerpecito estaba frío como una piedra; le dio la vuelta y al descubrir aquel rostro con el color de la cera y aquellas sombras azuladas que enmarcaban sus ojos, se espantó tanto que se quedó allí mismo, muda y paralizada por el horror.

—Si se te siguen muriendo niños —aseguró Serena—, vigila que no te esté ocurriendo lo mismo que a Alianor, la madre de Blanqueta. Según se dice, la habían embrujado y por eso se le murieron cinco bebés seguidos. Algunos opinan que se trataba en realidad del mismo: de un duende maligno en forma de bebé que alguien le había puesto en su vientre y que, tras nacer, moría y regresaba a él, una y otra vez.

—¡Dios me guarde! ¿Y cómo haría yo para reconocer a uno de esos duendes?

—Primero tiene que echarte mal de ojo una bruja, como el que le echó a Alianor la vieja Nicolaua en aquella procesión de Semana Santa, ¿os acordáis? Se había quedado rezagada y de pronto, cuando pasó ella, la miró fijamente murmurando entre dientes.

—Eso no tiene nada de extraño —repuso Joana—. La vieja Nicolaua estaba siempre hablando sola y murmurando entre dientes.

—¿Cómo te explicas sino que los cinco niños de Alianor tuvieran todos ellos un aspecto idéntico y que murieran antes de los seis meses de edad?

—Todos no —terció Blanca—. Te recuerdo que Roger llegó al año de vida.

—Suerte tenemos que Nicolaua desapareciera. ¿Alguien sabe qué le ocurrió al final?

—Los diablos se la llevaron, a ella y a su mal de ojo.

—En que la maldición del duende se terminara, suponiendo que de verdad hubiera habido alguna, más importancia tuvo el rector —aclaró Blanca—, pues estando ella embarazada de Miquelet, mosén Ramon le hizo un exorcismo a mi madre y le bendijo el vientre.

Las cuatro amigas habían emprendido el camino de regreso a Reus, y desde donde estaban era perfectamente visible el llamado «espantabrujas», la cruz de piedra cubierta por un chapitel que se alzaba en una esquina del torreón. Todas habían presenciado en más de una ocasión a mosén Ramon subiendo hasta ella los días previos a la cosecha, cuando las brujas celebraban sus cónclaves en la cima del Montsant y enviaban nubes cargadas de granizo hacia los campos de Reus. Allí arriba, el rector abría su Biblia y, a fuerza de recitar sus latines y de bendecir las nubes con el hisopo, conseguía que éstas escamparan o que se limitaran a soltar lluvias suaves que beneficiaran las cosechas.

—Las curas de un rector son poderosas —sentenció Serena, asintiendo con la cabeza mientras dirigía su mirada hacia el espantabrujas—. Deberíais haber acudido a él mucho antes.

Blanca iba a contestar que con una cura de rector, para quedar bien, había que ofrecer espléndidos donativos a su iglesia; pero enmudeció de repente como si acabara de ver un fantasma.

Habían entrado de nuevo al patio de armas del castillo y, tal y como era habitual los domingos por la tarde, en el pórtico de la iglesia se congregaba una multitud de vagabundos ofreciéndose de jornaleros. A uno de ellos lo conocía.

Se acercó más a él, ignorando la cháchara de sus amigas, lo estudió con detenimiento y llegó a la conclusión de que no se había equivocado: era Jan, su primer y único amor, aquel en quien había estado pensando tantas tardes y tantas noches durante los últimos cuatro años. Hablaba tan animadamente con Pere Calbó, el vecino, que ni siquiera reparó en Blanca. Ciertamente llevaba ropas viejas y gastadas y buscaba trabajo de jornalero, pero sin lugar a dudas se trataba de Jan: aquellas facciones rectas y nobles y aquellos profundos ojos verdes eran inconfundibles para ella.

Turbada por su descubrimiento, se dirigió con pasos apresurados hacia el corrillo que sus padres formaban con Agnès de Cànoves y el señor de Barenys. Ramon de Ribes la miró con orgullo, como si se tratara de un carísimo corcel que acabara de comprar, y entonces la atrajo hacia sí y le pasó el brazo por detrás del hombro, presumiendo de ella ante todos los demás.

Aquella misma noche Blanca permaneció en vela hasta muy tarde. Lo recomendable para una dama como ella era que durmiera boca arriba y con las manos fuera de las sábanas, para evitar los malos pensamientos. Sin embargo, en esta ocasión se colocó a propósito de bruces, y a medida que

apretaba y restregaba su bajo vientre contra el colchón, se figuraba que volvía a encontrarse a solas con Jan y que llegaba a disfrutar con él de todos los goces que Joana había mencionado. Sabía que estaba pecando, pero la tentación era tan irresistible que por primera vez en su vida se dejó arrastrar por ella; y sin contención ni freno alguno, extendió la mano hasta su entrepierna y dejó que la lujuria la invadiera y se apoderara de su cuerpo.

Y tanto se removió en la cama, y con tanta aspereza chilló, que su tía Brunissenda, que dormía en la alcoba vecina, se levantó prontamente de su lecho y fue corriendo a verla. Brunissenda abrió la compuerta que cerraba el camastro de Blanca y la observó con preocupación a la luz de la lámpara: su sobrina respiraba con dificultad y se la veía sudorosa y enrojecida, como si estuviera siendo atacada por fiebres terciarias.

—¿Te encuentras bien, Blanqueta? —le preguntó con inquietud—. ¿Quieres que despierte a tu madre?

—Dejad dormir en paz a mi señora madre, tía, que mañana me habré repuesto ya —le contestó ella, con la respiración entrecortada.

Cuando Brunissenda se hubo marchado, Blanca se rio para sus adentros de su gran inocencia. Sin lugar a dudas, en toda su larga e insignificante vida de solterona, a su tía todavía no se le había ocurrido tocarse de modo pecaminoso. Pero enseguida volvió a pensar en su inminente boda con Ramon de Ribes, en la dolorosa imposibilidad que tendría de satisfacer todos sus deseos y fantasías con Jan, a quien posiblemente no volvería a ver, y en la grandísima cobardía que había mostrado con él aquella misma tarde, pues ni siquiera se había atrevido a saludarle; y entonces las lágrimas volvieron a correr con abundancia por sus mejillas. Su sufrimiento crecía hasta el límite de lo insoportable cuando pensaba en que le sería imposible contar a nadie todos los sentimientos que rebullían en su corazón; ni siquiera se veía capaz de hacerlo a mosén Sebastià, el capellán de su familia, bajo secreto de confesión.

III

Había llegado San Martín, el día de la matanza del cerdo, y tal y como correspondía sacrificarían a los dos más gordos y hermosos; la gorrina que a causa de los manchones que tenía en el lomo recibía el nombre de Pardala y el tocino engreído al que llamaban Soldà. Dos animales que darían de comer a muchas bocas, pues a las de las familias Guiu y Grasset había que añadir las de los siete invitados: el hermano mayor de Alianor, Pere Tost, con su familia y la abuela Constança. Se encontraban además Jordi Cirera y tres jornaleros más, contratados por Hubert la tarde anterior, que permanecían agazapados tras la hoguera, esperando a que el señor de la casa les permitiera compartir la comida con ellos o les pasara algunas sobras.

A pesar de la celebración, la familia entera de los Guiu se mostraba tan triste y decaída que más parecían estar celebrando el banquete de un funeral que la festividad de San Martín. Alianor rebanaba con desgana las enormes hogazas de pan moreno que había hecho cocer en el horno de la castellana la tarde anterior; Hubert revolvía distraído la leña que quemaba en la hoguera, demasiado alta para asar la carne en ella; su hija escanciaba el vino en las copas de los comensales con la mayor de las torpezas, como si estuviera con sus pensamientos en otra parte. Ninguno de los tres parecía aceptar el hecho que al cabo de nueve semanas Blanca se casaría con Ramon de Ribes y dejaría de vivir con ellos para hacerlo en una casa ajena. El día además era triste y apagado: una capa elevada de nubes tapaba por completo la bóveda celeste y no dejaba pasar ni un rayo de sol.

Genís empezó por rendir los honores a Pardala. Mientras él y su hijo Perot la sujetaban sobre la tocinera, la pobre bestia profería unos chillidos tan estridentes, que Miquelet vino corriendo a refugiarse en el regazo de Blanca, lloriqueando y tapándose las orejas. A ninguno de los hermanos Guiu les resultaba fácil presenciar la matanza de aquel animal, que había escapado al saqueo de los lacayos del arzobispo y que les había hecho compañía durante largos años.

Por fin, cuando los chillidos se hubieron silenciado por completo, a Blanca le dio la sensación de oír una lejana voz que se elevaba en el aire, flotando por encima del jolgorio y las risas de sus parientes. Confirmó que aquella voz le sonaba, que ya la había oído antes y le pareció que el corazón le daba un vuelco. Reconoció enseguida la letra de la canción, perteneciente a un fragmento del *Cuento del Grial*, de gran éxito en Francia y que varios juglares habían recitado en el castillo de Reus.

*La gente fu ferue al col,
si seinna quatre gotes de sanc,
qui expandirent sor le blanc,
si semble natural color.
Et Percevax vit defolee
la neuf qui sotz la gente jut,
et la sanc qui ancor parut.
Si apoia desor sa lance,
que la fresche color li semble
qui est en la face de s'amie,
Et pense tant que il s'oblíe[*].*

Si de verdad aquella voz pertenecía a quien creía, el fragmento no podía ser más adecuado, pues narraba el momento álgido del cantar: aquel en el que Perceval, el protagonista, al ver unas manchas de sangre sobre la nieve, se acuerda del rostro de su amiga y la añora tanto que decide regresar con ella.

Blanca recogió la bota de vino y le preguntó a Esteveta qué hacían allí aquellos jornaleros.

—El amo Hubert cree que los necesita para desbrozar la olmeda que vuestro futuro esposo ha donado como presente de bodas —le contestó airada—. Y eso que ya le dije que no hacía falta, que aunque mi hijo Llaurens esté en la gloria, mi marido y mi otro hijo, Perot, se bastan y se sobran ellos solos para hacerlo.

—Y ese que está cantando, ¿es también uno de ellos?

—Por desgracia, sí. Cantará y tocará todo lo bien que queráis, pero mirad que es raro. Cuando les aseguré que el amo es generoso y que hoy por ser día de fiesta les daría tanta carne como quisieran, él me contestó que no le hacía ninguna falta, pues nunca la probaba —le confesó, ahogada por las risas—. Yo le pregunté si era moro o judío, que no podía comer tocino, y él lo negó, asegurándome que era cristiano, pero que llevarse a la boca cualquier tipo de carne iba contra sus principios. ¡Contra sus principios! ¡Es la primera vez en mi vida que oigo una majadería parecida! ¡Como si la carne no fuera el mejor de los manjares! ¡Como si no hubiese ricos hombres que la probaran a diario!

—Estoy segura de que del vino que le voy a ofrecer ahora sí que va a probar.

—Sois demasiado caritativa, señora, esa gentuza no se merece que les deis ni los huesos roídos por los perros.

Blanca recordó el profundo desprecio que los criados de cualquier casa solían profesar a los jornaleros y sintió lástima por Jan. Así que tras esta conversación, se acercó con el paso rápido hacia ellos, y los estudió a medio tiro de piedra de distancia, escondida tras una higuera.

Desentonaba entre los otros jornaleros como un príncipe lo habría hecho en una cuadrilla de

mendigog; cierto que la pelliza y la zamarra que vestía estaban gastadas y descoloridas, pero no se habían acartonado de mugre como las de sus compañeros; cierto que el rostro estaba tostado por el sol y demasiado flaco, pero llevaba el pelo largo y cuidado, sin las greñas piojosas de los otros. Jan estaba jugueteando con su rabel, y de pronto, como si hubiera tenido una corazonada, levantó sus ojos ensoñadores y melancólicos, que se cruzaron con los de ella: su desconcierto fue tan grande que el mismo instrumento se le cayó de las manos. Blanca aprovechó el momento para salir de su escondite de detrás de la higuera y ofrecer a los jornaleros la bota cargada de vino, que fue recibida con vítores y aplausos.

En ese mismo instante le llegó el turno a Soldà, y sus gritos y chillidos mientras lo degollaban y lo destripaban eran tan vivos y desgarradores que enseguida consiguieron acallar las voces de los jornaleros.

—Acabo de oír que no te gusta la carne —le dijo de pronto a Jan, encarándose fríamente con él, como si no le conociera.

—Lo que de verdad me disgusta es la matanza de los animales —contestó Jan, algo turbado—. Escuchad, mi señora, de todos es sabido que nuestra alma fluye por la sangre y que forma parte de ella; y así como nuestra sangre es roja y tiene alma, es de suponer que cualquier otro animal de sangre roja también la tenga. Por lo tanto, si matamos a animales como cerdos o caballos, estamos haciendo un grandísimo mal, pues separamos a sus cuerpos de sus almas y cometemos con ello un asesinato.

—En cierta manera te entiendo —contestó ella—, a mí tampoco me hace gracia ser testigo del sufrimiento y la muerte de unos animales a los que he estado cuidando durante largo tiempo.

—Entonces habría que ser consecuente y no probar ni una sola de las longanizas, costillas, chorizos y jamones que nos dan con sus cadáveres esas pobres bestias a las que asesinamos tan vilmente. Ahora bien, se trata sólo de mi opinión.

—Todas estas historias de no comer carne no son más que estupideces —bramó Jordi Cirera, tras secarse el vino que le ensuciaba la boca con su manga—. ¡Donde haya una buena butifarra de payés...!

Blanca se dio cuenta de que necesitaba más intimidad y le sugirió a Jan:

—En la despensa de mi casa abundan manjares que a buen seguro podrás probar sin repugnancia. Sígueme y te daré tantos como quieras, que hoy es día de celebración y de fiesta. A los demás os doy licencia para terminaros la bota.

Dichas estas palabras, se dirigió con él hacia la parte trasera de la casa, la que daba al huerto, que en aquellos momentos estaba vacía de gente.

—Jan —le recriminó ella—, me he pasado estos cuatro años esperando con impaciencia aquella visita que me prometiste. ¿Por qué no has venido antes?

—Me ha sido imposible —respondió lacónicamente.

—Apareces con retraso y, encima, cuando vienes no lo haces como un hombre de bien, con estudios y oficio, sino como un jornalero, un vulgar destripaterrones. ¿Qué te ha ocurrido?

—Es una historia difícil de contar.

—Hazlo, por favor.

—Mi amo mató a una doncella ante mis propios ojos, y yo le rebané el cuello; hecho del que aún me arrepiento todos los días.

—Hiciste bien, que asesinar a una mujer indefensa es la acción más ruin y vil que me puedo figurar —lo consoló ella—. Si estuviera en tu lugar, de lo único que me arrepentiría es de no haber podido salvarla a tiempo.

—El caso es que tuve que huir con un amigo albigense hacia la frontera, y que no me ha sido posible regresar aquí ni cumplir con mi promesa hasta ahora.

—¿Sabes que dentro de pocas semanas me caso?

—En Reus no se hablaba últimamente de otra cosa.

Oyeron ruido de pasos y Jan volvió apresuradamente hacia donde estaban los otros jornaleros, mientras Blanca se quedaba pensativa en el huerto, reflexionando sobre todo aquello que acababa de escuchar. La desparecieron los gritos de su madre, que había venido a buscarla porque Esteveta le había avisado de que estaba hablando sola con uno de los jornaleros.

—¡Tu sitio como buena hija no está entre los hombres cegados por la lujuria —le recriminó—, sino con las otras mujeres y los niños!

Blanca siguió de mala gana a su madre y se sentó con aire ausente a la mesa, mientras Esteveta servía las costillas humeantes sobre los platos de madera y Hubert rezaba el paternóster y bendecía la comida. Como acto de caridad cristiana habían dejado sentarse a los jornaleros en uno de sus extremos. La abuela Constança no tardó en sostener con su nuera Alianor y la tía Mariona un animado diálogo sobre el poder de los santos y de las vírgenes, que Blanca escuchó con escaso interés.

Alianor aseguraba que el arzobispo sentía envidia de la villa de Reus porque su mercado era más concurrido y próspero que el de Tarragona, y que por culpa de esa envidia había castigado a los habitantes de Reus y de sus feudos con tantos impuestos. Mariona añadió que la Virgen de la Candela de Reus tenía más poder en el cielo y sabía interceder mejor por sus feligreses que Santa Tecla, la protectora de Tarragona, y que por tanto, había que encomendarse a ella.

—Lo que no tiene en cuenta n'Espàrreg es que la Regina Coelis seguirá intercediendo por nosotros... —concluyó Mariona.

—¡Quién sabe! —apuntó Genís socarronamente—. Tal vez la Virgen se encuentre demasiado ocupada para ayudarnos, con tantas ermitas, capillas e iglesias como tiene repartidas por toda la cristiandad.

—No hay que despreciar a Santa Tecla —aseguró Alianor—, que el señor arzobispo guarda celosamente todos sus huesos y reliquias en su catedral, y son tan poderosos que pueden conseguir cualquier milagro. Mientras estén allí, Tarragona estará a salvo de guerras y de epidemias.

—Para epidemias y enfermedades malignas, nadie mejor que Madona Sancta Maria de Puigcerver —exclamó la abuela Constança, con los ojos bañados en lágrimas—. Yo estaba allí el día en el que

la descubrieron.

»Habrán pasado desde entonces más de cuarenta años y era una doncella joven como Blanca, de piel lisa y sin arrugas. Estaba visitando a la tía Angelines en su masía de cerca de Alforja y cuando la buena nueva se distribuyó, todos los vecinos de los alrededores dejamos nuestras labores y fuimos corriendo en masa a ver el milagro. Y os puedo jurar, porque es la más pura verdad, que cuando se puso el sol, la Virgen empezó a brillar con tanta fuerza que bañó en oro toda la pradera y los árboles de los alrededores. Y en ese momento, el cielo se abrió con gran estrépito y brotó de él una escalera de éter en forma de espiral por la que subían y bajaban los ángeles. Y en verdad que eran los seres más bellos y extraños que he visto en mi vida, pues portaban estandartes de fuego y tenían alas del color de la esmeralda en las que se abrían incontables ojos; y el sonido de sus voces cuando cantaban era tan claro y tan nítido que parecía atravesarte el corazón. Y este milagro duró aún dos noches más y cientos de personas podrían testimoniarlo de no ser porque la mayoría de ellas han pasado ya a mejor vida.

Aprovechando que todos los comensales de su alrededor estaban escuchando con la mayor de las atenciones el discurso de la abuela, Blanca fijó su mirada en Jan y leyó en su rostro una expresión escéptica: él no parecía creer en nada de todo aquello.

Terminada la comida, los jornaleros ayudaron a los Grasset a recoger las mesas y otros enseres y a llevarlos al interior de la masía. Jan levantó el escaño de Hubert y lo trasladó a su sitio correspondiente, en el salón. Blanca aprovechó aquella ocasión en que se encontraba a solas para volver a acercarse al jornalero. De mil amores se habría arrojado a sus brazos y le habría preguntado si de verdad había ido hasta su masía tan sólo para volverla a ver, si había estado pensando en ella tantos días y con tanta frecuencia como ella lo había hecho en él. Pero el continuo trasiego de familiares y criados que iban de un lugar al otro de la casa la cohibió. Se quedó a tres pies de distancia de Jan, y cruzando las manos tras la espalda, le preguntó qué le había parecido la descripción de la abuela sobre el milagro de Puigcerver.

—Os responderé con otra pregunta: ¿no os parece demasiada casualidad que la práctica totalidad de vírgenes que hay por estos pagos aparecieran en los años inmediatamente posteriores a la conquista?

—Me estás confundiendo, Jan —murmuró Blanca—. No acabo de entender el sentido de tu pregunta. Y la verdad, preferiría no hacerlo, porque mucho me temo que roce la herejía.

—Pues está clarísimo: todas esas santas vírgenes han aparecido por puro interés. Alguien las puso allí para atraer a más pobladores y atarlos de por vida a la Madre Iglesia.

—Jan, entre tu afirmación de ahora mismo y tu anterior repugnancia a tomar carne, me preocupas. Ruego a Dios que tu amigo albigense no te haya convertido a su credo.

—Os aseguro, Blanca, que tal cosa no ha sucedido: lo que sí ha hecho este albigense es abrirme los ojos sobre las mentiras y maldades de la Iglesia católica; y transmitirme alguna de sus costumbres, como la de no comer carne de animal que tenga sangre caliente.

—¿Y mi abuela Constança? —clamó Blanca fuera de sí—. ¿De verdad crees que está mintiendo, ella que vio a todos aquellos ángeles subiendo y bajando de la escalera celestial?

Jan dejó escapar un suspiro. Tanto tiempo esperando aquel reencuentro con Blanca y se comportaba de un modo tan estúpido que lo único que conseguía era iniciar con ella una absurda discusión metafísica, similar a cualquiera de las muchas que había mantenido con Guilhem a lo largo de los últimos años. Cuando por fin se atrevió a contestar, se mostró algo más comedido.

—Escuchad, Blanca, es un hecho que caballeros y pescadores se cuentan entre los seculares más devotos de todos cuantos hay en la sociedad y ven la mano de Dios en cualquier suceso o elemento natural, y ello ocurre por el mucho peligro que de continuo corren sus vidas, en la mar o en la guerra.

»Y a vosotras, las mujeres, también os peligran las vidas con cada uno de los muchos partos que soléis tener; y por si eso no bastara para afligiros y desconsolaros, los hijos que con gran riesgo y trabajo dais a luz nacen tan débiles y desvalidos que a los pocos meses cualquier corriente de aire o cualquier fiebre que los coja ya se los lleva a la tumba. Por todo ello, no es de extrañar que busquéis de continuo las compañías de los clérigos ni que, en materia de piedad religiosa, no les vayáis a la zaga a caballeros ni a pescadores.

Blanca admitió para sus adentros que a menudo le había extrañado que las iglesias solieran estar más frecuentadas por mujeres que por hombres, y encontró la explicación de Jan de lo más razonable.

En aquel preciso instante, Perot, el hijo de Genís, irrumpió en la estancia cargando un haz de leña, y al descubrirlos a los dos solos y confirmar sus recelos, le bramó a Jan:

—¡Deja de molestar a mi señora Blanca y ponte a trabajar de una vez, inútil, o te echaré encima a los perros!

Al oír estas palabras, Jan se largó del salón sin despedirse de Blanca y se juntó con los otros jornaleros que estaban por el patio. Se sentía decepcionado consigo mismo, porque aún no había podido dar voz a los sentimientos que tenía por ella desde hacía cuatro largos años.

Blanca, por su parte, no podía dejar de apiadarse de aquel pobre extranjero, a quien todo en la vida le había salido tan mal, y que había llegado incluso a simpatizar con las ideas de los herejes cátaros. Recordó acongojada el sermón de Ramon d'Esplugues, el rector de Reus: según sus palabras, no sólo se negaban a comer carne y a comulgar con el resto de los cristianos, sino que además sacrificaban a sus primogénitos ante un altar con el ídolo de su falso profeta, Manes. ¡Qué vida más triste tendría el pobre Jan si de verdad se había juntado con ellos y cuánto peligro correría su alma! Y con estos pensamientos, se avivaron sus deseos de volverse a encontrar con él a solas, sin nadie que los interrumpiera, y de devolverle la fe en Cristo y en la Santa Iglesia.

Pero la ocasión para hacerlo no se le presentaría durante largo tiempo. Los siguientes días los pasó Jan desbrozando el olmedo regalado por el barón de Barenys, un superviviente de las antiguas selvas que cubrían el Campo de Tarragona cuando aún era tierra de nadie y estaba despoblado. Era

un trabajo agotador, pues los jornaleros tenían que talar altísimos olmos centenarios, y ayudándose de los dos bueyes y del burro que tenían, debían desarraigar los muñones del suelo, y quitar rocas, arbustos y todo aquello que semanas más tarde pudiera estorbar el paso de un arado cuando lo labraran. Al caer la noche, cenaban en el patio y se arrastraban exhaustos al pajar, que se encontraba en un altillo sobre el establo.

En una de esas ocasiones, cuando ya había sonado el toque de campanas del ángelus, Blanca se acercó sigilosamente al establo, incitada por el deseo de ver de nuevo a Jan. Los jornaleros acababan de atravesar el portal y estaban musitando la oración. De todos ellos, observó Blanca, el único que no bajaba la mirada al suelo ni juntaba las manos era Jan, que al verla llegar la fijó en ella de un modo intenso y torturado. Acabado el rezo, Genís encerró a las bestias en el establo, acompañado por los jornaleros, que se pusieron a llenar el pesebre de heno y el abrevadero de agua. Blanca se volvió y descubrió que Esteveta la estaba observando con recelo, como si sospechara algo.

—¿Y vos por aquí, Blanqueta? ¿Acaso os ha enviado vuestra señora madre a por algo? —le preguntó, removiendo con un cucharón la olla caliente que contenía la cena para los jornaleros.

Blanca se acercó a la olla, miró en su interior y descubrió que no contenía ninguna otra cosa que no fueran cebollas y algarrobas. Advirtió además que Genís, tras cerrar el portón, soltaba a los galgos y a los mastines por el patio y llenaba sus cuencos con los restos de la cena que habían tenido los Guiu y Grasset en el salón, mucho más sustanciosa que aquel insípido caldo, pues había consistido en un cocido con carne, legumbres y verduras. Se fijó en el desprecio con el que el criado y su mujer trataban a los jornaleros, y llena de indignación los regañó:

—¿Cómo podéis tratar a estos pobres seres humanos peor que a los perros? ¿Qué clase de cristianos sois?

—Mejor que cualquier hereje que se niegue a tomar carne —contestó Genís.

—¡No os preocupéis, Blanca —terció Esteveta, conteniéndose la risa—, que cebolla no les faltará!

Con el rostro encendido por la cólera, Blanca abandonó el patio y subió por la escalera exterior hacia la planta noble de la masía, y lo hizo entre las carcajadas de los Grasset y del mismo Jordi Cirera.

Cuando aquella misma noche los cuatro jornaleros se encontraron al fin a solas, descansando sobre haces de heno en el altillo del establo, a Jordi se le escapó un comentario socarrón:

—Se diría que la hija de los señores se preocupa mucho por nuestro bienestar, demasiado incluso. —como sus tres compañeros seguían guardando silencio, Jordi prosiguió—: Tal vez la linda doncella se haya prendado de uno de nosotros.

Incapaz de seguirse conteniendo, Jan saltó de su sitio y atenazó el cuello de Jordi entre sus brazos, como si estuviera a punto de quebrárselo. Éste intentó zafárselo de encima, y al ver que no podía, exclamó por fin:

—¡Cálmate, amigo! Los secretitos que haya entre vosotros dos os los podéis guardar, que yo me

quedaré callado como una tumba.

Jan se conformó con estas palabras y regresó a su lecho, más tranquilo.

—Recuerda lo que dicen, Jordi, en boca cerrada no entran moscas.

—Moscas y moscones los tendréis de sobras con esa familia de los Grasset —terció Joan Matas, otro de los jornaleros—. ¡En mala hora hayan nacido los muy hideputas! Y ahora, dejadnos dormir en paz de una vez.

En vez de cerrar los ojos, Jan se quedó sumido en sus pensamientos, que se iban repitiendo una y otra vez: tantos días y tantas noches pensando en Blanca, durante cuatro años enteros, y ahora que por fin había conseguido dormir bajo el mismo techo que ella, era incapaz de hablar con su amada a solas y de expresarle sus sentimientos. Contempló el fragmento morado de cielo que se veía a través del ventanuco abierto en el muro de adobe, y recordó aquel lejano día en el que había huido con Guilhem desde Barcelona, cuatro años atrás.

IV

Con los ojos arrasados por las lágrimas, de la mucha pena que sentía por haber matado a su amo y de que las cosas se le hubieran torcido tanto, Jan se había subido al laúd con su compañero Guilhem. Tal y como había pronosticado el pescador, durante toda la tarde tuvieron la tramontana soplando e hinchando las velas de la pequeña embarcación. Hacia la medianoche, al llegar a la desembocadura del Gaià, el viento amainó y perdió fuerza. Miquel Ferran pidió licencia a Guilhem para hacer un alto en el camino y aprovechar la pesca abundante que había por aquella misma desembocadura. Guilhem se la concedió, y a medida que la frágil embarcación dejaba las turbulentas olas del mar abierto y se adentraba en las mansas aguas del río, se acercó a Jan y rompió el silencio que había guardado hasta entonces. Era aquella una ocasión perfecta. Los dos pescadores habían arriado la vela y encendido los fanales de la popa; tan ocupados como estaban echando y recogiendo las redes, difícilmente se preocuparían por escuchar lo que hablarían sus pasajeros en el otro extremo de la embarcación.

—¿Te extraña la vergonzosa muerte de tu amada señora, na Girauda? —le preguntó a Jan en susurros—. Pues tiene una explicación bien sencilla, la mataron así, como a una perra, porque era uno de los nuestros. Yo conocía a na Girauda, Jan. De hecho, era tanta nuestra confianza que llegó a encomendarme que cuidara de ti en secreto. Y conocía también a muchos de sus amigos que murieron tras la toma de Lavaur; de hecho, mi propia familia ardió en las hogueras que Simón de Montfort hizo encender en Cassés.

—En Guilhem —le interrumpió Jan—, debo confesaros que me entra un miedo y una inquietud muy grandes por todo lo que me estáis contando.

—Jan, si en estos momentos me encuentro aquí contigo, huyendo de la justicia de los hombres, es porque pertenezco a la única iglesia verdadera —le confesó visiblemente exaltado—; porque sigo las enseñanzas de los perfectos, aquellos a quienes los católicos llaman cátaros o albigenses. Seguramente habrás oído de un tal fray Domingo de Guzmán y su nuevo método para torturar e interrogar a los nuestros, que él llama Sancta Inquisitio. Pues bien, según parece, ha llegado a Barcelona hace pocos días y está intentando convencer a las autoridades para que le entreguen a los herejes que tiene en una lista, entre los que me encuentro yo mismo. Por suerte, mi muy amado tío Bernard Durfort, cónsul de la ciudad, me ha avisado a tiempo y ha organizado mi huida.

»Es como en aquel poema de *trobarclus* que a buen seguro debiste oír cantar más de una vez a tu señora na Girauda en su mansión de Belesgard: “*En la terra de Larida, un y perd, autre y gzanha*”. Ésta es su interpretación correcta: los católicos nos persiguen por todos los rincones del mundo y nos

acorralan como a alimañas; nosotros nos escondemos en lo alto de las montañas o en lo más profundo de las cuevas, para que no nos encuentren; y cuando lo hacen y nos apresan, a aquellos de los nuestros que no reniegan de su dama, esto es, de la religión verdadera, los ponen al pie de la hoguera, con un lecho de paja bajo sus pies, y los queman.

»Escucha, Jan, nosotros, los buenos hombres, creemos que de los cuatro Evangelios sólo el de San Juan es verdadero; y que ese mismo Evangelio únicamente puede ser entendido a la luz de los diálogos de Platón, el gran maestro de la Antigüedad. Nosotros creemos que este mundo traidor y fugaz ha sido creado por Lucifer como una mala imitación del mundo celestial; que vivimos en un purgatorio, en un campo de batalla perpetuo donde luchan el bien y el mal con fuerzas igualadas. Nosotros creemos que nuestros cuerpos son en realidad unas mazmorras, que el carcelero que nos atormenta con falsos deseos es el diablo y que todas nuestras posesiones terrenales y esas estúpidas instituciones llamadas “familia” y “matrimonio” son las cadenas con las que nos atan a la mazmorra. Nosotros creemos que el único destino de la inmensa mayoría de mortales es el continuo renacer, la incesante peregrinación de un cuerpo a otro, de la cuna a la sepultura, y de allí a otra cuna y vuelta a empezar; que sólo una pequeña minoría de perfectos pueden conseguir escapar de esta rueda infernal, siguiendo una senda extremadamente difícil y empinada.

—En Guilhem, apenas puedo dar crédito a mis oídos —repuso Jan—. Habéis estudiado conmigo teología y dialéctica en la escuela. ¿Acaso pensáis que todas las doctrinas de la Iglesia y la obra de sus santos padres son falsas e inspiradas por el demonio?

—Sí, en efecto, he estudiado contigo toda la árida doctrina escolástica —respondió con ojos exaltados y brillantes—, y, sinceramente, no puedes ni imaginarte con cuántas ganas me he quedado de soltarles a todos nuestros profesores cuatro verdades.

»Ahora escúchame: si Dios es bueno, compasivo y generoso, ¿a qué se deben entonces toda la miseria y el sufrimiento del mundo? ¿Qué clase de padre misericordioso condenaría a la mayor parte de sus hijos a la perdición eterna? Si Jesús asegura que él es el cordero de Dios y recomienda a sus seguidores no sólo que perdonen a sus enemigos, sino incluso que los amen, entonces, ¿qué sentido tienen las cruzadas y la Inquisición? ¿O acaso se ha visto alguna vez a los corderos lanzándose sobre los lobos y devorándolos a dentelladas? ¿Y qué sentido tiene la vida disipada y corrupta de todos aquellos clérigos, que en teoría deberían ser nuestros pastores, nuestros modelos a seguir? ¿Sería posible que la Iglesia romana, en lugar de ser la de Nuestro Señor Jesucristo, fuera en realidad la Gran Prostituta a la que se refiere San Juan en el Apocalipsis? ¿No resultará que la doctrina católica no es más que el vino con el que barones y clérigos adormecen a sus siervos y a sus criados, antes de ponerles el yugo y hacerlos trabajar como bestias? *A fructibus eorum cognoscetis eos!* Por sus obras los conoceréis, no por sus palabras. Jan, eres discreto y de inteligencia despejada: estoy seguro de que alguna vez, en tu fuero interno y sin atreverte a expresarlas en voz alta, te has planteado muchas veces estas cuestiones u otras parecidas.

—Doctores tiene la Iglesia y nadie ha defendido nunca que las cuestiones teológicas sean fáciles de entender —contestó Jan, aturdido y temeroso, como si su amigo le estuviera arrastrando hasta el borde de un abismo—. Pero empiezo a comprender vuestro punto de vista.

Tan pronto como el barco estuvo cargado de pesca, Miquel y su hijo volvieron a desplegar la vela y a orientarla hacia mediodía. Más tarde, cuando pasaban de largo por el puerto de Tarragona,

apareció ante ellos una catedral en construcción, blanca y espectral como un castillo de nubes. La inmensa catedral, iluminada por la luna, se erguía sobre cinturones de murallas y sobre acantilados repletos de confusas y enigmáticas ruinas. La parte en obras estaba cubierta por un armazón de madera en el que habían pintado una gigantesca cruz, visible desde el barco. Jan consideró cuántas maldades e injusticias se habían hecho en nombre de aquel signo y tuvo que darle en parte la razón a Guilhem. Se imaginó la espléndida mansión de Belesgard desaparecida bajo las llamas y a su gentil dueña, que había encargado a Guilhem que cuidara de él, con los huesos quebrados y enterrada en el fondo de un pozo; recordó, además, asimismo la alegría con la que sus padres habían ampliado su tienda de paños en Béziers, semanas antes de ser pasados por la espada, y notó cómo se le formaba un nudo en la garganta.

Tan sólo los sonidos de la caracola que Miquel sopló con todas sus fuerzas algún tiempo después le sacaron de tan tristes recuerdos. Otras caracolas le respondieron en la lejanía: habían llegado a los acantilados rocosos que rodeaban el puerto de Salou, y la luz de la aurora empezaba a perfilar las miserables barracas de pescadores que se amontonaban alrededor del castillo.

Durmieron hasta el mediodía en una de esas barracas, y entonces los dos fugitivos emprendieron la marcha en dirección a la frontera, hacia una hacienda que Bernard Durfort, el tío de Guilhem, tenía en Benifallet. Llegaron a ella a la tarde del día siguiente. El lugar no les podía haber resultado más triste: consistía en unas misérrimas chozas enganchadas a una larga hendidura que se abría en la roca de la montaña. A simple vista se apreciaba que aquella cueva, hasta entonces, había sido utilizada tan sólo como refugio invernal de pastores y establo de rebaños. Tres de las chozas estaban ocupadas por unas familias de Tolosa que les salieron a recibir con grandísimo contento. Jan se figuró que serían refugiados de la guerra, y que muy posiblemente pertenecerían a la misma iglesia que Guilhem, pues a su compañero le trataban con un respeto que a él se le antojó exagerado, hincándose de rodillas ante él, besándole la mano e incluso pidiéndole la bendición. De todos modos, se alegró de volver a oír el romance de su tierra natal y de enterarse de los nuevos sucesos de la guerra. Y mientras cenaban una sopa con verduras y anguilas, Jan no podía dejar de observarlos con curiosidad. Entre las tres familias sumaban unas diecisiete personas de la más variada edad y de ambos sexos; pero a pesar de su aspecto famélico, y de los desarrapados sayales de burda lana y color negro que unos y otros llevaban como único vestido, se notaba en su modo de hablar que no eran de baja condición: tal vez mercaderes o letrados, pues los más de ellos parecían haber estudiado en la escuela. El trato fraternal y afable que reinaba entre todos ellos le recordaba al de los miembros de una cofradía.

Acabada la cena, los dos fugitivos entraron en la choza en la que les tocaría vivir. Era su interior tal y como decía el poema de *trobar clus* que Guilhem le había interpretado: las vigas del techo clavaban sus extremos contra el muro rocoso de la cueva y se inclinaban tanto que llegaban a tocar el suelo. Tras una primera estancia, usada por un rebaño de cabras para dormir y estabular durante el invierno, venía otra más pequeña y atestada de arcones polvorientos, voluminosos libros y misteriosos objetos envueltos en paños. Sin lugar a dudas, lo peor del lugar no era la estrechez ni el desorden, sino el espantoso tufó cabruno que les llegaba de la estancia vecina. Jan descubrió que

compartiría lecho con Guilhem y no supo si alegrarse o disgustarse por ello, pues a pesar del buen trato que hasta entonces le había dispensado su compañero, de algún modo habría preferido seguir guardando las distancias y tener su propia cama. A fin de cuentas, Guilhem no dejaba de ser el hijo de un poderoso barón y, al igual que Hug, estaba acostumbrado desde su nacimiento a mandar y a ser obedecido en todo por un séquito de sirvientes. Tanta intimidad, pensaba él, podría llegar a causarles alguna molestia en el futuro.

Guilhem encendió las velas de un fanal que colgaba del techo y, cuando por fin se encontraron a solas, extrajo de su zurrón un pergamino que desplegó ante él con cierta ceremoniosidad. Era una especie de contrato, rubricado por los Montcada, el conde de Barcelona y un maestre de la Orden del Temple, pues sin duda eran sus escudos los que estaban estampados en los sellos rojos que colgaban del documento. En su centro se encontraba un espacio en blanco, que Guilhem empezó a rellenar con su propio nombre y con el de su acompañante, Jan Vidal. A continuación, le explicó que aquel documento era efectivamente un contrato, por el cual ellos se comprometían a quedarse viviendo en aquel lugar de la frontera durante cuatro largos años como *homiciones*, sin abandonarlo ni un solo día; a cambio de ello, las autoridades los absolvían de todos sus pecados y crímenes anteriores. Jan estuvo a punto de rechazarlo, pues aún tenía en mente la promesa que le había hecho a Blanca de ir a verla a Reus antes de que hubieran transcurrido tres años. Pero Guilhem siguió insistiendo en lo peligroso que podría llegar a ser para ellos que los reconociese cualquier vecino de Tolosa o de Barcelona y los denunciara, a uno por asesinar a un barón y a otro por herejía, así que Jan terminó por aceptar aquellas condiciones. Y entonces Guilhem le acarició la frente y le miró con tanta ternura que sintió el rubor cubriéndole las mejillas.

Aquella misma noche, mientras los dos escolares dormían bajo la maloliente manta de lana, Jan notó como los brazos de Guilhem se ceñían alrededor de sus hombros. Pensó protestar, alzar la voz, pero no se atrevió a hacerlo, porque su amigo estaba roncando plácidamente o fingiéndolo muy bien. Se preguntó si su compañero le había confundido con la doncella de sus sueños, o si se trataba de algo más que eso.

Durante los siguientes días, Jan pudo entender los motivos por los que aquellos refugiados de la guerra trataban con tanto respeto a Guilhem: efectivamente, todos ellos eran herejes cátaros y le tenían como a uno de sus hombres santos, un perfecto. Él mandaba y dirigía a los miembros de aquella pequeña comunidad, como un abad lo habría hecho con los monjes de un apartado monasterio; también oficiaba las misas, que se celebraban a diario en otra cueva, mucho más profunda y apartada que aquella en la que vivían. La primera vez que Jan asistió a una de esas ceremonias heréticas lo hizo por curiosidad y con cierto recelo. El mismo lugar en el que se celebraba le causó tanto pavor que casi le hizo volver sobre sus pasos. La cueva era conocida por aquellos herejes como la Sala, y en verdad que parecía la sala principal de algún palacio moro, con columnas y mocárabes que colgaban del techo: pero todo ello era de piedra, como si realmente lo hubiesen encantado las hadas mucho tiempo atrás. Las sombras huidizas de las antorchas y el continuo goteo del agua le daban a Jan la impresión de que los espíritus de sus desdichados moradores aún permanecían vagando por ahí dentro. Sin lugar a dudas, en el caso de que los asistentes hubiesen empezado a ofrecer sacrificios a un ídolo de oro o a trazar el sello de Salomón en el suelo, él habría salido corriendo de tan siniestro lugar. Pero nada de todo eso ocurrió: ni siquiera recitaron conjuros y ensalmos en extrañas lenguas. Los diecisiete miembros de la comunidad se

quedaron en pie alrededor de Guilhem, con los brazos abiertos y las manos hacia arriba cada vez que rezaban, o juntas y formando un círculo cada vez que cantaban. Lo único sorprendente de esta ceremonia era el libro que Guilhem sostenía sobre el altar, pues consistía en el mismo Evangelio de San Juan que usaban los católicos, pero traducido al romance, y más concretamente a la lengua de Oc. A Jan le pareció chocante escuchar textos de los Evangelios en una lengua tan familiar y vulgar, cuando hasta entonces no lo había hecho más que en latín. También le impresionó que no fuese Guilhem quien extrajese conclusiones de los fragmentos leídos, sino cada uno de los propios asistentes. No parecía haber una sola verdad, que fuese interpretada de modo unívoco por la *auctoritas* eclesiástica, sino diversas y discutibles aproximaciones al Verbo. La ceremonia terminó cuando Guilhem compartió un pan ázimo y un jarro de vino entre todos los presentes, y rezó la siguiente oración, con los ojos nublados por las lágrimas:

Padre Santo, Dios de los Buenos Espíritus, tú que no te equivocaste nunca, que nunca mentiste ni dudaste; evita que muramos en el mundo del Dios Extraño, porque nosotros no somos de su mundo ni él es de los nuestros; enséñanos a conocer lo que tú conoces y a amar lo que amas[*].

De vuelta a la cueva que utilizaban como casa, Jan se dijo a sí mismo que la sencillez de la ceremonia, y la mucha hermandad que mostraban los asistentes entre sí, le habían gustado y conmovido más que cualquier misa católica a la que hubiese asistido hasta entonces. Y eso es lo que confesó a Guilhem cuando éste le preguntó si la ceremonia había sido de su agrado.

Así que, a partir de aquel momento, no sólo empezó a considerar a los herejes con más respeto, sino que asistió a todas las otras ceremonias que hicieron y compartió con ellos sus rezos y algunas de sus extrañas costumbres —como la de no comer carne que viniera de animal con sangre caliente— y muchas de sus labores. Paradójicamente, la riqueza principal de la hacienda que el tío de Guilhem les había encomendado eran los numerosos rebaños de cabras y ovejas. Algunos de los miembros de la comunidad se dedicaban al pastoreo y vendían los quesos y la lana entre los vecinos de las villas más cercanas, sin llegar a matar a ninguno de los animales; los había que intentaban cultivar, sin demasiado éxito, la tierra seca y pedregosa del terreno que rodeaba las cuevas; otros tejían y arreglaban vestidos de esos mismos vecinos o, como el mismo Jan, cogían el laúd que tenían en la orilla del Ebro, a media milla de distancia, y se dedicaban a la pesca. Con estas y otras cosas la comunidad podía sobrevivir, con ciertos apuros pero sin llegar a pasar hambre. Jan aprendió muy pronto a usar los distintos tipos de redes y artefactos utilizados para capturar la pesca de río y a manejar con soltura el mástil y el timón del laúd.

Una tarde, al regresar de la pesca, observó que sobre el lecho que compartía con Guilhem, éste había dejado un voluminoso libro de tapas negras, abierto por la mitad. Se acercó a él, y se sobresaltó al mirar su contenido: era el famoso Libro, sin duda. Allí estaba la prueba de que la Iglesia católica tenía razón, de que, a pesar de su aspecto de santurriones, los cátaros eran ciertamente unos adoradores del demonio. Pues ese libro de tapas negras era el libro de conjuros dictado por el Maligno a sus acólitos y usado por ellos para destruir las cosechas y echar el mal de ojo a los buenos cristianos. ¿De qué otra cosa podía tratarse si no? Estaba escrito en caracteres extraños, que nunca había visto, y tenía además abundantes círculos y figuras geométricas.

Y entonces se volvió y descubrió que Guilhem estaba a sus espaldas, conteniéndose la risa y observándolo con una extraña mirada que mezclaba la indulgencia y la ternura.

—Veo que por fin lo has encontrado —le dijo.

—La verdad, no me esperaba hallar algo parecido en esta comunidad que hasta ahora me había parecido tan admirable.

—En efecto, difícilmente podría encontrarse un libro así en esta sucia covacha. Jan, tienes en tus manos nada menos que el famoso *Almagesto*, el tratado de astronomía escrito en griego y hace mil cuatrocientos años por Ptolomeo.

—Entonces, ¿todos estos signos y caracteres de aquí nada tienen que ver con el Maligno? —preguntó Jan, receloso aún.

—Tan poco como los escritos de César o de Ovidio que leíamos en la escuela de Barcelona. Como ya sabrás, Ptolomeo fue, al igual que Salomón, un rey y un mago; los dos fueron también los sabios más importantes de la Antigüedad. Su teoría del Universo ha sido ratificada en diversas ocasiones por el mismo apóstol de Roma. [*] Quiero decirte con ello que puedes quedarte en paz: no se trata del famoso Libro Negro, que dicho sea de paso, no es más que otra de las patrañas de la Iglesia católica para perseguirnos a nosotros, o a esas pobres chifladas a las que llaman brujas.

Jan se avergonzó por la gran ignorancia que había mostrado, e hincándose de rodillas ante Guilhem le suplicó perdón por sus celos. Y aquella noche, cuando notó que Guilhem no sólo le estrechaba entre sus brazos, sino que le acariciaba el rostro y el pelo, en lugar de escandalizarse por ello, permaneció en silencio. Sin duda, su amigo era la persona más sabia e instruida que había conocido en su vida, y en aquel momento no habría soportado otro de sus comentarios socarrones.

Pasaron cuatro largos años, en los que los dos siguieron compartiendo cama, y durante todo ese tiempo Jan no pudo aclarar si Guilhem tenía sueños demasiado vívidos con alguna doncella o tendencias sodomitas; pues no le hizo ninguna demostración inequívoca de que deseara algo más que abrazarle o acariciarle. En esos años, se integró aún más en la comunidad; y su admiración del principio, al constatar con cuánta equidad compartían sus miembros los escasos bienes y comidas que tenían, se fue transformando en sorpresa, e incluso en disgusto, al descubrir que ni una sola de las pocas mujeres que había convivía con sus esposos, ni era custodiada por sus padres o hermanos, pues todas ellas vivían amancebadas y cambiaban de lecho con harta frecuencia. Incluso los niños que engendraban eran, por así decirlo, hijos de toda la comunidad.

Y en el transcurso de esos años, Jan no había dejado de pensar cada día en su amada Blanca, asegurándose a sí mismo que si alguna vez llegaba a poder juntarse con ella le ofrecería un porvenir mucho mejor que aquél. Y en todas las ceremonias en las que participaba con los albigenses, rogaba para sus adentros al Señor —fuese el Dios de los Buenos Espíritus cátaro o el Padre Celestial de los católicos, tanto daba— que le permitiera volver a ver a Blanca y vivir con ella el resto de su vida, unidos los dos por el sagrado vínculo del matrimonio.

Una mañana, Guilhem convocó a toda la comunidad en la Sala y con semblante grave y

preocupado les informó que era necesario disolverla, pues pocas semanas atrás habían llegado rumores al obispo de Tortosa de que en aquella finca se celebraban rituales heréticos. Dichas estas noticias, que, como era de esperar, los presentes acogieron con grave pesar y mucha congoja, les anunció que tenían unos tres días para recoger sus cosas y largarse a la buena de Dios, por caminos separados. Tras las bendiciones y los abrazos y los besos de rigor, Guilhem cogió a Jan de la mano y lo llevó al interior de la choza, explicándole:

—Jan, debo advertirte que mañana mismo parto hacia el castillo de Miravet, donde trabajaré como escudero de Bernat de Campanes, comendador de la Orden del Temple del Ebro y gran amigo de mi tío Bernard. Te pido y te aconsejo que me acompañes hasta ese castillo, y que trabajes también de escudero para algún otro caballero de esa orden; así no nos veremos en la obligación de separarnos.

—En Guilhem, me pesa mucho decirlo esto, pero... ahora que por fin he conseguido el perdón de las autoridades, tengo otro asunto mucho más urgente que atender.

—¿No se tratará acaso de esa moza de Blanca, a la que supuestamente tanto amas, y que te ha llevado de cabeza a todas horas durante los cuatro largos años que hemos vivido aquí?

Molesto por la pregunta y por el tono mordaz con el que formulada, Jan contestó:

—Sí, de ella se trata. Y digáis lo que digáis, estoy dispuesto a verla y, si es preciso, a raptarla; pues sin su gentil compañía no deseo ni puedo seguir viviendo.

—¡Desengáñate, Jan, no es amor de verdad lo que sientes por ella! —le reconvino con el mismo tono que habría usado un sacerdote católico dando un sermón—. ¡No, no es amor, sino deseos de aparearte con esa apestosa hembra! Y con ello no te diferenciarás en nada de las bestias, pues al igual que cualquier otro animal que respira y se mueve bajo el cielo, el ser humano tiende a encontrar su pareja y a reproducirse con ella. Y esto es así por disposición del malvado Demiurgo que creó este mundo, y que no deja de ser una mala imitación del eterno y perfecto que antes había ideado el Verbo.

»Así, espoleado por el engañoso cebo de la felicidad eterna que te promete el amor, y arrastrado y cegado por el deseo, corres hacia la trampa: te juntas con una hembra y con ello arrastrarás y encadenarás más almas a este desdichado mundo. Y si no te preocupa la suerte de aquellos condenados a los que llamarás hijos tuyos, considéralo todo desde un punto de vista egoísta. ¿Acaso hay hombre que quede complacido de verdad y para toda su existencia con una sola hembra? ¿Acaso no hay amor bendecido por los lazos del matrimonio que no acabe apagándose con el paso del tiempo? ¿No te das cuenta de que todo el deseo y el amor que puedas sentir hacia cualquier hembra son en realidad engaño de los sentidos y trampa del diablo para que te reproduzcas y engendres descendencia? ¿O por ventura habrías llegado a querer tanto a tu Blanca si la hubieras encontrado vieja, fea y desdentada? No, Janic, desengáñate: lo que tú llamas amor es en realidad tu deseo de aparearte con una hembra joven y robusta y de criar con ella abundante descendencia. Ten en cuenta que en este deseo tuyo no existe la menor diferencia entre tú y cualquier simio del África.

—Os equivocáis, en Guilhem, pues mis intenciones con mi amada Blanca no se reducen al «apareamiento», como decís vos. Lo que realmente quiero es unirme a ella por el sagrado vínculo del matrimonio y honrarla como esposa y como madre de mis hijos.

—Eso es aún mucho peor, Jan, otra mentira que te dices a ti mismo. ¿Acaso no sabes que el matrimonio es una forma de propiedad, una falsedad inventada también por el Demiurgo? Casándote con Blanca la harías formar parte de tu propiedad, conjuntamente con tu hacienda y los bienes que guardes en ella. Como ha dicho el Verbo en más de una ocasión, cualquier propiedad no es más que polvo y humo, *vanitas vanitatis*. Y fijate bien en que cualquier guerra, incluidas las cruzadas, no es más que la manera principal con la que los reyes y los barones aumentan sus riquezas y sus propiedades. Dime, ¿qué otro motivo impulsa a sire Philippe Philippe Auguste en su cruzada contra Tolosa si no el de acrecentar su poder? Y hablando de otro asunto que ahora mismo te toca más de cerca, ¿cuántas muertes y desventuras no causan en nuestra sociedad los celos y esos inventos del Demiurgo, llamados «honra» y «matrimonio»? ¡Abre los ojos, Jan! Una sociedad que fuera verdaderamente cristiana no debería de tener ricos o pobres; ni cercas que delimitasen las heredades, ni mucho menos ejércitos de caballeros para defenderlas. Todos deberíamos compartirlo todo, incluso las mujeres.

—Perdonadme que os interrumpa, Guilhem, pero me estáis confundiendo: ¿no os acabáis de manifestar en contra del apareamiento y de la lujuria? ¿Es que ahora os ponéis a defender el amor libre?

—Y me seguiré manifestando contra ellos todas las veces que hagan falta. Pero debemos ser indulgentes con la gran mayoría de los hombres; conceder que nunca conseguirán desprenderse del todo del ciego animal que les inunda las entrañas. Para ellos, para los que siguen el camino ancho y fácil de las bestias: todas las hembras de este mundo, y el amor libre y promiscuo, si así lo desean; para nosotros, los que aspiramos a la perfección y seguimos la estrecha y empinada cuesta de los sabios: la abstinencia sexual más rigurosa. Y ahora te pregunto, hermano, ¿dónde te encuentras tú? ¿Qué camino prefieres seguir?

Jan contempló a su amigo. Confirmó para sus adentros que la cara enjuta y huesuda de Guilhem — en la que brillaban aquellos ojos tan fríos y distantes para las cosas de este mundo, y tan apasionados para las del otro— era una muestra casi perfecta de lo que los físicos definían como temperamento flemático. Desde que había asumido el papel de líder de aquella comunidad y tenía a todas aquellas personas que lo reverenciaban como santo, su firmeza y su seguridad habían crecido y corrían el riesgo de convertirse en orgullo y soberbia. Y se enojó tanto con él que a punto estuvo de cantarle alguna verdad. Pero en el último momento prefirió guardarse para sí sus reproches, pues gracias a él seguía vivo. Y consideró, además, que en comparación a cualquier otro hijo de barón, como el mismo Hug, Guilhem era en verdad algo muy parecido a un santo, pues era devoto, justo y generoso como el que más. Así que al final se limitó a guardar silencio y a inclinar humildemente la cabeza, mientras su amigo seguía con su perorata.

Sin embargo, esa misma noche, cuando yacían los dos en el lecho que habían compartido hasta entonces, Jan notó una mano seca y fuerte abriéndose paso por su bajo vientre y reptando hasta su miembro viril, al que asió con fuerza y empezó a menear. Y no sólo eso, sino que además notó el sexo erecto y pringoso de Guilhem, apretándose contra sus espaldas. Y tanto se enfadó con todo ello que se incorporó del lecho, y llegó incluso a abandonar la estancia, prefiriendo pasar la noche en el establo y junto a las bestias que en compañía de su amigo.

Durante lo que quedó de esa noche y hasta que apareció el primer rayo de sol por la ventana, Jan

no dejó de escuchar los suspiros y los bufidos que salían del otro lado de la puerta. Por fin, Guilhem apareció por ella con el rostro demacrado y el semblante afligido.

—Tanto criticar a los clérigos —le espetó Jan al verle—, y vos sois tan fariseo y mentiroso como ellos. Primero me soltáis un larguísimo discurso contra la lujuria y el matrimonio; y a continuación, siendo de noche cerrada y mientras todos los demás duermen, dais rienda suelta a vuestras inclinaciones sodomitas. ¡Y pensar que los demás miembros de esta comunidad os tienen por una especie de santo! ¡Casi que me hacéis reír!

—Jan, lo de anoche no debiera de haber ocurrido nunca, ni jamás volverá a ocurrir —balbució Guilhem con los ojos enrojecidos—. Disculpa las contradicciones internas de este pobre pecador y sé indulgente con ellas. ¡Discúlpalas!

Y en esta ocasión fue Guilhem quien se hincó de rodillas ante Jan y le pidió perdón, cubriéndole la mano de besos.

—Ahora mismo partiré hacia Reus e intentaré conseguir el corazón de Blanca, cueste lo que cueste —respondió Jan asqueado, zafándose de él.

—Reitero mi proposición anterior: ven conmigo al castillo de Miravet y yo te juro y prometo que en mi vida volveré a tocarte. Allí, con otros buenos hombres que han ingresado en la orden, podrás seguir el camino de la salvación y convertirte en uno de los nuestros.

—Poco me interesa ahora vuestro camino. ¡Id con Dios!

Guilhem extrajo de uno de los bolsillos de su sayal un documento con sellos lacrados similar al contrato que había enseñado a Jan al llegar a las cuevas, y se lo entregó ceremoniosamente, mientras le decía:

—Aquí está tu absolución, Jan. Hace ya dos meses que me ha llegado.

Jan lo recogió y lo metió en el interior de sus alforjas, mirándole con reprobación.

—Te pido disculpas por este retraso; y te prometo además que si en cualquier momento futuro te encuentras en apuros, yo te ayudaré en la medida de mis posibilidades.

—Agradezco vuestro ofrecimiento, pero de momento no lo necesito.

Y dichas estas palabras, Jan se echó encima su manto y sus alforjas, y se largó como un ladrón de la cueva en la que había vivido más de cuatro años: en silencio y sin despedirse de nadie. Al cabo de dos días, llegó al Campo de Tarragona y no paró de merodear ni de dar vueltas por él como un simple jornalero hasta que el señor Guiu, el padre de Blanca, le contrató.

Hubert no parecía haber decidido un buen día para empezar la recogida de aceitunas. Aquel 22 de noviembre, festividad de Santa Caterina, soplaban un fuerte viento de Levante que hacía presagiar tormenta. Las hojas plateadas de los olivos se zarandeaban violentamente recortándose contra un cielo turbio y espeso. Ajenos al tiempo, los jornaleros trepaban por las ramas y hacían caer las aceitunas más elevadas sacudiéndolas con las manos; Genís y su hijo Perot permanecían abajo y derribaban las de las ramas más cercanas con ayuda de unas varas. Las codiciadas olivas caían en ráfagas y se desperdigaban por los mantos de cáñamo que había extendidos alrededor de los troncos, donde eran recogidas por Blanca o Esteveta, que las amontonaban en sus delantales y las vertían sobre los cestos. A pesar de la inminente tormenta, el ambiente que reinaba era distendido, como el de cualquier otra cosecha.

—¡Con estas manos tan blancas y menudas que tenéis, mi señora Blanca —aseguró Jordi Cirera—, casi envidio a las mismas olivas! Me consuelo pensando en que cuando las llevemos a la almazara saldrá de ellas el aceite más exquisito del mundo.

—Me extraña que, siendo hija de caballero como sois, participéis en la recogida de la oliva —se atrevió a comentar Jan.

—Opinan mis señores padres que antes de mandar a aquellos que trabajan con sus manos, primero debería acostumbrarme a usarlas yo misma.

—Así debieran hacer todos los hijos de señor —afirmó Genís.

Retumbó un trueno y con él empezaron a caer las primeras gotas, gruesas y espaciadas. Antes de que se abrieran los cielos y la tierra entera quedara sumergida bajo el agua de la lluvia, todos los presentes cargaron con los cestos y echaron a correr hacia la masía; todos menos Jan y Blanca, que intercambiaron entre sí una mirada de complicidad. Jan recogió del suelo una de las mantas de cáñamo y ofreció refugio con ella a Blanca, que se arrimó a sus hombros sin mostrar ninguna consideración por la honra. Tan espesa era la lluvia que a duras penas se podía distinguir nada que estuviera a más de medio tiro de piedra de distancia. Los dos jóvenes se estudiaron el uno al otro en silencio: llevaban dos semanas enteras esperando la oportunidad de poder encontrarse a solas, a resguardo de miradas indiscretas que los pudieran delatar; y ahora que por fin lo habían conseguido eran incapaces de abrir la boca.

—¿Vamos a seguir aquí plantados mucho rato, mojándonos como tontos bajo la lluvia? —acertó a decir por fin Blanca—. Hay un refugio de pastores por aquí cerca, podríamos cobijarnos en él y

esperar a que la tormenta escampara.

Jan dejó que su amada lo guiara a través de la confusa cortina de agua que lo cubría todo, y por fin, tras chapotear largo rato entre el barro, consiguieron encontrar el refugio. Por suerte para ellos, estaba desierto. Era una construcción antigua, de las que tanto abundaban por los alrededores, con los muros semienterrados y una bóveda circular recubierta de frescos. Jan extendió el manto por el suelo y se sentó en él, admirando las extrañas pinturas romanas que representaban los planetas y los signos del zodiaco, y que manos piadosas habían cubierto de cruces. Mientras tanto, el cuerpo empapado de su acompañante se acercaba y se adhería al suyo. A Blanca le castañeteaban los dientes de frío, y cada vez que resplandecía un relámpago o retumbaba un trueno, daba un respingo y se acurrucaba en su pecho.

—Apenas hay intervalo de tiempo entre los truenos y los relámpagos —aclaró Jan sin temor alguno—. Eso significa que ahora mismo debemos de tener la tormenta sobre nuestras cabezas.

Al oír estas palabras, Blanca todavía se espantó más y balbuceó una plegaria a Santa Bárbara, protectora de los fuegos y de los rayos, que repitió un par de veces:

*Santa Barbara va pel camp, tota vestida de blanc,
cridant l'Esperit Sant, l'Esperit Sant no pot dormir,
tres núvols en veu venir; un de trons, un de llamps,
et un ple de tempestat. Barbara gita 'ls a la trementina,
on no se canti gall ni gallina, e tota criatura sia viva[*]*

Y tras recitar estos versos, decía amen con voz muy solemne y se santiguaba rápidamente con su diestra. A Jan le gustaba oírla rezar con esa vocecita tan dulce y esa postura tan seria y piadosa que ponía, muy parecidas a la de su difunta madre cuando le acompañaba en sus rezos antes de acostarse. Y aún le gustaba más aquella inesperada proximidad de su cuerpo, y notar el roce de sus senos en el hombro con cada respiración.

—Ya sé que no crees en estas cosas, Jan —le dijo ella con seriedad, refiriéndose a su oración anterior—. ¿Es que no hay manera de hacerte regresar a la verdadera fe?

Jan le respondió con hechos y no con palabras. La hizo girarse hasta que quedó enfrente de él, la estrechó con fuerza entre sus brazos y entonces acercó sus labios a los de ella. Blanca respondió apartándose y mirándole con ojos abiertos y asustados. No se podía entender a sí misma: había estado esperando durante más de cuatro años aquel momento, soñando con él casi cada noche, y ahora que por fin se había hecho realidad, le espantaba más que la misma tormenta.

En el exterior, la tempestad empezaba a amainar y las primeras franjas de añil se asomaban ya entre las nubes.

—Tal vez sea la última vez en nuestra vida que podamos volver a encontrarnos a solas —dijo él, hablando más consigo mismo y en voz alta que con ella—. Pasado el día de Reyes te vas a casar con ese repugnante barón.

Fue como si le hubiera leído los pensamientos. Blanca volvió hacia él sus ojos, que habían adquirido el tono gris del cielo, y lo miró con la mayor de las pesadumbres. Seguía temblando de frío y de miedo; su vestido empapado por la lluvia se había deslizado hacia abajo, dejando al descubierto su hombro derecho. Un repentino rayo de sol salió entre las nubes y lo tocó de lleno, haciéndolo resplandecer como si estuviera hecho de nieve. Más abajo, los pezones puntiagudos se transparentaban y se perfilaban entre los pliegues del brial y de la camisa. Jan volvió a aproximarse a ella. Sus pupilas brillaban con intensidad, pero no mostraban ningún rechazo. Le acarició los mechones mojados del flequillo con la mano, y cuando volvió a probar fortuna, Blanca le devolvió el beso con una impetuosidad que sobrepasaba la suya y que le dejó desconcertado.

—¿Sabéis? No he dejado de pensar en vos durante todos estos años —dijo él.

—Yo tampoco —dijo ella.

—Y no sólo eso —añadió Jan con fervor—, sino que además me siento tan afligido por la imposibilidad que hemos tenido hasta ahora de vernos a solas, que las últimas semanas no he podido tener reposo ningún día ni ninguna hora. Para mí, dormir bajo el mismo techo que vos sin poderos hablar ni tocar ha sido peor que sufrir las penas infernales.

Blanca le acarició en silencio mientras asentía con la cabeza, pues ella también llevaba semanas enteras sin poder dormir, atormentada por el mismo sufrimiento que Jan.

Al fondo, los muros de piedra de la masía resplandecían entre la hojarasca plateada de los olivos. Hasta los dos llegaba el dulce aroma a tierra mojada que arrastraba la brisa. Daba la impresión de que el mundo era nuevo y de que todo acababa de ser creado.

—Ya va siendo hora de que regresemos a casa —dijo ella.

—Tal vez no sería conveniente que nos vieran juntos. Creo que sospechan de nosotros. La cuestión es... ¿qué haremos a partir de ahora? —le preguntó él, estudiándola con ansiedad, temiendo que no mostrara interés en volverlo a ver.

—Jan —respondió ella muy seriamente—, no he estado esperándote tanto tiempo como para volverte a dejar escapar. Quedemos en este mismo refugio cuando sea noche cerrada y los demás lleven largo tiempo durmiendo.

—Blanca, ¿estáis segura de lo que decís?

—En toda mi vida no lo he estado más —respondió ella, aferrándose a su cuerpo como un náufrago a una tabla.

Y entonces Jan se puso de hinojos ante ella, y con el semblante grave y preocupado le dijo:

—Agradezco la confianza que depositáis en mí, y por ello mismo yo os aseguro y os prometo ante el Buen Dios que respetaré vuestra honra, y con ella la de vuestra familia.

Blanca se distanció de él, y mientras le estudiaba con una expresión muy seria, le dijo:

—Te has adelantado a mis propias palabras, Jan. Pues aunque no haya dejado de pensar en ti a lo largo de los cuatro últimos años, no soy imbécil ni me falta el juicio. Me debo por completo a mis padres, que me han engendrado y criado, y por eso mismo estoy decidida a respetar su voluntad. Nos

veremos de noche cerrada todas las veces que quieras, pero con la condición de que cuando me case con el señor de Barenys, yo llegue al lecho nupcial siendo doncella.

—Así será.

Y llevándose la mano de Blanca a sus labios, se la besó para cerrar el trato.

Era la Pascua del año 1142 y el cruzado Robert d'Aguiló, llamado entonces el Normando, se adentraba con unos pocos hombres por entre la espesa selva que en aquella época cubría toda la llanura del Campo de Tarragona. Robert iba flanqueado por dos de sus mejores caballeros, el alférez suizo Emmerich Schönberg y el bretón Guiu de Vannes, abuelo de Hubert. El polvo del camino les cegaba los ojos y les cubría los abundantes cortes y heridas de las recientes batallas. Habían conquistado ya la alcazaba de Tarragona y llevaban noches enteras sin poder dormir, a causa del continuo hostigamiento de los sarracenos que aún quedaban por las cercanas montañas de Siurana.

De pronto, los tres caballeros llegaron a un claro desde el que se divisaba la mayor parte de la llanura. El claro abundaba en ruinas y en torrentes por los que saltaba el agua, y Robert pensó que sería un lugar inmejorable para levantar en él una torre de vigilancia. A esto, Emmerich le aseguró que él mismo se encargaría de construirla y de custodiarla; pero añadió medio en broma que era su deseo que se pusiera al lugar el nombre de Reus, pues el sitio le recordaba al de su aldea natal de Reuss, en Suiza, que tanto añoraba.

—No creo que sea tan buena idea; se dice de este paraje que está maldito —terció uno de los almogávares que les acompañaban, natural de aquella zona—. Cualquiera persona que viva largo tiempo en él acaba enloqueciendo y hablando con las paredes.

—Razón de más para que se llame Reus —aseguró Emmerich—, así el parecido con mi pueblo natal será aún mayor.

Y los demás rieron de buena gana, porque era de todos conocido el poco juicio y la mucha temeridad de ese mismo caballero a la hora de combatir.

Y pasaron los años, explicó Hubert con complacencia, y la torre recién construida con piedras sacadas de las ruinas se convirtió en castillo; y Robert cambió su apodo del Normando por su traducción latina, Aquilón o Aguiló, y Aimerich el suyo de Schönberg por el de Bell-lloch. Y la villa de Reus fue creciendo alrededor del castillo con la llegada de pobladores que venían de la llamada Cataluña Vieja, huyendo de los abusos a los que los barones de allí los tenían sometidos. Y así como las capas de una cebolla se superponen las unas a las otras, a las primeras calles se añadieron otras nuevas, y el mercado de la villa se hizo tan importante que el propio arzobispo llegó a temer por la continuidad del suyo en Tarragona. En cuanto a si la supuesta maldición que afligía a quien vivía en Reus se cumplía o no, concluyó Hubert, lo dejaba al juicio personal de cada uno.

Debía de ser la centésima vez que Blanca escuchaba esta historia de los labios de su padre. En las frías veladas de invierno como aquella, Hubert solía contársela a su familia mezclada con fragmentos de cantares épicos referidos a los caballeros de la Tabla Redonda, a Roldán y a sus Doce Pares o a la misma conquista de Siurana y del reino de Tortosa, en la que su abuelo Guiu de Vannes había

desempeñado, supuestamente, un papel tan importante.

Toda la familia Guiu se apretujaba alrededor del hogar, con las mejillas enrojecidas y calentadas por el fuego y por el abundante vino dulce que acababan de beber, ansiosos por volver a escuchar esas mismas historias, o las de la tía Brunissenda, referidas a santos, aparecidos o trasgos. Todos menos Blanca que, a pesar del mucho gusto con el que solía escuchar esos relatos y canciones, aquella tarde deseaba con todas sus fuerzas que se terminaran lo antes posible y que se fueran todos a dormir. Y lo hacía con grandísimo temor, pues temía que su madre o su padre se fijaran de pronto en ella y adivinaran sus turbios y pecaminosos pensamientos. Por culpa de esos mismos temores, Blanca permanecía cabizbaja y en silencio, mirándolos a todos de soslayo mientras se retorció los dedos por detrás de la espalda.

Afortunadamente, cuando instantes después la familia entera abandonó el hogar y se fue a dormir, nadie parecía haber sospechado nada. Ya en su camastro, pasó un largo rato dando vueltas en él, enredándose entre las sábanas y ahogando suspiros con su almohada.

Por fin, cuando el silencio más absoluto se había apoderado de la casa y creyó que había llegado el momento de abandonarla, saltó de su lecho y salió de su alcoba con los zuecos en la mano. El viento soplaba con fuerza y hacía crujir la techumbre y las ramas de los frutales que rodeaban la masía; aparte de eso, sólo se oían los ronquidos de la tía Brunissenda y los murmullos de Miquelet, que debía de estar soñando. Mientras bajaba por las escaleras que llevaban a la planta principal, rogó a Dios que su hermano no tuviera en aquel preciso instante una de aquellas típicas pesadillas suyas, de las que se despertaba con gritos y lloros. En la capilla familiar, el candil que ardía a perpetuidad ante la Virgen chisporroteaba de un lado al otro, como si una presencia invisible lo estuviera agitando; Blanca se santiguó y la cruzó rápidamente, sin atreverse a mirar al rostro de la imagen, por temor a que le recriminara lo que estaba a punto de hacer. Habiendo llegado a la cocina, desatrancó el postigo claveteado de la ventana y lo abrió de par en par: era la única abertura que había en toda la masía que no daba al patio interior, custodiado por los perros, y que tenía tamaño suficiente como para que Blanca pudiera colarse por ella. Si la descubrían a partir de aquel momento, ya no habría excusa ni justificación alguna.

Sentada en el alféizar, se calzó apresuradamente los zuecos de madera y se vistió con manos temblorosas la pelliza de gamo y el manto de lana que, según esperaba, la protegerían de la humedad y del frío nocturnos. Saltó por la ventana y se dejó caer sobre el montón de rastrojo que previsoriamente había acumulado debajo de ella esa misma tarde; comprobó que la escalerilla que había dejado bajo ese mismo montón siguiera en su lugar y al fin echó a correr por entre los olivares y las avellanadas hacia el refugio de pastores donde le estaba esperando su enamorado.

El refugio se encontraba en el lindero del bosque que bordeaba el barranco de Barenys, rebosante de agua tras la tormenta de aquel día. El espectáculo que ofrecían aquellos olmos centenarios, con sus altas copas doblegándose con el soplo del viento y sus hojas centelleando bajo los rayos de la luna, era tan sobrecogedor que la llenó de espanto. Incluso la masía donde había vivido toda su vida se le hacía irreconocible bajo aquella claridad fantasmagórica: tenía la impresión de encontrarse en otro mundo, un mundo demasiado próximo al de los sueños en el que podían hacerse realidad tanto las peores pesadillas como los más anhelados y ocultos deseos. Blanca recordó los romances sobre el conde Arnau, que dos tardes atrás le había cantado Brunissenda, y temió que de un momento a otro

fuera a aparecérsese ese mismo espectro en una de sus cacerías infernales. Cuando por fin llegó al umbral del refugio, entrevió unas alpargatas en su interior, y se asustó tanto de ello que, temiendo que pertenecieran al conde Arnau, se santiguó y aferró la cruz que le colgaba del pecho.

—¿Jan? —acertó a preguntar por fin.

—Aquí estoy —dijo él, saliendo de la penumbra y estrechándola entre sus brazos.

La misma luz de luna que hasta entonces tanto había aterrorizado a Blanca ahora bañaba el semblante y el cuerpo de su amado y los envolvía como un aura celeste. Los dos jóvenes no podían dejar de contemplarse el uno al otro como si se vieran por primera vez en su vida, pero a la vez como si ya se conocieran de siempre, con todo el miedo y la tensión de aquella misma tarde desvanecidos. Jan no encontró resistencia alguna: ni cuando extendió sus caricias hacia los rincones más íntimos de Blanca, ni cuando le arrebató todas las vestimentas y juntó su cuerpo con el de ella. Tan sólo instantes después, mientras Jan se retiraba y se echaba a un lado, se confirmó para los dos con toda claridad aquella tremenda desgracia que nunca debiera haber ocurrido: Blanca había dejado de ser doncella.

No había sido tan doloroso como le había profetizado Serena, y por ese mismo motivo la había cogido desprevenida, pero el hecho era incuestionable: el escozor que sentía en su entrepierna y la sangre que manaba de ella así se lo confirmaban. El futuro que se abría ante Blanca era tan terrible y cada una de las posibles consecuencias de su imprudencia tan espantosas que le entró un ataque de pánico. Si ocultaba a todos su desfloramiento, sin lugar a dudas lo descubriría el señor de Barenys la misma noche de bodas y la repudiaría públicamente, dejándola sumida a ella en la mayor de las deshonras y a su familia en la peor de las miserias; si confesaba a sus padres lo ocurrido aquella noche, Hubert, tan puntilloso como era en cuestiones de honra, sería capaz de matarlos a los dos con sus propias manos. Y ante los ojos de Dios y de los hombres, Blanca era la única responsable de todo, pues había cedido a los impulsos de su corazón y se había encontrado a solas por la noche con un hombre; y de todos es sabido lo mal que los hombres pueden refrenar sus bajos instintos. Las lágrimas empezaron a rodar por las mejillas de la muchacha, mientras espantosos sollozos le sacudían el pecho de una manera tan fuerte que le cortaban la respiración.

—¡Ay de mí, acabo de malograr mi juventud y mi vida entera! —empezó a exclamar mientras se golpeaba la cabeza con los puños cerrados—. ¿Cómo he podido encontrarme contigo a solas y en plena noche, sin temer el gran peligro que corría? ¡Pecadora y traidora de mí! ¡Querido padre, si al final me matas con tus propias manos, de sobra me lo habré merecido pues he dañado tu honra y la de tu familia para siempre!

Jan se desperezó, le agarró con firmeza las muñecas y besándole las manos le dijo, trastornado por la mucha congoja que sentía de ver a su amada en tal estado:

—¡Cesad vuestro duelo y vuestros llantos y dejad de lastimaros! ¡Es a mí a quien deberíais pegar! ¡He sido yo quien me he dejado arrastrar por el fuego lascivo que me abrasaba las entrañas! ¡He sido yo quien ha roto la promesa que os hice, cometiendo con ello pecado mortal! ¡*Mea culpa, mea maxima culpa!* ¡Yo y sólo yo soy el responsable de todo, Blanca!

Y entonces se abrazaron con tanta fuerza que pareció que iban a partirse la espalda. De los consuelos y los abrazos pasaron desprevenidamente a las caricias amorosas, y de allí volvieron a

entrelazar sus piernas y a juntar sus sexos con todo el ardor de su mocedad. A pesar de la desesperación que sentían, o precisamente a causa de ella, aún volvieron a yacer cuatro veces más a lo largo de la noche. Y no contentos con eso, Jan le dedicó grandes y abundantes honores a Blanca en aquel agujero inmundo que hasta entonces tanto la había avergonzado, y ella también se los dedicó al miembro en erección de su amado, que según descubrió era casi idéntico al de los cerdos, los caballos y otras bestias de su casa cuando estaban en celo. Y a lo largo de los múltiples e intensos desfallecimientos que sintió, Blanca pudo confirmar sobradamente las palabras de Joana de que no había placer más dulce en el mundo que el causado por el amor.

Instantes después, mientras ambos yacían exhaustos y tiernamente abrazados bajo el manto de lana, llegaron hasta sus oídos los ladridos de los perros que había en la masía, a los que muy pronto se sumaron los de casas vecinas.

—Tal vez haya algún bandido por los alrededores —bromeó Jan.

—¿Qué harías si unos bandidos de verdad me raptaran?

—Os buscaría por todas partes hasta encontraros, y entonces os liberaría.

—¿Y si tú mismo fueras el bandido que me raptara?

Jan se incorporó y la miró con expresión preocupada.

—¿No estaréis hablando en serio?

—¡Por supuesto que sí! ¿Qué sentido de la honra puede tener un hereje como tú, que no cree en la religión católica? ¿Sabes qué, Jan? Hasta ahora he sido buena y obediente. Y se supone que debería seguir comportándome así con ese viejales con el que pretenden casarme.

»Pero en realidad nadie de mi familia me conoce, nadie sabe hasta dónde sería capaz de llegar. A ellos les da igual lo que piense, lo que necesite o lo que quiera yo; lo único que les importa es el dinero y su maldita honra. Y llegados a este punto, en el que la doy por desaparecida, ¿qué importa ésta ya? De perdidos al río, como se suele decir. ¡Ráptame ahora mismo, Jan! ¡Huyamos, dejemos que la nueva se divulgue por todo Reus, y cuando volvamos, a mis padres ya no les quedará otro remedio que dejarnos casar!

—Blanca, no sabéis de qué estáis hablando. Si hiciéramos así, vuestra familia pasaría tanta vergüenza que no creo que ninguno de ellos os volviera a dirigir la palabra en su vida. Y entonces deberíais buscaros conmigo la vida por los caminos; y creedme, no sería nada fácil. Tendríais que trabajar de sol a sol, ocupada en labores agotadoras e ingratas que a los pocos años harían desvanecer vuestra hermosura; sufriríais hambre la mayor parte de los días, un hambre atroz que os roería el estómago y que sólo podríais calmar con algarrobas, bellotas, cueros y otro tipo de sobras que ahora ni siquiera llegáis a probar; pero lo peor de todo vendría cuando oyeráis a vuestros hijos llorar por la misma hambre que os atormentara a vos, y no pudierais hacer nada, absolutamente nada para remediarlo, salvo ofrecer vuestro cuerpo marchito a los desconocidos.

—Y tú, ¿me serías fiel, permanecerías a mi lado todo ese tiempo? ¿O me abandonarías enseguida tras haber gozado de mí, como soléis hacer los hombres?

—Permanecería a vuestro lado, pero ¿de qué os serviría eso?

Blanca recostó su cabeza en el pecho de Jan y mientras él le acariciaba el cabello, se quedó dormida.

Cuando los ladridos de los perros volvieron a oírse y la despertaron, iban acompañados por el canto de los gallos. Blanca se levantó de un salto y se dio cuenta de que el sol ya estaba a punto de asomar por el horizonte y de que su enamorado también se había quedado dormido. Lo despertó, se citaron allí mismo para la noche siguiente y se alejaron el uno del otro con tanto dolor como si les separaran las uñas de la carne.

Blanca se dirigió con pasos apresurados hacia su casa, recogió la escalerilla que había debajo de la ventana y, mientras lo hacía, descubrió con alivio que Genís se había retrasado en abrir el portón de la masía. Debía de haberse entretenido arreglando los arreos y los instrumentos de labranza que necesitaría para aquella jornada. A lo lejos, entre las hileras de olivos y de almendros, entrevió a mosén Sebastià montado en su mula y dirigiéndose a la masía de al lado, la de los Calbó, para officiar la misa matinal; la de los de Guiu sería la siguiente que visitaría. La esperanza empezó a renacer en el pecho de Blanca, pues tal vez aquella mañana todavía no la descubrirían y dispondría de tiempo suficiente para considerar con calma todo lo sucedido aquella noche.

Con el corazón latiéndole desbocado, subió por la escalerita y confirmó que en la cocina no había nadie; la saludaron los alegres gritos de su hermano que se acababa de despertar en el piso de arriba, acompañados por sus rápidas pisadas y las broncas de Brunissenda. Subió la escalera de madera como una exhalación, deseosa de llegar a su alcoba lo antes posible, de limpiarse con el agua de la jofaina aquella nauseabunda mezcla de sangre y simiente que le impregnaba los muslos y de empezar un nuevo día, como si nada hubiera ocurrido.

Abrió apresuradamente la puerta de su alcoba, irrumpió en ella y al hacerlo tropezó con sus padres que la estaban esperando. Las densas ojeras y la expresión severa de sus rostros le confirmaron que habían pasado la noche en vela, esperando su regreso.

Algo raro le ocurría a su hija, de eso Alianor estaba completamente segura. Desde la fiesta de San Martín, Blanca se había pasado los días en un preocupante estado de ensoñación: durante la misa que oficiaba mosén Sebastià en la capilla perdía el *oremus* y se le escapaban frases incoherentes, como si estuviera pensando en voz alta; a la hora del desayuno o de cualquier otra comida, apenas probaba bocado y permanecía abstraída, sin prestar atención a la conversación familiar; cuando se ponía a trabajar con la rueca o a bordar, lo hacía como una sonámbula, perdiendo el hilo y pinchándose el dedo una y otra vez; incluso cuando se sentaban a la vera del hogar a escuchar las historias y las canciones de Hubert o de Brunissenda, su hija permanecía sumida en sus pensamientos. Pero lo más preocupante de todo eran los muchos suspiros que soltaba cuando se encerraba en su camastro, y el inquietante hallazgo que había hecho aquella misma tarde. Alianor se había ido al huerto, a asegurarse de que las legumbres y las hortalizas no hubieran quedado destrozadas por el aguacero y entonces descubrió aquella escalerilla al pie de la ventana que daba a la cocina. Pescó a Perot un comentario en el que se quejaba a su madre de la incomprensible tardanza de Blanca y de aquel jornalero llamado Jan en volver a casa tras la tormenta, y entonces se le hizo la luz. El camastro de

su hija, que aquella misma madrugada habían encontrado vacío, no había hecho sino confirmar sus peores recelos.

—¿De dónde vienes a estas horas, Blanca? —le espetó a su hija, cuando por fin la vio entrando por la puerta, poco antes del amanecer.

—Ni falta hace que se lo preguntes —añadió su padre con un gélido tono de voz, mientras recogía una vara—: Lo que calle ella, de sobras te lo dirá tu sentido de la vista, mostrándote las vergonzosas manchas que cubren su camisa; y te lo confirmará el del olfato, echándote a la cara el nauseabundo tufo animal que desprende su cuerpo mancillado.

Blanca se quedó acurrucada contra la pared, incapaz de articular con palabras ninguna defensa ni explicación sobre lo ocurrido, y sonrojándose hasta las orejas de la mucha vergüenza que le causaba que sus padres la hubiesen descubierto en semejante estado; pero a la vez orgullosa por aquellos sentimientos amorosos que por primera vez en su vida experimentaba en toda su plenitud y que la trastornaban por completo, tanto que a duras penas temía el castigo de su padre.

—¡Mira qué bien has educado a tu hija, mujer! —prosiguió Hubert, ya completamente exasperado—. ¡Esta barragana no sólo es incapaz de decirnos con quién ha estado, sino que ni siquiera da la menor muestra de arrepentimiento!

Sin proferir protesta alguna, Blanca dejó que su padre le atara las muñecas a las perchas donde solían colgar los mantos. Sabía lo que ocurriría después: había sido testigo de ello cinco años atrás, cuando su padre había colgado de las mismas perchas a Gilabertó, el desgraciado hermano de Genís, y por haber robado unos pocos marcos le había azotado con su vara hasta arrancarle a tiras la piel de la espalda.

De poco le valió a Blanca su capacidad de aguantar en silencio los gritos e insultos de su padre, pues tan pronto como notó sobre sus propias nalgas los primeros mordiscos de esa misma vara, empezó a chillar con toda la fuerza de sus pulmones; y Hubert, lejos de tranquilizarse, aún se exasperó más y la siguió golpeando con una saña cada vez mayor. Alianor, que había permanecido hasta entonces en silencio, al ver por fin la primera sangre manando clara y abundante de las carnes de su hija, se levantó y se interpuso entre ella y su marido.

Hubert la apartó de un empujón, gritándole:

—¡Déjame que arregle lo que es culpa tuya, mala mujer! ¡Tus mañas de madre sufridora no impedirán que Blanca reciba los más de cien azotes que pienso darle! ¡Que nunca había sufrido el apellido de los Guiu una deshonra mayor que la que esta desgraciada ha causado! Y si con la deshonra no le bastaba, también nos ha sumido en la ruina: cuando hayamos devuelto las arras a Ramon, ya no nos quedarán dineros ni para meterla en un convento. Nunca perdonaré a esta desgraciada que haya sacrificado a un miserable vagabundo, a quien nadie conocía, su honra y su porvenir; y con ellos los de toda su familia.

Alianor, se volvió a interponer entre Blanca y su marido, y con el semblante sereno y un tono de voz bajo y sosegado le dijo:

—Marido, ésta es mi hija y la he parido yo, con todas sus virtudes y defectos: así que si a partir de ahora deseas seguir azotando sus carnes, deberás cebarte antes en las mías. Y en lo referente a la

honra de tu familia, debo advertirte que te equivocas por completo.

—¡Quítate de en medio y no me confundas con tus embustes, mala mujer!

—¿Te acuerdas de tu hermana mayor, Marta, de lo bien que se entendía con tu primo Bernat cuando venía de visita a esta casa? Pues bien, meses antes de casarse con Guillem Pallejà, padeció exactamente la misma deshonra que ahora acaba de tener nuestra hija.

Hubert sentía la mayor ternura por su hermana Marta, que había cuidado de él a largo de toda su infancia y a quien siempre había tenido por la más virtuosa de las mujeres; así que negó con rotundidad las acusaciones de Alianor.

—¡Mientes! —bramó.

—Pregúntaselo, si no me crees, a tu otra hermana Brunissenda, que ahora mismo está escuchándonos tras el vano de esta puerta.

Hubert la abrió de golpe y le bastó con echar un simple vistazo a su aterrorizada hermana para confirmar las palabras de su mujer. Se quedó sin habla y dejó caer la vara al suelo, momento que aprovechó Alianor para cogerle del brazo y decirle mientras le hacía abandonar la estancia:

—Ahora dejemos que Brunissenda cure las heridas de Blanca y nosotros dos vamos a tener una conversación privada. Tal vez aún podamos enderezar este entuerto.

Alianor hizo sentar a Hubert en la mesa de su alcoba y le escanció abundante vino tinto en un vaso, mientras empezaba a hablarle de las mañas de Rosseta, una sanadora de Vilaseca, que según decían era capaz de restituir la virtud a todas las doncellas que la habían perdido. Le aseguró además, que a su parecer, el caso de Blanca tenía fácil arreglo. Si tal y como sospechaba ella, su hija había sido desflorada aquella misma noche, las heridas eran recientes y bastaría con un par de puntos de sutura para que Blanca volviera a ser tan virgen como el día en el que ella la había parido; y al cabo de cinco semanas, cuando se celebrara la boda, ni siquiera el hombre más entendido sería capaz de apreciar el remiendo.

—¿Y si se nos ha quedado preñada? —objetó Hubert—. ¿Y si Genís o cualquier otro de su familia se van de la lengua y de pronto empiezan a correr rumores por todo Reus?

—Marido, ¿cuántas veces necesitas yacer conmigo para que me quede preñada? —contestó ella, tras soltar una carcajada—. Como norma general, más de veinte o treinta. Y aun suponiendo que así ocurriera, a juzgar por las miradas libidinosas que Ramon dirige a nuestra hija, dudo mucho que aquél se quede cruzado de brazos en el lecho nupcial. ¿De verdad crees que sabría distinguir tan bien entre un bebé de ocho meses suyo, y otro de nueve de un jornalero?

»En cuanto a Genís y a su familia, quédate tranquilo que hablaré yo con ellos. Ya saben a lo que se exponen, en el improbable caso de que cualquiera de ellos suelte demasiado la lengua. Si algo sobra precisamente en este mundo son muertos de hambre dispuestos a hacer de criados a cambio de un techo y un plato caliente.

A medida que iba escuchando a su mujer en silencio, Hubert seguía bebiendo el vino de la copa; y cuánto más bebía, tanto más le parecía que era su propia honra lo que en realidad se estaba tragando.

—Esta misma mañana enviaremos a Esteveta hacia Vilaseca con el carro cubierto para que nos

traiga lo antes posible a la sanadora —concluyó Alianor al fin—. En tus manos dejo la suerte del mancebo que ha gozado de nuestra hija, ese jornalero llamado Jan. Cuida de que se aleje de estas tierras y de que no vaya mencionando por ahí tu apellido; pues es bien sabido que en cuestiones de amor, los hombres tenéis tanto gusto en explicar de él como en disfrutar de sus placeres.

Hubert se imaginó a un mozo estúpido y engreído presumiendo ante el concurrido público de una posada de los muchos goces que había obtenido con su hija, hasta entonces tan pura e inocente, y sintió que la misma cólera de momentos atrás volvía a apoderarse de él.

Aquel día estuvo tronando y lloviendo sin parar desde la primera mañana hasta la puesta del sol. Jan acudió a su cita con el corazón encogido y el cuerpo aterido de frío, pues el manto de esparto que llevaba a duras penas le protegía de la lluvia. Se acercó impaciente al refugio de pastores y sólo al traspasar el umbral y oír aquella respiración pesada y ronca se dio cuenta de que sus esperanzas de volver a encontrarse con Blanca se habían truncado. No huyó ni opuso resistencia cuando los tres hombres le arrojaron al suelo y empezaron a golpearle con saña; tampoco lo hizo cuando le ataron las manos a la espalda y le llevaron a rastras por un estrecho sendero que cruzaba la olmeda y llegaba hasta las orillas del barranco de Barenys. Las aguas rugían estruendosas y arrastraban incontables cantidades de ramas y de cuerpos de bestias a los que había atrapado la riada. Entonces la luna salió de la nube que la había estado ocultando y Jan pudo mirar por fin directamente a los ojos de sus captores. Tal y como se figuraba, eran Hubert y sus dos criados, Genís y Perot. El padre de Blanca apretó el doloroso filo de Roenta contra su nuca y le ordenó que se desnudara y se pusiera de rodillas en una roca que por ahí se alzaba y que caía en picado sobre el torrente.

Hubert recordó con tristeza los muchos ruegos y súplicas que Blanca le había dirigido poco antes para que perdonara a su enamorado. Tal empeño no hacía sino confirmarle la sospecha de que si aquella malhadada relación se había llevado hasta sus últimas consecuencias, ello se debía más a la tozudez de su propia hija que a los deseos carnales de aquel mancebo; y ahora tenía que bañarse las manos con su sangre.

—Empieza a rezar tus oraciones, Jan —le dijo con un forzado tono áspero—, porque cuando hayas acabado quedarás en tal condición que ya no podrás volver a rezar ninguna más ni presumir ante nadie de haber desflorado a la ingenua de mi hija. Pagarás muy caro el precio de su honra.

—Señor, me ofende que tal cosa podáis pensar de mí —dijo Jan con la voz alta y clara de aquel que no tiene nada de qué avergonzarse—. Soy de naturaleza discreta y lo que haya podido suceder entre vuestra hija y yo, queda sepultado en mi corazón.

—Aun así, en breves momentos te decapitaré y arrojaré tu cabeza y tu cuerpo desnudo a este barranco, desde donde irán a parar a las ciénagas de Salou o a las aguas del mar, y serán pasto de los peces.

—Bien me parece, señor, con tal de que me cortéis la cabeza de un solo tajo y con un golpe certero; pues la vida sin la compañía de vuestra hija nada me importa.

Al oír estas palabras, Hubert retiró su espada y la envainó, incapaz de proseguir con su venganza.

Sabía que la gran mayoría de los hombres se habría puesto a sus pies y le habría implorado clemencia; aquel joven, sin embargo, estaba mostrando un temple y una serenidad dignos del mejor caballero. Pensó con el mayor de los pesares con cuánto gusto le habría tenido de yerno si hubiera dispuesto de una fortuna similar a la del señor de Barenys; y por fin reprimió un suspiro y decidió enderezar aquella situación de una manera más satisfactoria.

—Vive Dios que pareces hombre de honor —le dijo mientras le acercaba la espada por la empuñadura y le hacía colocar su mano sobre el pomo—. Jura que esta misma noche cabalgarás sin descanso con el rocín que te daré hasta las orillas del Ebro, y que nunca jamás volverás a pisar el Campo de Tarragona. Jura y yo, a cambio, te perdono la vida y te hago además entrega de treinta y cinco maravedís de oro, la mitad de las arras que el barón dio por mi hija.

—Los maravedís os los podéis quedar señor, pues no acepto ningún precio por Blanca. En cuanto al rocín lo cogería de buen grado si pudiera jurar: más como ya os he dicho antes, es para mí preferible morir que dejar de ver a vuestra hija.

Hubert reflexionó. Si le hacía jurar que no pisara el Campo de Tarragona durante diez años, suponiendo que al cabo de tanto tiempo regresara de verdad, Blanca habría muerto de parto o Ramon lo habría hecho de viejo; y si no era así, de cuidar la honra de su hija ya se encargaría entonces el marido.

Jan juró solemnemente sobre el pomo de Roenta que no volvería a pisar aquel suelo hasta pasados diez años; pero mientras lo hacía, también se juraba a sí mismo y en silencio que, transcurrido ese plazo, no volvería a dejar que ningún otro obstáculo volviera a interponerse entre él y Blanca.

Sumido en estos y otros pensamientos, montó sobre el rocín que le dieron y, acompañado por Hubert, galopó hasta los límites del término de Reus. Luego, siguió cabalgando a solas durante toda la noche bajo la luz de la luna hasta llegar a las orillas del Ebro. Aquella era la última frontera, el final de una cristiandad regida por la Iglesia católica, que se extendía sin interrupción desde allí hasta Trondheim, la lejana capital del reino de Noruega.

Asomaban ya por el horizonte las primeras luces del alba, cuando Jan llegó a las cercanías de Miravet. El castillo de los templarios se erguía en lo alto de una peña que dominaba un meandro del Ebro. Desde su robusto torreón de sillares blancos, descendían por las faldas de la montaña dos cinturones de murallas derruidas que llegaban hasta el pueblo, situado a las orillas del río. En ellas se asomaban las atarazanas y las barcas del puerto, custodiadas por una sombría mezquita de forma cúbica. Jan hincó las espuelas, rogando a Dios que su amigo Guilhem no hubiese olvidado la promesa que le había hecho de asistirle si era necesario, y entonces le salieron volando tres cornejas por la parte derecha del camino. Era un buen agüero, pensó, tal vez en algún lejano futuro conseguiría cumplir todos sus deseos.

TERCERA PARTE

MADINAT AL-MAYURKA

I

Al principio la despertaron los ladridos de la cercana masía de los Calbó. Algo más tarde, fueron los mastines que vigilaban su propio patio los que empezaron a ladrar. Era noche cerrada. Como aquellos ladridos fueron enseguida ahogados por el silencio y la calma más absolutos, en lugar de incorporarse de la cama, Blanca se tranquilizó, se dio la vuelta entre las sábanas y volvió a quedarse dormida. No debió de transcurrir mucho tiempo antes de que resonaran con fuerza aquellas voces y alaridos tan terribles, acompañados por el chirriar de metales y el pesado ruido de objetos desplomándose.

—¡Bandidos! —se oyó que gritaba una voz femenina—. ¡Están aquí dentro! ¡Despertad!

Mientras Blanca se incorporaba en su cama, Brunissenda irrumpió desde la alcoba contigua con Miquelet en sus brazos y la agarró de la mano. En el pasillo se distinguían luces de llamas saltando y bailando de un lado al otro. El mismo pasillo al que se precipitaron los tres, aún desnudos, y deslizando los pies descalzos sobre el gélido suelo. La intención de la tía Brunissenda debía de ser bajar por las escaleras y llegar hasta la capilla: era la única estancia interior de la masía cuyos muros internos no eran de tabique, sino de duros sillares; la única con una puerta maciza y claveteada que se podía atrancar con una barra desde dentro; la única, aparte de la torre albarrana, en la que podrían resistir cualquier ataque durante horas enteras, y solicitar ayuda mediante la campana de la espadaña, cuya cuerda pendía detrás del altar.

Pero era ya demasiado tarde. Justo cuando Blanca estaba a punto de pisar el primer peldaño de la escalera, una tea se interpuso en su camino, deslumbrándola y acercándose tanto a su cara que a punto estuvo de quemársela. Mientras tanto, unas manos de acero le retorcían los dos brazos y se los ataban fuertemente con una cuerda fina y dolorosa. Las mismas manos le tiraron del pelo, empujándola escaleras abajo hasta el suelo de la sala principal, donde la dejaron. Blanca emitió un quejido: su cuero cabelludo le dolía tanto como si le estuviera ardiendo, y la misma cuerda con la que le habían atado se adentraba tanto en su carne que parecía que se la estuviera rebanando. Por fin, apoyándose sobre los brazos y con los ojos nublados por las lágrimas, se dio media vuelta e intentó ver lo que ocurría a su alrededor. Bajo la inquieta luz de las llamas, descubrió una escena que parecía sacada de la peor de las pesadillas.

Al igual que ella, todos los miembros de su familia se encontraban desnudos y tirados en el suelo; todos menos su padre, que estaba atado de manos y pies a un banco. Unos seres barbudos bailaban y lo revolvían todo a su alrededor; las erizadas llamas del hogar les hacían parecer unos diablos recién salidos del infierno. Blanca tardó aún unos instantes en reconocer las largas melenas y las pellizas y

zamarras, acartonadas por la suciedad y el sudor: sus captores eran con toda seguridad almogávares, y tal y como era típico en esas bandas fugitivas, hablaban entre ellos una oscura mezcla de algarabía y romance. Enseguida reconoció al capitoste que los dirigía: era el mismísimo Onofre, aquel humilde peregrino que había llegado la tarde anterior y a quien Hubert había invitado a compartir con ellos la cena de la familia por ser Nochebuena. La humildad de unas pocas horas antes se había transformado en la más extrema soberbia; y ahora avanzaba a grandes zancadas de un lado al otro de la sala, ladrando órdenes y pavoneándose con los collares y anillos que acababa de robar a Alianor. Blanca empezó a preguntarse dónde se encontrarían Genís y su familia y no consiguió respuesta hasta que una repentina llamarada avivó el fuego del hogar, iluminando el extremo más alejado de la sala. Al dirigir su mirada hacia allí, tuvo que sofocar un grito: los cuerpos decapitados de dos hombres se amontonaban contra el muro del fondo, ocultando el rostro de una mujer que colgaba del techo cabeza abajo, y que sólo podía ser Esteveta. La habían abierto en canal, desde el mentón hasta la vagina, y habían desparramado sus tripas por los suelos. Se veía algo entre el viscoso montón de entrañas, algo que se estaba moviendo. Blanca distinguió una manita agitándose en el interior de una membrana: el niño sietemesino que la pobre criada estaba esperando, sin duda, y que aún no había recibido nombre.

Cuando se recuperó de la impresión, descubrió que Onofre estaba interrogando a su padre, preguntándole si en algún lugar de la casa guardaban algo de valor, aparte de las armas del salón o de aquellas pocas joyas que Alianor guardaba en su cómoda. Hubert aseguraba que no había nada más y repitió entre jadeos aquel discurso que Blanca conocía tan bien: entre la suma que habían tenido que pagar dos años atrás para su rescate y las *questies* y el pillaje de los hombres del arzobispo, se habían quedado en la ruina.

Onofre pareció molestarse con la respuesta y acercó el banco hasta el borde mismo de la hoguera. En pocos instantes, las llamas empezaron a enroscarse golosamente alrededor de los pies de Hubert. Sus estridentes aullidos no tardaron en silenciar el chisporroteo de la grasa que se desprendía de la piel. Onofre retiró el banco del hogar y un fuerte olor a carne asada inundó la sala. Blanca se preguntó si a su padre, después de aquello, le sería posible volver a caminar; y de pronto tuvo la punzante certeza de que nada, absolutamente nada, volvería a ser igual que antes.

—Ya me he cansado de rodeos —dijo Onofre con una tranquilidad pasmosa—. Así que ahora me vais a decir en qué sitio habéis guardado los setenta maravedís de oro que os dio el señor de Barenys.

—Me los he gastado en pagar mis deudas y en hacer compras para la boda de mi hija —balbuceó Hubert entre resoplidos—, si no me creéis preguntad a Abraham Cresques, el prestamista. Él se lo ha quedado casi todo.

—¿Sabéis? De buen grado os iría asando como a un faisán el resto de la noche; por desgracia nos falta tiempo. Así que, sintiéndolo mucho, me veo forzado a finalizar esta charla tan amena en el más corto espacio de tiempo posible.

Onofre hizo un gesto con la mano, y Blanca volvió a notar las mismas manos de antes, una de ellas estirándole hacia arriba la cabellera, y la otra apretando el gélido filo de una espada contra su cuello, haciéndole que le entrara el pánico a morir degollada allí mismo, como un cordero. Notó violentos espasmos sacudiéndole todo el cuerpo, trabándole la lengua y no dejándole hablar ni soltar

ninguna cosa que no fueran gimoteos.

—*Jars barrak, kajba* —oyó como le susurraba una voz en el oído.

Y el tono con el que estas palabras fueron pronunciadas le pareció aún más cortante que el filo que estaba hiriendo su garganta.

—¡Qué niña más adorable tenéis aquí! —exclamó de pronto Onofre a tan sólo dos pasos de distancia—. ¿Cómo te llamas, guapa?

Blanca notó los dedos fuertes como tenazas de Onofre, estirándole y pellizcándole los pezones, y soltó un aullido de dolor.

—¡Dejadla en paz! —gritó Alianor, antes de ser silenciada a puñetazos.

Cuando instantes después consiguió controlar el ritmo agitado de su respiración, se dio cuenta de que ya no había ningún cuchillo apretándose contra su garganta y de que el caudillo de los almogávares se había distanciado de ella.

—Si vuestra hija no oliera tan mal, quizá me serviría de entretenimiento —comentó provocando un coro de carcajadas entre sus hombres—. Por desgracia, el tiempo apremia.

Blanca se dio cuenta de que tenía los muslos completamente empapados de orina; y se quedó tan avergonzada de sí misma que tan sólo el estridente grito que lanzó Brunissenda la hizo volver a la realidad. Onofre le había cortado de cuajo la nariz a su tía. Ahora la tenía entre sus dedos y jugueteaba con ella, acercándosela a Hubert, que apartaba el rostro todo cuanto podía.

—¡Ya estoy hartos! —bramó al fin, arrojando la nariz contra el muro, donde quedó pegada unos instantes, antes de caer y de perderse entre las sombras—. ¡Decidme de una vez lo que quiero saber, o cortaré a vuestra familia entera en pedazos! La furia almogávar ya no se detendrá. Mirad a vuestra mujer, que tetas más grandes y succulentas tiene, ¿queréis que se las rebane y os las sirva en bandeja?

Blanca reparó en que unos almogávares habían agarrado a su madre y le habían anudado alrededor de sus pechos los extremos de una cuerda que colgaba de una de las vigas del techo; otro de ellos estaba clavando con el martillo una jabalina entre los tablones del suelo. Parecía que aquellos forajidos habían empezado a hacer apuestas: mientras unos aseguraban que no llegarían a contar hasta diez, los otros insistían en que sí, y que incluso pasarían del veinte.

—Insisto —prosiguió Onofre—, contadme lo que deseamos oír y lo detendré todo. Aún estáis a tiempo de salvar a vuestra mujer.

Alianor continuaba sin despegar los labios, pero la perplejidad se pudo leer en su rostro cuando los dos almogávares la levantaron en volandas del suelo y encajaron la punta de la jabalina en la entrada de su sexo.

—¿Sabéis? Mis hombres han estado haciendo apuestas. ¿Y vos, qué opináis? ¿Cuánto tiempo creéis que aguantará vuestra mujer antes de que los pechos le revienten y quede ensartada en el asta de la jabalina como un pollo?

Puesto que Hubert seguía en silencio, Onofre soltó un chasquido de rabia y, por fin, hizo un gesto a los hombres que sostenían a Alianor. Los hombres la dejaron caer, y ella soltó un grito tan espantoso

que parecía que fuera a romperle los tímpanos a todos. El cuerpo de Alianor quedó colgando a varios pies del suelo, apuntado contra la jabalina y sostenido por los pechos, que se iban alargando y estirando, pasando del color blanco al morado. Incapaz de seguir aguantando aquello, Blanca cerró los ojos. Pero no le sirvió de nada: la cuenta de los almogávares resonaba con demasiada nitidez en sus oídos. Llegaron hasta el número catorce y resonó por toda la estancia un crujido como el de un paño desgarrándose, que fue recibido por aquellos forajidos con una abrupta risotada.

Eternidades más tarde, un almogávar cubrió el cuerpo desnudo de Blanca con una pelliza, haciéndola girar sobre sí misma y enrollándola con él como si fuera un fardo. Abrió los ojos: en un cercano rincón, los almogávares estaban silenciando a patadas los lloros de Miquelet, que se encontraba maniatado y envuelto en mantos, como ella misma. En el techo, las dos sogas bailaban temblorosas entre las sombras, asiendo el vacío. Los dos pechos habían caído cerca, muy cerca de ella, y habían volcado y desparramado su contenido a escasos pulgares de distancia. Un círculo oscuro de sangre los rodeaba y los rebasaba, amenazando con llegar en cualquier instante hasta su cabellera y mojársela. De reojo entrevió el cuerpo sin vida de su madre, deslizándose silenciosamente por el asta y plegándose sobre sus propias rodillas; abría la boca de par en par, como si aún estuviera gritando, y la punta de la jabalina le sobresalía de la mejilla izquierda, rota y reventada.

—Muy bien, Hubert —manifestó Onofre, al fin—. Empiezo a creer, a pensar que estaba equivocado y que de verdad no os queda ni un miserable maravedí. ¡No os podéis figurar cuánto lo siento! Pero sabed que no nos quedaremos con las manos vacías: venderemos a vuestros dos hijos en tierras de moros, donde a nosotros nos darán buenos dineros y a ellos les harán olvidar su religión cristiana. Consolaos pensando en que vuestros nietos serán sarracenos y en que la estirpe de los Guiu se perderá para siempre.

Dichas estas palabras, volcó el banco al que estaba atado Hubert sobre el fuego. La hoguera soltó una abrupta llamarada y, por fin, cuando los chillidos se silenciaron, Onofre retiró el banco, y de un solo tajo cortó la cabeza humeante de Hubert. Luego, la sacudió bien en el aire hasta que sus chispas se apagaron, la envolvió en un paño y se la guardó en el zurrón, como si de un trofeo de caza se tratara.

Afuera, en el patio, los almogávares colocaron de bruces a Blanca sobre los lomos de una mula y la ataron con fuerza a su silla. La tramontana silbaba con fuerza y se colaba por entre los pliegues de la pelliza que la cubría, fría y cortante como un témpano de hielo. Pudo contar tres mulas más y una docena de hombres, ni uno solo de ellos a caballo. En breves instantes, la partida de almogávares empezó una rápida carrera a campo traviesa, entre avellanedas y olivares. Antes de doblar un recodo del camino y de perder su casa de vista, a Blanca aún le quedó tiempo de girarse y mirarla por última vez: las llamas lamían los postigos de las ventanas, y a sus crujidos se sumaron de pronto los estremecedores alaridos de Brunissenda, resonando en la quietud de la noche.

Pasaron el resto de esa misma noche y gran parte de la mañana posterior abriéndose paso entre encinares y pinedas interminables, siguiendo angostos senderos comidos por la vegetación que acaso

sólo conocían los propios almogávares.

Hacia el mediodía, el bramido de las olas y los gritos de alegría de sus captores la desperezaron por completo de la modorra en la que se había sumido. Descubrió que se hallaba en una cala rodeada de acantilados y que cerca de la orilla se balanceaba una nave de carga, una tarida, con las velas latinas replegadas y los remos recogidos. Supuso que esa cala debía de encontrarse en cualquier lugar del largo trecho despoblado de costa que se extendía entre Cambrils y el río Ebro, en teoría parte de Cataluña y de la cristiandad; en la práctica una extensión más de la tierra de nadie. Y Blanca concluyó que era imposible que cualquier cristiano alertara de su presencia o viniera a rescatarla, ni a ella ni a ninguno de los otros cautivos que había por allí. Eran en total una quincena y estaban todos ellos de pie y de espaldas al mar: la mitad de ellos, niños como Miquelet; el resto, doncellas y mujeres que aún no habían dejado atrás la primavera de su vida. Aquella playa debía de ser un punto de encuentro entre diversas partidas de almogávares y los sarracenos del barco, un puesto de compra.

La descargaron de la mula y la arrastraron hacia la orilla en la que estaban los otros cautivos. Entonces asistió a la larga y animada discusión que su captor sostuvo con un sarraceno, en esa mezcla de árabe y romance a la que ya se estaba acostumbrando. Para fundamentar mejor sus razones, Onofre de vez en cuando le hacía abrir la boca y mostrar la dentadura, o bien exhibía los encantos más recónditos de su cuerpo, dedicándoles abundantes alabanzas. La parte más homenajeada de todas fue el sexo de Blanca, la supuesta virtud del cual fue comprobada en repetidas ocasiones por el comprador con sus propias manos, hasta que la hubo dado por buena. El resultado de esta comprobación llenó de alegría a Onofre, que se deshizo en aspavientos, pues el valor de una esclava con su pureza sin mancillar debía de superar con creces al de las que habían dejado de ser doncellas. En efecto, su comprador llegó a pagar cien maravedís de oro por ella, treinta más de los que había entregado el señor de Barenys en concepto de arras, recordó Blanca con amargura.

Poco después, los despojaron de todas las vestimentas que los cubrían y les soltaron las ligaduras; mas el alivio fue momentáneo, porque enseguida se las cambiaron por un triángulo de argollas que les cerraron alrededor del cuello y de las muñecas; y tanto le apretaban esos aros de metal que apenas le dejaban respirar. El dolor y el malestar aumentaron cuando a ella y a los otros cautivos les metieron una larga cadena por el pasador que llevaban detrás del collar. A fuerza de empujones y de golpes con las varas, les hicieron adentrarse en las heladas aguas del mar y subir por la escala de la tarida.

En la bodega del barco, la sensación de ahogo y de asfixia no remitió en ningún momento. A la tremenda presión que sentía sobre el cuello, había que sumar los jadeos y el lloriqueo de los otros cautivos, y los relinchos y el pataleo de varios caballos cuyas confusas formas se adivinaban en la penumbra. El fuerte oleaje zarandeaba la embarcación de un lado al otro y daba a los prisioneros la sensación de que en cualquier momento se hundiría con ellos allí dentro, sin posibilidad de salvación e inmovilizados por aquella larga cadena que los sujetaba a la pared y los unía a todos en su miserable destino. El agrio olor de los vómitos enseguida había empezado a inundar la estancia, y no había tardado en mezclarse con el de la orina y el de los excrementos. Pero lo peor de todo aún estaba por llegar. Atraídos por estos hedores y por el olor dulce de la sangre fresca, no tardaron en hacer su aparición los primeros insectos: chinches, pulgas y piojos que moraban en las maderas o en

la paja del suelo y que trepaban por los cuerpos y el cabello de los cautivos, causándoles un tremendo picor que ni siquiera podían aliviar con las manos, pues las tenían sujetas por las cadenas.

Pasado el primer momento de estupor, Blanca había intentado alzar la voz por encima de todo aquel estrépito para que su hermano, situado a pocos pasos de distancia, la oyera y se consolara; pero como Miquelet no daba signos de vida, acabó por desistir y permanecer en silencio durante el resto del viaje.

Gradualmente, se iba haciendo consciente de la muerte de sus seres queridos y una tremenda sensación de soledad y de desamparo la inundaba, haciéndole desear la misma suerte para sí misma. A veces recordaba aquella reconciliación que había conseguido con su familia la víspera anterior a su captura. Era Nochebuena, y sus padres la habían perdonado y la habían dejado salir de la alcoba en la que la habían tenido encerrada desde que descubrieran su falta; luego todo habían sido besos y abrazos de reconciliación con ellos. Y mientras el *tió* quemaba en el hogar y aquel vagabundo llamado Onofre cantaba villancicos, ella parecía haberse resignado a su boda con el señor de Barenys, que se celebraría al cabo de once días. ¡Su boda!, pensaba con cierta sorna, antes de romper en un lloro silencioso. Únicamente le consolaban de su suerte los romances que recordaba de su tía Brunissenda, adaptaciones versificadas de la *Legenda aurea* en las que santas como Águeda, Lucía o Margarita, todas ellas bellas y virtuosas, preferían enfrentarse a los paganos antes que renegar de la única religión verdadera, y en represalia eran enviadas a un prostíbulo, en el que los ángeles protegían su virtud de la lujuria de los hombres. Pero la gran diferencia entre esas santas y Blanca radicaba en que, en su caso y por culpa de su anterior extravío con Jan, los ángeles ya no tendrían ninguna virtud auténtica que proteger de los sarracenos. Intentaba rezar a la Virgen y a todos los santos para que le concedieran su perdón y ayuda, y tan sólo con abrir los labios ya se creía indigna de ellos. Y entonces volvía a perderse en sus pensamientos sobre una muerte rápida e instantánea, en el deseo voraz e incontenible de que su vida acabara lo antes posible.

Aquel viaje infernal duró un par de días y de noches, hasta que, a la llegada de la tercera mañana, la puerta de la bodega se abrió de par en par, dejando que la luz entrara a raudales por ella. Los sarracenos hicieron subir a todos los cautivos a la cubierta, donde había ya tanta gente que casi no cabía; reinaba además entre ellos un ambiente tenso, cargado de expectación. Los ojos adormecidos de Blanca tardaron bastante rato en acostumbrarse a la deslumbrante claridad del día.

El barco se deslizaba por las mansas aguas de una bahía, rompiendo con la quilla su superficie rosada. Poco a poco, los jirones de niebla que cubrían la bahía se fueron retirando y mostraron en todo su esplendor la ciudad que se alzaba al fondo. Sus cinturones de murallas, coronados por la doble mole de un alcázar y de una mezquita, se amontonaban el uno sobre el otro como el cuerpo de una serpiente enroscándose sobre sí misma. Mientras Blanca se preguntaba si aquella fantástica ciudad se trataría de Alejandría o de Argel, el sol surgió del manto de nubes y bañó con sus rayos todos aquellos muros y almenas, arrancando de las esferas del alminar y de los vitrales de la mezquita unos destellos tan vivos que daban la impresión de estar en llamas. Algunos marineros soltaron gritos de alegría y Blanca creyó oír repetidas veces un nombre, Madinat Al-Mayurca, la ciudad de Mallorca. Un repentino empuje de otros esclavos la hizo desperezarse de sus ensoñaciones y regresar a la dura realidad: su futura realidad de cautiva, encerrada en aquella fortaleza inexpugnable cuyas murallas impedirían su huida y la posibilidad que volviera a pisar alguna vez la

cristiandad. Y entonces sintió cómo su corazón se le oprimía.

La tarida atracó en un muelle cercano a las murallas exteriores de la medina. Allí hicieron bajar a todos los cautivos por la pasarela, unidos aún por la cadena que les sujetaba el cuello. Pasaron de largo por unas atarazanas, cuyos gigantescos arcos de ladrillo mostraban un interior atiborrado de maderos y de barcos en construcción. El ruido de martillazos y de golpes que salía de allí era tan alto que por un momento llegó a ensordecer los gritos de los sarracenos que empuñaban las varas y los dirigían al interior de la ciudad. Atravesaron un portón y subieron penosamente por una larga rampa que ascendía cuesta arriba, en zigzag. Blanca tenía que sostener con el hombro a la doncella que iba delante, que casi estaba a punto de desvanecerse, para que no se cayera y la arrastrara en su caída. Miquelet iba más atrás, con otros niños de su edad y parecía aguantar bien; pero seguía en silencio y no cruzaba ni una sola mirada con ella.

Atravesaron una sucesión de arcos de herradura que se abrían en un portal de la muralla y llegaron a la calle mayor de la ciudad, la que separaba la mezquita aljama del alcázar real y su ciudadela, conocidos como la Almudaina. El primer tramo de esa misma calle era la alcaicería, el zoco más importante y lujoso de toda la medina de Mallorca, flanqueado de puestos de especias, tiendas de paños y talleres de orfebrería. Como era temprano, apenas se veía gente, sólo unos pocos esclavos y aprendices que iban abriendo los postigos que protegían los obradores, arrastraban desde los patios de las vecinas alhóndigas grandes fardos o enjabonaban con escobas el empedrado del suelo. A Blanca todo aquello le habría recordado el mercado condal de Barcelona a primera hora de la mañana, de no ser por el repentino cántico del almuédano que de pronto resonó desde el minarete de la mezquita mayor. Este cántico fue enseguida respondido y coreado por el de otros almuédanos, que llenaron el cielo de la medina, como si los que estuvieran cantando fueran ángeles, alabando el poder de Dios desde los distintos rincones de la bóveda celeste. La mayor parte de hombres abandonaron sus labores y se postraron en las aceras de la calle, dificultando el paso a la comitiva de cautivos que siguió fatigosamente su camino esquivándolos.

Enseguida llegaron a una plaza de forma rectangular que estaba rodeada por tres pisos de galerías. En su centro, se alzaba una lonja sin muros ni paredes interiores, cuya techumbre era sostenida por una docena de altas columnas de mármol. Aquel lugar era conocido como la almoneda, el mercado de subastas públicas, y el principal producto que en ella se ponía a la venta eran los esclavos.

Los obligaron a sentarse a todos en círculo dentro de la lonja y les quitaron la larga cadena que los unía por el cuello. Blanca consiguió acercarse a su hermano Miquel y le hizo arrimar la cabecita sobre uno de sus hombros. Habría dado todo el oro del mundo por poderlo abrazar con ternura, pero las argollas que le sujetaban las muñecas se lo impedían. Los otros cautivos también se acercaban entre sí, tiritando de frío y buscando el calor humano. Bajo aquella clara e hiriente luz de la mañana, Blanca observó a todos sus compañeros de infortunio y sintió que el corazón se le encogía. Niños y doncellas como ella y su hermano, con la tez del rostro descolorida, los labios secos y agrietados y una expresión de vacío en la mirada que parecía acercarlos más al mundo de los muertos que al de los vivos. A todo ello había que añadir las mucosidades resacas que recubrían los rostros, las heridas que se abrían en los lugares en que las argollas mordían aquellos frágiles cuerpos desnudos y

la mezcla de excrementos y de orina que se amontonaba alrededor de sus partes pudendas.

Permanecieron cierto tiempo en aquella lonja, mientras la plaza y las calles vecinas se iban llenando de gente y de trasiego, y el mercader que los había comprado daba vueltas alrededor de ellos con cierta inquietud. De pronto apareció un hombre de aspecto grave que resultó ser el almotacén, la máxima autoridad de la alcaicería. Lo acompañaba una mujer mayor que iba tapada de la cabeza a los pies por mantos negros, y que llevaba consigo media docena de sirvientes, bellos y asexuados como ángeles. El mercader los saludó con gran reverencia e inició con la señora una animada discusión en algarabía, en la que a veces parecía estar a punto de ponerse a llorar o de suplicar compasión. La mujer hacía oídos sordos a los ruegos y aspavientos del hombre y se paseaba entre los cautivos estudiándolos con mirada experta uno por uno, revisando las dentaduras y la virtud de las doncellas, tal y como había hecho él al comprarlas a los almogávares tres días atrás. Por fin, parecieron llegar a un acuerdo. La mujer dio una orden a uno de sus angelicales servidores que, acto seguido, vació una bolsa cargada de monedas de oro sobre el mostrador. El almotacén hizo pesar todas las monedas en una balanza y por fin, la señora y el hombre cerraron el trato, que fue anotado por un escribano y firmado por los dos. Aquella mujer acababa de adquirir a los hermanos Guiu y a otras tres niñas y doncellas.

Los criados les hicieron subir a todos a un amplio carromato cubierto por cortinas. Con gran lentitud, el vehículo partió y se adentró en un laberinto de callejones, en los que la muchedumbre que los llenaba se iba haciendo cada vez más densa. Cuando por fin el carromato se detuvo, Blanca observó por una de las rendijas de las cortinas el sitio en el que se encontraba. Vio una mezquita y una puerta custodiada por torres que se abría en la muralla. Descubrió además que cerca de esa misma puerta se alzaba una decena de picas en las que habían ensartado varias cabezas humanas, que tenían la piel ennegrecida por la sal, pero seguían conservando el pelo. El repentino griterío de unos niños desvió la atención de Blanca hacia otro montón de cabezas, apiladas sobre el suelo y que estaban esperando su turno para ser clavadas en las picas. Los niños les tiraban piedras, y el blando crujido de ellas al rebotar contra la carne muerta reverberaba entre los muros con un sonido lúgubre. De pronto, la cautiva soltó un grito y cargada aún con todas las cadenas, saltó del carro antes de que los servidores de la señora pudiesen impedirselo. Recogió una cabeza y la agarró entre sus manos, cubriéndola de besos; y no contenta con ello, peinó además con sus uñas los mechones rojos de la barba, rascando y limpiando de costras las cuencas vacías de los ojos. Los sirvientes mientras tanto la miraban con asombro, preguntándose qué demonios estaría ocurriendo. Por fin, instigados por los gritos de la señora, hicieron todo lo posible para que Blanca abandonara la cabeza y volviera al carro. Le propinaron puñetazos, patadas y azotes, pero conseguir que la muchacha apartara las manos de aquella cabeza era tan difícil como lo habría sido arrancarle las uñas de la carne.

Muchos de los desocupados que llenaban la plaza miraban con asombro y perplejidad a aquella esclava desnuda, que parecía haberse vuelto loca; otros, por el contrario, niños y mozos, se burlaban y se reían ruidosamente de ella. Cuando el griterío y el alboroto llegaron a su punto álgido, salió de la vecina mezquita un alfaquí de aspecto venerable, y entonces se hizo el silencio más absoluto entre la multitud, incluso los niños callaron. El alfaquí pidió a uno de los criados que le preguntara en romance a Blanca lo que ocurría y que le tradujera su respuesta. Blanca explicó con la voz entrecortada por sollozos que había reconocido la barba roja y los rasgos de su padre, y que no tenía la menor duda de ello. El alfaquí intentó consolarla asegurándole que harían enterrar dignamente

aquel despojo en un cercano cementerio cristiano. Con estas palabras, Blanca se quedó más tranquila y se despidió de la calavera dándole un beso en la frente y diciendo con una serenidad sorprendente, como si el resto del mundo no existiera:

—¡Adiós, querido padre! ¡Es la última vez que te beso la barba! ¡Más me habría valido presenciar mi propia muerte que la tuya y la de mi buena madre!

Cuando el criado hubo traducido aquellas últimas palabras, muchos de los presentes, incluyendo los niños y mozos que hasta entonces habían estado burlándose, se quedaron mudos y cabizbajos. El mismo alfaquí tuvo que pasarse la mano por sus ojos empañados, antes de entregarle a Blanca un rosario y darle su bendición en lengua arábica.

II

Era el solsticio de verano del año 596 de la Hégira. Esa festividad que musulmanes y cristianos festejaban conjuntamente, unos con el nombre de San Juan, otros con el de Mahrrayan. Se decía de esa noche que era mágica, y que en ella los más íntimos deseos podían hacerse realidad.

Mussa Al-Fortun había accedido a asistir al sarao nocturno que su primo Suleiman organizaba en su almunia a las afueras de la capital; con todo, su entusiasmo no era demasiado grande. Y eso que era la víspera de aquella fiesta que le evocaba tan felices recuerdos de su infancia, y que el lugar donde Suleiman la celebraba no podía ser más bello ni más placentero para los sentidos. El último sol de la tarde estaba acariciando con sus débiles rayos la columnata de mármol que rodeaba el patio y encendiendo deslumbrantes destellos en los azulejos que recubrían la galería de detrás; en el vecino jardín, los frutos estallaban entre el follaje con unos colores tan vivos que parecía como si estuvieran ardiendo. Los convidados eran todos ellos parientes o íntimos amigos de la alcurnia de los Al-Fortun, y yacían indolentes en los almohadones y en los sofás que Suleiman había hecho disponer alrededor del patio, pues el sol acababa de entrar en el signo de Cáncer y las noches eran ya calurosas. Los ojos de Mussa, ansiosos por ver cosas frescas y agradables, esquivaban los rostros marchitos de sus interlocutores más cercanos y se recreaban en el agua del surtidor, que tras llenar con sus burbujas el cuenco, se deslizaba como una serpiente de plata por el mármol del pavimento y se perdía entre la penumbra del jardín. El susurro de las conversaciones que los asistentes sostenían a media voz era acompasado por el chillido de los pavos reales y por los dulces acordes de los instrumentos que tocaba la orquesta de músicos.

Mussa echaba de menos alguna esclava cantora; una tan bella que pudiera despertar, aunque fuera por breves instantes, la pasión adormecida de su pecho. Pues él estaba entrando ya en el invierno de su vida y necesitaba urgentemente estímulos que pudieran rejuvenecerle y alegrar su corazón. Tras su llegada, había buscado con ansiedad entre todos los invitados y criados algún rostro joven y bello en quien poder recrear los ojos; pero sus intentos habían resultado en vano y no le había quedado más remedio que seguir la acalorada conversación que su primo Suleiman Al-Fortun estaba manteniendo con su amigo de la infancia, Ishaak Ibn Lopis.

La conversación discurría sobre la disputa que acababa de estallar entre la alcurnia de los Qasim, de origen bereber, y la de los Ibn Vassilia, de procedencia eslava. Buena culpa de todo la tenía el propio valí de Mallorca. Yussuf Abu Yahya Al-Hakem había querido aprovecharse del caos en el que había quedado sumido el califato almohade tras la vergonzosa derrota de Las Navas de Tolosa y se había ceñido una corona y autoproclamado «emir» de Mallorca. Tal soberbia y engreimiento no se

habían visto nunca en la isla, ni siquiera en el largo gobierno de los jeques anteriores, los Ibn Ganiya. No contento con ello, Abu Yahya había alimentado el odio que existía entre las dos alcurnias extranjeras; y ahora que la disputa entre ellas había llegado tan lejos que había estado a punto de costarle el trono, estaba iniciando una política de reconciliación con los muladíes de la isla para que le dieran su apoyo.

Mussa y su primo Suleiman eran *rumís*, romanos, tal y como indicaba su apellido Al-Fortun, que provenía del apodo latino *Fortunius*, el Afortunado. La lengua que en aquel mismo momento estaban usando los dos primos en su conversación no era el culto y refinado árabe, sino el basto romance de Mallorca, conocido como «aljamía» por los suyos y «mozárabe» por los cristianos. La alcurnia de los Al-Fortun era precisamente la más importante de los muladíes mallorquines, y Mussa su más rico y próspero varón. Por ese motivo y por congraciarse mejor con esos muladíes, Abu Yahya acababa de nombrarle miembro del consejo real.

Por fin había llegado el momento que tanto temía Mussa: cuando sus interlocutores callaban y fijaban las miradas en él, a la espera de su opinión que, como miembro del consejo, estaría mejor fundamentada que la de ellos. Mussa tragó saliva y se atrevió a manifestar en voz alta sus discrepancias con la política del emir.

Evitar que estallara la guerra entre los Ibn Vassilia y los Qasim era necesario, pues todo buen gobernante tenía que velar por la vida de sus súbditos, pero no a cualquier precio. El método que Abu Yahya había escogido para reconciliarlas no le convenía en absoluto y mucho temía que el remedio acabara siendo peor que la enfermedad. Había dado a los jefes de ambos clanes patente de corso y les había entregado veloces galeras de guerra pilotadas por marineros genoveses, avezados en el arte naval. No contento con ello, estaba convirtiendo el comercio de esclavos francos en uno de sus negocios más lucrativos y haciendo que la almoneda de Mallorca pasara a ser la más importante del Mediterráneo. Mussa temía que semejantes políticas le sirvieran en bandeja a aquel alfaquí llamado «Papa» la excusa que necesitaba para proclamar otra de sus cruzadas, y hacer que los francos invadieran Mallorca por segunda vez.

Sus comentarios levantaron un murmullo de asombro y temor entre el resto de comensales. A diferencia de los Qasim, de los Ibn Vassilia o de los mismos Abu Yahya, todos ellos tenían abuelos que habían sufrido la invasión franca del siglo anterior; y el mayor de sus miedos era precisamente que llegaran a ver algún día la bahía de Mallorca repleta de velas con cruces, sus fértiles campos quemados y sus prósperas alquerías arrasadas.

Cierto, concedió Mussa, que el emir franco de la alcurnia de los Aragón, Jaime I, era un niño incapaz de dominar a sus jeques, y que los francos de Provenza se encontraban en guerra contra su propio emir, de la alcurnia de los Capetos. Sin embargo, Mussa creía que faltaba sólo una chispa para que prendiera el fuego y todos aquellos *kafires* que hasta entonces habían estado luchando entre ellos, de pronto decidieran juntar sus tropas y dirigirlas hacia Mallorca. Ya había sucedido otras veces, dictaminó tristemente recordando la derrota de Las Navas de Tolosa, acaecida cuatro años atrás.

Dichas estas palabras, Mussa se sumergió en un mutismo del que no había modo ni manera de arrancarle. Apreciaba y quería a su manera a todos sus familiares y por ello le dolía tanto presenciar su decadencia. A pesar de considerar las políticas del emir como temerarias, le parecía que los

miembros de su alcurnia adoptaban el extremo contrario y que, en lugar de comportarse como nobles guerreros, lo hacían como viejas cotillas. A buen seguro, su trasero y su espalda habían adquirido la forma de los almohadones y de los sofás de tanto estar repantigados en ellos. Él, Mussa Ibn Nasser Al-Fortun, era la excepción que confirmaba la regla; el único de todos aquellos pusilánimes que había llevado una vida lo bastante santa como para merecerse portar el turbante. Había hecho la peregrinación a La Meca y había participado en la yihad en dos ocasiones: siendo aún joven en aquella tan gloriosa en la que el califa almohade, Yakub Al-Mansur, aplastó a las huestes del rey de Castilla en Alarcos; y diecisiete años más tarde en aquella otra en la que el nieto de Yakub, Mohamed Al-Nasser, fue vergonzosamente derrotado en Las Navas de Tolosa. En esta batalla, el ataque conjunto de los ejércitos cristianos de Aragón, Castilla y Navarra había sido tan fuerte e impetuoso que las tropas andalusíes habían huido enseguida a la desbandada, como ratas asustadas, abandonando a su suerte a aquellos que, como él, resistieron hasta el final. Mussa se refugió tras el cinturón infranqueable que formaba la guardia negra del califa, encadenada alrededor de un cerro, y al final consiguió salvar la vida, regresando a Mallorca malherido y sumido en el más profundo de los abatimientos. Con la caída del califato Almohade, al-Ándalus se había quedado separada de Al-Magrib y se había vuelto a dividir en minúsculos emiratos de taifas, como en el siglo anterior. Ahora la conquista cristiana de toda España, incluyendo la del apartado reino de Mallorca, se había convertido en una mera cuestión de tiempo.

—Te encuentro muy apagado, Mussa —le susurró Suleiman, pasándole fraternalmente una mano por detrás del hombro.

—Como sabes, paso ya de la cincuentena y a mis brazos les va menguando el vigor para sostener la espada; sin embargo, mi corazón sigue siendo joven y robusto como el de un león. Por eso me aburren tanto estas chácharas inútiles.

—En tal caso, lo que vendrá ahora mismo te va a complacer en gran manera. —Y dichas estas palabras, el anfitrión batió sus palmas rítmicamente.

Al instante, los músicos cambiaron su melodía lenta y apagada de antes por otra más viva y ágil, y se abrió una puerta por la que irrumpieron cuatro lindas doncellas y tres graciosos eunucos. Los apretados caftanes de seda y blusas de tul que llevaban puestos unos y otros dejaban adivinar a la perfección las tentadoras curvas de sus cinturas. A medida que los eunucos iban sirviendo buñuelos y almojábanas a los comensales, las doncellas amenizaban la velada bailando en círculo alrededor del surtidor. Sólo había una de ellas que llegó a gustar de veras a Mussa, una que consiguió convertir el resto de la fiesta, y todo lo que la rodeaba, en un baile de sombras sin importancia. La joven llamó también la atención de otros muchos comensales por su llameante cabellera, de un rubio auténtico, y por la extrema palidez de su piel. Ni siquiera el vivo color rojo de sus labios parecía haber sido retocado; todo en ella se adivinaba casi natural, sin apenas artificio.

La melodía fue reemplazada por otra, y los eunucos fueron sustituidos por las doncellas, que se encargaron de escanciar vino dulce de jerez entre los huéspedes. Cuando a la joven rubia le llegó el turno de servir a Mussa, éste retiró la copa y le aseguró en árabe que como buen creyente no bebía alcohol. La doncella, a quien el baile había cubierto de sudor y enrojecido sus tiernas mejillas, pareció turbarse. Con su adorable acento franco le pidió las más sinceras disculpas y se retiró, tímida y esquivada como una gacela. La escena provocó las carcajadas de Suleiman, que la había

estado observando atentamente.

—Tal vez te encuentres ya demasiado viejo para blandir tu espada de acero, apreciado Mussa, pero me parece que aún te queda el vigor para manejar de modo satisfactorio la que llevas entre las piernas —aseguró Suleiman, que se había acabado de desposar en terceras nupcias con una quinceañera y sabía de qué estaba hablando—. Por desgracia, los bailarines a los que he hecho traer a mi fiesta pertenecen a la viuda Masrimar —prosiguió— y, según tengo entendido, los vende a su peso en oro. Ni siquiera están disponibles para el amor de una noche.

—Ya sabes, Suleiman, que a mí me desagrada beber en la misma copa de la que otros ya han bebido o comer del mismo pastel que otros han mordisqueado. Precisamente lo que mi corazón anhela con más fervor es una nueva Amina; otra mujer que colme de alegría y de ternura el invierno de mi vida. Y la bailarina de allí delante, parece cumplir de sobras con todas mis expectativas.

—Yo no entiendo tu obsesión por las rubias, Mussa —terció Ishaak—. Donde haya una buena bereber, apasionada y de piel tostada como la arena del desierto, o una etíope de labios carnosos y buenas posaderas...

—Sobre gustos no hay nada escrito —apostilló Suleiman—. Yo también siento inclinación por las mujeres con cabellos de luz y labios rojos como la pulpa de una granada. La rubia que te gusta tanto se llama Zahira. Si te apetece, cuando termine la fiesta, te presento a su dueña, que está vigilando la actuación de sus esclavos desde la algorfa, y entras en tratos con ella.

—Alabado sea Dios, los negocios no me han ido tan mal los últimos años, así que lo que queda de noche me lo iré pensando.

—¿Otra mujer? ¿Quieres otra mujer y encima franca? —prorrumpió Ishaak escandalizado—. ¡Primo, tú no estás bien de la cabeza! Perdona que te lo diga, pero se te ha acabado la tranquilidad. Ya sabes lo que dicen que ocurre si tienes a dos mujeres viviendo bajo el mismo techo, y más aún si son rumís, que son las mujeres menos dóciles y mansas de la tierra. Se llevarán entre ellas tan mal como el perro y el gato. ¡Cómprate dos a la vez, y así tendrás tres mujeres y llevarás una vida placentera y tranquila hasta el final de tus días!

—Ya me conoces, y sabes que prefiero dedicar mis energías a una mujer que me guste de verdad. Los últimos veinte años de mi vida los he pasado con una sola de ellas: Amina, que se ha ganado a pulso su libertad y su título de *kadina*, de mujer legítima.

—¿Y entonces por qué quieres comprarte una esclava? Te recuerdo que la misma sobrina de Abu Yahya, Fátima, está casadera y estoy seguro de que ni su tío ni su padre verían con malos ojos la unión.

—Imposible, ya sabes que las mallorquinas me resultan demasiado sosas y aburridas. Si me caso con una de ellas, sería como si lo hiciera con una de mis hermanas o de mis sobrinas.

—Te recuerdo —previno Suleiman— que hace falta mucha energía para domesticar a las francas y que cuando compraste a Amina eras joven y fuerte; ahora en cambio eres un viejo carcamal y con esa Zahira te mostrarás más blando que la manteca...

—¡Tú sí que estás hecho un viejo carcamal!

Había caído ya la noche y en lo alto del cielo empezaban a brillar las luces de las estrellas. Decenas de hogueras ardían en los campos de los alrededores y sus resplandores llegaban hasta el jardín, mezclados con el aroma de hierbas olorosas que los campesinos echaban sobre ellas. Era como si la tierra entera se hubiese convertido en un reflejo de esa misma bóveda celeste en la que titilaban los astros. Los músicos habían hecho una pausa para descansar y los esclavos prestados por la viuda Masrimar estaban dando vueltas alrededor del surtidor y salpicándose unos a otros con el agua que brotaba de él. Sus risas estridentes parecían un eco de las de los niños vecinos, que también llegaban hasta ellos, y unas y otras contrastaban con la serena calma de la noche y el silencio en el que se habían sumido los invitados.

Mussa buscó con la mirada a Zahira y la encontró sola y apartada, bajo el pórtico que daba al jardín. Estaba haciendo escalas con un laúd y sus ojos relucientes evidenciaban que estaba a punto de echarse a llorar. De pronto empezó a interpretar una melodía conocida por todos los presentes, que acompañó con un conocido poema de Ibn Hazm, cantado con voz frágil y tenue:

Pastor soy de estrellas y dejo apacentar astros y planetas.

*Las estrellas en la noche son fuegos de amor,
encendidos en la tiniebla de mi mente.*

*Parece que soy guardia de este jardín oscuro del firmamento,
cuyas altas hierbas están bordeadas de narcisos[*].*

A medida que la canción avanzaba, todos los comensales que hasta entonces estaban adormecidos, empezaron lentamente a canturrearla a viva voz, embargados por el *tarab*, el arrebató de emoción que la buena música provocaba siempre en los oyentes.

Y en aquel instante, Mussa notó cómo la llama del amor volvía a prender en su viejo y seco corazón con una fuerza que no había sentido desde mucho tiempo atrás.

III

La esclava conocida como Zahira pegó un salto sobre su cama cuando Achib irrumpió en el dormitorio común, despertándola del primer sueño que había podido dormir en dos días. El eunuco venía a comunicarle la noticia que tanto esperaba y a la vez temía: su señora quería verla inmediatamente en sus aposentos para hablar con ella a solas. Al oír estas nuevas, sus compañeras se desmerecieron también y todo fueron abrazos y besos de despedida, los más fuertes los de su amiga Zubeida. Con el corazón en un puño, Zahira siguió al eunuco por largos corredores y lujosas estancias que en los más de seis meses que llevaba viviendo en esa casa aún no había pisado.

La viuda Masrimar la recibió en un aposento iluminado por unas ventanas cubiertas de celosías. Los pocos rayos de sol que conseguían atravesarlas encendían las motas de polvo que flotaban por el aire, sin llegar a aclarar por completo la penumbra en la que estaba sumida la habitación.

—Acabo de hablar con Mussa Al-Fortun —le explicó con un tono de voz forzosamente tranquilo—, aquel señor que tanto se interesó por ti en la pasada fiesta del Mahrrayan.

Le siguió explicando que tenía tanta ansia por comprarla que no había tardado ni un solo día en decidirse, a pesar del altísimo precio que Marien Masrimar le había puesto: cuatrocientos dinares de oro, el doble de lo que había pagado por ella en la almoneda seis meses atrás. Cuando aún se llamaba Blanca y podía estrechar entre sus brazos a su hermano, pensó Zahira en un súbito arrebatado de tristeza. A continuación, la viuda se deshizo en elogios hacia su nuevo amo: entre otras cosas, le explicó que era un hombre de moral íntegra, que hasta entonces había sido fiel a la única mujer que había tenido y que los campos y alquerías que tenía en el valle de Sulliya eran tantos y tan extensos que cuando la vista intentaba abarcarlos se perdía en el infinito. Con un amo así, no sería de extrañar que con el primer hijo varón que ella concibiera, le otorgara la libertad y la desposara.

Zahira escuchaba todas estas nuevas de pie y en el centro de la sala, adormilada aún por el reciente sueño y a la vez aturdida por la gran trascendencia que tenían, pues le confirmaban que su nueva vida en Mallorca estaba a punto de cambiar. Tan pronto como hubo terminado de contarle estas noticias, su señora se distanció unos pasos de ella y abrió de par en par las celosías de las ventanas. Al instante, una luz pura y matinal la deslumbró y le mostró a una bellísima mujer cuya presencia le había pasado inadvertida hasta entonces. Tenía una radiante cabellera rubia que caía en forma de cascada sobre sus hombros, y la observaba con los ojos entornados desde una inmensa superficie de cristal que estaba en la pared del fondo.

—Te he creado yo, Zahira —le susurró Marien, estrechándola entre sus brazos—. Contéplate ahora de cuerpo entero.

Dichas estas palabras, le quitó el albornoz que la cubría y le desató los lazos de la faja que le aprisionaba la cintura. El ser angelical que había en el fondo de aquel espejo tan grande se aproximó a su fría superficie y la miró con expresión de incredulidad: aunque el semblante perteneciera al de la antigua Blanca, su cuerpo le resultaba ajeno, demasiado voluptuoso como para considerarlo suyo. A resultas de la estrecha faja que había llevado día y noche durante más de seis meses, apretada hasta el límite de lo intolerable, la cintura se le había estrechado de tal modo que si apoyaba los pulgares en las caderas, los índices llegaban a juntarse sobre el ombligo. En abierto contraste con esa cintura de avispa, las piernas se le habían vuelto gruesas como troncos y los senos y las nalgas se habían hinchado hasta doblar su tamaño anterior y adquirir una redondez casi perfecta. Pero sin duda alguna, lo más insinuante de todo aquel cuerpo ajeno era su vientre, liso y acogedor, y el pubis en el que terminaba, blanco y curvado como un pomo de marfil, sin rastro de vello.

La viuda contemplaba aquel voluptuoso cuerpo con el mayor orgullo, como si fuera una obra de arte: su obra de arte. Hacía girar a Zahira sobre sí misma, y la pellizcaba y acariciaba con aire entendido. Embargada por el entusiasmo, llegó a exclamar que esa cintura tan marcada era como una duna de arena sosteniendo una palmera, comparación que a Zahira le dejó indiferente, porque aún no había visto ninguna palmera ni sabía qué forma tenía una duna en el desierto. Los pellizcos de su propietaria le confirmaron a Zahira que, a pesar de su tacto sedoso, la piel se le había endurecido: posiblemente ello se debía a los abundantes masajes con aceite de almendra y a las largas sesiones de baño diarias.

Masrimar la hizo sentarse en unos almohadones que había frente al espejo, le coloreó con arrebol los labios y las mejillas, y la perfumó de cuerpo entero con almizcle y esencia de rosas. Sus manos eran firmes y cuidadosas como las de una madre, pensó Blanca en un ataque de nostalgia, como las de su propia madre cuando la aderezaba antes de entregarla al señor de Barenys. Tras peinarla, le hizo varias trenzas que entretejió con cintas en las que refulgían unas perlas grandes como garbanzos. A esto añadió una veintena de alhajas diversas, entre las que se contaban ajorcas en forma de lágrimas y diversos brazaletes y collares, todo ello «regalo de su futuro amo», según explicó. Zahira las contempló y las tocó embelesada y temerosa a la vez, pues nunca había visto tanta acumulación de oro y pedrería juntos. Cuando la esclava se volvió a mirar en el espejo con el deslumbrante resultado de todos aquellos arreglos, pensó que efectivamente toda ella era una obra de arte. Una obra creada con el único sentido de convertirla en el juguete predilecto de Mussa Al-Fortun, y otorgarle placeres sin fin. Ése, y no otro, era también el sentido de todas las desgracias y del atroz encierro que había sufrido desde que los almogávares la habían raptado, concluyó con amargura. Y entonces sintió que un odio indescriptible empezaba a invadirla. Un odio que no se centraba en su comprador desconocido de barba plateada, sino en aquel maldito cuerpo, la auténtica causa de todos sus males; esa maldita masa de carne que tanto encendía la voluptuosidad de los hombres. Y entonces su memoria regresó a aquel lejano día en el que la arrancaron para siempre de los brazos de su hermano, la encerraron en aquel caserón, y Blanca dejó de ser Blanca para convertirse en Zahira.

El día que pisó por primera vez aquella casa, los eunucos (pues eso eran los criados de aspecto andrógino que acompañaban a la señora) habían llevado a Blanca y a las otras tres esclavas

directamente al baño. Allí les habían enjabonado el cabello y se lo habían despiojado con vinagre. Luego, las habían obligado a todas a ceñirse aquella espantosa faja alrededor de la cintura. Al principio, a Blanca se le hacía tan estrecha que a duras penas conseguía respirar con ella, y creía que iba a perder los sentidos de un momento a otro. Tras haberlas vestido y aseado, los eunucos llevaron a las cuatro esclavas al comedor, donde las esperaba Marien Masrimar. Era la primera vez que Blanca veía el rostro descubierto de la viuda y quedó impresionada, pues era tan fea que en su vida anterior la habría hecho reír si se hubiera cruzado con ella por la calle: a unos labios caídos como los de un camello, había que añadir las abundantes verrugas y la pelusa que tenía repartidas por toda la cara, y aquellos ojos pequeños y bestiales, que lo único que destilaban era odio y amargura. Parecía en verdad una bruja.

La viuda las hizo sentar en los mullidos almohadones que había dispuesto alrededor de una mesa redonda y de baja altura, a la que llamaba ataífor. Entonces, traducida por un eunuco, empezó un discurso en el que sentó y estableció las normas que todas ellas deberían seguir escrupulosamente durante la estancia en su casa, si no querían ser castigadas con la mayor de las severidades. En primer lugar tendrían que olvidar sus nombres y borrar sus vidas anteriores de la memoria. A partir de aquel instante, Blanca pasaría a llamarse Zahira, y ése sería el único nombre con el que sería conocida; también estaban obligadas a olvidar la lengua romance, que tendrían prohibido utilizar incluso estando a solas, entre ellas mismas. Mientras estuvieran bajo su techo, el único sentido de su existencia sería aprender todo cuanto sus maestros eunucos pudieran enseñarles referente a la educación y a los buenos modales. Concluyó el discurso asegurando que no podían imaginarse la suerte que habían tenido de que ella las hubiera comprado, pues todas las esclavas que salían de su morada iban a parar a las casas más ricas y honradas de Mallorca, donde podrían llevar una vida placentera y regalada que la mayoría de mujeres creyentes no llegarían a disfrutar nunca.

Aquella primera noche en Mallorca, Zahira la pasó sin pegar ojo. Se revolvía en la mullida litera de la alcoba, enganchada a las otras tres esclavas que la compartían con ella, resoplando por la estrechez de la faja y lloriqueando por la hinchazón que sentía en los pies, en cuyas plantas le habían propinado una generosa ración de azotes por haberse negado a terminar su grasienta cena. A todo esto se añadieron unos lamentos largos y repetitivos, parecidos a maullidos de gatos o a llantos de niños, que empezaron a resonar desde el exterior a partir de la medianoche. En ellos creyó reconocer la voz de su hermanito, a quien habían arrancado de sus brazos aquella misma tarde, al pisar el zaguán de la casa.

Quiso incorporarse del lecho y mirar por la ventana, pero al acercarse a ella, alguien le agarró por las muñecas y pidiéndole silencio en romance la volvió a acostar. Y en ese momento Zahira se acordó de que había un eunuco llamado Achib haciendo la guardia en la alcoba, y supuso que había sido él quien la había devuelto al lecho. Se ovilló bajo la sábana, esperando la sarta de recriminaciones en árabe y la inminente paliza; pero no ocurrió nada de eso. El eunuco seguía allí, de pie, a la vera de su cama, quieto y silencioso como una estatua; y a pesar de lo poco que veía en aquella oscuridad, le pareció que le sonreía amigablemente. Debía de ser su voz la que le susurró con tristeza lo que solía ocurrirles a los esclavos bellos y de corta edad como su hermano. Les amputaban los genitales y los dejaban enterrados hasta el cuello en la arena de la playa varios días y varias noches, hasta que se les desinfectaran las heridas. Luego, si sobrevivían a la gangrena, recibirían el mismo tipo de educación que se les estaba impartiendo a ellas. Con el paso del tiempo,

se convertirían en unos seres de hermosura celestial; tan solicitados por muchos hombres como las más bellas de las mujeres. Por desgracia, el atractivo de los eunucos era efímero, pues llegados a los veintitantos años engordaban tanto que enseguida llegaban a doblar o a triplicar su peso original, y sus bellos rasgos juveniles se abotargaban y adquirían un aspecto bovino. Ése había sido su propio destino; y ése era el que le esperaba a su hermano Miquel, a quien probablemente no volvería a ver nunca más.

A la mañana siguiente, Zahira empezó con las actividades que seguiría sin variación alguna durante los siguientes seis meses: lecciones de lengua árabe, de música y de buenos modales; sin olvidar las explicaciones sobre las infinitas maneras de aderezarse y embellecerse para atraer a los hombres. En toda ocasión, tenían a un fornido eunuco llamado Chafar dispuesto a azotarlas sin misericordia en la planta de los pies cada vez que masticaban a dos carrillos, escanciaban mal el vino, pronunciaban de modo incorrecto el *alef* o el *jim*, manchaban con borrones de tinta el papel, rompían una cuerda del laúd, pronunciaban alguna palabra en romance o daban cualquier otra muestra de distracción o dejadez. A media tarde disfrutaban del único momento de reposo de todo el día: abandonaban aquellas tres salas en las que hasta entonces habían estado recluidas y se iban al baño, donde por fin podían despojarse de su apretada faja y charlar libremente entre ellas sin que nadie las vigilara. Los eunucos que entonces las acompañaban, como el mismo Achib, se limitaban a hacerles compañía y a servirles, friccionando sus cuerpos con jabón o con aceite de almendra y dándoles masajes sobre el ardiente pavimento de mármol.

Sólo allí, descansando bajo las bóvedas estrelladas de la sala caliente o sumergida en la oscura alberca de la sala fría, Zahira podía llegar a olvidar sus temores y la inmensa tristeza que la apesadumbraban. Ya la primera tarde en el baño dejó que Achib la consolara de todas sus penas y estrechara su cuerpo desnudo entre sus fuertes brazos; después, progresivamente, fue permitiendo que la besara en la boca o que fuera extendiendo el masaje hacia sus partes más íntimas y le enseñara mejor que el mismo Jan todos los gozos que la naturaleza puede procurar a una mujer. Estos inofensivos amoríos solían prolongarse hasta después del baño, en el fresco y recóndito jardín de al lado, donde las esclavas podían beber vino a placer mientras recibían sus clases de baile.

Sorprendentemente, ni Achib ni los otros eunucos de los baños mostraban temor ante semejantes extravíos amorosos, que también prodigaban con las otras esclavas. Zahira terminó por creer que la viuda no sólo toleraba estos desvaríos, sino que incluso los fomentaba y los consideraba parte de su educación. A fin de cuentas, concluyó, ni su supuesta virginidad ni la de sus tres compañeras corrían peligro con unos eunucos que lo único que escondían en su entrepierna era una cicatriz rosada; y si su principal objetivo como esclavas sería el de procurar los mayores placeres posibles a sus compradores, entonces más valía que empezaran a disfrutarlos por sí mismas.

Zahira sonrió evocando todos estos recuerdos, los únicos placenteros de su cautiverio. Y de repente, como si le hubieran clavado una puñalada en el corazón, se dio cuenta de que nunca más volvería a ver a Achib ni a su amiga Zubeida, con quien también había retozado en numerosas ocasiones.

Las excesivas atenciones que la viuda empezó a prodigarle a su cuerpo desviaron de inmediato el

curso de sus pensamientos. Marien le estaba estampando besos húmedos y pegajosos en la cara, demasiado cerca de los labios; y no contenta con ello, también le acariciaba con sus manos marchitas el cuello y el busto. Zahira se apartó asqueada, y se retiró a un rincón de la alcoba. Esperaba que su señora se enfadara con ella, y se acurrucó contra la pared protegiéndose con los brazos, temiendo que la vara cayera sobre su piel de un momento a otro; pero se equivocaba. En lugar de azotarla, la viuda se arrodilló a sus pies, que empezó a cubrir de besos, al tiempo que estallaba en un llanto escandaloso.

—¡Ay! ¡Ahora eres tú la señora y yo la esclava! —le confesó entre sollozos—. Perdóname que ordenara a Chafar que te castigara con tanta dureza; era por tu bien. Quería que la exquisitez de tu educación fuera a la par con tu belleza; pues tienes que saber que, de todas las que han pasado por aquí, a ninguna he vendido con tanto dolor y pesar como te vendo a ti.

Blanca ya había sido avisada por su amigo Achib sobre los excesos sentimentales que solía mostrar la viuda con algunas de sus esclavas en el momento de despedirse de ellas, así que soportó estas muestras de afecto sin apenas inmutarse. Dejó con cierta repugnancia que la viuda la siguiera sobando un poco más y se replegó sobre sí misma. Por fin, al descubrir que no conseguía nada con sus tanteos, Marien se retiró y la ayudó a vestirse. Primero le colocó una espléndida saya de damasco azul, que le dejaba al descubierto el busto y los brazos. A esto añadió un albornoz transparente de tul y un caftán negro, con capucha y brocados de oro, «para ir por la calle», le explicó. Por último, le calzó unas babuchas repujadas con perlas, del mismo tamaño y color que las que llevaba en las cintas del cabello. Tanto refulgían ante el espejo las telas nobles y las muchas alhajas que llevaba encima, que a Zahira le pareció que su propio reflejo era en realidad el de una princesa o una reina de los *djinns*, como las que aparecían en los cuentos de Scherazade.

La viuda le echó una última mirada de cordero degollado y la condujo hasta el zaguán, donde le estampó un sonoro beso de despedida en los labios antes de cerrar el portón a sus espaldas.

Bajo el sol deslumbrante del mediodía, la estaban esperando cuatro fornidos esclavos etíopes con una acémila para llevarla a la casa de su nuevo amo. Alguno de ellos se mostraba inquieto y sujetaba con sus dedos crispados un garrote, como si temiera que un enemigo invisible estuviera al acecho. Zahira montó sobre la silla a la mujeriega, echando sus piernas a un mismo lado, y dejó que los esclavos la condujeran por las calles de la ciudad.

Las instrucciones que le dio el etíope que llevaba al asno por las riendas fueron bien claras: mantener la cabeza agachada y cubierta por la capucha del caftán y, ante todo, no alzarla ni girarse, viera lo que viese u oyera lo que oyese. Era la primera vez en más de seis meses que Zahira salía a plena luz del sol, pues las tres fiestas a las que le habían hecho asistir habían sido nocturnas, así que la esclava no tardó en desobedecer las instrucciones. Incitada por el creciente rumor del gentío, por la cálida luz que le acariciaba la cara y por la brisa marina que hacía ondear sus vestidos de un lado al otro, en breves instantes levantó la mirada y empezó a observar todo cuanto ocurría a su alrededor.

La medina era en aquel lugar un laberinto de pasadizos y callejones, formados por muros en los

que apenas se abría abertura alguna: tan sólo unos pocos ventanucos, estrechos como saeteras, y los voladizos de madera de los pisos superiores, con sus galerías tapadas por celosías. Los escasos portales que se veían estaban protegidos de los genios maléficos por la Mano de Fátima, pintada o esculpida en su dintel. De vez en cuando aparecían alguna galería o algún portal pintados de un azul rutilante, señal de que su afortunado propietario había podido cumplir con la peregrinación a La Meca. También las plazas rompían aquella monotonía de sórdidos paredones, pues en ellas brillaban los mosaicos alicatados de alguna fuente, o se alzaba el majestuoso pórtico de algún edificio público adornado con yeserías. A Zahira le chocó que incluso al lado de esas magníficas construcciones, abundaran las casas en un estado de dejadez y de ruina tan extremo que se diría de ellas que estaban abandonadas.

Esta primera impresión era desmentida de inmediato por las abundantes multitudes que atestaban las mismas plazas, calles y pasajes. En ellas, el griterío ensordecedor de la chiquillería, las discusiones de los transeúntes y la letanía de los mendigos se confundía con el vocerío de los aguadores, los sahumadores que rociaban perfume a los viandantes, los amaestradores de monos y otros muchos vendedores ambulantes: pero en ningún lugar se veía a una sola mujer paseando o asomándose a un portal. Poco a poco, empezó a entender la inquietud que los cuatro esclavos que la llevaban a casa de su amo sentían, aunque fuesen de estatura imponente y fuertes brazos, pues toda aquella muchedumbre que les rodeaba estaba formada única y exclusivamente por hombres.

Entre estos mismos hombres los había de todas las razas imaginables: mediterráneos de aspecto similar al de los catalanes, negros como los mismos esclavos que la llevaban, rusos altos y de pelo rubio, tártaros de ojos rasgados y muchos otros con rasgos de varias razas mezclados en el mismo rostro. A pesar de esta misma variedad, la mayoría de esos hombres tenían mucho en común: pues deambulaban con ropas raídas y desgastadas por la calle sin que parecieran tener propósito ni destino alguno. Y entre sus muchas necesidades causadas por la miseria, una de las más acuciantes parecía ser la de juntarse con una hembra. Zahira empezó a captar más y más miradas fijas, hambrientas, que se clavaban en su cuerpo terso y rollizo que se asomaba por debajo del caftán. Algunos, al cruzarse con ella, se quedaban plantados en medio de la calle, igual que si les hubiera golpeado un rayo; los más jóvenes, en lugar de limitarse a mirarla, la iban persiguiendo por la calle como si estuvieran hechizados o poseídos. En cierta ocasión, la brisa echó hacia atrás su capucha y liberó sus cabellos, que se esparcieron libres y luminosos a su alrededor. Al instante, se creó tanta tensión en aquel lugar que parecía que el aire se hubiese vuelto duro como el cristal. Uno de los transeúntes adelantó hacia ella su mano y le acarició con avidez el muslo; otro quiso apretarle la mano. Los esclavos, ni cortos ni perezosos, empezaron a separar a los admiradores a patadas y a garrotazo limpio; y cuando alguno de ellos empezó a quejarse del trato que recibían, contestaron en voz alta que aquella joven era propiedad del muy noble y excelso Mussa Al-Fortun, y que la estaban llevando a su casa. Al escuchar el nombre, se retiraron casi todos con la excepción de unos pocos mozos que continuaron su persecución varias calles más, gritando cosas que debían de ser requiebros —Zahira creyó entender «hurí del paraíso»— o incluso cantando con su voz herida poesías amorosas. Zahira se acordó de Jan y se preguntó qué posibilidades tendrían todos aquellos jóvenes sin oficio ni beneficio de conseguir a una doncella atractiva, allí, en aquella ciudad donde todas parecían pasarse el día entero encerradas entre paredes; y entonces casi llegó a sentir compasión por ellos.

No tuvo que volverse a tapar la cabeza con el capuchón porque enseguida llegaron al término de su viaje: un callejón atiborrado de basura y estiércol.

Al fondo del callejón, medio escondido tras las vueltas que daban los muros leprosos y cubiertos de telarañas, se entreveía un portón claveteado. Uno de los esclavos golpeó con fuerza la aldaba que colgaba de él y al instante entraron en el destartado patio de un almacén. Allí dentro los recibió una mujer, ricamente vestida, que al ver a Zahira empezó a dar las más vivas muestras de alegría. A pesar de la diferencia de edad, el parecido físico entre las dos era notable, mayor incluso que el que había tenido la antigua Blanca con su madre. La mujer la ayudó a desmontarse del asno y, tras explicarle que se llamaba Amina, la estrechó entre sus brazos y le cubrió las mejillas de besos con un entusiasmo que a Zahira se le antojó excesivo. Amina estaba tan tensa y alterada que su interlocutora casi no podía entender su atropellado discurso de bienvenida en árabe. Cuando la recién llegada se disculpó y le pidió a su anfitriona que se lo repitiera, ésta se distanció de ella y le dijo en palabras más lentas y comprensibles:

—Hermana, te deseo amor y felicidad en tu nuevo hogar. No puedes imaginarte cuánta suerte has tenido de venir a parar aquí. Pronto verás que Mussa es un hombre admirable y fácil de complacer. Eso sí, por mucho que me pese, debo confesar que tiene un gusto exquisito, pues eres guapísima, mucho más de lo que era yo a tu edad.

Y antes de que Zahira pudiese devolver o agradecer el cumplido, Amina la volvió a estrechar entre sus brazos, y lo hizo con tanta fuerza que le cortó la respiración.

Sin más preámbulos, la mujer la cogió de la mano y la condujo por un largo y angosto pasillo en forma de ele que terminaba en un patio; sin duda el más bello y lujoso que la esclava había visto en su vida.

El patio era de crucero, dividido en cuatro partes iguales por acequias que brotaban de un surtidor central. En la planta baja, densos cortinajes de seda púrpura colgaban de las galerías sostenidas por unas columnas de mármol; arriba, en la algarfa de la planta superior, se abrían las ventanas de una arquería. En ellas se asomaban diversas mujeres y niños, incitados por la curiosidad de ver con sus propios ojos a la esclava que, según decían, había costado su peso en oro y que era tan bella que eclipsaba al mismo sol. Las mujeres empezaron a ulular albórbolas de bienvenida y lo hicieron tan fuerte que las palomas que bebían del surtidor se espantaron, batieron sus alas y se perdieron entre el luminoso y claro cielo de junio. Zahira se fijó en la alta torre almenada que se recortaba contra ese mismo cielo, en el extremo opuesto del patio, y con un sobresalto en el corazón reconoció al señor con barba blanca que la estaba contemplando desde el ajimez del último piso.

Era su amo y comprador, que la esperaba en el cuarto piso de la torre, en una sala que debía de ser usada a la vez como mirador y alcoba. Amina la llevó hasta allí, y fue despedida de un modo un tanto brusco por Mussa, que la hizo marcharse triste y cabizbaja; Zahira por el contrario fue recibida con mucha amabilidad por su nuevo amo, que se levantó y la invitó a compartir su comida con él.

La esclava le hizo una reverencia y se sentó delante del ajimez que daba al jardín. Cuando sus ojos

se acostumbraron a la luz, se quedó maravillada por su extensión y por la abundancia de palmeras y otros árboles exóticos que veía por primera vez en su vida. Tampoco había probado la comida que se servía en la mesa: ni el humeante arroz de una cazuela, condimentado con azafrán y sazonado con verduras y pescado, ni todos aquellos frutos que se amontonaban en las bandejas de al lado. Manteniendo en todo momento la cabeza gacha, como era de esperar en una esclava bien educada, extendió su mano derecha y probó con ella un poco del arroz condimentado, mientras su amo la observaba complacido. Con una amabilidad digna del más tierno de los amantes, la animó a que probara todos aquellos frutos tan exóticos, explicándole que los pequeños y dorados se conocían como albaricoques, los de pulpa roja y cortados en rodajas se llamaban sandías, y que aquellos otros tan sorprendentes, de forma similar a un trasero femenino, recibían el nombre de melocotones. En uno de los jarrones de cristal resplandecía un vino rosado. A Zahira le pareció que probarlo sería muestra de mala educación; pero Mussa le llenó el vaso y la instó a apurárselo, asegurándole que ni aunque él ni los de su casa acostumbraran a beber alcohol, en aquel caso bien podrían hacer una excepción.

La lengua arábiga con la que hablaba era de estilo clásico y, por tanto, bastante comprensible para Zahira. Su tono rotundo y grave parecía reflejar una personalidad firme y emprendedora. Cuando la esclava no conseguía entender ciertas palabras y perdía el hilo del discurso, tenía la delicadeza de traducírselo enseguida al romance local, que ella entendía a la perfección.

Mussa empezó por preguntarle cuáles habían sido sus impresiones sobre la ciudad de Mallorca y Zahira le contestó con sinceridad. Le explicó que le parecía que la riqueza más exuberante iba cogida de la mano con la más espantosa de las miserias: que el mismo palacio en el que se encontraba en aquellos momentos superaba con creces en extensión, lujo y riqueza los palacios del rey que había tenido ocasión de ver en Barcelona y en Tarragona; pero que aun así, en las calles de Mallorca parecían juntarse muchos más mendigos que en las dos anteriores ciudades juntas, que ya iban sobradas de ellos. Y añadió que lo que más le había sorprendido de todo era la enorme cantidad de hombres que se veían deambulando por todas partes, ociosos y sin que pareciera que desempeñaran oficio alguno.

Mussa le confirmó sus impresiones explicándole que la competencia desleal de los esclavos había hecho que la mayor parte de hombres libres abandonaran progresivamente sus oficios. Los que no conseguían usar sus influencias para ocupar un cargo público, ni querían dedicarse a las armas o al corso, pasaban a engrosar las listas de desocupados y malvivían en las casas en ruinas de sus familias, dependiendo de la limosna del emir para llevarse algo a la boca. Cuando por algún motivo ésta faltaba y los niños empezaban a llorar de hambre, era frecuente que esos hombres salieran a la calle e iniciaran una de las sangrientas revueltas, que cada par de años sacudían la ciudad.

Zahira recordó que su padre solía asegurar que el ocio era la causa de todos los males sociales, y Mussa le dio la razón. Se declaró ferviente partidario de aquel sistema franco que repartía las tierras en feudos, ya que aunque ligara a los siervos de por vida a esos feudos, les otorgaba en cambio ciertos derechos de hombres libres que les hacían trabajar con más ganas y convertía la esclavitud en algo redundante e innecesario. Él mismo se consideraba como uno de los mallorquines que habían recorrido más mundo, y a ello debía gran parte de su fortuna. En los campos de Sevilla y de Málaga había visto las plantaciones de algodón y de caña de azúcar que se extendían hasta el infinito, y había

decidido iniciar tan rentables cultivos, que los francos pagaban a precio de oro, en la misma isla de Mallorca. A lo acertado de esta decisión había que sumar su buen trato a los braceros negros que las cultivaban, a los que había decidido tratar como los señores francos a sus siervos. A aquellos que desempeñaban sus labores de modo negligente o se rebelaban los castigaba con la severidad más extrema; por el contrario, a los más dóciles y laboriosos les ofrecía enseguida un salario justo, la libertad y la posibilidad de formar familia, con la condición de que se convirtieran al islam y de que se comprometieran a no abandonar sus plantaciones.

Pronunciado este discurso, Mussa se quedó en silencio, mirando interrogativamente a Zahira, y ésta entendió que el mismo trato que su amo dispensaba a los braceros negros podía extenderse a ella, que también era esclava. Si se sometía dócilmente a los deseos de su amo, podría aspirar a casarse con él y cuidar de sus hijos, viviendo en el mayor de los lujos. Si por el contrario se rebelaba o intentaba escaparse, Mussa la trataría también «con la severidad más extrema», y sintió escalofríos recorriéndole la espalda tan sólo de imaginarse qué tipo de castigos implicaban aquellas palabras. Y entonces se le ocurrió que volvía a estar prisionera, encerrada en una jaula de oro como en casa de la viuda Masrimar. Lo único que había hecho era cambiar de dueño.

Un dueño que rompió al fin aquel momento incómodo de silencio que se había creado, confesándole en un tono más cálido y sereno el gran amor que había sentido por ella desde el primer momento que la vio, bailando y cantando en la fiesta del Mahrrayan. De ahí pasó a contarle sus tratos con Masrimar, y describió en tintes tan graciosos la fealdad y la codicia de la viuda que Zahira no pudo evitar estallar en risas.

Contempló los ojos de color oliva y la nariz prominente de su interlocutor, que adoptaban tan fácilmente aquella expresión enérgica de alguien que está acostumbrado a mandar y a ser obedecido. Eran también unos ojos y una expresión nobles, que irradiaban una viva inteligencia y le resultaban mucho más agradables que los de Ramon de Ribes, el señor de Barenys. Zahira se hizo creer a sí misma que con el paso del tiempo llegaría a encontrar atractivo el rostro de Mussa, con todas las arrugas que lo surcaban y las canas que lo salpicaban. A fin de cuentas, concluyó consolándose, ¿qué diferencia había entre permanecer encerrada de por vida en la casa del uno o en la del otro?

El repentino recuerdo de su fracasado amor con Jan le turbó el corazón y le empañó la vista con lágrimas. Y Mussa, que adivinó lo que ocurría, se sentó enseguida a su lado y la estrechó fuertemente entre sus brazos, mientras le cubría de besos las lágrimas y le acariciaba el cabello con la mayor de las ternuras.

Amina estaba tendida sobre la cama, con los hombros y las espaldas enrojecidas a causa de los azotes que su muy amado marido y señor le acababa de propinar en el jardín. Ula, su esclava nubia, le estaba untando la espalda con aceite de oliva. Amina, mientras tanto, no paraba de llorar y de quejarse; el escozor de los golpes le molestaba mucho menos que la vergüenza y la humillación sufridas a manos de su marido. Mussa, que no le había alzado la mano en mucho tiempo, aquella misma mañana la había azotado delante de sus criados y de su hija Aisha. Y la culpa de todo la tenía aquella maldita esclava franca llamada Zahira que se acababa de comprar, así reventara la muy

zorra.

Pensó con cierta complacencia que aquella estúpida franca no podía ni imaginarse a que avispero había ido a parar. Apuntaría todas las humillaciones que sufriera por su culpa, y con el tiempo se las devolvería todas ellas con creces, y tanto que sí. La primera —y también la más importante de todas— era que Mussa, tras veinticuatro largos años de compartir su lecho con ella, lo hubiera abandonado y llevara tres semanas seguidas instalado en el de esa Zahira, más necesitado que un perro en celo.

Recogió el espejo de mano que había sobre la tarima y mientras Ula seguía friccionándole la espalda con sus dedos fuertes y vigorosos, se miró y se repasó en él, buscándose defectos, muestras de un tiempo inmisericorde que no dejaba de avanzar, y las halló en abundancia: no había baño, ni ungüento ni afeite que pudiera remediar las bolsas que entornaban sus ojos ni la papada que empezaba a colgarle de la cara. En su descargo podría alegar que siendo como era una mujer que estaba terminando ya el verano de su vida, se conservaba bastante bien. Pero sabía que para los hombres ésa no era una razón que se pudiera considerar válida, tan deseosos de carne fresca y lozana como estaban. Hasta entonces había creído que su marido y señor Mussa sería una excepción; sin embargo, aquella maldita Zahira le había demostrado cuán equivocada estaba, pensó soltando un suspiro.

Entonces su mente regresó a su vida anterior, a aquella en la que se llamaba Sophia y vivía en Macedonia.

Había nacido en aquel lejano territorio del imperio romano cuarenta y seis años atrás, en la aldea que crecía a la sombra del monasterio de Hagios Nikolaos. Sus padres eran unos prósperos campesinos que tenían dos hijos más, Olga y Konstantin, el heredero. Cuando ella tenía sólo once años de edad murieron los dos a causa de unas fiebres malignas que azotaron de pronto la región, y su hermano —un mancebo de poco seso— se vio de pronto convertido en cabeza de familia y con todas las posesiones en sus manos, posesiones que tardó poco menos de un año en dilapidar. Primero malvendió las tierras al monasterio de Hagios Nikolaos para pagar sus deudas y luego, cuando el dinero obtenido de otros nuevos préstamos empezó a escasear, al monstruo no se le ocurrió otra cosa mejor que vender a sus propias hermanas a unos mercaderes venecianos. Ni el santo César, ni todas las cohortes de magistrados y funcionarios del imperio romano, ni siquiera los monjes del monasterio a quienes ella había suplicado ayuda, habían movido un solo dedo para impedir que se cometiera aquella infamia con aquellas dos niñas que eran súbditas suyas. Bien les estaba a todos ellos que doce años atrás los cruzados hubieran tomado a traición Constantinopla y la hubieran saqueado a conciencia, pensó con rencor: se lo tenían merecido por sus muchos pecados.

Con aquella venta, las desgracias de las dos hermanas no habían hecho nada más que empezar. Los venecianos las llevaron al mercado de Argel y allí consiguieron vender a su hermana Olga a muy buen precio. Desde entonces no había vuelto a verla ni a saber nada más de ella. Más tarde, los venecianos recalaron en el puerto de Mallorca, en el que Yakub Masrimar, un judío convertido al islam, la compró y la hizo instruir en su escuela de esclavos durante un año entero. Pasado este periodo, la llevaron al mercado donde, con gran vergüenza para ella, expusieron sus encantos a la vista de todos los compradores. Mussa, su señor y marido actual, fue quien pujó más alto por ella y quien finalmente se la llevó a casa. Los primeros días habían sido verdaderamente duros, pues su

nuevo amo estaba ansioso por satisfacer sus apetitos carnales y, a pesar de los muchos esfuerzos e intentos, no conseguía desflorarla. A las tres semanas, la mucha paciencia de su comprador había empezado a agotarse y, temiendo que alguien le hubiera echado el mal de ojo, llamó en su ayuda a una curandera que hizo aspirar a la esclava humo de aquella sustancia llamada hachís. La misma sustancia que, según decían, el Viejo de la Montaña ofrecía a los acólitos de su secta, conocidos como *hachichins*, los asesinos, antes de enviarlos a misiones suicidas; la misma sustancia de la que se aseguraba también que podía aflojar la resistencia de cualquier mujer a yacer con un hombre. Y el truco funcionó, pues a partir de entonces Mussa ya no tuvo problemas en hacerla suya.

Y así, con el paso del tiempo, y con el mucho roce y compañía acabó surgiendo un amor mutuo entre amo y esclava. Amina siguió ampliando por su cuenta los estudios que había iniciado con Masrimar, y a ellos añadió los del sutil arte de la contabilidad, que le permitió ayudar a Mussa a gestionar la economía familiar y estrechar aún más sus lazos con él. A los pocos meses de estar en su casa, Amina llegaría incluso a renegar del cristianismo y a abrazar con fervor la única fe verdadera. Admirado por su determinación, Mussa le concedió la libertad y le juró que tan pronto como le proporcionara un hijo varón, se casaría con ella y le daría el título de *kadina*, de mujer legítima.

Por desgracia, sus sinsabores aún no habían terminado. Amina se sometió a todos los sortilegios necesarios, rezó día y noche y se tomó todas las pócimas que pudieran ayudarle a parir un hijo varón; pero todo fue en vano, pues los dos bebés que engendró fueron hembras. La primera niña, Nora, murió a las pocas semanas, y la desatención y el descuido que sufrió por su madre sumida en la tristeza no debieron de ser ajenas a ello. Aisha, la segunda, sobrevivió. Por si a la pobre no le bastaba con la desgracia de haber nacido mujer, encima había salido a su tía Sara: hirsuta, de tez cetrina y con el mismo temperamento melancólico que la hacía tan floja y haragana. La pobre Aisha necesitaría sin duda una dote generosa para lograr un buen partido. Con un poco de suerte, pensó esperanzada, tal vez consiguiera que la aceptara en cuartas nupcias su tío Ishaak, de la alcurnia de los Ibn Lopis.

Pero si Dios pareció castigarla con sus dos primeras hijas, en cambio con el hijo varón que concibió después, Ahmad, fue como si quisiera premiarla y recompensarla de todas sus penas anteriores. Con él, Amina no sólo consiguió el título de *kadina*, sino que además colmó con creces todas sus expectativas de madre. Era Ahmad de rostro hermoso, cuerpo esbelto y una inteligencia vivísima que todos sus profesores y alfaquíses elogiaban. Lo único que le incomodaba de él era aquel rasgo suyo que había heredado de su padre: la rapidez con la que su reserva y distanciamiento habituales se transformaban en una valentía y un arrojo tan extremos que podían rayar en la temeridad. Durante varios años, no había habido en todo el reino de las Mallorcas justas, ni juegos de cañas o de animales, en los que su hijo Ahmad no hubiera participado, con gran peligro de su vida. Que en todas ellas hubiese salido ileso y hubiera resultado uno de los ganadores no había conseguido curarle de todos los sustos y temores que como madre había experimentado. Y ahora, poco antes de que su marido comprara aquella maldita esclava, a su temerario hijo no se le había ocurrido otra cosa mejor que irse de peregrinación a La Meca. En lugar de esperar otra ocasión más propicia, lo había hecho aquel malhadado año, en el que los cruzados renovaban sus esfuerzos por conquistar Palestina y aquellos bárbaros crueles y sanguinarios conocidos como mongoles habían llegado hasta las mismas tierras del sultán de Bagdad. Todos los días rezaba a Dios para que Ahmad volviera de su peregrinación lo antes posible y con salud. Y no contenta con eso, gastaba abundante

dinero en sobornos, regalos y recomendaciones, pues quería que a su regreso lograra entrar en la cohorte de altos funcionarios. También sería de gran ayuda conseguirle concertar un matrimonio con Fátima, la sobrina del emir, la única mujer de la alcurnia de los Abu Yahya que aún seguía casadera. De momento, por lo que había conseguido averiguar de Mussa, tanto el emir, como Aziz, el padre de Fátima, veían con buenos ojos el enlace.

Y precisamente en aquellos momentos en los que hacía falta gastar ingentes cantidades de dinero tanto para promocionar a Ahmad y allanarle el camino en su futura carrera, como para juntar la dote de la pobre Aisha, iba el descerebrado de su marido y compraba a aquella zorra franca a un precio carísimo, cuatrocientos dinares de oro. «¡Maldito sea, mil veces maldito!», pensó en voz alta estirándose con rabia el cabello y desgarrándose la camisa, «¿Es que no quiere a sus hijos? ¿Es que no me quiere a mí?». Se volvió, y descubrió a Ula, que había detenido sus manos y la miraba como si la comprendiera y a la vez la estuviera compadeciendo. Lo último que Amina necesitaba en aquellos momentos era la compasión de una esclava, así que la despachó inmediatamente y se quedó a solas con sus pensamientos.

No, no era propio de una mujer creyente desesperarse por la llegada a casa de otra mujer ni recelar así del hombre a quien debía obediencia, a quien tenía que someterse con el mayor de los gozos. Tal y como solía decir Omar, el alfaquí de la mezquita aljama en su sermón de los viernes, una esposa devota debía someterse ante su marido tanto como el buen creyente tenía que hacerlo ante Dios.

La auténtica culpable de todo era esa Zahira, que había seducido a Mussa con sus bailes de caderas, sus canciones y sus lánguidas miradas de zorra en aquella maldita fiesta del Mahrrayan. Pero a ella no la engañaba, al contrario, ya desde el primer instante que la vio, entrando en el patio montada sobre un asno, había podido adivinar de qué pie cojeaba. Porque si de algo estaba segura Amina era de que aquella franca no sólo era tan lujuriosa que enseguida le sería infiel a Mussa, sino que además, tan pronto como concibiera un hijo varón, conspiraría para que el heredero fuera él, y Ahmad quedara excluido de la mayor parte de la fortuna paterna. «Si esto llega a suceder algún día —pensó en un repentino arrebató de furia—, iré a su alcoba mientras esté durmiendo, y le retorceré el cuello con mis propias manos. ¡Y tanto que lo haré!».

De momento, la muy perra había conseguido que su marido se hubiera distanciado de Amina e incluso que la hubiera regañado y maltratado en dos ocasiones y a la vista de todo el mundo; precisamente a ella, que era quien más debía mandar en casa después del propio Mussa. La primera vez había sido dos días atrás, cuando les llevó el desayuno al mirador de la torre y los descubrió plácidamente abrazados, como buenos amantes. Sintió que el corazón le dolía tanto como si se le estuviera a punto de romper en añicos, y en lugar de retirarse al harén, se quedó allí mismo el resto de la mañana, escuchando tras la cortina. Mientras retozaban, se le escapó de lo más hondo del alma un profundo suspiro; y entonces su marido la descubrió en su escondite, y tanto se enfureció de verla allí que la echó a patadas de la torre. Y no se calmó hasta que Aisha, alertada por los gritos de dolor, apareció corriendo y se interpuso entre los dos. La segunda ocasión había sido aquella misma tarde en el jardín. Al principio se había limitado a seguirlos a una distancia prudente mientras paseaban; mas cuando se detuvieron y se sentaron en uno de los bancos que había frente a un surtidor, se acercó a ellos, escondiéndose tras unos matorrales. Y entonces oyó como Mussa elogiaba el cabello de

Zahira, que, según le aseguró, estaba hecho de sol y de luz. Ésas eran las mismas palabras que le había dicho a Amina en otras ocasiones, y la enfurecieron tanto que no pudo evitar soltar un grito de rabia. Entonces su marido sí que perdió los estribos, y empezó a insultarla y a golpearla con una vara, a ella, la señora de la casa; y en esta ocasión ni siquiera se detuvo cuando Aisha volvió a interponerse entre los dos, que la desgraciada de su hija recibió también sus buenos azotes.

Los acontecimientos la estaban desbordando. ¿Adónde había ido a parar su sangre fría de toda la vida? Cogió la cachimba que Ula le había encendido poco antes y aspiró una buena bocanada. El humo del hachís no sólo le calmaba el dolor y le serenaba el estado de ánimo, sino que además la ayudaba a pensar con mayor claridad. Tenía que trazar un plan, un buen plan. Con aquella perra franca no tenía que ser difícil encontrar uno que fuera fácil de cumplir, con tantos puntos flacos como parecía tener.

El primero de ellos era su poco sentido práctico de las cosas: mientras Mussa le explicaba a Zahira el funcionamiento de sus plantaciones de algodón y de azúcar, y sus planes de expandir su hacienda criando gusanos de seda, ella no mostraba la menor atención. Únicamente parecía interesarse por lo bonito y superfluo: por las flores del jardín y los peces del estanque, por los versos inscritos en las paredes... Ni en sueños llegaría a preocuparse algún día por las cuestiones económicas que afectaban a las rentas de la familia, cuanto menos por las rencillas internas de la corte. También se había dado cuenta de que era muy emotiva y de que hablaba demasiado y que, encima, todo lo que callaba por educación o por miedo se podía leer en el rostro tan fácilmente como en un libro abierto. Su auténtico punto flaco, sin embargo, aquel que podría ofrecerle a ella la más rotunda victoria y hundir a Zahira en el oprobio, era precisamente el rasgo que mejor caracterizaba a las sanguíneas como ella, de temperamento regido por Venus: su predisposición a la lujuria.

Desde que Mussa la había comprado, había llegado a reconocer los jadeos propios del combate amoroso en incontables ocasiones. Si incluso a alguien ya entrado en años como su marido podía llegar a tenerlo encerrado en una sola habitación durante más tres semanas y hacerle disfrutar de los placeres carnales tantas veces, ¿qué sería capaz de hacer con un galán joven y apuesto? Sí, Amina tenía que ganarse su confianza, hacerse pasar por la mejor de sus amigas, por una especie de madre. Y cuando por fin le fuera infiel a Mussa, entonces conseguiría una prueba irrefutable de ello, se la mostraría a su marido y se la restregaría por la cara. No tenía prisa, esperaría todos los años y meses que hicieran falta. «Tal y como se suele decir —pensó ella dando una última calada que pareció transportarla hasta las nubes—, la venganza es un plato que se sirve frío».

IV

Habían transcurrido seis largos años desde aquella segunda vez en la que Amina había sido azotada y humillada por su marido, y en todo ese tiempo no había podido confirmar sus previsiones ni cumplir sus planes de venganza. Y eso que ella había preparado bien el terreno para que la fruta madurara y cayera por sí sola, pues en las frecuentes ausencias de su marido había hecho salir con frecuencia a Zahira para que efectuara las compras y la había hecho acompañar por apuestos sirvientes y portadores; también la había llevado con ella en sus visitas a familiares y parientes y la había dejado intencionadamente a solas con los mancebos en edad de merecer que estaban por la casa. Y todo había sido en vano, pues la mecha del amor aún no había prendido en el corazón de esa esclava franca, y su marido Mussa seguía prefiriendo compartir su lecho con ella. El único consuelo que había conseguido al cabo de esos años era que el vientre de Zahira aún seguía estando tan plano como el día de su llegada. Verdad era que muy posiblemente la culpa de ello no la tenía la esclava, pues, en aquella infausta batalla de Las Navas de Tolosa, Mussa había resultado herido entre las piernas, y aunque ello no hubiera mermado en absoluto su vigor masculino, sí debía de haber afectado su capacidad de fecundar a una hembra. El caso es que Zahira seguía sin haber concebido descendencia alguna, y como aún se aferraba a la fe cristiana, seguiría siendo esclava durante muchos años más, tal vez incluso durante el resto de su vida.

Y ahora que por fin aquella maldita esclava franca había caído de lleno en la trampa del amor, no se le había ocurrido ninguna otra cosa mejor que escoger a su propio hijo como galán: el temerario e inconsciente Ahmad, que por fin acababa de regresar de su peligroso viaje de peregrinación a La Meca, y de su larga estancia en la universidad egipcia de Al-Azhar, en la que se había quedado cuatro años, desobedeciendo los deseos iniciales de su padre.

Era el año 603 de la Hégira, y entre los muchos besos, abrazos y efusiones con los que Ahmad fue recibido por su familia, Mussa proclamó en voz bien alta que aquel mismo día celebraría un fastuoso banquete para festejar su regreso. Invitaría a más de sesenta personas entre parientes y amigos, y lo harían por la noche, pues Ahmad había vuelto en plena celebración del Ramadán y el ayuno era obligatorio hasta la puesta del sol.

Tanto se esforzó Amina en los preparativos del banquete, y tanto tiempo estuvo ocupada en ellos a lo largo del día que apenas le quedó tiempo de alegrar sus ojos con la presencia de su hijo. Pero el resultado de tales esfuerzos valió la pena: pues cuando los Al-Fortun, los Ibn Lopis y los Abu Yahya llegaron a su casa y pasaron a la sala, Amina apreció la admiración y la envidia en los ojos de la mayoría de las mujeres. A los candiles y lámparas que había hecho traer al salón, había que añadir el

centenar de velas que ardían en las arañas que colgaban de la techumbre. Bajo tal derroche de luz, los alicatados de los muros y los brocados de los tapices brillaban con el mayor de los esplendores. El sentido del olfato era halagado por la decena de incensarios que había repartido por el salón, y por las esencias de lavanda y azahar con las que lo había estado perfumando durante toda la tarde. Por desgracia, el hambre atroz provocada por un día de ayuno hizo que los comensales se arrojaran sobre los purés y sopas que había hecho servir primero, y al mucho calor causado por ellos se añadió el de las abundantes luces que ardían en la sala. Los sesenta comensales que la llenaban enseguida empezaron a sudar y a enrojecer. Viendo aquello, Mussa la humilló delante de todos los invitados, regañándola, llamándola «tonta» e «inútil», y le ordenó que hiciera apagar algunas luces y que abriera las ventanas que daban al jardín, para que corriera el aire.

Ése fue precisamente el momento que eligió Zahira para entrar en el salón, como si lo hubiera escogido aposta. Iba vestida con una brillante saya de terciopelo carmesí, que resaltaba las curvas de su cintura, y adornada con todas las joyas que le había regalado Mussa cuatro años atrás, al comprarla. La muy zorra aún seguía conservando intactos todos sus encantos femeninos, aquellos que atraían a los hombres como la miel a las moscas; y efectivamente, la mayoría de los que estaban presentes en la sala enmudecieron y dirigieron hacia ella sus miradas. Consciente de ello, Mussa la hizo sentar a su diestra, para presumir de esclava ante los invitados.

Y fue entonces cuando a la propia Amina le tocó también presumir de hijo, pues Ahmad hizo su aparición, levantando con ello un revuelo de susurros en la sección de las mujeres, particularmente alrededor del ataífor donde se sentaban las doncellas casaderas. Ahmad venía recién bañado, vestía una espléndida aljuba verde con damasquinados, y a todos les pareció más apuesto y atractivo de lo que había sido antes de su partida, seis años atrás, cuando aún era un mancebo con bozo sobre los labios. La misma Zahira, que estaba manteniendo una animada conversación con Ishaak, se quedó sumida en el más absoluto silencio cuando Ahmad se sentó a la diestra de Mussa y a tres palmos de distancia de ella. Con todo, el brillo de sus ojos y el rubor de sus mejillas, que enrojecieron como las semillas de una granada, resultaban más elocuentes para un entendido que cualquier palabra que hubiese salido por su boca.

Picada por la curiosidad, en lugar de retirarse a la parte donde chillaban los niños y cotilleaban las mujeres, Amina se quedó dando vueltas por la sección de los hombres. Tenía la excusa de que era la señora de la casa y que como tal debía vigilar que sus invitados varones estuviesen bien atendidos; y así descubrió que a su hijo Ahmad parecía asaltarle la misma turbación que a aquella esclava franca, pues era la primera vez en su vida que la veía. Apenas probó ninguno de los entremeses fríos que acababan de servir sobre la mesa: ni la escalibada de berenjenas y pimientos, ni las carnes y pescados en escabeche, a pesar de que solían ser sus platos favoritos. Tampoco respondía a las numerosas preguntas de su tío Suleiman o su amigo Ishaak sobre las visitas que había hecho a los lugares santos de Arabia y Palestina, ni sobre los largos estudios que había cursado en la universidad de El Cairo, contestando a todas ellas con monosílabos. La cosa siguió así hasta que Zahira tuvo la osadía de hablar y preguntarle si había tenido ocasión de ver en alguno de sus viajes a los Mekitas, aquellos hombres que supuestamente no tenían cabeza y llevaban la cara en el pecho, o a las criaturas de Catang, que iban saltando de una roca a la otra con la única pierna que les había dado la naturaleza.

Ahmad se rio de su inocencia y le aseguró que todas esas historias debían de ser bromas con las que los hombres de las estepas de Asia tomaban el pelo a los pocos viajeros francos que se aventuraban por ellas.

A quienes sí había visto con sus propios ojos era a los mongoles, añadió, aquellos guerreros feroces y sanguinarios liderados por Gengis Khan, que, según se rumoreaba, tenían la costumbre de hervir en agua caliente a sus enemigos. Mientras Ahmad se estaba acercando a Damasco con la caravana de mercaderes en la que viajaba, una partida de jinetes les cerró el paso, los rodeó y en un abrir y cerrar de ojos los sometieron. Eran rápidos y certeros como halcones abatiendo a sus presas; tenían rasgos faciales similares a los de los esclavos tártaros de Mallorca e iban cubiertos de pieles, como salvajes. Afortunadamente, su jefe se acababa de convertir al islam, así que cuando se enteró de que Ahmad era un peregrino que venía de La Meca, le dejó marchar sin quitarle ni robarle nada. Los mercaderes que le acompañaban no tuvieron tanta suerte, pues a ellos sí que les arrebataron todo cuanto llevaban.

—Pero lo que más me ha impresionado de todo este largo viaje, aparte de los lugares santos —prosiguió con su elocuencia desatada por los vivos ojos de su única interlocutora femenina—, han sido las pirámides de Egipto y el faro de Alejandría, esas dos maravillas del mundo.

Ante la ignorancia que expresó Zahira sobre ambos monumentos, Ahmad le explicó que habían sido incluidos por los antiguos griegos en su lista de las siete maravillas del mundo; y que las pirámides eran montañas de piedra lisa y blanca, que, según se aseguraba, habían sido construidas por el rey Salomón a imitación de la legendaria montaña de Kaf. Añadió que el faro de Alejandría era un alcázar erigido sobre una isla, en cuyo centro se alzaba una altísima torre de más de veinte pisos. El fuego que ardía en la cúspide de esa torre, noche y día, era visible a más de tres jornadas de distancia de la ciudad.

—Mucho me temo que la próxima generación de hombres no pueda llegar a ver estas dos maravillas tan bien como yo las he visto —concluyó—, pues el faro se encontraba en avanzado estado de ruina, y las pirámides, a pesar de la supuesta maldición que las protege, estaban siendo usadas por los cairotas como canteras.

—Ninguna de las obras de los hombres es imperecedera, Ahmad; con el paso del tiempo, todas ellas desaparecen como castillos de arena —terció Ishaak—. Tan sólo Dios es eterno, ¡alabado sea su nombre! ¿Qué se ha hecho, por ejemplo, de los espléndidos palacios que los Omeyas hicieron construir en Córdoba ya hace más de tres siglos, como aquel que llamaban de Medina Azahara? Ahora no son más que ruinas utilizadas de guarida por las alimañas.

—Las obras de los hombres pueden ser destruidas; las de los genios, no —respondió Ahmad—. El caso es que contemplando esas pirámides tan espléndidas y brillantes, me he quedado con las ganas de ver el monumento que las inspiró, la famosa montaña de Kaf. ¿Quién sabe?, tal vez en mi próxima peregrinación a La Meca dé un rodeo por el desierto y vaya en su búsqueda.

—¿Pero qué dices, insensato? —saltó Mussa—. ¡Eso no lo digas ni en broma! Tu lugar está aquí, entre los nuestros, y mientras yo sea tu padre y no te hayas asentado con una mujer y varios hijos, no te dejaré emprender ningún otro viaje, aunque sea con finalidad religiosa.

—La montaña de Kaf —argumentó Suleiman— se encuentra cerca de las fuentes del Nilo y, según

dicen, quien la consigue ver asegura con ello su salvación eterna.

—No quieras perder tu vida en busca de una quimera, Ahmad —terció Ishaak—. Acuérdate de tu tío Ibrahim: los últimos años de su existencia los dedicó a la alquimia y desperdició la mayor parte de su tiempo y de su fortuna buscando la maldita piedra filosofal. Más le hubiera valido esforzarse en ser un buen creyente y gastarse el dinero en dar limosnas a los necesitados.

El festejo y los diálogos se alargaron hasta las primeras luces del alba. Y durante todo ese tiempo Amina no dejó de observar alarmada a Zahira; pues a ella ni la supuesta mirada inocente de corderito, ni la voz tan exageradamente aguda e infantil que sabía poner ante Ahmad la engañaban. Estaba intentando seducir a su hijo. Y el carcamal de Mussa ni siquiera parecía darse por enterado del continuo cruce de miradas que a lo largo de toda la noche estuvieron manteniendo los dos jóvenes. Bueno, ya se encargaría ella de hacerle abrir los ojos.

Definitivamente, pensó Amina, con Ahmad no ganaba para sustos. Así ocurría desde que su hijo tenía la tierna edad de dos años, cuando trepó hasta lo alto de una higuera y se cayó de ella rompiéndose el brazo diestro. A partir de aquel día, no le había dado tregua ni descanso.

Mayor susto tuvo Amina durante los festejos que se celebraron en Mallorca varias semanas más tarde, con ocasión de la fiesta del cordero, que señalaba el final del Ramadán. Los dos jóvenes apenas habían tenido oportunidad de volver a verse en todo ese tiempo, pues Zahira había permanecido encerrada en la algorfa con las otras mujeres o en el mirador de la torre con Mussa.

Tras la oración colectiva que los vecinos de Mallorca rezaron en la almuzalla, el enorme oratorio que se extendía ante los muros de la medina, llegó el turno de matar el cordero. La mayoría de ellos lo hicieron al aire libre; los miembros de la alcurnia de los Al-Fortun, en cambio, celebraron la comida del cordero en el pabellón que Mussa había hecho instalar el día anterior, cercano al de los Abu Yahya. Era un día triste y apagado. El cielo estaba cubierto por un espeso manto de nubes, que pocos y contados rayos de sol conseguían atravesar. Tal vez por ese motivo, Ahmad permaneció durante toda la comida cabizbajo y meditabundo, sin despegar los labios ni probar nada del delicioso cordero que Amina había hecho asar con hierbas aromáticas. Ni siquiera las continuas bromas y atenciones de su hermana Aisha parecían alegrarle. Tan sólo pareció animarse en el momento de prepararse para el alarde y los juegos que se celebrarían a continuación. Por primera vez en su vida, Ahmad se enrolló alrededor de la capucha de su loriga el turbante que como buen creyente se había merecido en su peregrinación a La Meca. Con él puesto, y con gran orgullo, abrazó la adarva y empuñó el pendón que su padre le dio, pues los dos llevaban pintados encima la Rueda de la Fortuna, el emblema de su alcurnia. Así vestido, Ahmad se colocó de hinojos ante Mussa para que le diera la bendición, y se montó de un salto en su veloz alazán. Mientras se dirigía trotando hacia el vecino recinto de la Almuzara, Zahira le despidió con la mano y Ahmad le devolvió una turbadora mirada, antes de volverse y darle la espalda.

La Almuzara era el antiguo hipódromo de Majorica, contiguo a la explanada de la Almuzalla, y construido por los romanos mil años atrás. Desde entonces había sido aprovechado sin interrupción por vándalos, visigodos, bizantinos y árabes para celebrar en ella toda suerte de desfiles militares y

de juegos. En el centro del recinto aún eran visibles la antigua espina del hipódromo, los tres obeliscos y la estatua colosal de Constantino que se alzaban en ella, esta última decapitada pocos años atrás por el fanatismo de los almohades. La gente del común se sentaba entre las gradas desgastadas y los sillares desmoronados y comidos por los hierbajos. Mussa y los suyos, en cambio, lo hacían con las autoridades y las familias principales de Mallorca, en las galerías de madera que los Ibn Ganiya, los gobernadores almorávides, habían hecho construir el siglo anterior sobre la antigua tribuna del hipódromo.

Los festejos empezaron con la muestra y el alarde de los distintos ejércitos que defendían la isla, agrupados por sus alcurnias y su origen. Zahira se fijó en que muchos de los soldados bereberes, nubios y tártaros que desfilaban no llevaban protección de ningún tipo, aparte de los escudos en forma de corazón a los que llamaban adarvas. Observó además que todos ellos cubrían sus cabezas con barretinas de color rojo o morado, idénticas a las que solían llevar los pescadores de su tierra. En último lugar apareció el emir, bajo palio y resguardado de la muchedumbre por los soldados esclavos de su guardia privada. Todos ellos eran de aspecto imponente, pues, a diferencia de los que habían desfilado anteriormente, iban recubiertos de la cabeza a los pies con yelmos y lorigas de acero. Al retumbar de los tambores y al sonido de las chirimías, se unió el estruendo de los petardos que Abu Yahya había comprado a unos mercaderes chinos y que espantaron a Zahira sobremanera, pues era la primera vez en su vida que los oía. Cuando el estruendo cesó, la multitud que llenaba las gradas estalló en gritos de júbilo y descendiendo por ellas se agolparon alrededor de Abu Yahya y le dedicaron bendiciones y alabanzas extendiéndole las manos, que algunos de los servidores se encargaban de llenar con dírham. El autoproclamado emir, mientras tanto, saludaba a la muchedumbre desde la sombra de su palio, y protegido de ella por las inmensas alabardas de acero que la guardia esclava blandía a su alrededor. Por fin, Abu Yahya subió a las mismas galerías donde se encontraba la familia de Mussa y dio comienzo a los juegos, haciendo que los clarines resonaran por todo el hipódromo.

Cincuenta caballeros de Mallorca, entre los que se encontraba el propio Ahmad, recorrieron al trote la pista del recinto vestidos con sus mejores galas. Al pasar por delante de las galerías saludaron a todos los notables que había en ellas, y muy en particular a los del último piso, cubierto con celosías y reservado para las mujeres. Y en verdad que era un espectáculo digno de ver, pues la brisa marina removía los estandartes y pendones que unos y otros llevaban con sus lemas heráldicos bordados en oro y plata, y las enseñas familiares, como el león, el sable, la gacela o el sello de Salomón. Cuando le tocó el turno a Ahmad, hizo avanzar a su montura a saltos, y se incorporó sobre sus estribos dedicando varios besos a la galería. Los besos fueron recibidos por las chicas casaderas con estridentes albórbolas; pero para Amina no pasó desapercibido que la auténtica destinataria de todos ellos los recibió en silencio, mientras sus mejillas enrojecían.

Acabada la vuelta al recinto, los jinetes dejaron clavados sus estandartes y pendones en el suelo, recogieron varias cañas de tres palmos de longitud y se dividieron en dos partidas diferentes. Una de ellas perseguía a la otra, galopando a la velocidad del rayo y arrojando a sus contrincantes las cañas, mientras los perseguidos hacían ver que huían de ellos protegidos por sus adarvas, que colocaban sobre sus espaldas. Instantes después, los perseguidos se convertían en perseguidores y daban otra vuelta al recinto en el sentido contrario.

Amina sufría con tales juegos como sólo una madre podría hacerlo, profiriendo alaridos o mesándose los cabellos en cada ocasión que Ahmad desaparecía de su vista, tragado por una nube de polvo, o parecía que iba a ser abatido por alguno de sus perseguidores. Y lo hacía con motivo, pues en tales juegos solía suceder que los caballos se derrumbaran y que los participantes quedaran con la espalda rota y lisiados de por vida. Y encima, el inconsciente de su hijo era uno de los jinetes que participaba con mayor entusiasmo y se arriesgaba más, despertando aclamaciones y ovaciones entre las multitudes que para ella no resultaban consoladoras en absoluto. Pero Amina y su hija Aisha no eran las únicas que sufrían por la suerte de Ahmad: Zahira padecía tanto o más que ellas dos, y a pesar de sus intentos por contenerse no podía evitar sobresaltarse ni soltar suspiros de preocupación.

Tras una veintena de carreras por todo el recinto, cuando poco más de la mitad de sus participantes seguía manteniéndose aún sobre sus sillas, las persecuciones terminaron y dieron paso a las justas, que se celebraban con otras cañas de diez palmos de longitud usadas a modo de lanzas. Y entonces al temerario de su hijo no se le ocurrió nada mejor que participar en ellas, sin tomarse siquiera un descanso. Ya antes de partir hacia La Meca, Ahmad tenía la fama de ser el mejor caballero de justas de toda la medina de Mallorca. Pero en aquella ocasión no pudo demostrarlo, pues tras haber abatido a dos de sus contrincantes, cuando le tocaba embestir al tercero, uno de los Qasim, su montura tropezó y le hizo saltar por los aires.

Ahmad fue llevado de inmediato a la casa de Mussa, donde le atendió David Halevi, el médico judío de la familia. David les aseguró a todos que su vida no corría peligro alguno: tenía su pierna izquierda fracturada por tres puntos distintos, pero si guardaba reposo absoluto durante más de ocho semanas probablemente volvería a andar y a moverse igual de bien que antes.

Fue entonces cuando a Amina se le ocurrió que ya iba llegando la hora de poner en práctica todos los planes que llevaba rumiando durante más de seis años. Porque si de alguna cosa estaba de verdad segura era de que Mussa sería completamente incapaz de matar a su bienamado hijo, a quien hasta entonces le había consentido todos los caprichos. En el caso de que llegara a yacer con Zahira y Mussa llegara a verlo, ya se pondría ella a sus pies para calmar su arrebatado de furia en lo concerniente a Ahmad, y para estimularlo en lo que se refería a esa perra franca.

Decidió que lo más fácil para cumplir su plan sería allanarles el camino a los dos. Alejó a Zahira de los livianos quehaceres domésticos con los que solía tenerla ocupada, y le encargó que cuidara de Ahmad ella sola. Amina se figuraba que con el frecuente trato y la mucha compañía, en cualquiera de los momentos que ella le trajera la comida o le ayudara a mudarse de ropa, los dos jóvenes caerían uno en brazos del otro por pura inercia.

Se equivocaba. El desalentado de su hijo, que en tantas otras cosas mostraba arrojo y valentía, en ésta tan fácil parecía que tuviera pánico. Y Zahira, aunque hasta entonces parecía suspirar de deseo por él, a la hora de la verdad, se mostraba incapaz de tomar ninguna iniciativa. Cuando entraba en la habitación de Ahmad, apenas decía ninguna otra cosa que un saludo o un apresurado intercambio de opiniones sobre su mejoría. Así que Amina tuvo que hacer algunos apaños para forzar la situación. Persuadió a Ula, su esclava nubia, para que actuara de mediadora y les hiciera ver a los dos el gran amor que sentían el uno por el otro.

Por fin, en cierta ocasión en la que Mussa había salido de la ciudad para supervisar una hacienda suya, Zahira cayó en la trampa. Y tanto tiempo se entretuvo con su hijo, que permaneció con él hasta

la llamada del Magrib, o del ocaso. Y Amina, naturalmente, pudo enterarse de todo, porque estaba agazapada debajo de la ventana.

Ahmad, que se había recuperado bastante bien de sus lesiones, estaba sentado en la cama, con el tronco apoyado sobre un almohadón y templando un extraño instrumento musical que Zahira no había visto hasta entonces. Tenía cinco cuerdas y un tamaño idéntico al de una cítara, pero su mango era alargado y la forma de la caja era similar a la del número ocho en escritura arábica. Ahmad, parecía tan absorto y concentrado en el instrumento que ni siquiera pareció reparar en Zahira cuando ésta descorrió la cortina de la puerta y entró en su alcoba. La esclava reconoció enseguida los versos con los que Ahmad estaba acompañando la melodía: eran del gran poeta Al-Mutanabbi.

*Somos hijos de los muertos. ¿Por qué, entonces,
rechazamos la copa en que hay que beber?...
Goza, ahora que vives, de la vigilia y del sueño,
y no esperes a vivir bajo la losa.*

De pronto, descubrió la presencia de la esclava en la estancia y con cierto sobresalto interrumpió su canción, dejando el instrumento sobre la alfombra del suelo. Zahira depositó en una mesita la bandeja que traía con infusiones medicinales, e incitada por la curiosidad se acercó al objeto.

—¡Cógelo si quieres! —le conminó Ahmad—. Es lo máspreciado que ha caído en mis manos durante el viaje. En Sevilla lo llaman «guitarra» y, según me aseguraron, hace trescientos años era el instrumento preferido del músico Zirab, cuando estaba en Córdoba, en la corte del califa Abderramán.

Zahira se sentó sobre el lecho, al lado de Ahmad, lo cogió y lo sopesó entre sus tiernas manos. Tras jugar con las cuerdas, inició una canción de melodía parecida a la anterior y basada en otro poema de Al-Mutanabbi:

*De cuánta mujer hermosa, de dientes brillantes y labios de miel,
aparté mi boca, y tuvo que besarme en la frente.
Cuántos cuellos de gacela, bellos como el tuyo,
se alargaron hacia mí.
Y yo ni siquiera miraba si tenían collares o estaban desnudos.*

El tema del poema no podía ser más adecuado. Ahmad no paraba de admirar la hermosura de Zahira, la voluptuosidad que exhalaba su cuerpo entero y que se transmitía a su saya de seda y a su bata de gasa transparente. Se moría de ganas por estrujar entre sus dedos los pechos duros y elásticos que se agazapaban debajo del escote, de besar con avidez aquella boca tan dulce y acariciar con su

lengua esos dientes tan brillantes como los del poema, que se le ofrecían a tan poca distancia de los suyos. Y mientras se la comía con la mirada, no dejaba de preguntarse si lo que le había asegurado Ula en repetidas ocasiones era cierto: que esa esclava se pasaba también las noches enteras en vela, suspirando de amor por él. Y en un arrebató de pasión, agarró aquella tierna mano y se la llevó a los labios, cubriéndola de besos.

Zahira se sobresaltó tanto que se le escapó una cuerda.

—Déjalo estar, Ahmad —le recriminó mientras se levantaba y retiraba su mano.

Pero él por toda respuesta se arrojó a sus pies y abrazó sus piernas. Zahira aspiró la fragancia varonil que desprendía aquel cuerpo menudo y robusto que se estaba inclinando ante ella, repleto de energía contenida como el de un potro. Tenía miedo de sí misma. Sin duda alguna, Ahmad le resultaba mucho más atractivo que el viejo Mussa, el único hombre que en los últimos seis años había llegado a tocarla. Aun así debía rechazarlo, tenía que hacerlo. Recordó su aventura con Jan y se le ocurrió que en esa ocasión se arriesgaba a peligros aún mucho peores a los de entonces. Su plácida vida, en la que disponía de toda la comodidad y lujos imaginables, podía verse trastocada para siempre si su celoso propietario llegaba a sospechar de algo. Así que cogió su pelo rizado entre los dedos para apartarle la cabeza, pero al hacerlo, los temores y las resistencias que la atormentaban se evaporaron en el aire como una cortina de humo, y aceptó el beso que de pronto él le dio.

Aquel primer beso fue interrumpido por el propio Ahmad, que se apartó de ella alarmado.

—¡No, no puedo hacerlo! —se dijo, como si estuviera pensando en voz alta—. Estaría feo que robara a mi padre su bien máspreciado.

—¿Yo soy propiedad de tu padre? —clamó Zahira con indignación, sabiendo que la respuesta solamente podía ser afirmativa.

—Mi padre es celoso, si llegara a enterarse de que hay una relación entre nosotros dos, tu vida correría peligro. No. Tendría que raptarte, robarte de veras; y lo único que podría contrarrestar tan mala acción sería que yo la compensara con otra buena, que salvara tu alma y consiguiera lo que mi padre aún no ha hecho: que tú te convirtieras al islam.

—¿Lo dices en serio?

—Te someterías a nuestra religión y yo te desposaría y daría la libertad. Sólo así tendría la conciencia tranquila. Sólo así podría dejarme llevar por mis sentimientos con la más absoluta certeza de que estoy actuando como es debido.

—Ahmad, si tú me raptaras y huyéramos juntos, ¿adónde iríamos y de qué viviríamos?

—Bah, amigos y contactos en la corte no me faltan. Con su ayuda, el mismo Abu Yahya me nombraría alcaide de cualquier alquería remota y apartada, como la que acaban de saquear los corsarios francos en la isla de Formentera. En cuanto a mi padre, estoy convencido de que con el paso del tiempo llegaría a perdonarme, y ni siquiera me desheredaría. No olvides que soy su único hijo varón —de pronto, Ahmad enmudeció, la observó con detenimiento y volvió a insistirle en un arrebató de entusiasmo—. ¡Conviértete al islam, Zahira, y yo te prometo que me casaré contigo y te

haré la más feliz de las mujeres!

—Ahmad, antes me llamaba Blanca y era una hija de caballero que vivía en Reus; vosotros los musulmanes me habéis arrancado de mi tierra y me habéis transformado en esclava. ¿Cómo quieres que me convierta a vuestra religión?

—También a nosotros nos saquean los corsarios cristianos. A dos de mis más queridas primas, Sara y Latifa, las hicieron cautivas los francos; me imagino que ahora mismo estarán también sirviendo como esclavas en alguna casa principal de Marsella, Pisa o Barcelona, suponiendo que aún sigan con vida. ¿O no te has dado cuenta de que todas las alquerías de Mallorca cuentan con una torre de defensa y todas las aldeas y villas con una alcazaba?

—No sé, Ahmad, desde que he llegado a esta isla hace más de seis años aún no he salido de esta ciudad ni de sus inmediaciones.

—Por ese motivo, deberías aceptar aún más la proposición que te estoy haciendo. Escucha, Zahira, en nuestro Libro Santo está escrito que tratemos con respeto y consideración a los cristianos, y también que luchemos contra nuestros enemigos tan sólo en defensa propia. ¿Cuándo ha dicho algo parecido vuestro alfaquí mayor de Roma, ese al que llamáis papa?

—Jesús nuestro salvador nos dice en los Evangelios algo mucho mejor: que no luchemos contra nadie, y que mostremos la otra mejilla cuando nos pegan.

—Ya, y por eso todos vuestros cruzados han hecho las matanzas que han hecho a lo largo y a lo ancho del Mediterráneo, desde Palestina hasta al-Ándalus.

—¿Y no será tal vez que tu Dios y el mío sean en realidad el mismo y que cada religión tenga razón a su manera? Yo sospecho que muchos de los que defienden la cruzada o la yihad malinterpretan las Escrituras cegados por su odio o por su afán de conseguir más poder y dinero.

—Yo a esto sólo te diré que el Libro reconoce que el Dios del último profeta Mahoma es el mismo que se mostró a Jesús y a Moisés. Cristianos, judíos y musulmanes adoramos por tanto al mismo Dios.

—Si eso fuera cierto, deberías admitir que mi fe es tan válida como la tuya

—No del todo. Verás: el Dios que se apareció a Jesús es el mismo que transmitió su mensaje a Mahoma a través de Gabriel; pero el hombre, instigado por el demonio, manipuló y corrompió parte del mensaje que se os dio a los cristianos y parte del que se dio a los judíos. De los tres caminos que hay para llegar a Dios, sólo uno de ellos es puro y verdadero, y ése es el de los musulmanes.

Zahira, mientras tanto, lo miraba embelesada: la expresión casi infantil de sus grandes ojos negros, el arrobo que embargaba sus facciones hablando de aquellos temas que él consideraba tan importantes no podían dejar de traerle a la memoria a Jan, con quien además tenía cierto parecido físico. Era el único rostro bello y agradable que veía desde que la habían encerrado en aquella casa, la única persona cuya presencia le trastocaba el corazón y las entrañas.

—¿Sabes que tu nombre existe también en mi lengua romance? Significa Amat, «amado» —dijo al fin con voz temblorosa—. Ahmad, si prometes quedarte a mi lado y no abandonarme nunca, yo a cambio acepto casarme contigo y hacer todo lo posible por entender y aceptar los preceptos de tu

religión.

Ahmad se acercó a la esclava, le estrechó la cintura con sus brazos y abandonó su cabeza en su regazo. Y entonces rompió en un silencioso llanto de alegría que muy pronto fue acompañado por el de ella.

Zahira se levantó del lecho sobresaltada. Todavía no había sonado el canto de los almuédanos para el *subh*, o la oración del alba. Retiró las finas sábanas de algodón que recubrían su cuerpo desnudo y tras salir de la cama se acercó al ajimez que daba al jardín. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad de la noche, se dio cuenta de que había sido una falsa alarma, que ningún ser humano parecía caminar entre toda aquella extensión de moreras, naranjos y sicomoros que los rodeaba, ni se oía ruido alguno de pasos que turbara el canto de los grillos. Tan sólo la luz de la luna se movía de un lugar a otro, titilando entre la hojarasca y las aguas de la cercana acequia. Aun así, Zahira no podía evitar sentirse inquieta por aquella certeza, aquella imprevista revelación que la había asaltado instantes atrás, en un intervalo de vigilia. Se acercó a Ahmad y le despertó sacudiéndole los hombros, pero el sueño en el que estaba sumido era tan profundo que, al principio, apenas pareció oír ni entender la voz de Zahira cuando ésta le dijo con el mayor de los convencimientos:

—Ahmad, ¿qué pasaría si tu madre nos traicionara?

—¿Cómo quieres que lo haga? —respondió con cierto fastidio, volviendo a enrollarse entre las sábanas—. ¿Crees que le gustaría que mi padre me matara, a mí, su único hijo varón?

Zahira negó con la cabeza. Aun así, no se acababa de fiar de Amina. A pesar de toda la empalagosa amabilidad y simpatía con que la trataba, le había parecido desde el principio que esta actitud era una máscara con la que escondía su verdadero rostro.

—Recuerda el plan —le dijo para tranquilizarla, poco antes de darse la vuelta—. Ula no nos puede traicionar. Es mi nodriza, la conozco desde mi nacimiento. ¿O acaso sospechas también de ella?

Y dichas estas palabras, cerró los ojos y volvió a quedarse dormido.

Zahira recordó el plan al que había aludido Ahmad, y que precisamente había ideado la misma esclava que acababa de mencionar. En caso de ser descubiertos, ella tenía que salir corriendo por el postigo trasero del jardín, donde le estaría esperando Ula que la llevaría hasta el puerto. Allí se volvería a encontrar con Ahmad, que habría huido de la casa por la puerta delantera, la que daba al almacén abandonado, y juntos cogerían una embarcación hacia cualquier localidad del cercano reino de Valencia. Contempló con ternura a Ahmad, que se había vuelto a quedar dormido y estaba roncando plácidamente, exhausto por las largas y numerosas batallas amorosas que había mantenido con ella durante casi toda la noche, y desestimó y dejó de lado todos sus temores.

Aquel pabellón de recreo en el que se encontraban estaba perdido en la parte más espesa y umbría del jardín; y había sido el lugar de encuentro entre los dos durante las tres últimas noches, desde que Mussa había vuelto a abandonar la medina de Mallorca para supervisar sus haciendas desperdigadas por las sierras del norte. Que su propietario regresara a casa de noche, cuando las puertas de la

muralla estaban cerradas, era ya bastante difícil; pero que además se dirigiera directamente hacia aquel pabellón que no se usaba más que en verano, sin que Amina ni Ula los avisasen de ello, resultaba inverosímil e incluso disparatado. Su imaginación le jugaba malas pasadas.

En lugar de regresar al lecho, cogió uno de los candiles que aún chisporroteaban en el suelo y se dirigió tambaleándose hacia la comuna del pabellón. Los brillantes alicatados que recubrían las paredes y el techo de la comuna le devolvieron su reflejo. Empezaba a notar los primeros síntomas de la resaca: la cabeza le daba tantas vueltas que cuando se sentó sobre el frío banco de mármol a punto estuvo de derrumbarse y caerse. Roció la esponja con el agua de rosas de la jofaina y limpió concienzudamente con ella la espuma blanquecina que empapaba sus muslos usando tan sólo la mano izquierda, tal y como le habían enseñado.

Recordó con estremecimiento la boca maloliente de Mussa, sus dientes comidos por el sarro y su lengua grisácea juntándose con la suya; sintió náuseas al recordar las manos ásperas de él recorriendo su cuerpo mientras la poseía. Sólo el mucho vino al que se había aficionado desde su primera noche en aquella casa le permitía soportar la presencia en sus entrañas de aquel hombre, que a pesar de todo el asco que le daba, ejercía sobre ella cierto magnetismo. Sí, en aquellos años había experimentado fascinación y temor por su amo; pero nunca había llegado a sentir deseo. Y ahora le había traicionado durante tres noches y en más de veinte ocasiones con su bienamado hijo, de quien no podía hartarse ni agotarse, y con quien seguía emborrachándose de vino para disipar sus temores cada vez mayores. Desde las profundidades de su memoria, regresó a ella el recuerdo de su vida anterior como Blanca y de pronto le saltaron las lágrimas; y pese al mucho amor que sentía por Ahmad, y del que éste aseguraba sentir por ella, se sintió tremendamente sola.

Cuando por fin se hubo tranquilizado, aclaró la esponja en el agua de la jofaina y regresó a la cama, donde estrechó a su amante entre sus brazos. Poco antes de volverse a quedar dormida, le pareció percibir de soslayo que alguien de mirada torva y andar sigiloso como el de los espectros rondaba el pabellón, y que la luz de la luna daba de lleno en el filo de un alfanje. Intentó ignorar sus temores, y hundió su cabeza en la almohada.

Amina temía haber ido demasiado lejos. Temía por la vida de su ingenuo e imprudente hijo, que aquella misma noche estaba durmiendo confiadamente en el pabellón del jardín con aquella perra franca. Mientras recorría las cuencas del rosario y daba vueltas por el zaguán de la casa, recordó con el mayor de los remordimientos las instrucciones que le había dado a Ula y la conversación que había tenido con su marido cuatro días atrás, antes de que marchara.

—Cuidas muy bien tus posesiones del valle de Sóller —le había dicho.

—No hago sino cumplir con mi deber —había contestado él, cerrándose el broche que sujetaba su manto púrpura.

—Eso lo dudo mucho —añadió ella, acercándose a él y bajando la voz para que no la oyeran los sirvientes que estaban ensillando los palafrenes y cargando las acémilas con alforjas—. Quiero decir con ello que cumplirías mejor con tu deber si vigilaras las posesiones de esta casa con la mitad del

celo que pones en tus tierras.

—¿Qué quieres decir? —le contestó, endureciendo su mirada de aquella manera que a ella le hacía temblar de la cabeza a los pies.

Amina tragó saliva antes de responder: si lo hacía, ya no habría vuelta atrás y la vida de su hijo correría peligro.

—Habla, mujer, ¿qué quieres decir? —volvió a preguntar con el rostro enrojecido por la ira.

—Regresa dos días antes de lo previsto, y hazlo en plena noche. Entonces, dirígete directamente al pabellón del jardín.

—Y si hago así, ¿qué es lo que veré?

—Antes de decírtelo, me concederás un favor que te voy a pedir.

—Te lo prometo. Ahora, di.

—En el pabellón encontrarás a tu muy querida y bienamada Zahira en brazos de nuestro hijo Ahmad.

—¡Mientes, mujer!

Mussa palideció y quedó sin habla, como golpeado por un rayo. En el fondo sabía que era cierto, sospechaba aquella verdad tan terrible desde hacía largo tiempo, pues había presenciado algunos cruces de miradas entre los dos.

—Ahora viene cuando tienes que cumplir tu promesa —dijo ella, alzando la voz y perdiendo el temor de que los sirvientes la oyeran—. Si descubres que lo que he dicho es cierto, castígala a ella como te plazca; pero no toques a nuestro hijo ni le desheredes. La culpa de todo es de esa perra franca: ha sido ella quien ha tomado la iniciativa. —Como su marido seguía callado y con la mirada perdida, no tuvo más remedio que insistir—: ¡Me lo has prometido!

Y ahora, cuando ya habían pasado tres días enteros con sus noches, el portal de la casa se abrió y apareció su marido, que llevaba horas en una alhóndiga esperando el momento oportuno, aquel intervalo de tiempo inmediatamente anterior al alba, cuando la oscuridad de la noche es mayor y los amantes duermen el más profundo de los sueños. Mussa pasó de lado, sin reparar en ella ni saludarla, rápido como una exhalación. Su rostro estaba pálido y su puño crispado sostenía un alfanje.

La luna había quedado oculta tras las nubes; pese a ello, Amina fue capaz de seguirlo a través del patio y de las sombras del jardín, pues conocía perfectamente el lugar al que se dirigía. Las cortinas de seda del pabellón ondeaban gentilmente con la brisa, iluminadas desde dentro, como las velas de un barco perdido en la noche. Desde una distancia de medio tiro de piedra, se podía distinguir el suave ronquido entremezclado de los dos amantes. Durante un largo instante, su marido pareció titubear; cuando por fin se decidió a entrar, ella siguió sus pasos.

La estancia estaba repleta de fanales y de candiles, en su mayoría apagados, que se mezclaban con abundantes copas, vasos y jarras tumbados por el suelo, y con los almohadones enredados entre las sábanas. Sobre la cama yacían Zahira y Ahmad, desnudos de cintura para arriba y tiernamente abrazados. Hacían los dos tan buena pareja y formaban una imagen tan bella que habrían merecido

más de un millar de poemas.

Mussa se acercó aún más a la pareja, sin acabar de creerse lo que estaba viendo con sus propios ojos, y al hacerlo derribó uno de los numerosos jarros de vino. Los amantes se incorporaron sobresaltados. Había llegado el momento que tanto había temido Amina, que agarró a su marido las manos por las muñecas mientras les pedía a su hijo y a Zahira que huyeran.

Pero el muy tozudo de Ahmad, en lugar de huir, permanecía allí plantado, protegiendo a Zahira con su cuerpo musculoso. Mussa se deshizo de su mujer de un fuerte empujón, y cuando se dirigía hacia la pareja de amantes alzando la espada, gritó Ahmad:

—¡Padre, si tienes que matar a alguien, mátame a mí!

Su hijo más querido, el orgullo de toda su alcurnia, protegiendo a la mujer a la que él mismo había deseado y querido con más pasión: era demasiado para las fuerzas de Mussa. Se suponía que tenía que matarlos a los dos: su honra y su orgullo heridos así se lo dictaban; pero se sentía incapaz de hacerlo, simplemente le faltaban las fuerzas.

La situación se alargó durante momentos que se hicieron interminables. En dos ocasiones más, Amina se acercó a su marido y él se la quitó de encima de un empujón, una decena de veces alzó su mandoble y se acercó a su hijo como si lo fuera a descargar sobre su cabeza y en todas ellas lo retiró y volvió a bajarlo. Por fin, se sentó sobre la tarima del lecho y se limitó a decir:

—Estoy mareado, apenas puedo sostenerme de pie.

Amina cogió a los dos jóvenes por el brazo y los sacó del pabellón.

—¡Huid y seguid el plan previsto! —les pidió—. Yo intentaré calmarlo.

Ahmad y Zahira se abrazaron con la mayor de las ternuras y se despidieron. La esclava recogió su sayo y su manto, que colgaban del respaldo de una taracea, y se echó a correr por el jardín, sin detenerse hasta llegar al postigo donde la estaba esperando Ula. Atravesó la puerta, y justo entonces recibió en el estómago un puñetazo tan fuerte que le cortó la respiración y la tumbó en el suelo.

Cuando recuperó el aliento, descubrió que le estaban atando las muñecas a los tobillos con una fuerte sogá. El paño que le habían metido por la boca le llegaba hasta la garganta y le provocaba violentas arcadas cada vez que intentaba hablar. Dos hombres a quienes no conocía la cogieron en volandas y la llevaron de nuevo a través del jardín hasta el pabellón iluminado. Al llegar allí, la dejaron caer a los pies del propio Mussa, que estaba recostado en el lecho, con los ojos abiertos de par en par y sufriendo una convulsión.

—Mira, esposo mío, aquí tienes a la culpable de tu desgracia. ¿A qué esperas? ¡Mátala de una vez!
—le decía Amina, sacudiéndole los hombros.

Mussa pareció darse cuenta de que Zahira estaba desnuda y atada a sus pies e intentó hablar; pero lo único que consiguió fue que un reguero de saliva se le escapara por la boca.

—¡Llévatelo a sus aposentos y llama a Halevi, el médico! —rugió Amina a Ula, que acababa de

asomarse por la puerta.

En breves instantes, Zahira se quedó sola con ella. El rostro de la *kadina* apenas dejaba translucir emoción que no fuera la frialdad o el desprecio, como si la esclava fuera un perro que hubiese mordido a su amo y que debiese ser sacrificado. Toda la pasión y todos los goces que había estado experimentando con Ahmad en aquel mismo lugar hasta pocos momentos atrás se le antojaban a Zahira remotos y lejanos como un sueño. Ahora se acababa de despertar y sus peores temores se habían cumplido: aquella mujer los había traicionado.

—¡Y pensar que tantos trabajos y sinsabores han sido provocados por este montón tembloroso de carne! —afirmó Amina con una calma temible, pasando su babucha entre los muslos y los senos de Zahira, y restregándola y limpiándola en ellos. Cuando se cansó de humillarla de aquel modo, ordenó a alguien que estaba aguardando en la oscuridad del exterior—: ¡Metedla en el saco y llevadla adonde ya sabéis!

Y Zahira recordó entonces que la pena más común con la que se castigaba a las esclavas infieles consistía en encerrarlas con un alacrán venenoso dentro del mismo saco, y en arrojarlas al mar. Supo que iba a morir de aquella manera tan miserable e intentó huir; pero lo único que consiguió fue que las cuerdas que le sujetaban las extremidades le mordieran la piel hasta abrísela, y que alguien le propinara patadas por todo el cuerpo. A medida que la envolvían y la cubrían con la áspera tela de un saco, se acordó de Ahmad, que en aquellos momentos estaría en el puerto de Mallorca, buscándola, y su turbación y desconcierto se hicieron aún mayores.

El más ardiente sol del verano caía a plomo sobre las tostadas espaldas de los braceros y sobre los resecos campos de algodón y de azúcar, mientras Amina finalizaba su largo viaje en carruaje por las estribaciones del recóndito valle de Sullyia. Jayal, el eunuco administrador, la estaba esperando con otros sirvientes a la entrada de la alquería llamada Jarafa, el destino de aquel viaje. Con una ceremoniosidad que a Amina se le antojó excesiva, el eunuco le abrió la puerta del carromato y la ayudó a apearse de él. A pesar de los cortinajes de cuero que protegían el vehículo, Amina tenía hasta el último pliegue de su vestido impregnado del polvo del camino: de modo que, ignorando las atenciones de Jayal, entró precipitadamente en la casa principal y se dirigió hacia su alcoba para limpiárselo. Luego, ayudada por su fiel esclava Ula, se mudó de ropa y se presentó ante el administrador en condiciones. Jayal la estaba esperando en la sala principal, con un zurrón repleto de pliegos de papel y rollos de pergamino; pero Amina, con un simple ademán, desestimó todos aquellos documentos y la espléndida comida que humeaba sobre una mesa, pasándole a preguntar directamente por Zahira.

El eunuco le respondió que habían seguido al pie de la letra las detalladas instrucciones que había especificado en su última carta, enviada cinco meses atrás.

—¿Sería posible comprobarlo con discreción —preguntó titubeante—, sin que ella llegara a enterarse siquiera de que estoy aquí?

Por toda respuesta, Jayal la condujo al mirador de la algarfa, situado en la planta superior y protegido del deslumbrante sol por unas celosías. A continuación, le pidió que se asomara a ellas y lo comprobara por sí misma.

Amina esbozó una sonrisa de triunfo. Efectivamente, la esclava objeto de tantas atenciones se encontraba a unos pocos pasos de distancia, arrastrando penosamente una carreta de estiércol por el huerto vecino. Y a pesar de lo mucho que había cambiado en aquellos pocos meses, sin lugar a dudas era ella. Tal y como había recomendado Amina, no le permitían llevar sombrero y vestía un único camisón de esparto que la dejaba prácticamente desnuda de cintura arriba. La señora contempló con gozo las sucias greñas de pelo corto y albino; recreó su vista en los brazos, los hombros y el rostro de aquella desdichada, enrojecidos y pelados por el sol; y disfrutó sobremanera siguiendo sus movimientos fatigados y sus andares lentos, arrastrando los pies por el suelo, que le demostraban que su víctima se encontraba al límite de sus fuerzas físicas y mentales. Mientras tanto, Jayal le iba explicando con un tono empalagoso y servil que, tal y como había instruido ella, la obligaban a hacer el tipo de tareas más desagradables que se pudieran imaginar para una doncella; que le hacían

limpiar los establos y las comunas y recoger todo el estiércol y los excrementos de ellas; que tenía además que lavar todas las ropas y vajillas de la alquería y que encima la castigaban y la humillaban con frecuencia por nimiedades; pero que miraban en todo momento que ni su salud ni su vida llegaran a correr peligro. La comida no le faltaba, ni tampoco la atención del médico de Fornalutx, a quien habían hecho venir las dos veces que había cogido fiebres.

—Colocadla en ese cepo —ordenó, señalando uno que había sobre una picota, en el centro de la era—, quiero verla más de cerca.

Jayal pasó las instrucciones a uno de sus sirvientes, y al poco rato, Amina pudo ver al capataz arrastrando a Zahira por el empedrado de la era. La esclava se revolcaba por el suelo y aullaba en el mayor de los paroxismos, como si hubiera enloquecido. El capataz mientras tanto la agarraba fuertemente por uno de los brazos y la hacía avanzar a empujones.

—Tal y como ordenasteis, la hago azotar entre una y dos veces por semana, señora.

—Pues no parece que se haya acostumbrado —replicó Amina con sequedad.

El capataz le arrancó el camisón mugriento a Zahira y le cerró el cepo que coronaba la picota alrededor de las muñecas y el cuello. La esclava se quedó allí, completamente desnuda y en cuclillas, expuesta a las miradas de Amina, que la observaba desde las cercanas celosías con gran deleite. Sus mejillas encendidas de miedo y vergüenza contrastaban con las densas ojeras que tenía del poco dormir y el mucho llorar; decenas de cicatrices le surcaban la espalda, las nalgas y las pantorrillas; pero lo que a Amina le causó más gozo de todo fue el descubrimiento de que la esclava tenía los pechos hinchados y la barriga abultada, signos inequívocos de que se encontraba en estado. Cualquier esclavo de la plantación había conseguido en aquellos cinco meses lo que el carcamal de su marido no había hecho a lo largo de seis años... Y encima el padre sólo podría haber sido uno de aquellos etíopes que tenía en la hacienda; circunstancia que la llenaba de gozo, pues para ella esos kafires africanos eran la categoría más baja de esclavos, los más feos y detestables que se podía imaginar.

El capataz levantó la vara y descargó media docena de azotes en el trasero de Zahira, que al poco rato cambió sus alaridos por un lloriqueo, monótono y apagado como el ulular del viento o el de las almas en pena.

Aquel invierno había caído abundante nieve sobre la sierra de la Tramontana, dejando las neveras llenas a rebosar; así que Jayal pudo obsequiar a su dueña y señora, sofocada por los muchos calores que había pasado en el viaje, con un espléndido sorbete de cerezas. Amina se tomó el sorbete, servido en una copa de cristal tallado, sentada en el diván del mirador y contemplando a su antigua rival. Mientras lo hacía no podía dejar de considerar las vueltas que había dado su situación durante los últimos meses. El pobre Mussa no se había llegado a recuperar nunca de la impresión de ver a su querida esclava compartiendo lecho con Ahmad. Durante las últimas semanas de su vida había sido incapaz de hablar o de moverse, y a duras penas parecía reconocerla a ella o a su hija Aisha. Había muerto repentinamente en su lecho tres noches atrás. Amina se había encargado de organizar el entierro y los funerales y a los pocos instantes de haber despedido al último de los invitados, ya estaba subiéndose al carramato que la llevaría hasta la remota alquería de Tarafa.

A lo largo de todos aquellos meses de invalidez y agonía de su marido, había sido ella quien había

llevado las riendas de la casa y la hacienda; ahora que Mussa había muerto, el legítimo heredero y señor de todo era su hijo Ahmad, que aún seguía exiliado en la lejana Denia. Aunque regresara al cabo de poco, probablemente seguiría siendo Amina quien lo gestionara todo: sabía que el desinterés de Ahmad por todo lo que tenía que ver con la administración de sus propiedades era absoluto. Ello facilitaría la consecución de su plan, pues difícilmente el heredero llegaría a visitar nunca aquella alquería, la más remota y apartada de todas, ni se enteraría de que su enamorada se encontraba allí. Y suponiendo incluso que tal cosa sucediera algún día, Amina ya habría conseguido que aquella esclava franca hubiese cambiado tanto que por entonces le resultara a Ahmad fea y repugnante, como los despojos de un banquete tras ser mordisqueados por los perros.

Las horas siguientes Amina las pasó revisando las cuentas y firmando los documentos que le entregó Jayal. Por fin, habiendo ya anochecido, abandonó la casa acompañado por él para comprobar que la más importante de todas sus instrucciones quedara cumplida.

El eunuco la llevó hacia el establo, separado del dormitorio de los braceros por un delgado tabique. Amina acercó su oído a la pared de adobe y no tardó en distinguir los jadeos roncros de hombre, acompañados por un balbuceo ininteligible de mujer. Y entonces Jayal le explicó que, siguiendo sus instrucciones, cada noche la hacían juntarse con un bracero distinto, del medio centenar que tenían en la alquería, y que con ello Zahira se había convertido en la barragana de todos.

De vuelta a la casa principal, Amina le agarró con firmeza el brazo al eunuco y le ordenó:

—Cuando le nazca el niño, cuidado que ella pueda amamantarlo bien y que pueda criarlo fuerte y sano. Luego, tan pronto como haya cumplido los cinco años de edad, arrebatádselo de las manos, llevadlo al puerto de Sullya y vendedlo a cualquier mercader que vaya a la otra punta del Mediterráneo, aunque sea a precio de saldo. Actuad del mismo modo con todos los hijos que engendre. —Tras unos momentos de silencio, preguntó—: Me imagino que habéis actuado con discreción y que lo habréis guardado todo en el mayor de los secretos, ¿no es cierto?

Jayal le confirmó que efectivamente, todo quedaba entre ellos, y que nadie más llegaría a saber que una esclava llamada Zahira estaba encerrada en aquella alquería. Añadió que había llegado a cambiarle incluso el nombre y que ella misma ahora sólo respondía cuando la llamaban Hind.

Amina le aseguró que le doblaría el sueldo, y complacida, fue a tumbarse a su lecho.

A la mañana siguiente abandonó la alquería sin intercambiar un par de palabras con su víctima. No sentía remordimiento alguno que pudiera empañar el enorme gozo y alegría que en aquel momento la embargaban. Zahira se lo había buscado: ella le había arrebatado primero el corazón de su marido, luego el de su hijo, y la había hecho sufrir lo indecible a lo largo de los últimos seis años. En realidad, se limitaba a aplicarle a aquella desgraciada la ley del tali3n y a devolv3rselo todo con creces.

CUARTA PARTE

LA CRUZADA DE ULTRAMAR

I

Era una tarde gris y lluviosa, de las navidades del año 1228 del advenimiento de Nuestro Señor. El caballero templario Guilhem Durfort se estaba dirigiendo hacia su baronía de Alfama, para hacer una visita al alcaide que la gobernaba, Jan Vidal. Le acompañaba su nuevo escudero, Bertran de Ribes, a quien le iba explicando cosas sobre la villa conforme iban aproximándose a ella. Alfama se encontraba situada en la orilla inferior del Ebro, entre Xerta y Miravet, y contaba con unos escasos quince fuegos y un centenar de almas. Las fértiles orillas del río estaban cultivadas por los Miró, que por ser la única familia de cristianos viejos de la villa, también se dedicaban al rentable negocio de tráfico de mercancías y de pasajeros por el río. El resto de los vecinos pertenecían a dos alcornias: la de los Baixet y la de los Massip. Como eran moros, la Carta de Población les había forzado a conformarse con los terrenos del monte, ásperos y pedregosos, o con el pastoreo de cabras y ovejas. La alcazaba hacia la que se dirigía Guilhem se encontraba en la parte más alta de la villa, y la había construido el rey moro de Tortosa doscientos años atrás. Poco mantenimiento se había hecho en ella desde entonces. La densa lluvia que estaba cayendo de forma ininterrumpida desde hacía varias horas oscurecía las abundantes grietas de la muralla barbacana, hecha de tierra cocida, y ennegrecía las pocas almenas que aún seguían en pie, haciendo presagiar su inminente derrumbe.

Bertran golpeó el picaporte que colgaba del portón con enfado, pues estaba calado hasta los huesos y aterido de frío. Tras un momento bastante largo de espera, les abrió un desganado mozo de tez oscura, sin duda maula. El mozo no les sostuvo el estribillo ni los ayudó a apearse de sus monturas, como era de rigor. Los dos caballeros se dirigieron hacia el torreón de la alcazaba, que por estar construido con robustos sillares parecía encontrarse en mejores condiciones. Pero ésa era una impresión engañosa. El mismo zaguán que se abría tras el portal, anticipaba ya el estado ruinoso del resto de las estancias del edificio, con la techumbre negra y cubierta de telarañas y las goteras repiqueteando por doquier. Jan Vidal, el alcaide, les salió a recibir en el mismo zaguán de la entrada con una efusividad que Bertran encontró exagerada, estrechando con sus brazos a Guilhem. A continuación, los llevó a la sala principal, donde la cena estaba ya dispuesta. La hoguera que quemaba en la chimenea era de leña tierna y no sólo alumbraba ni ofrecía el debido calor, sino que además llenaba la sala de humo. Para colmo de males, los platos que se sirvieron en la cena parecían de la más rigurosa Cuaresma, y no de Navidades, pues consistían en alcuzcuz, verduras, legumbres y pescado de río. Los únicos lujos de esa cena fueron la deliciosa fruta confitada que una camarera desvergonzada les sirvió de postre, y el vino de Candía con que les escanció los vasos.

Pero lo que más sorprendía y molestaba de todo al escudero era que su señor, el caballero Guilhem, que en el monasterio de Miravet era tan riguroso y severo con el cumplimiento de las

normas, allí, en su propio feudo, no manifestaba el menor enojo ante semejante dejadez; bien al contrario, se mostraba bien alegre y contento, como su alcaide Jan. Los dos no paraban de charlotear en su romance de Tolosa, tan rápido y embrollado, que en algunas ocasiones Bertran no alcanzaba a entender del todo.

Jan le estaba muy agradecido a Guilhem por haberle nombrado alcaide de aquella fortaleza y gobernador de la villa, que, según alardeó, tan pocos trabajos y preocupaciones le daba. Al parecer, los vecinos del lugar eran de naturaleza sosegada y cumplían escrupulosamente con las escasas obligaciones de su Carta de Población. Los dos jeques, Josep Baixet y Salomó Massip, seguían gobernando a todos sus parientes y criados con mano de hierro, y ninguno de los suyos movía un solo dedo sin que ellos dos lo hubieran dispuesto o consentido con anterioridad. Por lo que dedujo Bertran de las palabras de Jan, el hecho de que aproximadamente la mitad de los miembros de esas dos familias fueran maulas, cristianos conversos, y la otra mitad siguieran siendo mahometanos no parecía afectar en nada a su convivencia. Pues todos ellos vivían mezclados los unos con los otros, compartiendo el mismo patio común de sus casas, usaban aún la algarabía para hablar entre sí, y a la salida o a la puesta de sol rezaban las mismas oraciones en la intimidad de sus hogares. Y entonces Bertran maldijo para sus adentros aquel apartado villorrio en el que su credo cristiano venía a ser una pantomima. Si los rumores que había oído sobre Guilhem Durfort eran ciertos, el mismo propio señor del lugar, que era quien venía a officiar la misa de los domingos a aquellos falsos mahometanos, había sido hasta pocos años atrás un hereje albigense.

Acabados los postres, regresó la camarera con el aguamanil y unos paños de hilo. Bertran la repasó de la cabeza a los pies, algo que no pasó inadvertido al alcaide del castillo. En su vida anterior, al escudero le habría desagradado el color demasiado tostado de su rostro y la excesiva delgadez de sus carnes; pero viniendo como venía de un monasterio tan estricto y riguroso como el de Miravet, los pezones largos y oscuros de la camarera que se asomaban por el escote le resultaban mucho más apetecibles que los pechos peludos de los caballeros monjes, los únicos que había visto durante los últimos meses. Tras ofrecerles el agua de rosas para que los dos se lavaran las barbas y las manos, y los paños para que se las secaran, la muy desvergonzada fue a sentarse directamente en el regazo de Jan. Este le palmeó ostentosamente el trasero y la besó en la boca, observando de soslayo la reacción de su señor. Sin duda, aquel maldito alcaide sabía que cualquier otro templario que no fuera su paisano Guilhem habría encontrado esa conducta escandalosa. Así que ni siquiera se sorprendió cuando, en lugar de protestar o de recriminar a Jan aquel lascivo gesto, le dirigió una tensa sonrisa, como queriendo decir que no le importaba demasiado, y apuró su vaso de vino de Candía de un solo trago.

—¡A fe mía que esto no quedará así! —bramó de pronto el escudero, encendido por la ira, e incapaz de seguir conteniéndose—. ¡Si mi señor Guilhem es demasiado indulgente para cantaros las verdades a la cara, lo voy a hacer yo! En primer lugar, está clarísimo que a pesar de lo que acabáis de asegurar, no hacéis cumplir a vuestros vecinos sus obligaciones comunales como es debido, y que ello es así porque sois un alcaide negligente. ¡No hay más que ver el estado ruinoso en que se encuentra vuestro castillo! En segundo lugar, no ofrecéis a vuestro amo y señor cuando viene a visitaros en Navidad una vianda como es debido, con abundante carne roja, sino pobres e insípidas comidas que parecen de Cuaresma. Por último, y esto es lo más grave, no sólo vivís en estado perpetuo de pecado, amancebado con una barragana, sino que ni siquiera os molestáis en disimular

los amores que le profesáis.

Jan iba a contestar, pero Guilhem le detuvo con un ademán, y lo hizo en su lugar.

—Vos sabéis, en Bertran, que la baronía de Alfama pertenece realmente al comendador de Miravet, Bernat de Campanes. El comendador se la otorga al caballero templario sin feudo que juzgue conveniente, y este mismo caballero puede a su vez nombrar a un alcaide con la aquiescencia del comendador.

»Bernat de Campanes está satisfecho con nosotros, pues los vecinos de Alfama, aunque en su mayor parte sean moros y maulas, pagan escrupulosamente los diezmos, y le son muy leales. Y esto es así, porque tanto Jan como yo somos con ellos mucho menos quisquillosos en materia de escrupulosidad religiosa que los anteriores señor y alcaide que les había proporcionado la orden, los cuales desaparecieron misteriosamente poco antes de nuestra llegada. *Inter nos*, se cree que los pacíficos vecinos maulas de esta villa tuvieron algo que ver con esa desaparición.

»Como no miramos demasiado si en la intimidad de sus casas rezan a Alá o al Buen Dios, ni los atosigamos con los deberes comunales, tenemos un muy buen trato con ellos. Y no sólo eso, sino que además, en caso de dispendios inusuales causados por bodas, enfermedades o accidentes, solemos ayudarlos con dinero sacado de las propias arcas del castillo. Así pues, todos salimos ganando. No olvidéis que estamos en la frontera, rodeados por los enemigos y el desierto de la tierra de nadie. Aquí no es bueno que las autoridades seculares ni las religiosas muestren excesivo celo en el cumplimiento de la fe y de la doctrina católicas.

»La cena sin carne roja que me ha ofrecido mi buen alcaide obedece a una antigua tradición de Tolosa que seguimos por estas fechas; en cuanto a su actitud con la camarera, yo no soy quién para juzgar su comportamiento lujurioso. Pues, como ya dijo Jesucristo Nuestro Señor hace mil doscientos años, aquel que esté libre de pecados que tire la primera piedra.

—No soy quien para contradeciros, mi señor en Guilhem —respondió Bertran—, pero no puedo dejar de recordaros que nuestra santa orden tiene como fin principal la derrota y el sometimiento de la raza sarracena por todas las tierras y naciones del mundo; y que sus grandes maestros han sido siempre poco tibios en cuestiones de fe o de sobriedad y continencia. En estos momentos en los que vamos a embarcarnos todos en una cruzada, necesitamos más fe y más rigor que nunca.

—¿Una cruzada? —preguntó Jan inquieto, mientras apartaba el cálido cuerpo de la camarera de su regazo.

—Estáis en el último rincón de Cataluña, y por ello mismo aún no os habéis enterado de las guerras que el rey nuestro señor ha hecho pregonar por todas sus tierras. En las Cortes celebradas hace cuatro días en Barcelona, en Jacme ha decidido con todos los barones y prelados de ellas emprender una cruzada contra el reino de las Mallorcas. —Entonces desvió la mirada y especificó en un tono indeciso—. Según estipula la Carta de Población, vos deberíais acudir a ella, comandando los dieciséis peones que Alfama está obligada a proporcionar.

—¿Acaso estáis de broma? ¿Yo apuntándome a una estúpida cruzada católica y sufriendo los muchos peligros y trabajos de ella? ¿No sabéis que de las guerras del rey pocos regresan? Prefiero mil veces abjurar de mi cargo de alcaide, echarme a los caminos y volverme a ganar la vida de

jornalero; o retirarme a la tierra de nadie y conformarme con cualquier terruño que no tenga amo ni señor.

—¡Ya me imaginaba que os comportaríais como un cobarde y un descreído! —soltó Bertran, el escudero.

—Veréis, Bertran, tengo muchos motivos para ser precisamente eso de lo que me acabáis de acusar: un descreído. Yo, que en mi juventud era cristiano devoto, ahora en mi madurez empiezo a dudar de todo. Creían los gentiles griegos y romanos que nuestra alma y nuestro cuerpo forman una misma unidad, sustentada por la acumulación de átomos. Cuando morimos, éstos se disgregan por el espacio y entonces se acaba todo: no hay ni salvación ni condena eternas. Los humanos somos tan sólo sombras y polvo. Ésta era su creencia, y a mi entender no iban tan desencaminados.

—En todo lo que habéis dicho tenéis razón, Jan —aseveró Guilhem—, pues yo también he leído esos escritos de los gentiles, y en parte estoy de acuerdo con ellos. Pero no olvidéis que Jesucristo Nuestro Señor pudo resucitar a Lázaro cuando éste ya había muerto, y que pudo también resucitarse a sí mismo tras su Crucifixión. Así, aunque muramos todos y nuestros cuerpos y almas se disgreguen y se conviertan en polvo, cuando llegue el día del Juicio Final, Él podrá resucitarnos del mismo modo. Y dotará a nuestras almas de cuerpos idénticos a los que teníamos en vida, pero sin la naturaleza cenagosa y corruptible que ahora tienen. Y será entonces cuando nos llamará para juntarnos a las filas de su ejército, con todos los santos que en el mundo han existido, o nos arrojará a las hordas del Maligno.

—En eso tengo yo mis dudas —terció Bertran—, que aún no consigo aclararme qué me ocurrirá cuando muera luchando contra la morisma; si caeré en un profundo sueño hasta ese día que decís vos, o iré volando a la misma hora de mi muerte hacia los cielos. En fin, doctores tiene la Iglesia y sólo ellos pueden opinar sobre este asunto. Fuere como fuere, no os podéis imaginar lo impaciente que estoy por llegar a ver la morada celestial. Me figuro que debe de ser un alcázar de vidrio claro y transparente flotando entre las nubes; y que allí arriba encontraré a Nuestro Señor sentado en el trono de la sala principal y rodeado de sus vasallos los santos y de sus sirvientes los ángeles; y que llevará una corona tan brillante que irradiará luz por todas las estancias de la morada. No me cabe duda de que todo ello será algo mucho más bello y digno de ver que cualquier otra cosa de este mundo.

—Pues yo, señores, debo admitiros que mi vida entera carece por completo de sentido —terció Jan—. Y que ello es así desde que mi única y verdadera enamorada, Blanca Guiu, fue raptada hace catorce años por corsarios sarracenos, según he oído. Y es tanta mi congoja, que considerando imposible alcanzar el galardón que más he deseado en esta vida, desespero ya de cualquier otro detrás de ésta; y aun de que haya vida tras la muerte. No, caballeros, no os pienso acompañar.

—En ese caso, te pido que escuches lo que Bertran tiene que decirte. Tal vez te haga cambiar de parecer.

Y entonces Bertran se incorporó de su asiento y le explicó a Jan la sorprendente nueva que había estado guardando para sus adentros desde que había entrado en el castillo, y que indirectamente había sido el verdadero motivo de su enfado con el alcaide.

Era mala tierra para los cereales, que crecían ralos y secos como las hierbas de los campos que estaban en barbecho, mas no para los avellanos y los almendros, cuyas ramas se alzaban bien altas y frondosas. En aquella bochornosa tarde de agosto, el canto de las cigarras era tan estridente que silenciaba los cascos de los caballos; así que Jan no tuvo más remedio que refrenar el suyo apretando las riendas y dejarlo al mismo paso que los de sus acompañantes, el caballero templario Guilhem Durfort y su escudero Bertran de Ribes. La impaciencia por llegar a su destino le había hecho trotar más rápido que ellos, pero ahora le había entrado miedo de perderse entre aquel laberinto de polvorientos senderos que no había pisado en más de catorce largos años. Dejó que sus compañeros le alcanzaran y se pasó la mano por la frente para limpiársela. Su guante de cuero quedó impregnado de la pegajosa arcilla, causada por la mezcla de polvo y sudor que le ensuciaba el rostro. Al echar un vistazo a su alrededor, reparó en que de pronto los campos que estaban franqueando se le habían hecho familiares, al igual que las abundantes masías que se alzaban en ellos. Algunas eran simples chozas de adobe, como la de los Matas o la de los Cirera; otras, verdaderas casas señoriales fortificadas, como la de los Calbó o la de los Guiu, a cuya entrada no tardaron en llegar.

El sol caía a plomo sobre los muros sin techo de la masía y sobre el desolado terreno que la rodeaba, comido por los hierbajos. Jan y sus compañeros descabalgaron y ataron las riendas a los tablones descuajeringados del portón. Los tres entraron en la casa y contemplaron las ruinas de su interior con un silencio casi reverencial. Las zarzas y los escombros llenaban el suelo, en el que brillaban coloridos añicos de loza; arriba, las vigas sin techo se recortaban negras y astilladas contra el cielo del mediodía y resplandecían los vitrales que todavía quedaban en una ventana; detalles sueltos e inconexos de la vida que había bullido anteriormente entre esas mismas paredes y que se resistía a desaparecer del todo, a hundirse en el lodo del olvido. Jan se hincó de rodillas y extrajo de los escombros uno de los fragmentos de loza: sin duda alguna había pertenecido a la misma vajilla de la que Alianor, la madre de Blanca, se había sentido tan orgullosa.

Bertran, profirió de pronto un tremendo grito de rabia. Jan recordó que el escudero era hijo de Miquel de Ribes, señor de Barenys, y supuso que el recuerdo de las veladas que había pasado en aquella misma casa con los Guiu, acompañando a su padre, le trastornaba por completo.

—¡Malditos moros! —gritó con todas sus fuerzas, derribando un tabique de un puñetazo—. ¡Mala peste se los lleve a ellos y a todos los de su raza!

—Así pues, ¿estáis completamente seguro de que aquella cautiva a quien visteis en Mallorca era vuestra vecina Blanca Guiu? —le preguntó Jan para asegurarse de que no podía haber confusión alguna—. ¿La misma Blanca que vivía en esta casa en la que nos encontramos ahora?

—¡Que me corten la lengua si no digo la verdad! —aseguró rotundo—. Era ella, la doncella con la que mi desdichado padre quería desposarse, y que estando encadenada a mi lado, en la bodega del barco, no cesaba de suspirar ni de mencionar vuestro nombre. Comprendí que en realidad estaba enamorada de vos, y no de él, y por eso mismo no he dejado de odiaros con toda mi alma desde entonces. No tanto, sin embargo, como a los almogávares infieles que también mataron a los de mi familia e incendiaron mi casa. Sí, era sin duda, la misma Blanca, a la que expusieron con todos sus encantos en pública almoneda, y la misma que compró y se llevó una mujer, vieja y fea como un

demonio. A mí me adquirió el jeque Abu Yahya para que le hiciera de hortelano en los jardines de su alcázar, y de no haber pagado mi rescate los buenos frailes mercedarios cuatro años atrás, ahora mismo seguiría cautivo como ella.

Guilhem le apretó el hombro a modo de consolación, pero Bertran se deshizo de su mano.

—En momentos como éste —murmuró, haciendo rechinar los dientes y resoplando—, no puedo estar más contento de haber ingresado en nuestra santa orden. ¡Muerte, muerte a los sarracenos! ¡Muerte a los miembros de esa secta cruel y enemiga de la fe cristiana!

El escudero estaba tan ofuscado por la rabia que pidió licencia a su amo y, tras montarse en su caballo, se marchó de aquellas ruinas al galope.

Al verse a solas con Guilhem, Jan se sintió con libertad para hablar y le dijo, soltando el fragmento de loza que aún sujetaba en su mano:

—La verdad es que no os entiendo, en Guilhem. Creía que vuestras doctrinas y creencias os tenían prohibido matar a otro ser humano, aunque fuera moro. Y ahora sois un caballero templario y estáis a punto de embarcaros en una cruzada papista. Cuando vuestros antiguos hermanos de fe luchan contra los invasores franceses tienen por lo menos la excusa de que lo hacen en defensa propia.

Guilhem, que ya estaba acostumbrado a las ironías de Jan, le contestó con soltura:

—También a mí me tenéis sorprendido, Jan, pues hasta hace pocos meses os asqueaba la carne roja; y ahora no sólo la probáis con deleite, sino que matáis cada semana a varias bestias con vuestras propias manos.

—Mis razones tengo que me mueven a ello. Y vos las conocéis de sobra.

—También tengo que deciros que, en cualquier guerra, los únicos que de veras tienen que luchar para salvar sus vidas son los peones como vos; los caballeros, por el contrario, no estamos obligados a tan ingrata labor.

—No me lo explico: he oído muchos cantares de gesta y romances, y en todos ellos son los valientes caballeros quienes en el fragor de la batalla se lanzan primero contra las filas enemigas, y no los viles y cobardes peones.

—Así suele ocurrir en esos cantares que mencionáis, pero sabéis muy bien las diferencias que existen entre ellos y la vida real.

—Razón de más para que no me apunte a vuestra cruzada.

—Mal que te pese, ya lo has hecho.

—¿Qué otra cosa podría hacer sino para volver a encontrarme con Blanca?

Guilhem sabía cuán difícil había sido para Jan tomar la decisión de participar en la cruzada, así que dijo en tono consolador:

—Ya os lo he dicho repetidas veces, Jan. A mi parecer, de los veinte mil hombres que se embarcarán hacia Mallorca, vos sois el único de todos ellos que lo hará movido por una causa noble.

—Me sorprende que estos días alabéis tanto la nobleza de mi amor por Blanca —soltó Jan tras un

largo silencio—, si hasta hace pocos meses parecíais estar convencido de su naturaleza embrutecedora y denigrante.

—No, Jan, tu amor por Blanca es admirable y hermoso, como lo es todo aquel en el que el enamorado tiene que superar las más difíciles adversidades para volverse a encontrar con su amada. Recuerda la historia de Tristán e Isolda, que tantas veces habrás oído aquí y en nuestro país. Ciertamente, su amor nos parece trágico y desdichado; pero a la vez nos conmueve y resulta admirable. Y ello tiene su explicación. En toda alma humana brilla siempre un aura celestial; y así como el metal sólo se purifica y se limpia fundiéndolo, esa misma aura únicamente se ennoblece superando las adversidades. Es por ese motivo por lo que vuestro amor inicial, que en principio era un simple deseo de apareamiento, ha adquirido con el paso del tiempo una pátina de divino esplendor.

—Hablando de amores, me imagino que aún no habréis mostrado a ese nuevo escudero que tenéis vuestras inclinaciones invertidas.

—¿A Bertran? ¡Ni en broma! Para tan bravo jamelgo, no valen los juegos ni los melindres.

Guilhem dio por concluido su discurso, y los dos amigos se subieron a sus caballos. Siguieron al trote la estela de polvo que había dejado Bertran de Ribes a su paso, y Jan, mientras tanto, empezó a preguntarse en qué condiciones encontraría a Blanca, que ya debería contar con unos treinta y dos años de edad, suponiendo que, Dios mediante, lo consiguiera. Y si llegado ese momento seguiría resultándole de verdad tan atractiva; o si, por el contrario, aquellos sentimientos que habían embargado su corazón durante tan largo tiempo se esfumarían de pronto en el aire como una pompa de jabón.

Ocurriera lo que ocurriera, haría todo lo posible por encontrarla y estar vivo y de una sola pieza para cuando llegara el momento. No sólo se había apuntado a la cruzada con su señor, sino que a lo largo de los seis meses que habían transcurrido desde entonces, no había dejado de entrenarse. Aconsejado por Guilhem y pagando sus buenos dineros de las arcas del castillo, había convencido a un tal Onofre Janer, adalid almogávar, de que le preparara lo mejor posible para el oficio de las armas. El tal Onofre le enseñó primero a correr rápido, a subir por empinados riscos y a franquear de un salto los más anchos fosos. Luego lo ejercitó para tirar bien la jabalina, y siguió con la espada y el escudo, haciéndole luchar horas y horas con mandobles sin filo, y mostrándole tretas y artimañas poco nobles, que un caballero nunca utilizaría pero que para un futuro peón como él podrían ser de gran utilidad. Por fin, a las tres semanas, cuando consideró que Jan estaba ya preparado para ello, lo acompañó a cazar alimañas por los montes, cargado con todos los arreos y armamento que llevaría a la guerra. Entre ellos se contaban su asfixiante loriga con franjas de cuero endurecido y su pesado escudo redondo de roble. En ningún momento persiguieron a gentiles venados ni a gráciles conejos; Onofre le arrastró siempre hasta las guaridas de los jabalís y de los lobos que infestaban aquella abandonada tierra de nadie, dejándole a él avanzar primero y quedándose a sus espaldas, dispuesto a intervenir sólo si era estrictamente necesario. Y en verdad que aquella caza montesa de alimañas resultó el mejor entrenamiento posible para Jan, pues correteando por aquellas solitarias peñas y selvas, se acostumbró enseguida a pasar fatiga y sed, y sufrió tantas veces el calor y el frío que llegó a no sentirlos. Pero lo más importante de todo fue que pudo vencer al fin sus miedos y su asco a herir y exterminar a otros seres vivos; y lo hizo hasta tal punto que a partir de la décima fiera que mató, siguió haciéndolo sin pestañear siquiera, de pura rutina. A partir de entonces, Jan ensució tantas

veces sus manos con la sangre de aquellos animales que enseguida cogió gusto y afición en comer carne roja, olvidando sus remilgos anteriores.

Una de las cacerías más arduas y difíciles que recordaba fue la que habían hecho el fin de semana anterior, acompañados por los cuatro mastines que le quedaban con vida y sus dos sirvientes, Jordi y Gilabert Miró. Los dos hermanos se pusieron a batir la espesa maleza de un pinar sombrío, adonde no llegaba la luz del sol, y de pronto surgió de ella una bestia, grande y oscura como una criatura salida de los infiernos. La carrera que tuvieron que emprender los cuatro cazadores para alcanzarla fue larga y penosa. En su curso, a Jan se le deshicieron las botas y se le cubrieron los pies de llagas; pero como estaba acostumbrado a tales percances, siguió corriendo como alma a quien persiguiera el diablo. Cuando por fin alcanzaron al jabalí, éste ya había destripado a dos de los perros. Jan lo acometió con la lanza, gritando repetidas veces el nombre de Blanca, y apuntó con tan mala fortuna que la punta se le resbaló, y sólo pudo parar a la bestia interponiendo el pesado escudo de roble entre él y sus colmillos. Y el animal estaba tan enfurecido que lo arrastró por los suelos hasta acorralarle contra el tronco de una encina. Y allí mismo habría acabado la vida de Jan de no haber saltado Onofre sobre el lomo del jabalí, y haberle empezado a asestarle cuchilladas en la garganta. Y lo hizo con tanta pericia y tanta saña que la bestia expiró en un santiamén. Jan se incorporó entonces con aturdimiento del suelo, y observó a su maestro de armas hundiendo sus dedos en las tripas de la bestia y arrojándoselas a los dos mastines que aún les quedaban con una sonrisa de satisfacción. Confirmó que a aquel almogávar derramar la sangre de las bestias le daba placer, y se preguntó si le ocurriría lo mismo con la humana.

Aquella misma tarde, mientras la carne del jabalí crepitaba en un asta colocada sobre la hoguera de la sala, los dos se sentaron sobre los bancos que había en el hueco de un ventanal para descansar de la mucha fatiga que tenían. Contemplaron el bello paisaje que desde allí se veía: las viñas, los huertos y los campos en penumbra, bajo un cielo morado, y el río del mismo color que brillaba entre ellos. Y entonces Jan le preguntó a Onofre si tenía mucha experiencia en quitar vidas humanas.

—Oíd, señor, mi parecer sobre esta cuestión —respondió, bajando la mirada, como si estuviera pensando en voz alta—. En este mundo hay un hecho incuestionable, y es el siguiente: toda vida humana es minúscula e insignificante como la de un insecto. La de los demás y la mía propia. Sólo a partir del momento en que he entendido esta gran verdad, he podido mirar a la Muerte cara a cara y sonreírle. Desde entonces he luchado y he matado tantas veces como me ha sido menester; y os aseguro que lo he hecho sin miedo ni temor de perder esta absurda vida que otros aprecian tanto.

»Y suponiendo que de verdad existiera un Dios Todopoderoso en los cielos, ¿vos creéis que se mostraría demasiado escrupuloso con la moral humana, o que nos consideraría a todos como a sus hijos bienamados? Bien al contrario, seríamos para él un engorro, una especie de calamidad que ensucia su maravillosa creación. A mi parecer, nos miraría del mismo modo que vos lo haríais con una molesta plaga de caracoles en vuestro huerto, o con una de hormigas en vuestra despensa. Por todo ello, intento no sentir el menor escrúpulo ni piedad cada vez que le quito la vida a otra persona: que esa misma persona no me haya hecho antes ningún mal ni cometido ninguna ofensa, no importa. Nada importa, en realidad.

Y entonces Jan confirmó que aquel turbio rostro colérico, de mirada recelosa y esquiva, a pesar de la cordialidad que mostraba cuando hablaba con él, escondía un historial de asesinatos y tal vez

incluso de asaltos y violaciones. Sabía, pues así lo había presenciado en numerosas ocasiones, que aquellos mismos ojos permanecían apagados hasta que llegaba el momento de matar, y que entonces saltaba en ellos la chispa de un furor ciego, mientras los labios se le torcían en una gélida sonrisa de placer.

—Si me disculpáis, señor, mucho me ha extrañado, que al arremeter contra el jabalí gritarais repetidas veces el nombre de una tal Blanca —le dijo de pronto, escudriñando su semblante de un modo demasiado directo—, un nombre que ya he escuchado otras veces. Ahora que ya casi somos compadres, ¿podríais explicarme quién es esa afortunada doncella que es dueña de vuestro corazón?

A pesar de la poca confianza que le inspiraba aquel hombre, Jan vio llegado el momento de sincerarse con él, y le explicó en tono arrebatado toda su historia de amor con Blanca. Y le confió además que la había visto por última vez hacía ya catorce años, y que desde entonces había podido disfrutar de una rica y variada vida amorosa, gracias a su desahogada posición como alcaide. Explicó que había llegado a solazarse con más de una veintena de mujeres, y que entre ellas se contaban respetables viudas de la cercana ciudad de Tortosa y varias vagabundas de las que llenaban los caminos, huyendo de las guerras de Francia o de los malos usos feudales. Paula, su camarera actual, era de estas últimas. Jan ofrecía a las vagabundas cobijo y comida durante varias semanas, a cambio de que le sirvieran de camareras y calentaran su lecho. Si traían con ellas acompañantes —fuesen hijos, padres, maridos o amigos, tanto daba—, los hacía dormir en el establo y contribuir al mantenimiento del castillo o de los fértiles campos de reserva que éste tenía a su alrededor. Ahora bien, en su opinión, ni una sola de todas esas mujeres podía compararse a su primera enamorada, Blanca Guiu, en quien aún seguía pensando todos los días y todas las noches del año. Por ese mismo motivo, a sus más de treinta años de edad, Jan aún seguía estando soltero y sin compromiso.

Onofre, que le había estado escuchando con atención, le dijo al fin:

—Mirad, Jan, me caéis bien, pues al fin y al cabo vos también habéis sido una víctima de esos infames caballeros y de sus guerras, como lo fui yo años atrás, en mi juventud. Escuchad ahora el consejo que os doy: olvidaos de esa Blanca Guiu y de los fantasmas y quimeras del pasado. Centraos en el presente, id a esa cruzada si así deseáis, pero hacedlo sólo para mejorar de estado y ganar riquezas. Y tanto si al final os casáis con esa Blanca como con otra doncella, no dejéis en ningún momento de distraeros ni de pasarlo bien con mozas de toda condición, como lo estáis haciendo ahora. Pues la queja más frecuente que he escuchado yo de los labios de moribundos, daba igual si se trataba de jóvenes o mayores, era siempre la misma: con qué escasa cantidad de hembras hermosas y placenteras se habían podido juntar en su vida, y cuán pocas veces lo habían hecho.

Y mientras estaba reflexionando sobre el consejo del almogávar, llegó de pronto al final del camino. A su diestra se adivinaban los restos del poblado de Barenys con las ruinas del castillo y de media docena de casas, comidas por la arena de las dunas y ocultas tras una cortina de cañaverales. A la izquierda se extendían las marismas y la playa de Salou. Guilhem había refrenado su montura con las riendas y estaba haciendo visera con su mano enguantada. Tras varios meses de calma e inactividad, la playa había cambiado por completo en un solo día.

Era la festividad de la Asunción de la Virgen, y el rey Jaime I acababa de llegar aquella misma tarde. En torno al pabellón real, el campamento hervía de agitación y de movimiento, como si las arenas de la playa hubieran cobrado vida propia.

Entre los cascos de las embarcaciones volcados sobre la arena, inmensos y oscuros como monstruos marinos, borboteaban las marmitas en las que los cocineros preparaban el bizcocho para la travesía y aquellas otras en las que los calafateadores calentaban la pez; resonaban por doquier los martillazos de los carpinteros arreglando esas mismas embarcaciones o de los herreros forjando espadas, lanzas y yelmos; largas filas de estibadores arrastraban, con las espaldas encorvadas y una correa ciñéndoles las sienes, los pesados fardos hacia las escalas de las galeras y de las taridas; mientras tanto, los escribanos de la cancillería real, resguardados de los últimos rayos del sol por unos pabellones que habían acabado de instalar, iban garabateando las cargas estibadas en sus cuadernos; otros peones hacían labores igualmente silenciosas, zurciendo o remendando velas, engrasando lorigas, estucando escudos y yelmos y pintando insignias heráldicas sobre ellos; a orillas del mar y de las abundantes lagunas que salpicaban la playa, caballeros ociosos y de poca edad espoleaban a sus corceles y hacían carreras o jugaban a las cañas entre gritos y risas.

Jan desmontó de su caballo y se dirigió hacia el corro que formaban sus hombres de Alfama. Al verlo llegar, se pusieron todos de pie y lo saludaron inclinando ligeramente las cabezas. Luego volvieron a sentarse alrededor de la olla que colgaba de una hoguera: en ella cocinaban aquel sabroso guiso de pescado con pan y almendras al que llamaban *romesco*. Jan recogió la humeante escudilla que le tendió su paje y alférez, Jordi Miró, y tras darle las gracias dio principio a la cena, mientras el resto de sus hombres, que habían estado esperando su llegada, le imitaban. Aunque fuera su alcaide, Jan se limitaba a transmitirles las órdenes que le dictaban. Las peliagudas cuestiones de disciplina prefería dejárselas a su alférez Jordi Miró y a sus sotalféreces Pere Baixet y Bernat Massip, que además eran los hijos primogénitos de los jeques de la aldea. Los tres sabían mandar y hacerse respetar entre todos los parientes y criados que se habían traído consigo, en ocasiones a bastonazos. A Jan sólo le era necesario intervenir de verdad en las querellas que surgían entre los miembros de las distintas familias. Afortunadamente para él, tales disputas eran pocas y escasas: entre otros motivos, porque los maulas no eran nada aficionados al juego ni a la bebida. Comparó aquella humilde cena que estaban teniendo sus peones con los innumerables faisanes, pollos y codornices que el barón de Salou, don Ximeno de Artusella, estaba haciendo asar en honor a su rey y, de pronto, se sintió responsable de que aquellos hombres pudieran regresar a sus hogares sanos y salvos. Y por primera vez desde que había llegado al campamento, notó que un enorme peso lo abrumaba.

II

Tras tres largas jornadas de viaje, habían llegado a su destino, la isla de Mallorca. Y lo habían hecho a lomos de una tempestad en la que las olas habían estado zarandeando despiadadamente la embarcación en la que iban, barriendo sin cesar el puente entre el castillo de popa y el de proa llevándose con ellas a más de uno. Era la tercera hora de la mañana, y a pesar de que el cielo estuviera por fin despejado y brillante, sin rastro de nubes, el viento de poniente seguía rizando aún la superficie del mar. Jan observó con el corazón encogido aquella cala rodeada de acantilados y conocida como de Santa Ponça, en la que él debería desembarcar con sus hombres al cabo de poco tiempo. Soltando un suspiro de resignación, se colgó a sus espaldas el escudo de roble y se ajustó el bacinete de acero sobre la cofia. Iría con los ojos bien abiertos, pensaba mientras se abrochaba la parte superior de su loriga. No había participado aún en ninguna guerra, pero había matado ya a un hombre, se dijo, recordando a Hug. Si de verdad quería conservar la vida y encontrar a Blanca, tendría que matar o herir a otros, por mucho que le pesara. Se colgó al hombro el cinto con el mandoble, recogió el venablo de fresno que solía llevar de caza y por fin salió a la cubierta del puente, donde le estaban esperando sus dieciséis hombres. Mientras los saludaba y entablaba con ellos una conversación fría y reservada, los observó: la mayoría de ellos eran mancebos que iban por primera vez a una guerra y que intentaban ocultar sus temores con tensas sonrisas y una aparente despreocupación.

Esta postura fingida no se disiparía hasta que desembarcaran en la playa y dejaran atrás las galeras que habían atracado en ella. Al fondo se alzaban los roquedales de una montaña que los otros peones que habían desembarcado con anterioridad estaban observando atentamente. El viento de poniente arrastraba hasta ellos el rumor lejano de gritos humanos y relinchos de caballos que procedían de esos roquedales; sin lugar a dudas, el campo de batalla y su destino inmediato. El comendador Bernat de Campanes, señor de Guilhem y por tanto de todos ellos, se les acercó al galope y les avisó de que la batalla había empezado ya, que era encarnizada y que el mismo rey se había lanzado poco antes con los de su mesnada hacia ella, impaciente por entrar en combate. Luego les ordenó con su vozarrón que corrieran hacia la cresta de aquella montaña, y que lo hicieran como nunca antes lo habían hecho en su vida, para salvar a su rey.

—¿Nos vais a lanzar al combate así por las buenas, sin misa ni bendición? —preguntó Jordi Miró a Bernat.

—Estad tranquilo, que cuando se acabe el día y estéis en trance de morir ya tendréis un buen *ego te absolvo* —le contestó, levantando un coro de risas.

Los hombres de la compañía obedecieron a su señor y empezaron una rápida carrera cuesta arriba, saltando sobre rocas y bancales y esquivando zarzas. Al poco tiempo llegaron jadeantes a un campo de algarrobos en el que se apretujaban otros muchos peones. Jan ordenó a la compañía que se detuviera y tomó aire: al igual que sus hombres, tenía la cara hinchada y enrojecida por la precipitada carrera que acababa de hacer. También le quemaban los pulmones y le escocían los pies, que tenía cubiertos de arañazos; el sol le había calentado además el cuero de la loriga y el acero del yelmo, haciendo que el sudor le cayera a chorros por la frente. Por fortuna, las ramas de los algarrobos en aquel lugar crecían altas y tupidas, y les ofrecían abundante sombra.

El enemigo estaba cerca. De vez en cuando llegaba hasta ellos el sordo redoblar de los tambores, acompañado por el sonido estridente de las chirimías. A estos ruidos se sumó un inesperado rumor entre las apretadas filas de los peones, que enseguida se rompieron y dejaron pasar a los caballeros de la mesnada real, batiéndose en retirada. La sangre corría abundante en muchas de las resplandecientes lorigas, y varios de los coloridos pendones y estandartes estaban despedazados. Hasta ellos se acercó don Ximeno de Artusella, el alférez del rey. Su corcel cojeaba y llevaba el escudo y el yelmo abollados.

—¡Vosotros, los peones! —bramó—. ¡Subid, que la morisma se ha atrincherado en lo alto de la montaña, y nuestros caballeros no pueden llegar hasta ellos!

—¡Subid y romped sus filas! —gritó fray Ramon de la Serra, que también se acercó trotando hacia ellos—. ¡Y al que muera hoy luchando frente a frente, yo le absuelvo de todos sus pecados y Dios recibirá su alma!

Oídas las palabras del sacerdote templario, los comodoros y adalides del ejército invocaron a San Jorge y se echaron a correr pendiente arriba, seguidos por los más de seiscientos peones que en aquel campo habían llegado a juntarse. El campo de algarrobos terminaba abruptamente en un bancale de piedra, que lo separaba de un espeso encinar, más elevado. El acero de las lanzas y las flechas destellaba entre el follaje, delatando la presencia de la hueste sarracena, que se agazapaba en aquel lugar. Los algarrobos crecían más altos que las encinas y sus ramas no ofrecían ninguna protección contra el enemigo, que utilizaba la cerca como muralla y los troncos de las encinas como almenas. A los pies del margen de piedra, el suelo estaba tapizado de hombres muertos y heridos. Los lamentos de éstos causaban gran espanto, mas no tanto como el redoble de los tambores, que era tan fuerte que hacía retumbar el suelo entero. Era el primer combate de Jan, y también el de la mayoría de sus hombres, que se sentían tan confusos y perdidos como él. La única opción que les quedaba era encomendarse a Dios y avanzar contra aquel enemigo que los aguardaba en aquel encinar; lástima que Jan ya no creyera en ningún Dios.

Cuando estaban a punto de alcanzar el margen, una repentina lluvia de saetas y piedras cayó sobre ellos como una ráfaga de granizo, tocando e hiriendo a muchos de los peones. A algunos les venció el pánico y echaron a correr cuesta abajo. Jan juntó su escudo al de Jordi Miró y al de Pere Baixet, y ordenó a los hombres de su compañía que formaran fila y que no desfallecieran ni retrocedieran un solo paso. Los peones que aún seguían allí formaron en pocos instantes una masa compacta de escudos y siguieron avanzando con lentitud, codo contra codo, gritando «Aragón» con toda la fuerza de sus pulmones. Berenguer Girart, comodoro de la milicia de Barcelona, ordenó a sus hombres que desplegaran sus picas y cargaran con ellas contra el enemigo; por desgracia, las astas se enredaban

entre las ramas de las encinas y las puntas se desviaban antes de que pudieran alcanzarlo. Unos pocos cristianos se atrevieron a saltar el bancal, pero los tajos que recibieron fueron tan certeros que en un santiamén regresaron rodando a sus filas, mancos o descabezados. Seguían cayendo piedras y saetas: los honderos de Mallorca eran ya conocidos por su habilidad en época de los romanos, recordó Jan. Y la verdad es que sus piedras solían acertar con mayor frecuencia que las flechas. Una saeta le perforó el escudo y le rascó el meñique, pero no le causó ni la mitad de las molestias que el guijarro que se hundió de pronto en su pie, tras rebotar contra un cercano bacinete. Jan aulló de dolor y se desplomó sobre el grueso tronco de un algarrobo en el preciso instante en que los sarracenos arreciaban aún más su lluvia de saetas. Jordi Miró se le acercó corriendo y le ayudó a ponerse de pie, mientras le preguntaba si se encontraba bien. Cuando Jan iba a agradecerle su ayuda, el alférez le escupió de pronto tres muelas y le salpicó la cara con un chorro de sangre. Tras limpiarse apresuradamente el rostro, Jan descubrió que Jordi Miró se tambaleaba a unos pasos de distancia, con una flecha que le atravesaba los dos carrillos. Lo recostó sobre el mismo tronco y le encomendó a su hermano menor, Gilabert, que cuidara de él y lo llevara al barco tan pronto como terminara la batalla.

Y durante un instante que se le hizo eterno, las dos huestes se quedaron paradas allí mismo, sin que ni los unos avanzaran ni los otros retrocedieran. Al redoble de los tambores y al lamento repetitivo y estridente de los abundantes heridos, se añadió de pronto el clamor de una compañía de almogávares que acababa de llegar. Los almogávares se abrieron paso hasta la primera fila, y al llegar a ella, empezaron a restregar los filos de sus largas hachas de guerra con un pedernal, haciéndoles saltar chispas. Y mientras tanto, gritaban con toda la fuerza de sus pulmones: «¡*Desperta ferro!*!», que era su grito de guerra. Y era en verdad algo temible de ver, pues llevaban todos ellos las barbas crecidas e iban vestidos con pieles de alimañas, como si fuesen auténticos bárbaros, procedentes de la tierra de nadie. Jan reconoció con dificultad a Onofre, que traía la cara pintada de rojo y una carcasa de toro sobre su yelmo, y más parecía demonio que hombre. El adalid se entretuvo unos instantes estudiando la situación y, de pronto, agarró un cuerno que le colgaba del cinto y lo sopló. Como respuesta, decenas de almogávares lanzaron sus hachas contra los pies de la morisma, que quedaban a la altura de sus pechos. Y a medida que se oían los crujidos de los huesos al quebrarse, los sarracenos de las primeras filas empezaron a menguar, pues unos caían por los suelos sin piernas y otros se retiraban espantados. Y entonces, todos a una, los almogávares asaltaron el bancal como lo habría hecho una jauría de perros de caza abalanzándose sobre su presa, y se metieron por entre las brechas que acababan de abrir con sus hachas. Los aullidos de guerra que proferían con sus roncas voces enseguida fueron silenciados por el rechinar de las espadas y el chillido de los sarracenos a los que destripaban o partían en dos. El éxito de este ataque animó a los peones cristianos, y Jan se vio de pronto arrastrado hacia delante hasta que su cuerpo quedó aplastado contra el mismo margen de piedra. Al asomarse por él, descubrió que los moros habían roto sus filas y corrían en desbandada. Así que, apoyándose en su venablo, subió al bancal de un salto y se adentró por el encinar.

A pesar de su cojera, causada por la pedrada, avanzó con mayor rapidez que muchos de sus hombres y no tardó en quedarse solo. Y habría seguido avanzando de no haber tropezado con una raíz. Se cayó de bruces, e hincó el escudo en el suelo para levantarse. Justo entonces, vislumbró por el rabillo del ojo una rápida figura que se abalanzaba contra él. Sus siete meses de entrenamiento y de cacería monteses le sirvieron de gran ayuda para esta ocasión: sin pensarlo apenas, de puro

reflejo, levantó su venablo en el aire y lo hundiéron el vientre de su atacante antes de que se le acercara demasiado. Su enemigo soltó una imprecación en algarabía, y Jan se dio cuenta de que había apuntado mal. En lugar de clavarle el venablo en las blandas tripas, lo había hecho entre dos costillas. Intentó arrancárselo de un tirón, pero, tal y como temía, la punta se le había quedado atascada. Se incorporó del suelo y durante unos instantes estudió a su enemigo, mientras desenvainaba su mandoble y lo balanceaba entre sus dos manos, como si fuera el mango de un hacha con la se dispusiera a cortar leña. Era un mozo de poco más de trece años, sin loriga ni cota que le protegiera; estaba de hinojos, a dos palmos de distancia, sujetándose el asta del venablo con la mano izquierda y mirándole con los ojos empequeñecidos por el pánico. El venablo debía de haberle perforado el hígado, pues el reguero de sangre que se le deslizaba por el costado derecho era negro y maloliente. En su diestra blandía una cimitarra, y era un milagro que aún no la hubiera descargado sobre él. Llevado por el pánico, Jan soltó un fuerte grito y le asestó a su adversario un profundo tajo en la cabeza. Se oyó un crujido y el cráneo se partió en dos, como si fuera una sandía. Jan siguió apretando hacia abajo el mandoble y rebanando con él la cabeza del sarraceno, hasta que alcanzó la blanda tráquea y éste dejó de quejarse y de patalear. Suspiró de alivio y, sin soltar las manos de la empuñadura, echó un vistazo a su alrededor.

La práctica totalidad de los peones había saltado ya la cerca y formaba un compacto muro humano que lo iba barriendo todo a medida que avanzaba. Pere Baixet se encontraba a sus espaldas, retirando su mandoble de las tripas de otro sarraceno. Su sotalfárez se restregó los pies por el suelo, para limpiárselos del alcuzcuz que su víctima debía de haber comido poco antes de morir, y se dirigió hacia él, preguntándole:

—¿Os encontráis bien, mi señor?

—Acabo de matar a un niño.

—Yo también. Casi todos los sarracenos que estaban por aquí lo eran —le contestó Pere pensativo—. Como este, a quien tan poco le ha aprovechado su desayuno, y que se disponía a atacaros a vos por la espalda. Es la costumbre, en cualquier batalla, los más jóvenes se ponen delante y los mayores se quedan atrás.

Jan recordó que su cabo era maula, y que muy posiblemente seguía perteneciendo a la secta mahometana, así que dictaminó con reprobación:

—No me parece muy santa ni muy justa esa manera de luchar.

—Si me permitís expresar mi opinión, mi señor alcaide, dudo mucho que la que hemos seguido en esta batalla nosotros, los buenos cristianos, sea mejor que la de ellos —le replicó con cierta ironía—. A la vanguardia íbamos los peones, y detrás los valientes y esforzados caballeros, que no han atacado hasta que les hemos hecho el trabajo sucio.

Jan observó a la caballería, que en aquellos instantes entre galopaba las sombras más distantes del encinar, persiguiendo a los contados fugitivos que quedaban por ahí como si estuviera cazando una manada de liebres, y calló sin saber qué contestar.

La compañía de Alfama se pasó el resto del día correteando con los otros peones por las agrestes estribaciones de la sierra de Portopí, sin comer nada que no fueran migajas de bizcocho, ni beber otra cosa que los charcos que quedaban en el lecho de los barrancos. Aquella noche, los ricos hombres y sus sirvientes durmieron en un espacio tan estrecho que las correas de sus tiendas quedaban trabadas las unas con la otras; los peones lo hicieron al raso, sobre la dura tierra. Pero nadie de entre todos los cristianos consiguió cerrar los ojos, a causa de los continuos ataques y gritos de alarma de los centinelas. Una y otra vez aparecían bajo la luz de la luna comitivas rápidas y fantasmales de jinetes, envueltos en túnicas blancas como sudarios, que les disparaban flechas y piedras desde las alturas.

Cuando Jan se levantó al amanecer con los miembros doloridos y el cansancio provocado por una noche en vela, Gilabert Miró se le aproximó visiblemente turbado. Le explicó que muchos de los soldados y caballeros que hacían guardia habían desaparecido, y que entre ellos figuraba su propio señor, Guilhem Durfort. Jan no fue el único que se afligió al enterarse de la noticia; la compañía entera le acompañó en su congoja, pues todos los vecinos de Alfama querían y tenían en alta estima a su señor. Sin embargo, no les quedó demasiado tiempo para lamentar la noticia. El rey estaba empeñado en atravesar lo antes posible aquella sierra y llegar a la bahía de Mallorca, donde podrían reunirse con el grueso del ejército. Así que, tras una apresurada misa de laudes, les hizo levantar el campamento y avanzar por un valle que se abría entre las montañas, siguiendo la típica formación de campaña. Delante iba una vanguardia de caballeros dirigida por los Montcada, en medio seguía el grueso de peones y ballesteros comandado por Nuno Sanç, y detrás de todo iba la retaguardia en la que marchaba el mismo rey con sus mesnadas.

Hacia la hora sexta del mediodía, la mayor parte de los peones estaban tan fatigados por los muchos días sin dormir que no podían seguir la marcha; los mismos caballos apenas podían tenerse en pie a causa del cansancio. Como no se veía ningún enemigo a la vista, Nuno les dio permiso para descansar bajo la fresca sombra que ofrecía un bosque de alcornoques.

Pocos instantes después, cuando Jan acababa de recostar su cuerpo maltrecho en un tronco y de cerrar los ojos, le despertaron unos gritos. Se trataba de un correo que iba recorriendo la tropa y comentando, entre clamores de indignación, que el enemigo había acorralado a la vanguardia cristiana y la estaba masacrando. Los peones se incorporaron y sacando fuerzas de flaqueza echaron a correr por el valle, precedidos por el rey y por toda la caballería, que se lanzaron al galope para salvar a sus compañeros.

Cuando llegaron al campo de batalla se percataron de que lo habían hecho demasiado tarde. Ya a la distancia de un tiro de ballesta se oían unos chillidos estremecedores, mucho más terribles que los que podría proferir ninguna garganta humana. Al acercarse, descubrieron que los que así gritaban eran unos corceles malheridos a los que las picas enemigas habían reventado las tripas. Los animales se revolcaban por el suelo, intentando ponerse de pie y mirando a su alrededor con los ojos desorbitados. De los caballeros que los montaban, en cambio, no salía ni un solo gemido: estaban todos ellos bien muertos, entremezclados con los cuerpos de sus enemigos, y unos y otros recubiertos de polvo y hundidos en un charco de sangre y excrementos. Jan supuso que la carnicería acababa de ocurrir poco antes, y que el grueso de la caballería cristiana había atrapado a los sarracenos a media labor, sin darles tiempo a recoger a sus muertos, pues la sangre que manaba de ellos aún seguía

fresca. En un cercano claro se veía la acumulación más abundante de cuerpos. Allí, los cristianos caídos parecían haber fallecido formando un círculo para defender a alguien muy importante; y a juzgar por los numerosos besantes que se veían pintados en yelmos y escudos debía de tratarse de los mismísimos Guillem y Ramon de Montcada, señores de Tortosa y del Bearn, y grandes amigos del rey.

Jaime I se acercó trotando al círculo de caídos, y bajo aquel duro y deslumbrante sol de mediodía los estuvo observando en silencio. Durante breves instantes, lo único que se oía era el zumbido de los moscardones, que escarbaban ansiosamente entre los despojos de la carnicería. Y allí, ante una multitud de unos cien caballeros y quinientos hombres de a pie, el monarca se encorvó tanto sobre su montura, que por un momento pareció que estaba a punto de caerse de ella, y sus lloros se pudieron oír hasta la distancia de quince pasos en la que se encontraba el mismo Jan. Era la primera vez que la mayoría de los hombres que componían la hueste veían y oían llorar a su rey. Mas el llanto no duró mucho tiempo, pues Jaime I inició enseguida una tensa discusión con algunos de los barones que le rodeaban, y sus voces eran tan altas y destempladas que Jan podía entender todo cuanto decían.

—¡Y yo os digo que Guillem y Ramon de Montcada eran los barones más nobles y leales del mundo, y que su muerte no puede quedar impune! —gritó el rey—. Los moros mal nacidos que los han matado aún se esconden en el fondo de este mismo valle. ¡Hinquemos las espuelas y démosles su merecido!

Y Nuno Sanç, el único barón de los presentes con tanta categoría como para llevar la contraria al rey, le replicó a gritos:

—Y si así hicierais, seríais el más necio y temerario de todos los señores, pues tened por seguro que caeríais en una emboscada y que esta cruzada terminaría hoy mismo.

—¡Callad, que buena culpa de esta desgracia la tenéis vos! ¿Cómo se os ha ocurrido darles permiso a los peones para descansar?

—De poder seguir teniéndose en pie, yo os aseguro que habrían seguido avanzando, pero mucho me temo que eran incapaces de dar ni un paso más.

En esto intervino don Ximeno de Artusella, barón de Salou, más conciliador:

—Señor, veo a muy pocos hombres a nuestro alrededor. Bueno sería que nos retiráramos a aquel altiplano, a la espera de todas las compañías y mesnadas que estos dos días se han perdido por la sierra, y que entonces marcháramos directamente hacia la bahía de Palma, para reencontrarnos con el grueso del ejército.

—¡Y así les damos tiempo a esos pérfidos mahometanos para que huyan y su crimen quede impune! ¡Ni hablar! —contestó el rey fuera de sí—. ¡Caballeros y peones, poneos en orden de ataque y preparaos para la batalla! ¡Que el Criador nos valga!

—¿Es que habéis perdido el juicio? —le gritó don Nuno, sujetando las riendas del caballo del rey—. Escuchad los consejos prudentes de vuestros barones, y si estáis sordo a ellos, entonces hacedlo con los de este moro, que sabe más que ninguno de nosotros lo que traman vuestros enemigos.

De inmediato se adelantó el renegado llamado Ibrahim Ibn Lopis y le aseguró a don Jaime que

todo había sido planeado con anterioridad, y que en realidad era una celada del emir de las Mallorcas; que unos valientes caballeros suyos habían fingido huir de las mesnadas de los Montcada y los habían llevado hasta aquel lugar para desgajarlos del resto del ejército y tenderles así una encerrona. Ahora harían lo mismo con él, si se atrevía a avanzar con el centenar de caballeros que le quedaban hasta el fondo del valle y dejaba rezagada a su infantería. El moro hablaba en latín de Mallorca y Jan tenía que esforzarse para entenderle desde aquella distancia.

—¡Esperad aquí a vuestros hombres y contad entonces vuestras bajas, si sois buen rey! —le espetó don Nuno Sanç.

Jan temía que de un momento al otro el rey fuera a cortarle la cabeza a don Nuno, por atreverse a llevarle la contraria y a discutir con él en público, y que instantes después volviera a ordenar a sus exhaustas tropas que iniciaran un insensato ataque contra los mallorquines. Pero el monarca respetaba demasiado a su primo, que había sido además su liberador y el principal defensor de su derecho al trono cuando era un rehén de Simón de Montfort; así que en lugar de replicar, el joven e impetuoso rey se quedó meditando en silencio.

—¡Oíd, mis hombres! —gritó al fin—. ¡Replegaos todos a aquel altozano, que haremos recuento de tropas y mañana mismo, tan pronto como salga el sol, partiremos hacia la bahía de Mallorca para reunirnos con los demás!

Un clamor de alegría le respondió. Jan, al igual que el resto, pudo soltar un suspiro de alivio.

Era un recinto singular, cercado por un extenso muro con torres. Por encima de las almenas puntiagudas del muro brillaban los tejados azules de unos pabellones y se asomaban las copas de unos árboles bien altos y frondosos. Ya hacía rato que el rey y sus barones habían entrado en el recinto. Los doce hombres que quedaban de la compañía de Alfama arrastraron sus cansados pasos hasta un portal con triple arco de herradura, y tras cruzarlo se detuvieron en uno de los rincones del patio de armas que se abría detrás. El mismo Jan reclinó su espalda en uno de los muros estucados, incapaz de seguir andando. La frente le ardía, la vista se le nublaba por momentos y llevaba el pie izquierdo —aquel en el que había recibido una pedrada— tan hinchado y entumecido que a duras penas podía sentirlo. Pero lo peor de todo era la sed, una sed atroz que le abrasaba la lengua y la garganta, y que le resultaba más insoportable que ninguna de las múltiples penurias padecidas durante la última semana. Era la tarde del tercer día que habían desembarcado en Mallorca, y los moros les habían seguido hostigando hasta pocos momentos atrás, sin tregua ni interrupción; sin embargo, desde la desastrosa derrota cristiana del día anterior, no se había producido ninguna batalla importante, tan sólo ocasionales escaramuzas con mucho griterío y carreras precipitadas de un lugar a otro, pero con muy pocas víctimas. Jan observó a los doce peones que le acompañaban: se encontraban en las mismas condiciones que él, cuando no peores. Todos ellos mostraban feas heridas cosidas precipitadamente, tenían los labios agrietados por la sed y parecían encontrarse al límite de sus fuerzas. De pronto notó cómo la mayoría de ellos se sorprendían al ver a alguien que estaba detrás de sus espaldas.

Jan se volvió y reconoció a su amigo y señor Guilhem Durfort. Y tanto se alegró de volver a verle

vivo y de una sola pieza que todas sus fuerzas le regresaron al instante y le abrazó efusivamente. Los peones de Alfama también se incorporaron del suelo y expresaron el mayor de los contentos, postrándose ante él y besándole las manos repetidas veces. Guilhem, que no era amigo de semejantes pleitesías, les hizo levantarse a todos y les pidió que le acompañaran.

La compañía de peones siguió a su señor por el patio de armas y por un estrecho pasillo acodado de varias vueltas; al final de él, se toparon con el huerto más grande y espléndido que muchos de ellos hubiesen visto nunca. Mientras lo admiraban, Guilhem les explicó que todo aquel recinto era una almunia real, una villa de recreo del emir de Mallorca, conocida como Bellver, o Bellavista. Dado que el lugar parecía fácilmente defendible, el rey Jaime I había decidido pasar la noche allí, en los aposentos privados de ésta. Guilhem los informó además de que tenían todos ellos el paso franco al resto de la almunia, y les dio licencia para descansar hasta la mañana siguiente[*].

Una caudalosa acequia iba descendiendo en cascada por una serie de terrazas. Jan y sus hombres se despojaron de sus arreos y de su armamento, y se arrojaron con sus camisas y calzones a la acequia, que ya estaba llena de otros soldados chapoteando en ella. Bebieron hasta saciarse de aquella agua fresca y clara, dejando que la corriente les lavara hasta el último poro de su piel y el último pliegue de sus vestidos, cubiertos de esa repugnante mugre que venía atormentando a los peones desde hacía tres días, mezcla de sudor, sangre y polvo.

Instantes más tarde, cuando Jan parecía haberse recuperado un poco, Guilhem se le acercó diciéndole que deseaba enseñarle el resto del jardín, repleto, según él, de las más peregrinas hermosuras y portentosos ingenios. Jan acompañó a su señor, y enseguida tuvo que darle la razón. La acequia en la que se había bañado con sus hombres iba a parar a una alberca, extensa como un lago; en sus orillas refulgía un pabellón que parecía todo él hecho de precioso cristal y brillaba un conjunto de espléndidas estatuas de bronce. Las estatuas representaban a varios ciervos perseguidos por un león; y, siguiendo el compás de algún mecanismo oculto iban girando sus cuerpos y meneando sus cabezas tan bien como si estuvieran dotadas de vida propia.

—Se diría que es magia —dijo Jan, con la boca abierta de asombro.

—Magia, no —le corrigió Guilhem—. Ingenio y sabiduría. Los ciervos son autómatas que se mueven accionados por algún resorte, que a su vez es impulsado por las norias que recogen el agua de la acequia. Pero lo más admirable de todo es ese disco que ves allí detrás. En principio no llama tanto la atención; pero si te fijas bien en él, descubrirás que marca el tiempo y la conjunción astronómica. Sin duda alguna debe de ser el mismo tipo de aparato que los antiguos conocían como clepsidra.

Jan observó el disco de oro y plata que le señaló su amigo y confirmó que, efectivamente, marcaba el movimiento de los astros y una hora que no coincidía con la solar.

—No me podía imaginar que los moros hubieran aprendido tan bien la antigua ciencia de los griegos —añadió Guilhem con entusiasmo—, ni que alguna vez en mi vida llegaría a ver autómatas y clepsidras similares a los contruidos por el legendario Herón de Alejandría. Y ahora, sígueme, que te voy a mostrar lo mejor de todo.

Dichas estas palabras, lo llevó al interior del pabellón de cristal, que parecía más obra de hadas que de seres humanos. En los mocárabes de la bóveda resplandecían cientos de espejos que

devolvían su reflejo hasta el infinito. El sol moribundo atravesaba los muros de cristal que sostenían esa misma bóveda, y los fluidos rojizos que descendían por ellos, adoptando extrañas formas, y que sumergían el interior de la estancia en una atmósfera irreal, de ensueño.

—Es una bañera de mercurio, como la que el emperador Nerón hizo construir en su sala de la Domus Aurea —le aclaró Guilhem.

Oyendo esta explicación, Jan recordó que su amigo siempre había mostrado admiración por los ingenios de la Antigüedad; y que ya en la escuela de Barcelona se había leído varias veces el tratado *De architectura*, escrito por Vitrubio, y lo había llegado a convertir en su libro de cabecera.

Salieron los dos del pabellón y se adentraron por un sendero que rodeaba un árbol gigante, cuyas raíces parecían colgar de las ramas. De esas mismas ramas pendían además unas jaulas doradas con exóticas aves que Guilhem le mostró a Jan. Se trataba de unos pájaros parlantes que soltaban imprecaciones y saludos en lengua arábiga. Un par de soldados que había por allí cerca comentaban temerosos que aquellas aves debían de estar poseídas por el demonio, o de lo contrario no podía entenderse aquel portentoso.

El sendero terminaba en un mirador porticado. A través de la hilera de ventanas que se abría en el muro del fondo, se podía ver toda la bahía de Mallorca. Jan se asomó incrédulo por una de ellas y pudo comprobar que efectivamente habían conseguido atravesar la sierra de Portopí y que la ciudad tan sólo quedaba a una milla de distancia. Contempló con gozo la extensa bahía, con sus dos cabos custodiados por atalayas, en las que ya ondeaba la señera con franjas rojas de la casa de Aragón, y sus tranquilas aguas surcadas por más de doscientas naves cristianas. Observó las huestes de cruzados que hormigueaban en las playas y se esparcían por la rica y fértil llanura, y las dobles murallas de Mallorca, que se enroscaban sobre sí mismas como si fueran una serpiente que quisiera llegar hasta el cielo.

—¿Qué ha ocurrido con tu escudero, Bertran de Ribes? —preguntó al fin, apartándose de la ventana.

—Murió. Como ya sabrás, la primera noche que pasamos en esta isla nos tocó hacer la guardia de caballería. Poco antes del amanecer, salimos en pos de un grupo de jinetes que nos habían atacado. Y de pronto, en un claro del bosque, nos encontramos con más de cincuenta sarracenos que nos estaban aguardando, lanzas en ristre. Bertran debía de haber escuchado demasiados romances disparatados o cantares como aquellos de Roldán y del Cid; o tal vez estaba demasiado impaciente por entrar en combate, no sé. El caso es que mientras mis compañeros y yo girábamos grupa y huíamos en retirada, él hincó sus espuelas y cargó a solas contra la morisma que lo ensartó con sus lanzas en un santiamén. Con nuestros enemigos persiguiéndonos los talones, nos adentramos por una selva tan densa y de ramas tan bajas que tuvimos que desmontar de nuestros caballos, pero por fin conseguimos despistarlos. Luego pasamos dos días y dos noches deambulando por los montes, incapaces de volver a encontrar el ejército cristiano, hasta este mismo mediodía, en el que decidimos seguir un camino principal y nos topamos de frente con en Jacme, nuestro señor, que se dirigía hacia esta almunia.

Era tanto el ruido y el alboroto que hacían los pájaros parlantes, que los dos amigos tardaron un tiempo en reconocer la naturaleza humana de unos gritos. Procedían de la planta superior del mismo

mirador en el que se encontraban, y sonaban agudos y estridentes como si estuvieran saliendo de gargantas infantiles.

Jan y Guilhem desenvainaron sus espadas y subieron precipitadamente por la rampa que llevaba hacia el piso de arriba. Entraron en un salón amplio y espacioso, en cuyo interior un grupo de soldados estaba discutiendo animadamente. Uno de ellos sujetaba con firmeza por los brazos a alguien a quien acababa de desnudar. Los dos amigos contemplaron con asombro su angelical rostro, encendido de vergüenza, y su espléndido cuerpo, de tez blanquísima, sin rastro de vello púbico y con unas nalgas tan bien marcadas que para sí mismas habrían deseado muchas meretrices. Los que estaban profiriendo aquellos chillidos eran media docena más de personas, que se acurrucaban contra una tarima en el extremo de la sala, y se tapaban el rostro y el cuerpo con unos mantos. El ser de rostro angelical consiguió soltarse de su captor y se puso a los pies de los que acababan de entrar en la sala, pidiéndoles clemencia; y Jan tuvo que reprimir un grito de asombro, pues bajo sus largos cabellos rubios, se asomaba un rostro asombrosamente parecido al de Blanca.

El peón que lo había sujetado ofreció sus respetos a Guilhem inclinando levemente la cabeza. A continuación, le explicó que aquellos seres andróginos que veían allí eran eunucos. El rey don Jaime y sus barones se los habían encontrado en el harén, entremezclados con esclavas y concubinas del género femenino; y habiéndose empezado a solazar con todos ellos, al descubrir la auténtica naturaleza de los eunucos, los habían apartado de sí con repugnancia y les habían encargado que se los llevaran y que dispusieran de ellos a su antojo. La discusión la había empezado él mismo, Bernat Rius, con dos de sus compañeros, pues mientras él aseguraba que no podía considerarse pecado de sodomía juntarse con alguien que carecía de sexo, los otros argumentaban que puesto que aquellos eunucos habían nacido hombres, como tales deberían de ser reconocidos; y en el furor de la discusión a Bernat no se le había ocurrido nada mejor que agarrar a aquel eunuco, con diferencia el más bello de todos, y arrebatarle todas sus vestiduras para enseñarles sus encantos a los demás y demostrarles cuán equivocados estaban.

De pronto, el eunuco pareció reconocer a Jan, que aún no se había recuperado de su asombro y permanecía paralizado; y no sólo se incorporó y le estrechó entre sus esbeltos brazos, sino que además lo llamó por su nombre.

—¿Quién eres? —acertó a preguntarle por fin.

—Miquel, el hermano pequeño de Blanca.

Jan se separó del eunuco y lo miró con asombro. Si de verdad era quien decía ser, la última vez que lo había visto era un niño de cuatro años.

—Aún recuerdo la pericia con que cantabais y tocabais el rabel.

Guilhem, que había oído estas palabras, se dirigió a los otros peones y les dijo que, puesto que el eunuco era cristiano viejo, se quedaba bajo su custodia y se iría con él. Haciendo caso omiso de las burlas y comentarios socarrones, lo cubrió con un cortinaje que arrancó de la pared y se lo llevó de aquella estancia.

—¿Por casualidad has vuelto a ver a Blanca desde la noche en la que os capturaron? —se atrevió a preguntar al fin Jan con voz temblorosa, mientras los tres descendían por la rampa que llevaba al mirador.

—No, por desgracia; pero conozco el nombre de su comprador. Nos llevaron a los dos a la misma escuela de esclavos, la de la viuda Marien Masrimar. En los seis meses que Blanca estuvo en ella, no pude verla ni hablarle una sola vez, pues a los nuevos eunucos nos mantenían alejados de las doncellas. Aun así, Achib, uno de nuestros maestros, me explicó al cabo de varios años que mi hermana había sido vendida a un notable de la isla que se llamaba Mussa Al-Fortun. Su casa principal se encuentra en la medina de Mallorca, y me imagino que Blanca seguirá estando en el harén de esa casa, suponiendo que al cabo de tantos años siga aún con vida.

—Temo por tu destino, Miquel —le confesó Jan, conmovido por la belleza del eunuco—, y sería una lástima que ahora que hemos conseguido encontrar al único hermano de Blanca lo perdiéramos.

Guilhem, que hasta entonces había permanecido cabizbajo y pensativo, replicó:

—Escúchame, Miquel, cuando alguien te pregunte sobre tu fe, contéstale con la mayor convicción del mundo que en ningún momento has renegado del cristianismo ni te has acogido a la secta mahometana.

—Mentiría si así dijera.

—Entonces tu único destino posible es la hoguera. Ahí es donde van a parar todos los apóstatas.

—En mis adentros creo y seguiré creyendo que el Dios de Mahoma y el de Jesús son el mismo; pero acepto mentir con la condición de que me dejéis unirme a vuestras filas, pues os podría ser de gran ayuda para encontrar el palacio de ese tal Mussa y dar con mi hermana, a quien, la verdad sea dicha, me muero de ganas por volver a abrazar.

—De momento, abrazadme a mí y consideradme también vuestro hermano —le dijo Jan a Miquel, antes de estrecharle entre sus brazos.

Los abundantes jadeos que empezaron a oírse a partir de entonces, provenientes del piso de arriba, les demostraron a los tres que los soldados estaban ya dando buena cuenta de los eunucos. Miquel preguntó si no podrían hacer nada por salvarlos, y Guilhem se limitó contestarle que bastante suerte tendría si conseguía convencer a don Ramon de la Serra para que él reemplazara a su escudero recientemente fallecido.

—Con tal de que vuestra naturaleza andrógina no sea ningún impedimento, lo único que deberíais hacer sería servirme, montar a caballo y cumplir con el voto de castidad —le explicó.

—Mi voto es de por vida e imposible de romper, tal y como habréis visto ya. El resto lo haré con gusto.

Los tres se retiraron de aquel mirador y se adentraron en el jardín. Soldados y caballeros recogían con curiosidad los plátanos, albaricoques o melocotones que crecían por doquier, temiendo que fueran venenosos; y agarraban por las patas algunas de las exóticas aves azules con ojos pintados en las alas, temiendo también que estuvieran encantadas y que en el momento de hincarles el diente supieran a carbón o azufre. Muchos otros seguían zambulléndose y chapoteando en el agua de la

alberca o de las acequias, y ebrios de alegría llegaban a pescar algunos de los brillantes peces de colores que se escurrían entre sus pies. Era en verdad como si Dios todopoderoso hubiera recompensado a aquellos hombres de sus fatigas y heridas otorgándoles la entrada al país de Jauja, donde toda la comida era gratis y estaba al alcance de la mano: tan sólo faltaba que aquellos manjares fueran de verdad comestibles. El olor a carne asada que empezaba a inundar el jardín no hizo sino confirmarles que sus compañeros estaban dejando de lado sus recelos. Miquel recogió algunos de los frutos, los de pulpa más jugosa, y llegó a conseguir que los peones que se arracimaban alrededor de una de las hogueras le pasaran medio pavo. Tanta era el hambre que tenían que ni siquiera habían llegado a desplumarlo; aun así, la carne sabía bien. Mientras compartía la comida con Jan y Guilhem, el eunuco escuchaba en silencio las canciones picantes de los soldados, o los comentarios socarrones sobre la cobardía del señor arzobispo y buena parte de los barones, que habían preferido seguir con sus barcos costa abajo antes que desembarcar con el rey y enfrentarse a los sarracenos. Entonces comentó con extrañeza que la mitad de los cruzados no parecían aragoneses ni catalanes, y que por el hablar se notaba que debían de provenir de lejanas tierras, situadas al otro lado de los Pirineos. Guilhem le comentó con cierto orgullo que efectivamente así era, y que los muchos franceses, italianos y provenzales que formaban parte de la hueste se entendían entre ellos usando la lengua de Oc. Los alemanes y los flamencos, en cambio, tenían que chapurrear el latín o emplear a los ingleses de intérpretes, pues éstos sabían hablar tanto la variante normanda del francés como la sajona del alemán.

—¿Cómo es eso posible? —acertó a preguntar Miquel.

—En la isla de Inglaterra todos los señores y clérigos son normandos, y los criados y campesinos, sajones; de ahí les viene su bilingüismo natural —aclaró Guilhem.

De pronto, un caballero se acercó al fuego desde las sombras pidiendo silencio, y a medida que templaba su salterio, explicó con voz bien alta:

—Este romance heroico va dedicado, en primer lugar, al rey en Jacme nuestro señor, auténtico león en su bravura y fiereza luchando contra los sarracenos; y en segundo lugar, a mi señor Bernat de Sant Climent, caballero gentil y esforzado donde los haya.

De inmediato empezó un largo romance cuyos primeros versos decían así:

*Lo rei ab sos cavallers, firent e trencant
muntaren sus el puig, on trobaren la presa gran.
Si que la batalla, fo molt gran sus alt
e els sarrains no pogren, sofrir pus avant,
lo rei ne sa companya, que al puig foren muntats,
que tants n'hagren morts, que corria la sang,
com si fos flum d'aigua, per lo puig avall*[\[*\]](#).

Jan descubrió que se estaba refiriendo a la reciente batalla de Santa Ponça, aquella en la que él mismo había participado tras el desembarco, dos días atrás. Pero en la batalla de verdad el rey y sus

caballeros, en lugar de atacar, huyeron cobardemente, dejando todo el trabajo a los peones, recordó con amargura.

—No me imaginaba que fueran tan rápidos en componer romances —dijo cuando éste hubo terminado.

—Lógico, algunos de los caballeros de la mesnada real, como este Berenguer de Termes que acaba de cantar, son hábiles trovadores, y en Jacme nuestro señor usa sus composiciones para infundir valor a sus soldados y enaltecerse a sí mismo.

—¿Creéis que cuando junten este romance con otros y compongan un cantar de gesta sobre la cruzada de Mallorca llegarán a mencionarnos? —preguntó Miquel con los ojos brillantes.

—Mucho me temo que el rey y sus ricos hombres ocuparán tanto espacio en él que ya no dejarán sitio para nadie más —dedujo Jan.

—Tampoco dejarán sitio para las concubinas de Abu Yahya, con las que ahora mismo se están solazando todos ellos.

Tras dar buena cuenta de su comida, a Jan aún le quedó tiempo de afeitarse con su cuchillo la larga cabellera de Miquel y de buscarle ropa que vestir. Después se abrazó al hermano de Blanca y acercando su rostro al de él, enroscó alrededor de sus dos cuerpos el cortinaje que habían arrancado poco antes y se quedó profundamente dormido con una sonrisa en los labios, tanto le recordaba Miquel a su enamorada.

Se despertó a primera hora de la mañana, sobresaltado por el chirrido del metal y el estrepitoso estallido de los cristales. Olía fuertemente a madera quemada y había un gran trasiego de soldados de un lugar a otro. Miquel estaba de cuclillas a su lado, pero en un primer instante le costó reconocerle, pues iba vestido de la cabeza a los pies como un caballero templario, con la loriga, el yelmo y la sobrevesta puestos. El hermano de Blanca le contó que el comendador de la orden, Ramon de la Serra, acababa de dar su beneplácito a Guilhem para que fuera su nuevo escudero, y le había proporcionado además el armamento de un caballero caído el día anterior.

—¿Y estos ruidos y este olor?

En esta ocasión fue Guilhem quien le respondió:

—El rey ha ordenado destruir toda esta almunia, y eso incluye el pabellón de cristal y los autómatas y la clepsidra que tanto admiramos ayer por la tarde.

—Es una pena que nuestro señor actúe de un modo tan bárbaro con este lugar y que además destruya todos estos ingenios diseñados por el ilustre Al-Muradi —apuntó Miquel, que llevaba viviendo allí desde hacía más de dos años y había llegado a cogerle aprecio a su prisión.

—Según tengo entendido, don Alfonso de Castilla hizo respetar en Toledo una almunia similar a ésta, que aún existe y es conocida como el Huerto del Rey —apuntó Jan—; don Alfonso de Aragón, al conquistar Zaragoza, también dejó intacta aquella otra conocida como la Aljafería. Pero mucho me

temo que a nuestro rey le invade el mismo ardor religioso que a sus dos educadores, el cruzado sire Simón de Montfort y el templario misser Pietro de Benevento, caballeros fanáticos donde los haya. Si llegamos a conquistar la ciudad de Mallorca, no creo que llegue a dejar gran cosa de todos los grandes palacios, mezquitas y monumentos que, según he oído decir, la embellecen.

Un griterío infernal les hizo dirigir su mirada hacia el árbol con los pájaros parlantes. Los soldados habían amontonado sus jaulas contra el tronco y le habían prendido fuego; las llamas enseguida se habían extendido a las ramas de los frutales vecinos, y con el chillido de los pájaros se mezclaba el chisporroteo de las ramas ardiendo; de vez en cuando, las lenguas de fuego acariciaban los frutos y hacían saltar de ellos repentinas llamaradas azules. Un sacerdote con yelmo y loriga estaba rociando con agua bendita a los pájaros de aquellas jaulas, que, según se decía, estaban poseídos. De pronto, uno de ellos saltó de su jaula revoloteando, con su larga cola en llamas. Su chillido era tan sobrecogedor que causó gran espanto entre los presentes; el mismo sacerdote se echó hacia atrás gritando una y otra vez: «*Vade retro*, Satanás!, mientras el pájaro se perdía entre las alturas, y Jan y Guilhem contenían la risa.

A la salida de la almunia, los peones tuvieron que formar filas en el polvoriento ejido que la separaba de los pinares circundantes. Jan supuso que algún prelado oficiaría una apresurada misa de laudes y daría el habitual sermón; pero se equivocaba. Por un postigo de la almunia aparecieron de pronto varios caballeros que iban a pie y con el rostro cubierto por una capucha, en señal de duelo. En lo alto enarbolaban una lanza quebrada y varios escudos y yelmos. Unos y otros estaban tan abollados y cubiertos de tajos que los seis besantes y la vaca del Bearn que estaban pintados en ellos —las enseñas de la casa de Montcada— resultaban casi irreconocibles. Se hizo un silencio sepulcral entre toda la hueste de mil soldados, y de pronto, Bernat de Campanes, lugarteniente de la Orden del Temple, empezó a entonar con su voz ronca:

Dies irae, dies illa

solvet saeculum in favilla,

teste David cum Sibylla.

Quantus tremor est futurus

quando iudex est venturus

cuncta stricte discussurus^[*].

Los soldados corearon la canción y emprendieron la marcha, dejando a sus espaldas la almunia pasto de las llamas. No tardaron en alcanzar la fértil huerta que rodeaba la medina de Mallorca. Los campos por los que se abrían paso estaban floridos, y con la verde hierba y los abundantes frutos salpicados de rocío; pero conforme se iban acercando a la ciudad, la desolación se iba extendiendo. Al igual que una plaga de langostas, la hueste de cruzados iba avanzando por aquella rica llanura, devorándolo todo a su paso. Hacían caer los árboles más frondosos a golpes de hacha y saqueaban alquerías, molinos y granjas, que ardían con puertas y ventanas abiertas de par en par. De ellas brotaban densos remolinos de humo que, en ocasiones, ennegrecían algún cadáver que colgaba de una rama.

Tras largas y entretenidas horas de marcha, las compañías de los dos ejércitos cristianos se reencontraron por fin ante las murallas de Mallorca. Y muchos de los peones y caballeros que las componían se dieron la mano, se abrazaron o se besaron en las mejillas. Otros se hincaron de rodillas y cambiaron el *Dies irae* que habían cantado hasta entonces por un *Te Deum* de gracias al Señor, por haberlos llevado hasta allí sanos y salvos. Y era en verdad algo digno de ver, pues los alféreces habían desplegado sus pendones, y en ellos brillaban las coloridas enseñas de los barones; allí se veían las lunas y los manzanos, aquí las campanas, los castillos y las alas; en este lugar las cruces y las barras, y en el otro los lirios, los montes y los ciervos. Y estas mismas enseñas se repetían hasta la saciedad en los más de veinte mil yelmos y escudos de la hueste, y en las lorigas que recubrían a las monturas de los caballeros.

Jan desvió enseguida su atención hacia las magníficas defensas de la ciudad, y con ello se disipó su alegría y se apesadumbró mucho. Tras un profundo foso repleto de agua se extendía un doble cerco de murallas, con las almenas puntiagudas como dagas. Tanto la muralla barbacana como la principal, encaladas a conciencia, relucían deslumbrantes bajo la luz del sol. La única entrada que quedaba cerca, la de Levante o Bab Al-Quful, tenía unas puertas tachonadas con clavos de hierro y estaba custodiada por dos torres albarranas, hechas de robustos sillares. Recordó el fracaso de la cruzada emprendida el siglo anterior, y se le ocurrió que aquella obra de ingeniería tan admirable haría el asedio mucho más largo y duro. Se preguntó incluso si él o cualquiera de sus compañeros llegarían a pisar alguna vez el interior de aquella ciudad, que a primera vista parecía inexpugnable. Gradualmente, sus ojos se acostumbraron a la luminosidad de las murallas y empezó a reconocer las hileras de soldados que se agazapaban tras las almenas, y las multitudes de ancianos, mujeres y niños que se encaramaban sobre los tejados, o se asomaban por los innumerables miradores y azoteas de la ciudad. Todos ellos debían de estar observando con pesadumbre los destrozos que el ejército cruzado estaba causando en los campos que les daban de comer. Por algunos de sus movimientos se notaba su enfado y su aflicción: muchas de las mujeres movían rítmicamente sus cabezas o parecían mesarse los cabellos, como si estuvieran celebrando un duelo; los soldados de las almenas, por el contrario, alzaban los puños y soltaban insultos en algarabía. Entre otros, Jan creyó reconocer *jalufa* y *welkajba*. A estas imprecaciones se añadían las consignas religiosas que canturreaban y coreaban los almuédanos desde lo alto de los minaretes para infundir valor a esos soldados. En la lejanía, bien apartados del ejército de los cruzados, aún se podían divisar grupos de campesinos cargados de sacos y correteando a campo través, dirigiéndose hacia la puerta de oriente de la ciudad que permanecía abierta.

—De aquí ya no nos moveremos hasta haber conquistado todo esto —sentenció Pere Baixet, que estaba a su lado—. Que Dios nos ampare.

—A nosotros y a todos los habitantes de Mallorca —añadió Jan, pensando en Blanca.

III

El *mexuar* de la Almodaina no sólo era el centro y corazón de aquel alcázar, sino también la estancia más amplia y espléndida de toda la isla. Aunque ya lo hubiera pisado con anterioridad una veintena de veces, Ahmad no podía dejar de admirar aquella vasta sala, en cuyas alfombras cabían cómodamente los más de seiscientos hombres que en aquel mismo momento estaban allí sentados. No había ni una sola columna o pilar sosteniendo el inmenso artesonado de mocárabes azules y dorados, que pendía sobre el suelo como si estuviera flotando en el aire. Los rayos de sol entraban rectos por los tragaluces del centro y, al alcanzar la telaraña de estrellas que lo rodeaba, se quebraban y se quedaban enredados entre las incontables estalactitas de la penumbra. Por toda la sala resonaban los ecos de la multitud que estaba discutiendo animadamente. Árabes y bereberes, romanos y sudaneses, tártaros y eslavos: todos los vecinos más importantes de la isla habían acudido a la convocatoria del emir Abu Yahya Al-Hakem para el consejo general que se celebraba aquella misma mañana. Ahmad Al-Fortun saludó a varios amigos y familiares suyos y se sentó al lado de su suegro, Aziz, que estaba en la misma pared del trono y muy cercano a él. Ahmad podía presentarse ante él con la cabeza bien alta: había luchado a las órdenes del valiente y esforzado adalid Billah Al-Fatí a lo largo de tres días y tres noches y él solo había abatido con la fuerza de su brazo a más de siete caballeros cristianos. Pero si de algo podía estar verdaderamente orgulloso era de haber participado en aquella gran victoria en la que él y los suyos habían hecho morder el polvo a los hermanos Montcada.

Recordó que el propio Abu Yahya le había ofrecido años atrás el puesto del consejo que su padre había dejado vacante, pero que lo había rechazado sabiendo que el tremendo dolor que sentía no le permitiría participar con éxito en las intrigas palaciegas. Un dolor que estaba causado por la pérdida de sus dos seres más queridos: su padre Mussa y su enamorada Zahira que, según le habían contado, había perecido ahogada en el mar, tras abandonar la isla en la primera chalupa que había encontrado. A partir de entonces, Ahmad se había dedicado con un entusiasmo casi suicida al alcohol, al hachís y al amor fácil de las odaliscas. Ni siquiera el matrimonio que su madre le había concertado con Fátima, de la alcurnia de los Al-Hakem, había conseguido reducir de modo significativo su obsesión por los placeres rápidos, ni su frecuente asistencia a las fiestas y los saraos de la ciudad. Sólo la invasión de los francos le había hecho aflorar su verdadera naturaleza de guerrero, que hasta entonces estaba dormida, y le había permitido redimirse ante los ojos de la opinión pública.

Se oyó un repentino murmullo en la sala, y al instante apareció el emir, acompañado por los miembros de su consejo. Iban todos ellos armados, circunstancia que en sí misma era una declaración de intenciones más que evidente: no habría rendición. Mohamed Al-Saracusí, el converso enviado por Abu Yahya para pactarla con los cristianos, se dirigió a la multitud de vecinos y les pidió

silencio alzando la mano. A continuación explicó cómo se habían desarrollado las conversaciones. En su primera entrevista con el rey franco, Mohamed le había ofrecido la isla entera y cinco besantes por cada uno de los vecinos que se encontraban allí, en el *mexuar*, si los dejaba marcharse a todos ellos hacia Túnez con sus familias y sus pertenencias. Jaime I había aceptado enseguida la oferta, pues a pesar de su carácter aventurero y temerario, tenía en demasiada estima el valor de las muchas vidas humanas que podían perderse si aquella guerra insensata seguía adelante. Sin embargo, los jeques francos, cegados por su codicia, habían encontrado la cantidad de dinero ofrecida insuficiente, porque creían que la ciudad estaba a punto de caer; y no sólo eso, sino que además se enfurecieron con su rey, creyendo que éste quería privarles de un cuantioso botín. Así que le amenazaron con retirarse y abandonarle a su suerte, como ya habían hecho en el asedio de Peñíscola pocos años atrás, si accedía a las proposiciones de Abu Yahya. Jaime I le pidió a Mohamed unas horas para reflexionar, y en la segunda entrevista que mantuvo con él, le puso unas condiciones tan duras y humillantes, que resultaban completamente inaceptables.

Fue el propio Abu Yahya quien, levantándose de su trono, explicó a todos los presentes las condiciones que había puesto el rey franco, y lo hizo con una voz que resonaba por toda la sala clara y vibrante, como la del arcángel Gabriel incitando a los creyentes a luchar contra el enemigo.

—Hermanos musulmanes, bien sabéis todos que el califa Mohamed Ibn Yakub Al-Munemim, bendito sea su nombre, hace cien años echó al mar a los cruzados que intentaban apoderarse de esta isla; y que desde entonces hasta ahora, con la ayuda de Dios, hemos resistido todos los ataques y acometidas de los cristianos.

»Éste es nuestro hogar y aquí tenemos a nuestras mujeres, hijos y parientes. Y ahora nos dicen estos perros francos que se lo entreguemos y que nos convirtamos en cautivos suyos; y no sólo eso, sino que además quieren que les demos a nuestras mujeres para que puedan forzarlas y hacer todo cuanto les plazca con ellas. Éstas son las condiciones que nos han puesto para aceptar nuestra rendición.

El emir dejó que un clamor de indignación recorriera el *mexuar* entero durante un minuto, antes de pedir silencio con un ademán de su mano.

—Hermanos musulmanes, yo que soy vuestro señor, querría más perder la cabeza antes que verme obligado a sufrir tan duro ultraje contra la ley. Por ello desearía saber vuestra opinión. Decidme, ¿qué os parecen las condiciones de los francos?

Un clamor aún más fuerte que el anterior respondió a la pregunta. Los seiscientos presentes se irguieron del suelo desenvainando las espadas y gritando todos a una: «¡Muerte a los perros cristianos!».

El emir pidió silencio de nuevo, y finalizó su discurso diciendo:

—Puesto que os veo con tanto valor y tan buena disposición, salgamos a las murallas a defendernos y vendamos caras nuestras vidas. Que Dios nos ampare.

Todos los asistentes salieron en tumulto de la Almudaina y se dirigieron hacia las murallas. Ahmad los siguió y, por primera vez desde que había empezado el asedio, subió al adarve y se asomó a las almenas.

El temor y la angustia que no había conocido durante más de cuatro largos días, luchando sin tregua por los montes, le asaltaron de pronto al contemplar la espantosa vista que se veía desde allí arriba. Y a medida que lo iba haciendo, a ese temor y esa angustia se le añadió una inmensa rabia que le inundó el corazón y le hizo rechinar los dientes. Toda la fertilísima huerta de Mallorca se había convertido en un erial yermo y negro, con los campos quemados, los árboles talados y las casas arrasadas hasta sus cimientos. El fuerte de los cristianos se alzaba entre ellos y esa huerta desolada. En él destacaban sobremanera las coloridas tiendas y pabellones del campamento real, rodeadas de brillantes pendones; las pobres chozas con el techo de paja del campamento del común entre las que hormigueaban los peones, por el contrario, pasaban casi desapercibidas. Ahmad confirmó que la doble empalizada que protegía a ambos campamentos rodeaba también la ciudad de Mallorca, delimitando un corredor tan ancho que diez jinetes podrían trotar por él, uno al lado del otro y sin estorbarse. A los pies de la empalizada, los francos habían excavado un foso erizado de estacas por el que corría con abundancia el agua que habían arrebatado a la acequia de la ciudad. Hasta sus propias narices llegaba el agrio hedor de los cientos de cadáveres de moros y cristianos que se pudrían en el espacio que se extendía entre el foso seco de su barbacana y el foso con agua del campamento, sin que nadie se atreviera a recogerlos ni a darles sepultura. Oyó el chasquido de trabucos y almajanaques, protegidos por parapetos de madera, y el estrépito de los pedruscos y las bolas de plomo que no cesaban de caer por todas partes; y vio que muchos de los que habían asistido con él al consejo general se exponían temerariamente entre las almenas desmochadas de la muralla inferior y se juntaban a los pocos hombres que quedaban por su adarve. Pero lo que más le inquietó de toda aquella vista fueron las dos torres móviles de ataque, de hasta siete pisos de altura, que los cristianos estaban finalizando. Pensó con rabia y desesperación que sólo un milagro podría salvar a la ciudad, y justo entonces oyó el ruido de algo blando aplastándose a su espalda.

Era una bola peluda que acababa de rebotar contra la pared de una torre y había ido a parar al camino de ronda de la muralla superior, en la que se encontraba él. Al principio, Ahmad se figuró que sería la cabeza de un cerdo o de un jabalí, pues tenía las orejas largas y puntiagudas; pero al acercarse a ella y darle la vuelta con el pie se dio cuenta de que se trataba de una cabeza humana, machacada por el golpe y con las orejas del animal más inmundo de la creación cosidas a los dos lados. Soltó un grito de espanto, que enseguida fue coreado por otros gritos y lamentos. Había más cabezas que seguían cayendo sobre las calles, los patios y las azoteas de la ciudad; decenas de ellas, cientos tal vez, y lo hicieron durante largo rato. Y entonces llegó hasta Ahmad el lamento afligido de un vecino, asegurando que aquellas cabezas pertenecían al muy noble y leal Billah Al-Fatí y a sus cuatrocientos caballeros, que la noche anterior habían salido de la ciudad en una arriesgada expedición para destruir la presa de los cristianos, y devolver el agua a la acequia de Mallorca. Ahmad recordó con los ojos nublados por las lágrimas que él mismo se había ofrecido como voluntario para esa expedición, pero que Billah le había rechazado, porque la consideraba demasiado peligrosa y prefería que le acompañaran hombres sin descendencia. La desesperación se apoderó de Ahmad y bajó precipitadamente por las escaleras de la muralla con el rostro desencajado[*].

En otras circunstancias, habría llamado la atención de la multitud de transeúntes que solía

frecuentar las calles. Ahora no había nadie en ellas, y puertas y obradores estaban cerrados a cal y canto, como si hubiese sonado la llamada del Magrib y fuese ya de noche. Por las desiertas aceras se amontonaban la basura y los excrementos, que nadie se preocupaba en retirar. La razón de todo ello era la terrible peste que afligía a la ciudad desde hacía cinco semanas, pues aparte de los defensores o de los moribundos, nadie más se atrevía a salir de sus casas.

De vez en cuando se veía un cuerpo humano tirado en medio de la calle, y era difícil adivinar si se trataba de un muerto o un enfermo. Esto es lo que ocurría con la joven que yacía tumbada frente a una fuente reseca. Estaba completamente desnuda, y escondía el rostro entre sus brazos. Ahmad observó con atención su blanco trasero, que en otras circunstancias le habría despertado el deseo, y se acercó a ella con el fin de cubrirla con su propio manto y de ayudarla si aún estaba viva. Los estertores que empezó a oír a los pocos pasos de distancia le confirmaron que la joven estaba agonizando. Se detuvo justo en el momento en el que ella se incorporaba del suelo tambaleándose y mirando al cielo, como si estuviera implorando ayuda a Dios. Ahmad se alarmó al ver los labios y las cuencas de los ojos amarillentos y contraídos. La peste se había cebado en aquel semblante que, poco tiempo atrás, aún debía de haber sido bello y atractivo. La joven pareció darse cuenta de su presencia, y empezó a acercarse a él. Y le habría llegado a tocar, de no ser por el repentino acceso de tos que la sacudió de cuerpo entero y que la hizo derrumbarse al suelo.

Ahmad siguió su camino sin inmutarse apenas: no era la primera víctima que veía. David Halevi, el médico de la familia, le había asegurado que aquella peste no era causada por el fétido olor que inundaba el aire de la ciudad, tal y como se decía comúnmente, sino por el agua. Hacía ya más de dos meses que los francos habían secado la acequia principal de la ciudad y como aún no había llovido, la gente humilde había empezado a beber el agua insalubre de las alcantarillas. De momento, la gente principal se había salvado de la peste gracias a los aljibes y a los pozos que tenían en sus casas; pero su suerte no duraría demasiado tiempo. El mismo aljibe de los Al-Fortun se había vaciado tanto que sólo quedaba en su fondo un charco cubierto de verdín.

Ahmad observó el cielo y confirmó que seguía nublado, como lo había estado a lo largo de las últimas semanas, pero que aún no caía de él ni una sola gota de lluvia. Maldiciendo a los perros cristianos que sitiaban la ciudad, se metió por el callejón en el que se encontraba la puerta de su casa, entró precipitadamente en ella y la cerró de golpe. En el zaguán le estaban esperando su mujer Fátima y su hija Laila, que dormía apaciblemente acurrucada entre sus brazos, y con la boca enganchada al pecho del que acababa de mamar. Los acompañaban Amina y la hermana de Ahmad, Aisha. Las tres mujeres tenían la ansiedad pintada en su semblante, pero sus labios agrietados y su color sonrojado le confirmaron a Ahmad que habían seguido escrupulosamente las instrucciones recomendadas por el médico y no habían bebido agua fecal, a pesar de la abrasadora sed que debían de estar sintiendo. Las tres mujeres le preguntaron a la vez si había novedades y el emir había conseguido pactar ya la rendición. Como la respuesta fue negativa, entonces Fátima le preguntó con cierta sorna cuándo diantres creía que llegaría la generosa ayuda prometida por sus parientes lejanos, los hafsíes de Túnez o los adelwadíes de Tremecén.

—Mucho me temo que sus barcos nunca llegarán a las costas de Mallorca —respondió Ahmad con amargura—. Ellos, nuestros hermanos de fe, nos han abandonado. He leído las crónicas: nunca, ni en los tiempos del califato Omeya, ni siquiera en los del Almorávide, se había visto una desvergüenza

tan grande.

Ahmad le dio a su hija Laila un beso en la mejilla y a continuación explicó todo cuanto había oído o presenciado desde su partida, omitiendo algunos detalles e intentando suavizar otros, para que las mujeres de su familia no cayeran en la misma desesperación que él. Mas sus intentos fueron vanos, pues su discurso fue seguido por un tenso silencio. Ahmad se atormentaba con la certeza cada vez mayor de que los cruzados llegarán a entrar de verdad en la medina, y en las consecuencias que ello podría acarrear para su familia. Y en ese preciso instante decidió que llevaría a cabo el plan que había estado ideando los últimos días, un plan que conociendo tan bien como conocía la mentalidad de los caballeros cristianos, le parecía casi infalible. Y el precio que debería pagar por llevarlo a cabo era alto, pues él debería sacrificar su vida de pecador a cambio de la honra y la libertad de su familia; pero cuanto más lo pensaba, tanto más insignificante le parecía ese mismo precio. Ahora tan sólo faltaba que lloviera.

Y de pronto el milagro se hizo. Un reguero de agua resbaló por su nariz y fue a parar a sus sedientos labios. Empezaron a caer más gotas sueltas. Estaba lloviendo. El patio entero se impregnó del dulce aroma a tierra mojada; y cuando la lluvia se hizo más intensa y se empezó a convertir en chaparrón, la saludó un rugido de alegría que brotó de miles de gargantas a la vez, mezclado con alabanzas a Dios por su clemencia y su misericordia.

IV

Jan se levantó bruscamente del suelo en el que había estado durmiendo, y se puso a tientas su loriga y su cofia. En sueños le había parecido oír un estrépito parecido al de una pared desmoronándose: tal vez en esta ocasión fueran ciertos los rumores de que estaban a punto de entrar en la ciudad sitiada. Se ajustó el broche de su grueso manto de lana, y tras arrebuajarse bien en él, salió de la barraca en la que estaba alojado con sus hombres.

Sobre el cielo aún titilaban las estrellas, duras y distantes. Una ligera claridad apuntaba ya por el firmamento, pero Jan sabía que no habría ningún gallo que cantara al alba, pues todos ellos habían desaparecido hacía ya largo tiempo en los hambrientos estómagos de sitiados y sitiadores. Era la víspera de Año Nuevo y un débil manto de nieve había cubierto el inmenso cenagal en el que se había convertido el suelo del campamento. Hombres y caballos tiritaban de frío, y las toses y los estornudos recorrían el campamento entero, entremezclados con los ronquidos. Jan también tosía con fuerza. Tenía la nariz tapada, y la cabeza le dolía tanto por el catarro que apenas podía pensar con claridad.

Observó que Bab Al-Quful estaba iluminada por el resplandor de los incendios que brotaban del subsuelo como si fueran fuego del Averno. Las llamas salían de las cavas y contracavas recién derrumbadas, y lamían sus puertas erizadas de saetas; el puente que unía sus dos torres albarranas se acababa de desplomar. Pero lo más singular de todo eran las sombras de los alrededores, que parecían haber cobrado vida propia: centenares de peones cristianos se acercaban al foso de la muralla, resguardándose en el camino cubierto de Jaspert de Barberà o en parapetos móviles, y lo rellenaban con pedruscos o tablones. Su intención debía de ser allanar el camino a la caballería, para que en el próximo ataque pudiera entrar por el trecho de veinte pasos que se abría en la doble muralla.

Sabía que su alférez Jordi Miró estaba haciendo guardia con su hermano Gilabert en el llamado castillo del Temple, la torre que los cristianos habían erigido frente a la puerta de Bab Al-Quful, y determinó ir hacia allí para preguntarles si habían oído algún rumor sobre aquel ataque del que él aún no estaba informado.

De bien poco les valía a los hermanos Miró la generosa hoguera que habían encendido en su puesto, pues los dos tiritaban de frío y pataleaban contra el suelo para sacudírselo de encima. Guilhem y Miquel les estaban haciendo compañía y su corazón se alegró al descubrirlos allí. El caballero templario pasaba su brazo por detrás del hombro del muchacho con tanto cariño que más parecían una pareja de enamorados que dos compañeros de armas. Jan sospechaba que Guilhem

estaba dando rienda suelta a sus inclinaciones sodomitas con el eunuco; pero esta sospecha, en lugar de afligirle o de enfadarle, le hacía sonreír.

—¿Alguien puede decirme qué está pasando? —les preguntó Jan, tras saludarlos y situarse a la vera del fuego.

—Dicen que estamos a punto de entrar en la ciudad —contestó Jordi.

—No sería la primera vez en los últimos meses que oigo tan gratas noticias, ni siquiera la segunda.

—Esta vez va de veras —le explicó Miquel—. El mismo rey en persona acaba de pasar por aquí. Nos felicitó por seguir en nuestro puesto e hizo buscar a los otros caballeros y peones que habían desertado por el frío o por el miedo; en fin, supongo que ya se encargará de darles su merecido.

—Mejor galardón merecerían todos los ricos hombres y prelados que se quedan a dormir con sus sirvientes en los barcos, del mucho miedo que tienen a hacerlo en el campamento —murmuró Guilhem.

—El caso es que nos ha asegurado que podríamos entrar en la ciudad ahora mismo si quisiéramos —prosiguió Jordi Miró—, pero que su voluntad es que esperemos hasta la salida del sol.

—Eso, hoy mismo comeremos en Mallorca —respondió Jan con ironía, levantando un coro de risas.

La frase que acababa de decir se había convertido en un tópico y solía ser pronunciada en tono de chanza, pues el arzobispo la había repetido ya varias veces en el sermón que había dirigido a la soldadesca, antes de arrojarla en una expedición suicida contra las murallas.

—De no ser por las malditas lluvias de noviembre —aseguró Jordi—, tal vez ya haría varias semanas que estaríamos comiendo en Mallorca.

El primer intento de tomar la ciudad con las dos torres de asalto había fracasado por culpa de la serie ininterrumpida de aguaceros que tras dos meses de sequía cayeron del cielo. Las torres se hundieron tanto en el fango que durante varios días quedaron atascadas e inservibles, incapaces de ser arrastradas por los más de cincuenta bueyes que tiraban de cada una de ellas. Los trabucos que los sarracenos instalaron de pronto en las almenas dieron buena cuenta de ambas construcciones antes de que pudieran avanzar ni un solo paso.

En vista de los resultados, el rey y sus barones cambiaron de plan y decidieron que lo mejor para tomar la ciudad sería excavar minas que horadaran los cimientos de las murallas. Tomando como punto de referencia la misma puerta de Bab Al-Quful, cuatro cavas partieron del campamento cristiano, a la izquierda la del conde de Ampurias, por el centro la de la Mesnada Real, que discurría justo por debajo de esa misma puerta, y a la diestra las del arzobispo de Tarragona y Olivier de Termes. Tres de las cavas fueron interceptadas por contracavas abiertas por los sarracenos. La mina del conde de Ampurias, por el contrario, fue excavada a tanta profundidad que pasó inadvertida. El conde hizo que sus hombres acumularan leña, aceite y resina de pino en su extremo y ordenó que prendieran fuego a la cava. La doble muralla cedió y entonces se abrió en ella la brecha de veinte pasos que Jan veía desde su puesto. Pero de poco les sirvió a los sitiadores, pues justo en el momento en el que se disponían a irrumpir por ella, descubrieron que los sarracenos habían atado

más de trescientos cautivos cristianos en las almenas que se alzaban a los dos lados de esa misma brecha. Los cautivos bajaban la cabeza, avergonzados por su desnudez, entre ellos había mujeres y niños; unos rezaban al Dios de los cielos para que los acogiera en su seno; otros llegaban a pedirles a gritos que no atacaran. Jan paseó sus ojos por todos ellos con el mayor de los temores, pero en ninguno de los pocos rostros femeninos que había reconoció el de Blanca, circunstancia que le consoló en gran manera. Los trabucos dejaron de barrer con sus proyectiles las almenas, y los ballesteros detuvieron sus disparos. El ataque quedó suspendido hasta que el mismo arzobispo acudió a la primera línea del frente, y tras bendecir a los cautivos, ordenó a los atacantes que siguieran tirando sin temor, pues, sin duda alguna, las almas de aquellos inocentes irían directas al cielo. Así que el ataque prosiguió, pero resultó inútil: a los primeros alaridos de cautivos descuartizados por los proyectiles o acribillados por las saetas, los soldados pasaron a apuntar demasiado alto o demasiado bajo, para no cargar en su conciencia la muerte de cristianos. El *Cantar de Mallorca* y las crónicas reales dirían con posterioridad que muy pocos cautivos habían muerto y que la mano de los ángeles había detenido los proyectiles. Lo cierto era que al cabo de ese día y de los otros siguientes, las almenas de la murallas que se alzaban a ambos lados de la brecha seguían estando intactas, y que cuando al fin los peones cristianos irrumpieron por esa brecha para asaltar la ciudad, se toparon con una tercera muralla que los defensores acababan de construir. Y la brecha se convirtió en una ratonera en la que murieron acribillados casi todos los atacantes que por ella habían entrado.

El tercer intento de entrar en la ciudad resultó ser casi una repetición del anterior, y terminó en una masacre frente a una cuarta muralla que habían vuelto a erigir los sitiados, juntando los muros de las primeras casas.

—La verdad sea dicha, y que el cielo me perdone por lo que voy a decir —concluyó Jan—, pero hasta ahora no parece que el Santo Grial nos haya servido de gran ayuda para tomar la ciudad.

—Pues yo he oído decir que este que llevan los reyes de Aragón no es el verdadero —aseguró Jordi.

—Bah, si se juntaran todos los santos griales que hay repartidos por la cristiandad —terció Guilhem—, serían tantos que se podrían fundir y forjar con ellos una campana bien grande y hermosa.

Jan había oído de su boca otro comentario parecido, pero algo más soez, referente al descomunal tamaño que habría tenido el miembro de Jesucristo si de verdad todos los santos prepucios que había repartidos por el mundo le hubieran pertenecido; pero prefirió no soltarlo para no herir susceptibilidades. En lugar de ello, intercambió una mirada de complicidad con Guilhem y tuvo que contenerse la risa.

—Ya nos han traído el desayuno —anunció Jordi Miró, interrumpiendo el curso de sus pensamientos—, el de hoy es verdaderamente espléndido.

Dichas estas palabras, destapó una cesta y se la ofreció a Jan para que se sirviera él mismo: aparte de la abundante carne en salazón, se veían quesos de variados tipos e incluso pan blanco, de flor de harina. Nada que ver con el repugnante bizcocho agusanado que la infantería había tomado desde que habían partido de Salou como único desayuno.

—¿Es que se han vuelto locos? —preguntó al fin.

—Y eso no es todo —añadió, pasándole una bota—. Para regarlo, en lugar de agua cenagosa, buen vino tinto. Eso sí, tened cuidado con él porque es muy peleón.

Jan le dio un buen trago y advirtió que, efectivamente, era de gusto fuerte, mas no tanto como el aguardiente que le pasaron a continuación, puro fuego líquido que rechazó al instante.

Observó en silencio cómo su alférez echaba un buen trago de él. A pesar del largo tiempo transcurrido desde la batalla de Santa Ponça, el aguardiente se le escapaba a chorros por los dos agujeros que le había abierto la flecha en las mejillas, y que aún no se le habían cerrado del todo, ni lo harían durante el resto de su vida probablemente. Pero Jordi Miró no era el único que había quedado malparado: Gilabert había perdido dos dedos de su mano diestra, y el mismo Miquel Guiu tenía la nariz convertida en una masa amorfa como un buñuelo, a causa de la pedrada que había recibido un mes atrás. Con ello había perdido parte de su antigua belleza angelical, pero se parecía más al resto de los sitiadores, que también tenían el cuerpo cubierto de cicatrices. Ésa era la primera guerra en la que los hombres que se sentaban a la vera del fuego participaban; aun así, los pocos meses que habían transcurrido desde su partida de Salou les habían bastado a todos ellos para adquirir la expresión dura e indiferente de avezados hombres de armas. Y todavía podían dar gracias al cielo de seguir con vida y no estar pudriéndose en el foso de la ciudad, como Pere Massip, o en la sierra de Portopí y bajo cuatro palmos de tierra, como Esteve Baixet.

—Acompañadme, Jan —le dijo de pronto Guilhem, que hasta entonces había permanecido callado y meditabundo, como si algún peso le oprimiera el corazón—. En Bernat de Campanes nos está aguardando en su tienda para tratar cierto asunto.

Jan siguió a Guilhem que, en lugar de dirigirse hacia el campamento real, donde estaban todas las tiendas de los hombres principales, torció hacia la izquierda y se adentró por una parte del cerco custodiada por guardias alemanes que difícilmente podrían entenderlos.

—¿Qué os ha parecido el desayuno?

—Magnífico.

—Viandas tan abundantes para el desayuno de unos peones son la prueba irrefutable de que se acerca el final. Los barones han amenazado de nuevo al rey con retirarse y dejarle plantado, y éste ha decidido jugárselo todo a una carta. O tomamos la ciudad hoy mismo o ya no la tomaremos nunca.

—Me imagino que las abundantes dosis de vino peleón y aguardiente son para embotar a los hombres antes de arrojarlos al matadero, ¿no es cierto?

—Así es. Mi tío Bernard Durfort me ha informado de que las compañías de peones del Temple llevaréis la vanguardia cuando dentro de unas horas asaltemos la brecha.

Jan se quedó sin habla.

—¿Y hay alguna posibilidad de que al final se cambien los planes? —preguntó al fin, con la voz vacilante.

—Jan, esta decisión la tomó ayer el rey en consejo con sus barones y prelados. Es irrefutable. ¿Te das cuenta de todo lo que ello implica?

Implicaba que, muy posiblemente, su muerte y la de todos sus hombres estaba cercana. De los más

de mil doscientos peones que habían irrumpido por las brechas en los dos ataques anteriores, tan sólo un puñado de ellos había conseguido conservar la vida.

El propio Guilhem sintió cómo los ojos se le nublaban con las lágrimas, muy a su pesar, pues no quería que el alcaide de los hombres a los que iba a enviar a una masacre segura le viera con el gesto triste y abatido, por muy amigo suyo que fuera.

—Jan, yo os digo y os prometo que, en el caso de que no volvamos a vernos, haré todo cuanto esté en mis manos por encontrar a Blanca Guiu y ayudarla —le dijo, dándole una mano y apretándole consoladoramente el hombro con la otra.

Cuando regresaron al campamento, éste hervía de agitación, con los quince mil hombres que quedaban en la hueste preparándose para el ataque. La nieve se había derretido ya, y a juzgar por la luminosidad con la que apareció el alba, se preveía que el día iba a ser claro y bello.

Por vez primera desde la partida de Salou, el Santo Grial volvió a ser sacado y a mostrarse ante todos los hombres en un oficio religioso. Sin embargo, en esta ocasión no surtió el mismo efecto que en la anterior. El sermón con que el arzobispo Espàrreg terminó su misa de laudes tampoco pareció conmover a ninguno de los miles de cruzados que se amontonaban en la explanada que separaba el castillo del Temple de la puerta de Bab Al-Quful. Aseguraba n'Espàrreg que se encontraban todos ellos reunidos en aquel lugar para conseguir que el sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo fuese celebrado en esas tierras paganas; y que así como Él había vertido su sangre y había sufrido santa pasión en el árbol de la Vera Cruz, era el deber de todos los presentes, como buenos cristianos, verter su sangre para que la buena nueva se difundiera por toda la isla.

—Recordad, además —dijo para finalizar—, que de este modo actuaron los santos bienaventurados, que por aumentar y defender la fe católica pelearon contra los infieles y alcanzaron gloriosa corona de martirio, y que como dice el Evangelio: «*Militia est vita hominis super terram*»: la milicia tiene que ser nuestra vida sobre la tierra. Y por todo ello, yo os digo y os prometo que hoy mismo comeremos a la vera de Nuestro Señor Jesucristo, en su mesa del paraíso, o en la misma ciudad de Mallorca, cuando hayamos derribado sus puertas.

Jan tuvo que taparse la boca para no echarse a reír: era la misma afirmación repetida varias veces por el arzobispo y de la que él mismo se había mofado con tanta frecuencia. Además, encontraba incongruente que se comparara el martirio de los santos —que murieron todos ellos sin defenderse y desvalidos como corderos— con la muerte en batalla de unos cruzados que iban armados hasta los dientes. Su amigo Guilhem tenía razón: el Dios que mencionaba el arzobispo no podía ser el mismo que el del Evangelio de San Juan.

Lo único que de verdad le conmovió fueron las órdenes que el rey Jaime hizo leer a continuación por sus correos repartidos a lo largo y a lo ancho de toda la multitud, pues indicaban que esta vez el intento iba a ser de veras. Iniciado el ataque, nadie podría retroceder ni detenerse por ningún motivo; y si alguien caía gravemente herido, sus compañeros deberían dejarlo tirado ahí mismo, sin asistirle, hasta que el ejército entero hubiese entrado en la ciudad. Todos los presentes debían de jurar sobre la

cruz y los Santos Evangelios que cumplirían esas órdenes, y quien rompiera ese juramento sería considerado traidor y como tal recibiría pena de muerte inmediata; y tanta importancia le daba el rey al juramento, que él mismo lo recitó delante de toda la hueste; incluso a la insignificante compañía de Alfama se acercó un sacerdote templario con la cruz y los Evangelios para que juraran sus peones.

Acabados los juramentos, el arzobispo se dirigió a la hueste y con voz bien alta les prometió:

—Hermanos, ¡al que hoy muriere luchando le absuelvo de sus pecados, sean los que sean! Y a todos aquellos que combatan con valentía y no retrocedan ni un solo paso, les otorgo además... ¡cinco mil días de perdón!

Y entonces, bajo la primera luz del alba, Jan fue testigo de cómo muchos de los asistentes, hastiados de tantos meses de dura campaña, caían de hinojos y se golpeaban el pecho con los puños o juntaban las manos y estallaban en lloros, mientras entonaban un *Kirie Eleison*; y cómo, tras haber comulgado, muchos se abrazaban y se daban besos en la boca o en las mejillas y uno de ellos le perdonaba al otro una deuda o los agravios pasados. Y por todas partes había escenas de amor y reconciliación entre gentes que tal vez el día anterior habían estado a punto de matarse entre ellas.

Instantes después, empezó a resonar el himno claro y vibrante de los condes de Barcelona, tocado por clarines, gaitas y timbales. Los oficiales comenzaron a ordenar a sus hombres que formaran filas, y Jan hizo juntar a sus peones con los de Miravet, pues tantos habían caído en las dos compañías que ahora formaban una sola bajo su único mando. Como de costumbre, él se situó en el centro de todos ellos, con Pere Baixet y Jordi Miró a la diestra, sosteniendo el pendón con la cruz del Temple y la torre de Alfama. Tal y como Guilhem le había pronosticado, les tocaría ir a la vanguardia. Los acompañaban en ella otros seiscientos peones, doscientos ballesteros y cien caballeros noveles.

Y por fin llegó la hora de atacar; y a pesar de todos los gritos de los heraldos y de los caballeros gritando «*Aragó!*» o «*Via dins, que són nostres!*», ni uno solo de los más de novecientos hombres que componían la vanguardia dio el primer paso. Desde la cuarta fila en la que se encontraba, Jan podía oír a los peones de la primera musitando una apresurada oración y haciendo entrechocar sus lanzas, de lo mucho que les temblaban los brazos. Tras unos momentos de incertidumbre y de confusión, el mismo rey se aproximó cabalgando hacia ellos y se situó enfrente, con gran riesgo de su vida, pues quedaba tan cerca de la puerta de Bab Al-Quful que se ponía al alcance de un tiro de ballesta. Era la primera vez que Jan veía a don Jaime I cabalgando solo y sin séquito; y por la expresión airada de su cara adivinó que estaba tan enfadado con la cobardía de sus peones que el peligro le daba igual.

—¡Adelante, mis hombres, pensad que vais en nombre de Dios Nuestro Señor!

Y como la vanguardia aún seguía sin moverse, hizo caracolear su montura con un tirón de riendas y volvió a insistir, con el rostro encendido por la cólera y la voz enronquecida:

—¡Hombres de poca fe, rogad a la Virgen que os asista y asaltad la brecha de una vez, que ya son nuestros!

El rey llevaba puesta sobre su yelmo una espléndida corona con zafiros y rubíes y estaba blandiendo su larga espada desnuda; y en aquel mismo instante surgió por encima de las almenas de la ciudad sitiada el primer rayo de sol naciente, que le dio de lado al monarca. Y entonces su corona

y su espada refulgieron con tanto brillo que su reflejo bañó a muchos de los peones que estaban en las primeras filas.

—¡Adelante, mis hombres, en el nombre de Dios! —seguía insistiendo el rey— ¿Por qué estáis dudando?

Jan percibió por el rabillo del ojo a varios ballesteros tomando posiciones a los lados, dispuestos a acribillarlos a todos por la espalda si el rey así se lo ordenaba, por traidores y perjuros. Se acordó de Blanca. La única causa por la que él estaba allí era el amor que sentía por ella; pero en vez de invocar su ayuda, imploró la de la Madre Celestial a la que don Jaime acababa de referirse, aunque ya no creyera del todo en ella. Y recordando la costumbre que tenía de rezarle cuando era mozo y echaba de menos a su madre muerta, un fuerte grito brotó de su garganta:

—*¡Sancta Maria, Sancta Maria!*

Y entonces, pensando que sería mejor morir de una manera digna, asaltando aquellos muros que hacerlo con un tiro de ballesta por la espalda, se abrió paso entre las filas que le precedían, alzando el escudo y seguido de cerca por todos los suyos; y dejó atrás enseguida a las otras formaciones, poniéndose en la línea de tiro del enemigo. Y no fueron los únicos que así hicieron, pues enseguida muchos de aquellos otros peones que iban a la vanguardia empezaron a gritar también «*¡Sancta Maria! ¡Sancta Maria!*», y echaron a correr tras sus pasos e incluso los adelantaron, mientras el grito era repetido una y otra vez al unísono por todos ellos; y ese mismo grito se expandía entre las mesnadas de caballeros y los batallones de ballesteros y las otras compañías de peones que había más atrás. Y así, invocando la ayuda de la Madre Celestial, para que les valiera tanto a la hora de su muerte como su madre terrena les había valido en la de su nacimiento, y gritando su nombre en voz bien alta para darse ánimos a sí mismos, el ejército de quince mil almas empezó a avanzar hacia las murallas con paso rápido y decidido.

El hedor de los cuerpos que aún se pudrían en el foso infestaba tanto el aire que Jan se sintió a punto de desfallecer. Ese mismo hedor seguía notándose pasadas las dos primeras brechas abiertas en las murallas, pues también allí se estaban descomponiendo los cuerpos de los caídos en los ataques anteriores. Sobre las torres albarranas que custodiaban la cercana puerta de Bab Al-Quful aún ondeaba la bandera con el sello de Salomón; pero Jan advirtió que a pesar de quedar a menos de medio tiro de ballesta, sus defensores no se tomaban la molestia de dispararles. Cuidando de no perder el equilibrio entre los abundantes cascotes que cubrían el suelo, consiguió alcanzar la brecha abierta en el tercer muro. Desde allí arriba, pudo observar su destino final, el último obstáculo que se interponía entre los sitiadores y la ciudad. Era un cuarto muro que se había construido juntando las casas de una calle y tapiando sus puertas y ventanas: allí estaba la brecha que se había abierto aquella misma noche y que había despertado a Jan de su sueño. Era tan estrecha que no dejaría pasar más de una docena de peones o de cinco caballeros a la vez; y los defensores lo sabían. Desde el lugar donde se encontraba se podían distinguir los estandartes y los pendones con las enseñas de los sarracenos, y cientos de picas brillando contra el sol resplandeciente de la primera mañana. Jan entendió que el grueso del ejército enemigo estaba allí, aguardándolos en aquella cuarta brecha, que

también ellos se lo estaban jugando todo a cara o cruz, y que la batalla sería muy reñida y cruel. Los músicos del ejército cristiano habían quedado tan atrás que ya no alcanzaba a distinguirlos; el temible estruendo de los tambores y las estridentes chirimías que tocaban los moros, en cambio, llegaba con demasiada nitidez hasta sus oídos.

Jan alzó su escudo y lo juntó a los de sus compañeros. Y entonces, justo cuando sus botas pisaban los primeros escombros que habían caído del cuarto muro, estalló un griterío y los peones que le precedían dieron la vuelta y los empujaron tan fuertemente hacia atrás que a punto estuvieron de hacerles perder el equilibrio. Uno de ellos se agarró a sus pies, con la cara cubierta de cal viva; otro, con los dedos humeantes y despellejados por la pez ardiendo, tiró de su escudo; los dos tenían el lomo atravesado por varias flechas. Y durante breves instantes, Jan y sus hombres se quedaron atrapados entre las decenas de delante que querían huir y los cientos que empujaban desde atrás, preguntándose cuánto tiempo tardarían en recibir la misma medicina que los que les habían precedido.

Y entonces oyó que los peones debían retirarse y dejar paso a la caballería. Sin dejar de juntar aún su escudo con el de Jordi Miró y el de Pere Baixet, y zafándose de los heridos que se agarraban a él, consiguió echarse a un lado. Y lo hizo a tiempo de ver a los cien caballeros que iban a la vanguardia abriéndose paso entre la multitud de peones, atravesando la cortina de cal y de humo que infestaba el aire, atropellando a los cristianos heridos que quedaban por delante y lanzándose como un torrente contra el muro de picas sarracenas.

El choque que se produjo fue brutal. Muchas de las picas se quebraron, y algunos de esos mismos caballeros quedaron ensartados en ellas con sus caballos; otros cayeron rodando por la pendiente de cascotes. El resto giró grupas rápidamente y regresó con el grueso del ejército, situándose tras las compañías de ballesteros.

Los peones recompusieron sus filas y, juntando sus escudos, volvieron a subir penosamente por esa misma pendiente. Y cuando se encontraban a pocos pasos de distancia del enemigo, se hizo una pausa similar a la de la batalla de Santa Ponça; un alto en el que los combatientes de los dos ejércitos estrechaban tanto sus escudos y adargas entre sí que parecía como si fueran todos ellos escamas de dos dragones enfrentados, que estuvieran midiendo sus fuerzas antes de lanzarse al combate; y ni uno solo de los peones se atrevía a dar un paso más, ni a adelantar ninguna parte de su cuerpo, por miedo a que se la cortaran o se la atravesaran con las picas. Mientras tanto, Jan podía imaginarse a los barones y prelados, sentados todos ellos sobre las cómodas sillas de sus monturas, preguntándose por qué diantres aquellas ratas cobardes a las que llamaban peones no se atrevían a avanzar hacia una muerte en masa, hacia un suicidio colectivo. Pero no era ése el pensamiento que más le preocupaba.

Jan sabía que se encontraban en el momento más decisivo de la campaña, aquel en el que se decidiría la suerte de todos los moros y cristianos que había en la isla; si, tal y como había sucedido en los ataques anteriores, los defensores conseguían hacer retroceder al ejército cristiano hasta el foso, habrían ganado tiempo para rellenar la brecha o construir un quinto muro: y en tal caso, los ricos

hombres retirarían su apoyo al rey y éste tendría que regresar con toda la hueste hacia Cataluña, y él no volvería a ver a Blanca nunca más.

Y justo en ese instante oyó unos gritos a sus espaldas, y al volverse para ver de dónde procedían, descubrió que sobre las dos robustas torres albarranas que defendían Bab Al-Quful ya no ondeaba el sello de Salomón, sino la señera real con las cuatro franjas; y que había dos sarracenos que gesticulaban en las almenas y caían desde ellas. Y un grupo de músicos —que debían de pertenecer a las tropas provenzales de Olivier de Termes— escogieron aquel momento para empezar a tocar con sus gaitas y timbales una melodía que a Jan le resultó terriblemente familiar, pero que tardó un tiempo en reconocer. Se trataba del *Fraire Jacme*, el himno de batalla de los condes de Tolosa; el mismo que solía cantarles su madre a él y a sus hermanos pequeños como canción de cuna; el mismo que entonaban los cátaros cuando se arrojaban contra las filas de los cruzados franceses. Embargado por la melodía de la canción, sus pies empezaron a llevar el ritmo y sus labios a tararearlo:

Fraire Jacme, fraire Jacme,

dormetz vos, dormetz vos?

Soneon les matines, soneon les matines!

Din, don, dan! Din, don, dan!

No era el único al que le sucedía esto, pues entre aquellos soldados había también muchos otros que venían de Tolosa, del Bearn o de Provenza. Alguno de ellos llegó a gritar: «*Viva Tolosa, ciutat forta e gloriosa!*». Y su grito se confundía con las voces de «*Rudde!*» y de «*Al.lah u akhbar!*» que resonaban a una distancia cada vez menor. Los peones de atrás empujaron con mayor fuerza e hicieron aproximarse todavía más a Jan y a los suyos hacia las primeras filas enemigas, arrastrándolos a una muerte casi segura. Ya no había escapatoria posible, pensó Jan tragando saliva.

Las picas sarracenas chocaron contra sus escudos y empezaron a rasgarlos y a tantearlos con sus puntas de acero; y muy pronto encontraron huecos por los que se pudieron colar y hacer daño. A la izquierda, Pere Baixet estaba rematando a alguien abrazado a sus piernas; le faltó tiempo para esquivar una de las picas, que en un santiamén atravesó su boca y reapareció por su nuca, haciéndole saltar el colodrillo. Jan se montó a horcajadas sobre dos de aquellas picas y, apartando con el escudo tres o cuatro más, fue reptando y abriéndose paso por entre sus astas hasta que quedó a sólo dos pasos de distancia de los sarracenos que las sostenían. Apuntaló su venablo contra el vientre desprotegido de uno de ellos, que tenía el rostro desencajado por el miedo, y lo apretó con fuerza. A su diestra, Jordi Miró seguía enarbolando el pendón de Alfama y avanzando por entre las astas con la cabeza grotescamente ladeada. Cuando el alférez llegó a la altura de Jan, el cuello se le abrió y su cabeza saltó por los aires, propulsada por un caudaloso chorro de sangre oscura. El cuerpo siguió aguantando allí, de hinojos y con las manos sosteniendo firmemente el pendón, cuya asta había quedado trabada entre las picas.

Enfurecido por la muerte de aquellos dos hombres a quienes apreciaba tanto, Jan siguió apretando su venablo contra el vientre del sarraceno, que no podía esquivarle ni huir. Mientras sus excrementos le salpicaban la cara, otro sarraceno que estaba a su lado extrajo una daga de su faja y la apuntó

contra él, dispuesto a salvar a su compañero. Al igual que en la batalla de Santa Ponça, Jan soltó el venablo y desenvainó apresuradamente su mandoble. Las astas de las picas apenas le dejaban espacio para maniobrar; aun así, pudo descargarlo sobre su adversario justo cuando éste se disponía a clavarle una puñalada, y el golpe que le asestó fue tan tremendo que le desgajó el brazo entero y le arrancó parte del hombro, sin llegárselos a cortar del todo. El mandoble quedó atrapado en el pecho del sarraceno, aumentando con ello el desamparo del mismo Jan, que seguía aprisionado todavía entre la multitud de moros y cristianos que le rodeaba por todos lados. Asíó a los dos enemigos a quienes acababa de herir, y sintiendo su aliento resollando y su sangre salpicándole la cara, intentó parar con sus cuerpos y con el escudo de madera los furibundos tajos que le daban con los alfanjes a diestra y siniestra. Sabía que no podría aguantar mucho tiempo en tan apurada posición, pues sus compañeros caían a sus lados y a sus espaldas como las espigas de trigo cortadas por una guadaña.

De pronto, el estruendo de la batalla fue acallado por el rechinar de decenas de ballestas, que hasta aquel momento habían permanecido mudas, y el denso zumbido de las saetas. Y entonces sucedió el milagro. Jan tuvo que afianzarse con sus pies para no perder el equilibrio y caerse hacia delante. Por fin podía avanzar libremente hacia la brecha, sin espada ni arma alguna, aparte del escudo quebrado por las picas y el pendón que había recogido precipitadamente de las manos sin vida de su alférez. Muchos de los sarracenos que tenía enfrente habían caído, acribillados por los tiros de los ballesteros; otros se arrastraban malheridos intentando regresar a sus filas delanteras, que iban retrocediendo sin dejar de apuntar con sus picas hacia el enemigo; la mayoría de los que estaban detrás, sin embargo, huían a la desbandada. Arrastrado por la marea humana de cruzados, que mataban y remataban a todos los que encontraban a su paso, Jan dejó atrás la brecha, el montón de cascotes y la alfombra de cuerpos caídos que lo cubría, y de pronto se vio por primera vez sobre el suelo empedrado de una calle.

Los caballeros les estaban pisando los talones. Al igual que en la anterior ocasión, los peones se echaron a un lado y dejaron que irrumpieran galopando en la ciudad como una riada de acero. Muy pronto las pocas filas de sarracenos que quedaban se desbarataron y se convirtieron en una multitud de fugitivos que se perdía por las callejuelas y pasadizos de la medina. A partir de entonces sería todo coser y cantar, había llegado el momento de las gloriosas mesnadas de caballería, que, a pesar de ser prácticamente invulnerables a cualquier golpe de saeta, lanza o espada, acometían al enemigo tan sólo cuando hacerlo les era tan fácil como cazar conejos. Algunos de ellos gritaban «*Sant Jordi, firam!*», y Jan descubrió que el que iba delante de ellos llevaba la cruz roja de San Jorge pintada sobre su escudo y su yelmo. Probablemente era inglés; la leyenda diría sin embargo que era el mismo santo quien había bajado del cielo y había sido el primer caballero en entrar en la ciudad.

Sin dejar de apoyarse en el pendón, Jan se dejó caer sobre la pegajosa alfombra roja que unía heridos y cadáveres. Estaba exhausto. Los gemidos y las quejas inundaban sus oídos y ensordecían los gritos de victoria que proferían sus pocos compañeros supervivientes. El olor dulzón de la sangre se mezclaba con el agrio de los excrementos; y ambos hedores le parecieron demasiado cercanos como para proceder tan sólo de aquellos cuerpos ajenos que yacían a su alrededor. Bajó la mirada y reparó en una especie de tubo blanco que colgaba de su loriga. Lo toqueteó con sus dedos y descubrió que rezumaba excrementos, y que si tiraba de él seguía saliendo. Dedujo que se trataba de sus propias tripas, que se escapaban por una herida abierta en el vientre, y que debía de haberla recibido sin darse cuenta, en el frenesí del combate. Se arrodilló allí mismo, entre el montón de

cuerpos caídos, y con gran esfuerzo hurgó en sus entrañas y consiguió extraer de ellas un jirón de cuero y el pliegue de la camisa, que le habían entrado a varios dedos de profundidad; luego se metió para dentro las tripas que le colgaban. El dolor sufrido en esta operación y los muchos esfuerzos y fatiga sufridos en el ataque hicieron que la vista se le nublara y se desplomara en ese mismo lugar, perdiendo los sentidos.

Instantes después, unas manos finas empezaron a hurgar en su herida, desperezándole por completo y causándole un dolor insufrible. Justo cuando se disponía a desenvainar su espada para descargarla contra quien tanto daño le estaba haciendo, recordó que la había perdido en el fragor del combate y distinguió el rostro colorado y rubicundo de Miquel Guiu, que le estaba acabando de coser la herida. Jan se sentía tan confuso y mareado, que tardó un largo instante en reconocer a Guilhem, que también estaba por ahí cerca, observándole con interés.

—Me place mucho descubrirte vivo y de una sola pieza, Jan —le dijo con un tono desenfadado que se contradecía con su grave semblante—. No se puede decir que la mayoría de nuestros hombres de Alfama hayan sido tan afortunados como tú. Si te encuentras en condiciones de montar a caballo, podremos iniciar la búsqueda de Blanca ahora mismo.

La herida del vientre, que antes apenas había notado, ahora le causaba a Jan llamaradas de dolor; pese a ello, al oír el nombre de su amada, pareció recuperar por completo sus fuerzas, y asintió con la cabeza.

—El tiempo apremia; subid de inmediato al caballo que llevo a mi lado y encontrémosla antes de que otros lo hagan.

—No creo que sea buena idea, mi señor —le dijo Miquel—. Acabo de coserle la herida que tenía en el vientre: y tiene un feo aspecto, la verdad sea dicha.

—Llevémosle más tarde al Maristán, donde están los heridos de nuestra orden, a que le echen un vistazo.

Y los tres empezaron a buscar a Blanca por todas partes sin encontrarla ni a ella, ni el palacio de Mussa. Las labores de Miquel de intérprete servían de bien poco, pues casi no quedaba ningún mallorquín en condiciones de responder a sus preguntas. Jan entró en al menos una docena de casas, y en muchas de ellas fue asaltado por las miradas perdidas de niños que acababan de presenciar los peores horrores imaginables, y oyó los escalofriantes lloriqueos de mujeres recién deshonradas y los alaridos de venerables padres de familia que se sujetaban sus pies humeantes, abrasados en el fuego. Y todo eso en los pocos casos en los que encontró a sus ocupantes vivos, pues abundaban más aquellos en los que no se veían más que cuerpos espatarrados por los suelos, y los únicos supervivientes que quedaban eran mujeres que estaban sirviendo de solaz y recreo en alguna apartada estancia de la casa. Y aparte de los mismos almogávares, los que más saña mostraban en aquella carnicería eran los catalanes y aragoneses que vivían a pocas jornadas de la frontera o de la costa, pues la mayoría de ellos tenían parientes o amigos a los que los sarracenos habían masacrado, o se los habían llevado como cautivos, y por tanto creían estar dándoles su justo merecido.

Fuera por el desánimo causado por su búsqueda o por la gravedad de la herida, a las pocas horas Jan a duras penas podía tenerse en pie ni sentarse sobre la silla del caballo. Miquel y Guilhem lo llevaron al mencionado Maristán. Era un hospital sarraceno muy limpio y agradable que estaba provisto de todas las cosas necesarias para los heridos. Guilhem encargó a Arnau de Vilanova, el médico, que lo cuidara tan bien como si se tratara del varón más santo de su orden, asegurándole que había sido uno de los primeros cristianos que había entrado en la ciudad. Arnau echó un vistazo a aquella herida y tras pedir a uno de sus cirujanos que se la taponaran con un paño impregnado de abundante miel, les dijo a los tres que lo que más le convenía al herido era pasar una larga temporada de reposo allí dentro.

Y así transcurrieron varias jornadas desde la toma de la ciudad, y durante todo aquel tiempo Jan estuvo tumbado en un lecho de ese hospital, en un estado de semiinconsciencia casi continuo causado por las altas fiebres y el vino con adormidera que le habían dado para que no notara tanto el dolor de la herida. Guilhem y Miquel iban de vez en cuando a visitarle, y cuando parecía que volvía en sí, le contaban los resultados de su búsqueda, que hasta entonces habían sido infructuosos.

Un día, en uno de esos breves intervalos de lucidez, llegó hasta sus oídos una animada conversación que Arnau, el médico, sostenía con Ramon de la Serra, el comendador templario. Ramon quería que Arnau admitiera en el Maristán a un caballero de su orden, aquejado de una extraña dolencia: sus labios y párpados se habían contraído y adquirido un feo color amoratado y no paraba de toser sangre. Arnau le expresó a su lugarteniente que éstos eran los síntomas de la nueva peste, que según se decía, estaba empezando a azotar la ciudad; y añadió que dicha peste, como se transmitía por el aire, era de naturaleza maligna y por tanto altamente contagiosa. Le expresó también su extrañeza porque el rey no hubiera hecho desalojar aún a los miles de muertos que llenaban las calles y las casas de la ciudad desde hacía largos días. Y el comendador le respondió que en ello estaban, que aquella misma mañana don Jaime había ordenado que arrastraran todos los cuerpos hacia la explanada que se extendía extramuros, conocida como la almuzalla, para hacerlos quemar, y que además el arzobispo concedería mil días de indulgencia a todo hombre que en ello colaborara. El diálogo derivó en airada discusión cuando Arnau se negó a admitir al enfermo, asegurándole que aquel hospital estaba reservado para los heridos y no para los apestados; y que, por muy esforzado caballero y muy santo varón que fuera, debería llevarlo a la cercana alhóndiga de los curtidores, con los otros que tenían la peste.

Jan vio llegado el momento de iniciar por sí mismo la búsqueda de Blanca. Se puso su sayo y con los pies tambaleantes, el cuerpo bañado en sudor y la cabeza ardiendo de fiebre, abandonó la estancia que compartía con otros pacientes. Recorrió una galería que daba al patio, saltando sobre los otros heridos que habían amontonado allí y deseando de todo corazón que ninguno de los sirvientes que lavaban paños en la alberca le descubrieran ni le pusiesen impedimento alguno. Cuando por fin consiguió salir del hospital, encaminó sus pasos hacia aquella explanada en la que según había asegurado Ramon estaban amontonando los cuerpos de los moros fallecidos. Guardaba aún en su corazón la negra esperanza de encontrar el cuerpo frío e inerte de Blanca entre los demás; y por mucho que tal idea le causase gran congoja, siempre sería preferible a la incertidumbre que le atormentaría el resto de su vida sino conseguía encontrarla nunca.

Atravesó la puerta en ruinas de Bab Al-Balec y el foso por el que volvía a discurrir el agua clara y

abundante. Lo rodeaban comitivas de cautivos y de peones que arrastraban los cadáveres sobre sus propios lomos o sobre los de las acémilas. En la explanada del exterior, la antigua almuzalla de los moros, los cuerpos eran amontonados sobre haces de leña y paja, y rociados con abundante aceite y resina de pino. Preguntó a uno de los centinelas cuántos cuerpos creía que podía haber en total, y éste le contestó que iban ya por los ocho mil, pero que se calculaba que muy pronto rebasarían los diez mil, y aun los quince mil; añadió además que al cabo de pocas horas les prenderían fuego. Jan soltó un bufido de fastidio: eran demasiados, no llegaría a tiempo de revisarlos todos ni de asegurarse que el de Blanca no se encontraba entre ellos.

Se cubrió el rostro con un paño impregnado de vinagre, y emprendió su búsqueda sin hacer caso del cansancio ni de la fiebre que le seguía ardiendo en la frente. Muchos de aquellos cuerpos desnudos se encontraban en un estado de descomposición tan avanzado que era difícil distinguir hombres de mujeres, niños de ancianos o negros de blancos. Inspeccionó varios de los montones con cuidado, levantando brazos y piernas rígidos como leños, girando cuerpos pringosos, enredados entre sus propias entrañas, examinando rostros cuyos ojos vidriosos habían perdido el color. Y llegado un punto, le pareció que todos aquellos cuerpos eran en realidad el mismo, un único cadáver repetido miríadas de veces. Y de pronto, como si un rayo le hubiera dado de lleno en el corazón, le invadió una incómoda sensación: ya había presenciado en otro momento de su vida la misma escena. Había sido en Béziers, tras la toma de la ciudad por los cruzados, cuando buscaba los restos de su familia. Y Jan se echó a llorar tan copiosamente como lo había hecho en aquella ocasión, veinticinco años atrás, cuando aún era niño. Y a la lástima de entonces se le añadían sus remordimientos: él mismo había participado en aquella carnicería, él mismo había ayudado a los suyos para que arrebataran la vida de todos esos cuerpos inertes. Y entonces se arrepintió profundamente de encontrarse allí y le pidió perdón a Dios, no el Dios terrible de la Iglesia y de los cruzados que mencionaba el arzobispo en los sermones de sus misas, sino al buen Dios de San Juan, aquel que aborrecía la lucha entre hermanos, y que en lugar de exterminar a los paganos, los bendecía y curaba a sus enfermos.

Al poco rato, el hedor a putrefacción fue reemplazado por el de carne quemada. Observó una de las hogueras más cercanas, con las llamas erizándose y abriéndose paso entre los cuerpos desnudos, haciéndolos humear y crepitar, y le pareció que estaba presenciando un anticipo de los fuegos que le esperaban a él en el infierno. Tan absorto y concentrado se quedó mirando la hoguera, que tardó algún tiempo en darse cuenta de que unos caballeros se habían detenido a su lado, y le estaban tapando la luz del sol.

—Hemos hallado la casa —le dijo Miquel, que era uno de los caballeros—. Con razón no la encontrábamos, estaba tan bien escondida que era invisible desde cualquier punto de la calle.

—Igualmente difícil ha sido hallaros a vos; Arnau de Vilanova no tenía ni idea de que hubierais abandonado el hospital —le recriminó Guilhem—. Hemos perdido mucho tiempo buscándoos.

A continuación, le explicó que aquella misma mañana, a la hora cuarta, un caballero de Sant Climent había divisado desde la azotea de una madraza que estaba saqueando los frondosos árboles de un jardín, del que nadie había tenido noticia hasta entonces, pues era invisible desde la calle. Posteriormente, preguntando a una mujer que huía, se habían enterado de que ese jardín, con la torre que se alzaba al lado, pertenecía a la casa de Mussa Al-Fortun, el comprador de Blanca.

—La hora sexta debe de haber pasado ya —exclamó Jan con preocupación, tras observar la longitud de las sombras—. ¿Qué ha ocurrido desde entonces?

Su inquieta memoria volvía a recordar todas las escenas de matanza, violaciones y torturas que había presenciado el día que tomaron la ciudad.

—Refrena tu curiosidad, que muy pronto lo verás.

Jan se montó en la silla del rocín que le ofreció Miquel, y los tres irrumpieron en la ciudad y galoparon por sus desoladas calles, dejando atrás la alcaicería y el bazar de los alfareros. Por fin, se apearon de sus monturas para entrar en un ruinoso callejón que Jan reconoció enseguida, porque lo había pasado de largo en más de una ocasión. Alguien había derribado la puerta claveteada que se abría al fondo, invisible desde la calle principal. Detrás se extendía el patio de un almacén que parecía llevar largo tiempo abandonado. Jan iba a atar las riendas de su rocín allí mismo, pero Miquel se las sujetó y le hizo arrastrar su montura por el interior de un oscuro y angosto corredor.

Tras doblar un recodo, fueron a parar a un pórtico sostenido por esbeltas columnas de mármol. El pórtico se levantaba en el extremo de un bellissimo patio, y estaba repleto de caballeros que se arremolinaban alrededor de Espàrreg de la Barca. El arzobispo iba montado en un corcel y llevaba puestos loriga y sobrevesta; sólo le diferenciaba del resto de los caballeros su yelmo en forma de mitra, con la Tau de Tarragona pintada en él. Al igual que sus acompañantes, parecía estar alteradísimo.

Jan volvió la cabeza y deleitó sus ojos mirando el armonioso patio de crucero: tenía unas frondosas rosaedas separadas por arrayanes, y un surtidor con cuenco de alabastro que murmuraba en su centro. Se fijó en el pórtico opuesto, que se levantaba a los pies de una robusta torre almenada, y entonces lo comprendió todo. Alrededor de ese pórtico, trotaba con su robusto corcel un caballero moro que empuñaba una lanza. Se protegía el cuerpo con una resplandeciente loriga de acero y una adarga que llevaba erizada de astillas y de puntas de lanza. Varios pasos más atrás, a la sombra del pórtico, un mozo de piel morena sostenía un haz de lanzas intactas con el brazo izquierdo y una copa de cristal rebosante de agua en su diestra, dispuesto a servir a su amo al menor gesto que éste hiciera. Cuatro caballeros cristianos yacían tendidos en posturas grotescas sobre los setos y las rosaedas, entre escudos abollados y decenas de lanzas quebradas. Desde lo alto de la torre se oían voces femeninas que celebraban con aclamaciones y con estridentes albórbolas las victorias del jinete moro, silenciando los quejidos de otros cinco caballeros heridos que yacían acostados en el pórtico con el arzobispo.

Guilhem se acercó a Jan y le susurró que cuando los cristianos habían entrado esa mañana en el patio, les había salido al paso aquel moro que decía llamarse Ahmad, y que en buen romance había exigido hablar con el arzobispo y le había hecho una singularísima oferta que ningún caballero que se preciara como tal podría haber rechazado. El trato era el siguiente: Ahmad, como señor principal, tenía en aquella torre a más de veinte sirvientes fuertemente armados que la protegerían hasta su último aliento; él se comprometía a entregársela al arzobispo —con la casa entera, y las llaves, y todo cuanto en ella había— sin ofrecer resistencia, si a cambio éste juraba que pondría en libertad a

toda su familia y la dejaría marchar. Añadió a esto una apuesta, en la que Ahmad se comprometía a convertirse al cristianismo y ponerse al servicio del arzobispo de por vida, si luchaba él solo contra diez caballeros cristianos en combate singular —esto es, uno tras otro— y cualquiera de ellos conseguía derrotarle y hacerle prisionero; en caso contrario, él mismo tendría el paso libre y franco para acompañar a los suyos con todos los dineros y armas que pudiera recoger de la casa. Como era de esperar, Espàrreg había accedido entusiasmado al trato, pues aquella prometía ser una gesta tan gloriosa como las que se narraban en los cantares a los que tan aficionado era. Al principio, los caballeros discutieron entre ellos para ver a quién le correspondería el honor de luchar contra aquel Ahmad; ahora nadie se atrevía a dar ni un paso adelante. Nueve caballeros habían caído ya en liza contra aquel sarraceno, víctimas de su fuerte brazo. Si el décimo que se atreviera a retarle mordiese también el polvo, Ahmad ganaría su apuesta, por mucho que les pesara al señor arzobispo y a los caballeros de su mesnada.

Muchos de ellos miraban de reojo a Guilhem, el único templario de todos los que estaban allí. Jan estudió a su amigo y leyó la incertidumbre en sus ojos: él no quería matar a nadie y no lo haría, pues así se lo prohibían sus creencias; pero había presenciado ya la mayor parte de las lides anteriores, y si se abstenía de atacar, los otros caballeros lo tomarían por apocado y por cobarde, fama muy negativa tratándose de alguien perteneciente a la Orden del Temple. Sin consultarlo con nadie, Jan arrebató la lanza a Miquel, montó en su rocín y salió al patio.

Ahmad, por su parte, observó con curiosidad a aquel advenedizo de cuerpo sudoroso y pelos erizados que parecía loco o borracho, y se dispuso para el combate, figurándose que con aquel último contrincante le sería bien fácil ganar la apuesta. Era imposible que fuese derrotado por él, pues aparte de la penosa condición física en la que se encontraba, su caballo era un rocín y ni siquiera llevaba escudo, yelmo, o protección de algún tipo. Se acercó a la avenida central del patio, flanqueada por los arrayanes, y sin dejar de observar a Jan puso su lanza en ristre. Entonces, cuando ya se disponía a hincar las espuelas en el corcel, sucedió algo que le dejó paralizado. Jan empezó a cargar contra él, con la poca velocidad que su montura le permitía y gritando el nombre de Blanca; y Ahmad recordó entonces que ese nombre lo había oído de los labios de una esclava llamada Zahira, e intuyó que se trataba de la misma mujer. Estando absorto en estos pensamientos, no advirtió que su contrincante ya se le había acercado demasiado ni que él seguía refrenando sus riendas, en lugar de acometerle.

Jan estaba tan avezado a cazar alimañas por el monte que tenía una puntería magnífica, así que a pesar de su poca velocidad, o precisamente gracias a ella, consiguió esquivar la lanza de Ahmad, que ni siquiera apuntaba contra él, y clavar la suya en el pecho de su contrincante. Y se lo habría atravesado por completo, de no quebrarse la punta contra la loriga de acero que lo protegía. Aun así, hizo todo el daño que podía: la triple capa de mallas se quebró y dejó que el asta de la lanza se adentrara por la carne de Ahmad hasta llegar a su pulmón derecho. Espantado por el golpe, el alazán sobre el que montaba, galopó veloz como el viento por el centro del patio, soltando a su jinete sobre el surtidor. El cuenco de alabastro se quebró y las aguas quedaron tintas de sangre. Mientras un espantoso alarido de pena brotaba de las almenas, Jan perdía el equilibrio y se caía también del rocín, a cuyas espuelas ni siquiera había sujetado los pies.

Con el latido de las venas zumbando en sus sienes, se incorporó dificultosamente del suelo y se

dirigió hacia el sarraceno. Temía que de un momento a otro le dispararan flechas desde la torre; pero si de verdad había allí dentro una veintena de sirvientes armados con ballestas, éstos se atuvieron a las condiciones del pacto y le dejaron acercarse hasta su contrincante, que también se acababa de incorporar. Tan tambaleante y tembloroso como él, había desenvainado el alfanje y lo estaba blandiendo ante sus ojos. Jan se había quedado con las manos desnudas. Advirtió que la hoja de otra espada brillaba sobre un cercano parterre, y la recogió. Entre las filas cristianas, los pajes y los peones lo aclamaban con gritos de júbilo, pues lo habían reconocido en el acto como uno de los suyos; los caballeros y el arzobispo, por el contrario, permanecían sumidos en un silencio hostil. Que un simple peón consiguiera la victoria allá donde nueve caballeros habían fracasado tan estrepitosamente rompía todos sus esquemas de honra y de gloria.

Jan mantuvo las distancias con su contrincante, observándolo atentamente mientras asía el puño de la espada con ambas manos y le apuntaba con ella; a pesar de la herida que le acababa de abrir en su pecho, no podía subestimar la mortífera capacidad de lucha que todavía podía poseer. Decidió usar un truco almogávar: recogió con el pie uno de los abundantes fragmentos de escudo que por ahí cerca yacían, y tras gritar con toda la fuerza de los pulmones para sobresaltarle, se lo arrojó a la cara de una patada. Ahmad paró el tablón con su cimitarra, mientras Jan le asestaba un rápido golpe por debajo de su entrepierna, y resultó tan certero que le hizo doblar el espinazo de dolor y desplomarse en el suelo.

—¡Ríndete! —le dijo Jan, mientras contemplaba con pena el gentil rostro de su adversario, intuyendo que no lo haría.

—¡Eso nunca! —contestó Ahmad, introduciendo su pie entre los de él y haciéndole la zancadilla.

Jan tuvo que apoyarse en la espada para no caerse, y a duras penas le quedó tiempo de volverla a levantar y detener con ella el fuerte golpe que de pronto le asestó su adversario.

Si en ocasiones anteriores a Jan le había pesado mucho abatir a sus contrincantes, ahora le pesaría más matar a aquel moro, pues era de muy bello rostro y de expresión noble y ensoñadora. Aun así, tenía que hacerlo: su adversario estaba a punto de perder la apuesta y preferiría mil veces morir matando, antes que conservar la vida y renegar de sus creencias mahometanas, tal y como le había prometido al arzobispo. Advirtió que un extremo de la loriga colgaba del antebrazo de Ahmad, lo que le dejaba desprotegida la muñeca diestra. Apuntó su espada hacia ella y dándole un tajo bien certero se la cortó a medias. El alfanje cayó al suelo y rebotó estrepitosamente contra uno de los añicos del cuenco de alabastro.

—Ríndete —le instó Jan por segunda vez.

—Jamás —respondió su adversario, dándole la espalda y agachándose para recoger su alfanje con la mano que le quedaba intacta. Jan volvió a apuntarle con su espada y se la clavó con todas sus fuerzas entre los dos omoplatos. La hoja de acero se quedó temblando, como si ella misma estuviera apenada de lo que acababa de hacer, y Ahmad cayó por fin de bruces en el suelo, completamente inmóvil. Sin temer al peligro, tres mujeres irrumpieron en el patio desde la torre y atendieron al moro caído, llenándole de tantos besos y cubriéndole de tantas lágrimas que era muy triste de ver. La mujer de mayor edad, que debía de ser su madre, empezó a explicarle algo en árabe, y Ahmad, a pesar de estar ya más muerto que vivo, pareció sorprenderse e incluso indignarse al escucharla. Por fin, hizo

un gesto con la mano a Jan y a otros cristianos que se habían acercado, y les dijo en un romance claro y comprensible:

—Caballeros, la vista se me nubla y ya no siento los miembros del cuerpo, así que voy a darme prisa. Antes de derribarme habéis mencionado a una tal Blanca: yo también conocí tiempo atrás a una mujer llamada así, y creo que se trata de la misma que la vuestra.

—En efecto, así se llamaba mi enamorada —aseguró Jan, conmovido por tener al fin noticias de Blanca—, y he venido hasta aquí porque me habían asegurado que podría encontrarla en este palacio, perteneciente a Mussa Al-Fortun.

—Yo soy Ahmad Al-Fortun, hijo primogénito de Mussa. La había dado por muerta, pero mi madre me acaba de informar de que sigue viva y que está escondida en nuestra alquería de Tarafa, situada en las cercanías de Fornalutx, en el valle de Sóller. Si de algo os vale mi última voluntad, yo os ruego que la vayáis a buscar y que cuando la veáis la abracéis de mi parte. En cuanto a vos, señor arzobispo, os encomiendo a que cumpláis con los míos lo prometido, y que los dejéis marchar en libertad.

Pronunciadas estas palabras, Ahmad se incorporó del suelo bruscamente, y antes de que los demás pudieran evitarlo, se tiró de espaldas con la espada de Jan clavada aún entre sus omoplatos. La caída fue tan brusca que expiró al instante. En parte por el choque de las últimas impresiones, en parte porque su herida en el vientre se le acababa de abrir, Jan también se desplomó en el suelo. Y mientras empezaban a resonar en sus tímpanos los alaridos estridentes de la madre de Ahmad, perdió el sentido.

Jan tuvo que guardar cama varias semanas más en aquel hospital moro que llamaban Maristán. En sus delirios causados por la fiebre, no dejaban de aparecérselle los rostros de aquellos a quienes había quitado la vida: su anterior amo Hug, el niño de la batalla en Santa Ponça, aquel gentil caballero que se llamaba Ahmad y los otros dos moros que defendían la brecha abierta en la muralla, de los cuales todo lo que podía decir era que uno de ellos luchaba con valentía y el otro le tenía pánico a la muerte. Y sus rostros vagos y confusos se mezclaban con los de sus hombres caídos en combate, a quienes conocía desde hacía ya quince años; y en sus delirios creía que era también el responsable de su muerte, que él mismo los había matado a todos con sus propias manos, y se figuraba a sus madres llorando con ellos en sus regazos y acusándole a gritos.

En uno de estos delirios advirtió que algo se había posado sobre su puño y abrió los ojos. La claridad mortecina del alba le permitió observar a una mosca que se paseaba confiada por la palma abierta de su mano. De vez en cuando, el insecto se detenía y chupaba con la trompa algunos restos de comida o excrementos que se encontraba por el camino; luego se frotaba las patas erizadas de pelos y se limpiaba las brillantes alas y la nuca. Y lo hacía con tanto esmero como si fuera una doncella vanidosa que estuviera acicalándose para asistir a una misa de domingo o a un baile importante. Jan, a medida que observaba a aquella mosca, no dejaba de pensar que si las teorías de los antiguos que hasta entonces había defendido eran ciertas, él mismo apenas se diferenciaba de ese insecto. En tal caso aquel almogávar llamado Onofre tendría razón: ambos eran tan sólo unos insignificantes seres vivos que se afanaban día tras día por sobrevivir, y que en el momento menos esperado morirían miserablemente. Y entonces cerró el puño con fuerza y aplastó la frágil carne de aquella mosca. Acababa de destruir otra vida, y los átomos que componían su diminuto cuerpo se disgregarían en el vacío, con el alma que albergaban, como lo estarían haciendo en aquellos momentos los átomos de los hombres a quienes también había matado, y lo harían los suyos propios en un futuro no demasiado lejano, a la hora de su muerte.

—¡No, no puede ser! ¡Es imposible que sólo yo sea el culpable! —se repitió a sí mismo en voz bien alta—. ¡Todo forma parte de la voluntad de Dios! ¡No hay ni un único átomo que se mueva en el universo sin que Él lo haya dispuesto así! ¡Detrás de la muerte no hay el vacío ni la negrura, sino una nueva vida: la única verdadera!

—Enhorabuena, acabas de descubrir la sopa de ajo —le dijo Guilhem Durfort, que se sentaba a su lado, sin que Jan lo hubiese advertido hasta entonces.

Cuando su amigo se hubo tranquilizado, el caballero templario le explicó que había permanecido

inconsciente y delirando con fiebres tercianas durante ocho largas semanas. Dos días atrás había venido a visitarle el mismísimo rey. Al parecer, estaba deseoso de conocer en persona a ese peón que, según le habían contado, había sido uno de los primeros que había entrado en Mallorca; y que además había vencido en lid a aquel caballero moro que había derribado a nueve de los suyos. Jan no guardaba ningún recuerdo concreto de don Jaime I; sí que lo tenía en cambio de la multitud de hombres que se arracimaban en torno al monarca, y que era tan numerosa que casi no le dejaban respirar.

—Me aseguró que si sobrevivías, te nombraría caballero; a ti y a otros peones que han mostrado el mismo valor.

—¡Pero si yo no soy de sangre noble ni de alta cuna! —exclamó Jan, alarmado por la noticia y sin dar crédito a sus oídos—. ¡Ni siquiera he mostrado más valentía que la mayoría de los que lucharon conmigo!

—Tu modestia te honra en lo referente a tu valentía, pues has demostrado tener mucha más que yo. Y en lo relativo a tu sangre, quédate tranquilo, que los otros once peones a quienes nombrará caballeros son también de orígenes modestos.

—Bueno, sin duda, debería sentirme honrado por ingresar en tan noble orden.

—Considéralo todo desde un punto de vista material: aparte de la honra, te harán entrega de un armamento que en sí mismo vale ya una fortuna. Y además de eso, te cederán unas tierras que te permitirán vivir con toda comodidad el resto de tu vida.

—También tendré que embarcarme en cualquier guerra que nuestro señor en Jacme decida emprender. Y te recuerdo que si yo mismo conservo aún mi vida es por milagro o por casualidad; y que de todos nuestros hombres de Alfama, muy pocos son los que han sobrevivido para contarlo. Siete de un total de dieciséis.

En esta ocasión Guilhem ya no supo que contestarle. Aunque Jan marchara a esas mismas guerras como caballero y estuviera mucho más protegido que un peón, siempre tendría que vérselas con la muerte y el peligro acechando a su alrededor, concluyó. Y aparte de los muchos trabajos y fatigas que la guerra requería, luego vendrían también los remordimientos por haber causado la muerte de otras personas, como aquellos que a buen seguro habían estado atormentando a su amigo hasta pocos instantes atrás, y le habían hecho gritar de aquella manera.

Que el anuncio de Guilhem iba de veras quedó demostrado pocas horas después, cuando apareció el camarero real, Berenguer de Castellet, por el umbral de su cámara con el fin de tomarle las medidas para la ceremonia de ordenación. Ésta se celebraría a la mañana siguiente, en la antigua mezquita aljama de Mallorca, que se consagró entonces como sede obispal. Al caer la tarde, regresó el camarero acompañado por dos pajes y le llevó a los baños del hospital. Allí hizo que le lavaran de cuerpo entero y lo perfumaran con abundante agua de rosas. A continuación, lo condujeron a otra estancia donde le pusieron sus nuevos vestidos: ropa interior de paño, un sayo y una cofia acolchados y rellenos de algodón, y por encima una loriga con tres pesadas capas de mallas que le

cubría de cuerpo entero. Sobre ella le ajustaron además una sobrevesta con cordobanes de cuero y un yelmo de bacinete, con las franjas de color gualda y carmesí de la señora real pintadas en él. Las mismas franjas estaban también pintadas sobre el espléndido escudo de roble que le embrazaron seguidamente. Pero la más sorprendente de todas las prendas con que le vistieron fue la última: se trataba del antiguo pendón de Alfama, aquel que Jan había sostenido al entrar en la ciudad, que habían arreglado en forma de manto y sin limpiarle la sangre reseca ni remendarle los desgarros, ya que así era mucho más honroso de llevar.

Ataviado de esta guisa, Jan se adentró por las oscuras y desoladas calles de Mallorca tras el oficio de vísperas, cuando ya había anochecido. Lo ayudaban los dos pajes que le habían vestido, pues se movía con extrema torpeza y dificultad a causa del peso de la loriga y de que su herida aún no hubiera curado del todo. Por fin, atravesó con el camarero y sus sirvientes el patio de la antigua mezquita, recorrió varias naves desiertas del interior y, al llegar al altar mayor, se quedó con los otros once aspirantes a la orden de la caballería que allí dentro estaban orando.

Si alguna vez en su vida Jan tenía que recuperar su fe en Dios, aquél parecía el lugar indicado. La imagen de la Virgen se alzaba sobre el nicho que anteriormente se utilizaba de *mihrab*. Jan conocía ya a la santísima Madre Celestial: sus ojos almendrados eran idénticos a los de Blanca, el hijo que sostenía en su regazo era aquel que aún podría tener con ella, si Dios quería. Y los dos le sonreían con ternura desde allí arriba, iluminados por decenas de hachas y de lámparas. Los alicatados que recubrían el antiguo *mihrab* reflejaban las parpadeantes llamas que ardían a su alrededor, y conferían a ese rincón del templo una luminosidad evanescente, casi irreal, como si fuera algo soñado. No podía haber mayor contraste entre aquel corazón de luz, cálido y palpitante, y el sombrío bosque de columnas romanas y bizantinas que se alzaba a su alrededor, recorrido por corrientes de aire.

Como era de rigor, Jan permaneció la noche entera allí, velando con los otros caballeros; y no se le hizo nada larga, antes bien corta y alegre, pues durante su transcurso le pareció que recuperaba la fe pura e ingenua que había tenido hasta su primera juventud. Llegó incluso a olvidarse de los sentimientos de culpa que apesadumbraban su corazón por haber causado la muerte de varios hombres y ser responsable de la de otros.

Y tanto se concentró en sus oraciones y en sus pensamientos que apenas se dio cuenta cuando los primeros haces de luz se filtraron por las vidrieras de la alquibla y proyectaron sobre las alfombras del suelo espléndidas rosas de colores. Por el vasto interior del templo empezaron a resonar las voces de monaguillos, diáconos y sacerdotes que estaban preparando la misa. Y a ese eco se sumó muy pronto el del murmullo de todas las gentes de variada condición que iban entrando en el templo. A medida que las nuevas campanas del alminar repiqueteaban con alegría y los cánticos religiosos reverberaban entre las viejas columnas de mármol, el humo de los incensarios formaba una densa e irisada nube que iba ascendiendo hacia los artesonados del techo. Tan sólo se hizo el silencio cuando el rey entró en el templo, flanqueado por el obispo de Barcelona, Berenguer de Palou, y don Ramon de la Serra, recientemente nombrado lugarteniente del Temple de Mallorca. A su paso se oían murmullos de admiración, pues los dos eclesiásticos iban vestidos con ricas casullas y sobrepellices de hilo de oro, mientras que el rey llevaba puesta sobre sus espaldas una dalmática azul muy bien labrada y sobre su hombro diestro una larga estola del mismo color que le confería un aspecto imponente.

Acabada la misa de consagración del templo, los doce aspirantes se pusieron de pie y otros doce caballeros salieron de entre las primeras filas de la multitud, empuñando espadas que brillaban claras y resplandecientes entre la penumbra. Los caballeros les ciñeron las espadas a los aspirantes y les pusieron las espuelas. En el caso de Jan, fue el propio Guilhem quien le envainó en el cinto una espada con el pomo de cristal y le calzó unas espuelas de plata.

Acto seguido, el rey se aproximó a los futuros caballeros y, tras desnudarles de nuevo las espadas, se fue acercando a cada uno de ellos. Y mientras les iba posando las hojas sobre la palma de la mano, les preguntaba:

—¿Estáis dispuesto a dar vuestra vida por Cristo, que es vuestro señor celestial; por mí, que a partir de ahora seré vuestro señor natural; y por vuestra tierra, que a partir de ahora será la de Mallorca?

A medida que los doce aspirantes iban contestando que sí, el monarca les golpeaba en la frente con el pomo de la espada, diciéndoles:

—Que Dios y San Jorge os valgan y os asistan, pues ya sois caballero.

Y ellos le respondían dándole un beso en los labios, como muestra de humildad y de obediencia.

Acabada la ceremonia, Jaime I llevó con él a los nuevos caballeros entre vítores y aplausos al vecino alcázar de la Almudaina. Antes de entrar en el salón del trono, se volvió y dijo a los prelados y a los barones que los seguían:

—Señores, estos hombres a quienes acabo de nombrar caballeros eran hasta hace poco vuestros sirvientes y os debían pleitesía. Por sus muchos méritos en el combate, a partir de hoy son ya miembros de la orden de la caballería, y como tales, debéis considerarlos vuestros compañeros y pares. Y por esta misma razón, ahora mismo voy a hacerles el honor de compartir la mesa con ellos.

Un heraldo del rey leyó a continuación una carta en la que se detallaban los muchos méritos de aquellos a quienes acababa de nombrar caballeros, y todas las tierras, heredades y posesiones de las que el monarca les haría entrega. De todos ellos, Jan conocía a tres: el marinero alemán Arnau Carrós, que había tenido la feliz idea de que la flota cristiana atracara en la isla de la Dragonera antes del desembarco; Bernat Rius, el primer cristiano que había pisado la playa de Santa Ponça; y un tal Guillem de Reus, el alférez que había subido la señera real hasta las almenas de Bab Al-Quful el día de la toma de Mallorca.

Aunque el desayuno fuese servido en lujosas fuentes de plata, no podía ser más frugal ni más propio de la educación templaria del rey, pues consistía únicamente en agua clara y transparente y en pan de centeno acompañado con queso y olivas. El salón donde se tomaba el desayuno era el antiguo *mexuar* de la Almudaina, que el rey había hecho reformar a su gusto, sobrio y monacal, hasta dejarlo casi irreconocible. Las coloridas yeserías y los brillantes azulejos que recubrían los muros habían sido arrancados; y los mocárabes de la techumbre, cubiertos con abundantes capas de cal.

Jan se sentó al lado izquierdo del monarca, a tan sólo dos palmos de distancia. Allí en la mesa su

presencia seguía siendo imponente, pues sobre sus marcados pómulos brillaban unos penetrantes ojos grises que, si así lo deseaban, podían infundir temor en sus interlocutores. Su barba y sus largos cabellos ondulados eran de un rubio tan deslumbrante en su curso y tan oscuros en sus raíces que Jan se figuró que serían teñidos, tal y como era usanza entre los altos señores y los ricos hombres. Al igual que los otros caballeros novicios, Jan se sentía cohibido por la presencia del monarca y fue incapaz de despegar los labios en toda la comida. Incluso cuando el mismo don Jaime se interesó por él y, sorprendentemente, le preguntó sobre su historia de amor con Blanca, fue incapaz de contestar otra cosa que no fueran monosílabos, mientras maldecía para sus adentros la lengua demasiado larga de Miquel. Únicamente Carrós, tras apurarse varias copas del vino que sirvieron después, se vio con ánimos de entablar una animada conversación con el rey. Como la reina y todas las mujeres de los allí presentes se habían quedado al otro lado del mar, Carrós empezó a narrar con su fuerte acento tudesco algunas de sus hazañas amorosas con respetables dueñas, y de allí saltó fácilmente a previsibles tópicos sobre la falsedad y la hipocresía de las mujeres, consiguiendo que aquel rey tan adusto y serio prorrumiera en estruendosas carcajadas.

—¡Condenadas mujeres! —afirmó Jaime I, que al parecer había quedado muy escaldado de su anterior matrimonio con Leonor de Castilla—. ¡Qué difícil resulta vivir con ellas! ¡Y con qué rapidez te hacen perder el juicio! Ahora te aman, luego se pelean contigo y te odian, y al fin se apaciguan y te vuelven a amar. Pretenden además que con sólo verlas adivinemos sus pensamientos, ¡pero que me aspen si yo soy capaz de hacerlo! En verdad os digo, caballeros, que si quitáramos los breves momentos de solaz y deleite que nos dan, se harían insoportables para nosotros. ¡Así cayera del cielo un fuego que las abrasara a todas!

—Bastante abrasadas van ya por sus ardores en el bajo vientre —aseguró Carrós—. Pues es de todos sabido que, así como una sola mujer puede cansar a muchos hombres en la cama, esos hombres no se bastarían para cansar a una sola de ellas. Fue Eva, la madre de todas las mujeres, quien les legó su desenfrenada lujuria. Y como muestra de ello, iría a contaros una anécdota que conozco, de no ser por el miedo que tengo de que sea demasiado deshonesto para vos, mi rey.

—Contadla sin temor —concedió el monarca—, que aquí no hay damas ni señoras que puedan ofenderse.

—El caso —prosiguió Carrós— es que había una vez en Perpiñán un pobre labrador que un día regresó a casa mucho antes de lo previsto, a media mañana, y que encontrando la puerta cerrada llamó a voces a su mujer para que se la abriera.

»La mujer, que, como os podéis imaginar, se estaba solazando dentro con un apuesto mozo, lo escondió en un tonel vacío para que el marido no lo descubriera. Y cuando el labrador hubo entrado en casa, le explicó bien ufano y contento que había conseguido vender aquel tonel vacío e inútil que tenían a un bodeguero por nada menos que diez dineros; y añadió que le estaba esperando en la plaza del mercado para que se lo entregara. La mujer vio que su vida y la de su amante corrían gran peligro, y aguzando el ingenio le dijo a su marido: «¿Y con ello creéis haber hecho buen negocio? ¡Pues sabed que yo, siendo hembra y teniendo el poco seso que Dios ha dado a las de nuestro género, he sido capaz de vendérselo a un posadero por veinte dineros, el doble que vos! Ahora mismo esta dentro del tonel, comprobando que no tenga fisuras». Y así el amante pudo salir del tonel delante mismo del marido, y la pérfida mujer pudo salvar con esta treta su vida y su honra. [*]

—¡Malditas mujeres! —exclamó el rey, tras soltar una carcajada y asentir con la cabeza—. ¡Son tan falsas y mentirosas, que si así lo desearan, podrían engañar al mismísimo diablo!

Por fin, tras un momento de silencio, don Jaime llenó su copa de vino y la alzó a la salud de los nuevos caballeros, tras lo cual dio por terminado el desayuno. A partir de aquel momento, ninguno de los nuevos caballeros volvería a encontrarse en vida tan cerca de su monarca.

VI

Para mayor desespero de Jan, la expedición a la sierra de Sóller no se realizaría hasta varias semanas más tarde, en plena Pascua, cuando muchos de los caballeros y soldados que habían participado en la cruzada ya hubieran regresado a sus tierras de origen. Se decía que aún quedaba un ejército de más de tres mil sarracenos, comandados por un tal Xuaip, que se refugiaba en la sierra de la Tramontana, y que desde allí no cesaban de hostigar a los colonos cristianos que habían tenido el valor de tomar posesión de sus tierras en el llano.

El valle de Sóller estaba aislado del resto de la isla por las montañas que lo rodeaban, pero quedaba cerca de la ciudad de Mallorca y contaba con un buen puerto; sin duda alguna, era el sitio más adecuado para fijar el primer campamento y empezar la conquista de la sierra de la Tramontana. Así que una mañana calurosa y nublada de abril, el rey mandó juntar a seiscientos hombres de caballo y cuatro mil de a pie ante Bab Al-Sullya, la puerta de Sóller, y tras hacer recuento de tropas dio la orden de emprender la marcha. Jan iba montado en su nuevo corcel, con Guilhem y Miquel a la diestra y Gilabert Miró, su nuevo escudero, a la izquierda.

Aquella misma tarde consiguieron alcanzar la entrada del valle. Desde lo alto del puerto se veía de una fertilidad exuberante: los campos de algodón y azúcar crecían altos y verdes, delimitados por frondosos frutales y esbeltas palmeras. Pero no tuvieron mucho tiempo de deleitarse con la vista del lugar; la compañía de almogávares a los que el rey había encargado que exploraran el valle regresó de inmediato asegurando que habían visto a una multitud de moros corriendo por las estribaciones más altas de las montañas que les rodeaban. Temiendo que los sarracenos le tendieran una emboscada como la que había acabado con los hermanos Montcada en Portopí, el rey hizo detener la marcha del ejército allí mismo, en la entrada del valle. Además, mandó fijar el campamento en un altozano que sería de fácil defensa, previendo que aquella misma noche o a la mañana siguiente podría haber una batalla, y que si la había, ésta resultaría cruel y reñida.

Jan se pasó la noche entera en su tienda de campaña sin poder pegar ojo. Ni el cómodo jergón de plumas en el que dormía, ni las finas sábanas de hilo le aliviaban de las continuas congojas e inquietudes que lo asaltaban. Recordaba todas las batallas en las que había participado meses atrás, y reconocía que si seguía vivo y de cuerpo entero era de puro milagro. Así que se levantó de su lecho, se dirigió a la tienda de campaña que usaban como capilla y se quedó en ella de hinojos y rezando hasta que el sol de la mañana se filtró por los tapices de la entrada.

Con los movimientos torpes y embotados por el sueño, Jan echó a andar por las calles del campamento y le pareció que la calma y la serenidad que reinaban en él eran demasiado inusuales

como para estar en ciernes una batalla. Por ello, al toparse con el tío de Guilhem, Bernard Durfort, saliendo de su tienda, se dirigió hacia él y sin siquiera saludarle le preguntó:

—¿Y Xuaip y sus hombres?

—Están a más de dos jornadas de aquí, en el otro extremo de la isla. Los sarracenos que descubrieron ayer los almogávares corriendo por las montañas eran en realidad los naturales de Sóller, que huían de nosotros.

Sin duda alguna, la noticia de las espantosas matanzas cometidas por los cruzados en Mallorca habían llegado hasta aquel recóndito valle. Cuando el ejército reinició su marcha, descubrieron que por donde quiera que pasaran, todas las alquerías, villas y alcazabas estaban desiertas y con las puertas abiertas de par en par. Los animales campaban a sus anchas por el campo, fuera de las cercas y sin nadie que los custodiara; tan sólo los perros salían a recibir al ejército cristiano con sus ladridos.

Hacia la hora quinta del mediodía, habiéndose confirmado que el valle estaba en calma y sin nadie que ofreciera resistencia, Ramon de la Serra se separó del grueso del ejército para tomar posesión de la villa de Fornalutx, una de las más elevadas del valle. Le acompañaban Jan y otros ochenta caballeros, más de trescientos peones y una partida de exploradores almogávares. Jan y Miquel galopaban a los lados del comendador, impacientes por llegar hasta su destino lo antes posible y conseguir noticias de Blanca.

De pronto, tras un recodo del camino, se encontraron con un grupo de hombres, mujeres y niños; los primeros que veían en el valle. Todos ellos eran de raza negra, salvo una mujer de mediana edad que parecía dirigirlos. La mujer blanca sostenía un bebé mulato en sus brazos y llevaba a otro niño, también mulato, enganchado a sus faldas.

Ya hacía tiempo que en la hacienda de Jarafa los gallos habían dejado de cantar, y que la llamada para la oración del *subh* había resonado por el aire claro de la mañana. Aun así, el medio centenar de braceros negros y las tres esclavas que había en aquella alquería permanecían sentados o en cuclillas en el centro de la era, alrededor de la picota y de la marmita con el desayuno, que seguía estando llena. Los bueyes y las acémilas bramaban impacientes en los establos, pues nadie se había preocupado en ponerles el pienso en los pesebres ni en sacarlos de ellos. A pesar del silencio que reinaba entre esa multitud de esclavos, se podía adivinar en ellos una fuerte tensión, delatada por las manos crispadas y los ceños fruncidos. El motivo de tan inusual conducta habían sido las noticias que le habían llegado a una de las esclavas, la tarde anterior: el ejército de cruzados había acampado a las puertas del valle, y sin duda alguna, no tardarían en llegar a aquella alquería. Los esclavos se habían pasado la noche entera en vela, debatiendo en el dormitorio común qué deberían hacer al día siguiente. Los unía un fuerte sentimiento de solidaridad y el tremendo odio que sentían todos por Jayal, el administrador, y su docena de guardias y capataces; con todo, las opiniones habían sido dispares y encontradas. Unos aseguraban, creyéndose lo que les habían dicho, que los cruzados eran unas bestias sanguinarias y feroces y que los matarían a todos ellos sin piedad, por lo que más les valdría seguir a Jayal y embarcarse con él en el cercano puerto de Sóller antes de que los cruzados lo

alcanzaran. Otros argumentaban que la intención del administrador, ahora que se veía sin amos, era venderlos a todos en el primer puerto musulmán en el que atracaran y hacer fortuna con ellos, por lo que sería mejor huir corriendo de la alquería y esconderse entre los montes. Pero la opinión más escuchada fue la de aquella esclava llamada Hind, aborrecida por la señora Amina, y que entre ellos se hacía llamar Blanca. Les aseguró que los cruzados estaban convencidos de que existía un reino cristiano en Etiopía, mandado por un santísimo sacerdote que se hacía llamar preste Juan. Aunque muchos de los allí presentes fuesen gentiles y adoraran a las hadas y los elfos de los bosques, les convenía a todos ellos hacerse pasar por devotos cristianos, pues así los cruzados los respetarían y los dejarían marchar en libertad. Sólo tenían que seguir las instrucciones de ella y dejarla hablar, porque tenía la misma lengua que aquellos cruzados y podría entenderse con ellos. Al final convinieron la mayoría de los braceros que las palabras de Blanca eran las más sensatas, y decidieron seguir sus consejos. Y no era de extrañar, pues la esclava era tenida en muy alta estima por todos. El único problema que había era Jayal y sus hombres. Aun así, sabían que si se atrevían a enfrentarse a ellos y salían victoriosos no habría represalias ni persecuciones por parte de las tropas del emir, ya que todas las que había en el valle habían huido en desbandada.

Fue precisamente la voz aflautada y odiosa de Jayal, ordenando a gritos que se pusieran de pie y le siguieran, la que interrumpió el curso de sus pensamientos. El administrador iba montado a caballo, y le acompañaban a pie tres capataces y cinco guardianes. Ni uno solo de ellos empuñaba las típicas varas con las que solían azotarlos, sino unos grandes y afilados alfanjes que refulgían bajo el sol de la mañana. Y con ello les quedó a los esclavos muy claro que no habría medias tintas: o le obedecían en todo y se embarcaban con él, u ordenaría que los cortaran en pedazos.

Y entonces un bracero alto y fornido conocido como Omar se levantó de un salto y, rápido y feroz como un león, se abalanzó sobre uno de los guardias, le arrebató el alfanje y lo descargó sobre él. Otros veinte le imitaron, y fue todo tan rápido e inesperado que al propio Jayal apenas le quedó tiempo de girar grupas con su corcel, hincar las espuelas e irse galopando tan rápido como alma que se llevara el diablo. Las puertas claveteadas de la alquería habían quedado abiertas de par en par. Eran libres.

Pero los esclavos, en lugar de lanzarse corriendo hacia los campos, se dirigieron al interior de la casa principal, bramando y aullando como bestias furiosas y dando rienda suelta a sus sentimientos de venganza, pues todos ellos habían pasado largos años de miedo y de penas. Blanca recordó los rumores que había oído. Amina, obsesionada como estaba por pagar los cuantiosos dispendios de su hijo Ahmad, no había seguido la política conciliadora de su difunto marido y había intentado sacar el máximo rendimiento posible de aquella alquería. Por culpa de esa obsesión, los capataces habían tratado a los braceros con una crueldad y un rigor inusuales, que explicaba la repentina furia que ahora se había apoderado de los esclavos. El recuerdo doloroso de Ahmad regresó a ella: Ahmad, que, a pesar de sus muchas promesas, la había olvidado y dejado de lado; y siendo el dueño de aquella hacienda y de sus esclavos, no se había preocupado en buscarla ni en liberarla.

Y mientras se sentaba en el empedrado de la era, apoyando su espalda en la picota donde tantas veces la habían azotado, observó con fría serenidad la venganza de los esclavos, que incendiaban los techos y tiraban por las ventanas taraceas, arcones y ataufores, que se desplomaban estrepitosamente entre los cuerpos descuartizados de los capataces. A juzgar por los chillidos que resonaban por el

aire quieto de la mañana, debían de estar deshonrando y maltratando a las sirvientas y a los eunucos libres, que vivían y trabajaban en la casa principal. Su hijo de cuatro años, Pere, apoyaba espantado la cabecita sobre su hombro, y su hijo menor, Roger, apretaba la boca contra su pecho para ahuyentar los temores que todos esos gritos y ruidos le causaban. Blanca, mientras tanto, no dejaba de pensar en la desdichada vida que había llevado los últimos siete años, desde que había entrado en aquella maldita alquería.

A pesar de las rotundas órdenes de Jayal, ninguno de los braceros etíopes de la plantación se había querido acostar al principio con Blanca. Y los motivos habían sido dos: el primero era que ella les había opuesto una feroz resistencia y había despertado su compasión, pues muchos de los braceros tenían mujeres e hijas que también habían sido vendidas como esclavas; el segundo había sido el asco que ella les daba, pues su piel tan pálida les recordaba a la de los espectros y los aparecidos. Las cosas no cambiaron hasta que Jayal hizo coger a Malik, el más alto y fornido de los braceros, y lo puso en el cepo, encadenando sus piernas con las de Blanca. Y cuando éste se negó a forzarla allí mismo, ante todo el mundo, el eunuco mandó quitar a Blanca del cepo y ordenó al capataz que lo azotara doscientos veces. Y entonces Blanca contempló al esclavo y admiró su cuerpo alto y fornido, de anchos hombros; admiró también su rostro, que aunque fuese negro como la pez era de expresión noble y altiva; y le pesó mucho que a causa de ella fueran a arrancarle la piel a tiras. Por todo ello, pidió a Jayal que le perdonara, y le aseguró además que si los dejaban a solas por la noche, ella yacería con él de buen grado.

El gesto le valió la simpatía de los braceros, pues Malik era apreciado por todos ellos, que lo consideraban su cabecilla. Y si bien es cierto que tuvo que acostarse cada noche con un bracero distinto, tras el nacimiento y la muerte de su primer hijo, la vigilancia de Jayal se relajó y a partir de aquel momento únicamente compartió lecho con Malik. Los capataces se mostraron también más permisivos con sus faltas, e incluso las otras esclavas la ayudaron en la medida de lo posible con las ingratas labores que le habían asignado. Con el tiempo se encariñó con Malik, que llegó a formar con ella y con los tres hijos que tuvieron algo parecido a una familia. El primero de esos tres hijos recibió el nombre de Hubert, en honor a su abuelo, y había sido vendido pocos meses atrás, al cumplir los seis años, a unos mercaderes de Sóller. Malik se enfadó con esa venta, que se hizo mientras él trabajaba en los campos de algodón y sin avisarle, y se atrevió a expresarle a Jayal su protesta en público. El eunuco, que ya se había enterado de que los cruzados estaban asediando Mallorca, incitado por el miedo a la revuelta, le hizo dar los mismos doscientos latigazos que siete años atrás le había perdonado. Y así, Malik, el cuarto amante de Blanca, murió cruelmente desangrado y sujeto al cepo de esa misma picota en la que ella apoyaba su espalda. Y se afligió mucho con esa muerte, ya que había sido de todos los hombres que había tenido el que más tiempo le había durado, y el que más confianza e intimidación había conseguido con ella.

Y entonces sus pensamientos dejaron el pasado, que le resultaba demasiado doloroso, y fueron al porvenir más inmediato, a lo que podría ocurrir cuando los cruzados la encontraran. De que la respetarían, estaba segura, pues tanto los barones como los prelados solían tratar muy bien a todos aquellos cautivos cristianos que rescataban de los sarracenos, los colmaban de presentes e incluso compartían mesa con ellos. Pero ¿qué ocurriría más tarde? Tal vez consiguiera encontrar y reconocer a su hermano Miquel, a quien no había visto desde su venta. Tal vez podría regresar a Cataluña e irse a casa de su tía Marta en Barcelona, o de su tío Pere Tost en Reus, que sin duda la acogerían y la

tratarían bien. Pero con los dos hijos mulatos que tenía se convertiría en la comidilla de todo el vecindario; le sería imposible encontrar marido y se convertiría en una carga para sus familiares. Entonces su memoria regresó a aquel apuesto mozo llamado Jan que había conquistado su corazón en su primera juventud, y que había llegado a desflorarla. ¿Qué habría sido de él? Su corazón aún albergaba la loca esperanza de que Jan cumpliera la promesa que le había hecho tiempo atrás: que si unos bandidos la raptaran, él la buscaría por todas partes hasta encontrarla, y la liberaría. Tal vez se encontrara entre los cruzados que estaban conquistando Mallorca, y al volverla a ver, se pondría a sus pies y le pediría que se casara con ella. Pero con un rotundo gesto de cabeza desestimó enseguida tan descabellada idea. Resultaba del todo imposible que Jan llegara a saber a qué puerto del ancho y largo Mediterráneo había ido a parar; y aún más que tomara parte en una cruzada, siendo tan mal cristiano como era y tan poco amigo de guerras y crueldades, que hasta la misma sangre de las bestias le horrorizaba. Además, había pasado tanto tiempo desde que se habían visto por última vez en aquellas ruinas romanas, catorce largos años, que a buen seguro ya la habría olvidado. El corazón le decía que un mozo tan espabilado y capaz como Jan debía de haber prosperado en fortuna y medrado en condición; siendo así, ya le habrían salido al paso muchas doncellas casaderas. A pesar de todo, rezó con fervor una oración a la Virgen para que Jan no hubiese muerto, y que consiguiera volverle a ver una vez más en esta vida. Le vino entonces a la memoria la historia de «El lobo blanco» que tía Brunissenda le había contado repetidas veces. En ella, una doncella se perdía por el bosque e iba a parar a la guarida de un feroz lobo blanco, tan grande como un oso. El lobo, que podía hablar, le dijo que era un rey encantado por las hadas, y que si conseguía que una doncella compartiera su lecho con él en esa húmeda y oscura cueva durante nueve meses, volvería a su forma humana y la haría reina. La doncella, conmovida por las lágrimas del lobo, aceptó el trato. Pero cuando el lobo volvió de verdad a su forma humana y salió de la cueva, le dio un fuerte viento en la cara, y con ello se olvidó de la promesa que le había hecho a su salvadora. Sí, los hombres eran inconstantes en el amor, concluyó acordándose de nuevo de Ahmad. Y suponiendo la misma actitud en Jan, acercó las cabezas de sus dos hijos hasta apretarlas con el mentón, y clavó con fuerza las uñas de sus dedos contra las palmas de sus manos. Sin duda alguna, los hombres se podían encaprichar de una mujer, como hacían los niños con sus juguetes, y al poco tiempo dejarla tirada en el margen del camino. Así se pudrieran todos en el infierno, pensó con amargura.

Un repentino rumor la sacó de sus pensamientos y le hizo abrir los ojos. Los braceros estaban saliendo de la casa y se juntaban a su alrededor, formando un círculo. Su furia ya se había aplacado y ahora esperaban que Blanca les aconsejara qué debían hacer.

Se recompuso y, respirando hondo, les aconsejó que pintaran cruces en sus mantos, y que hicieran además otras, atando las varas con las que los capataces los habían azotado. Luego, les enseñó a santiguarse, y a juntar las manos poniéndose de rodillas y haciendo ver que rezaban. No contenta con todo eso, cuando la comitiva de esclavos liberados abandonó la alquería y se puso al fin en marcha, trató de que aprendieran el paternóster. Al cabo de varios intentos más o menos satisfactorios, Blanca sonrió satisfecha: en pocos instantes, había conseguido que una partida de esclavos fugitivos pareciera una procesión de penitentes cristianos.

Y entonces, tras un recodo del camino, se toparon de pronto con los cruzados. Y sin pestañear siquiera, pidió a los esclavos que la esperaran allí, pues quería ir ella sola al encuentro de aquel ejército de más de cuatrocientos hombres armados hasta los dientes, a quienes según le habían dicho,

no les temblaba el pulso a la hora de deshonar doncellas, torturar ancianos o mutilar niños.

A pocos pasos de distancia, Jan observó que la mujer blanca dejaba a sus dos hijos mulatos al cuidado de otra y que se dirigía sola y decidida hacia ellos. Iba descalza y el sayo que vestía estaba tan roto y descosido que hubiera mostrado todas sus vergüenzas de no haber llevado por encima una capa aguadera, tan sucia y rota como el propio sayo; el pelo rubio estaba enmarañado en mugrientas greñas; la frente, surcada por arrugas de inquietud; pero lo más terrible de todo eran sus pupilas, que, enmarcadas por unas densas ojeras, brillaban con excesiva intensidad. Aquella mujer había perdido sin duda el color de su rostro y la lozanía y el frescor de su juventud, al igual que les ocurría a otras muchas cuando trabajaban largos años de sol a sol, como lavanderas o campesinas. La mujer se detuvo frente a ellos, y les habló en un romance que resonó claro y rotundo, rompiendo el silencio en el que estaba sumido el valle.

—Señores caballeros, yo soy cristiana y en ningún momento he renegado de la santa fe católica. Muchos de los otros cautivos que aquí veis, aunque negros, son también cristianos, pues provienen del lejano reino del preste Juan, situado en las profundidades del África. Merecen por tanto que les sea concedida la libertad.

Miquel fue el primero en reconocer a la cautiva. Sin avergonzarse de su aspecto de pordiosera, se apeó rápidamente del caballo y se dirigió corriendo hacia ella, profiriendo estridentes gritos de alegría mientras la estrechaba entre sus brazos. Jan, por su parte, no podía dar crédito a sus ojos, y habría deseado encontrarse en cualquier otro lugar del mundo menos allí mismo. Miquel le susurró algo en el oído a aquella mujer, que de pronto se acercó él, llamándole por su nombre. Era demasiado tarde para retroceder. Su escudero Gilabert ya había desmontado y le estaba sujetando gentilmente el estribo y las riendas del caballo. La mujer pareció enloquecer, y se arrojó a sus brazos antes siquiera de que él hubiera acabado de desmontar; Jan, por su parte, se sentía tan confuso y turbado que a punto estuvo de perder el equilibrio y caerse al suelo. Aun así, permitió que aquella cautiva llamada Blanca Guiu le estrechara con fuerza. Su búsqueda había terminado al fin.

Y le pareció que allí, bajo la dura luz del mediodía, le caía encima un peso aplastante que le asfixiaba. Y en lugar de alegrarse por reencontrarse con la mujer a la que tanto había deseado durante diecinueve largos años, ahora, al descubrir que se había convertido en una mujerzuela sin honra ni juventud, con el aspecto de una pordiosera y con dos niños que eran hijos de esclavos negros, tan sólo quería quitársela de encima. Quería echarla de su lado a empujones, dirigirle palabras insultantes y proclamar delante de todo el mundo que había sido todo un error, una confusión; que en realidad no la conocía. Pero en el momento en que iba a hacerlo se llenó de vergüenza y le resultó mucho más fácil pedirle al comendador Ramon de la Serra que los casara aquella misma tarde, propuesta que fue recibida con gritos, aplausos y ovaciones, algunos de ellos dirigidos con cierta socarronería.

La ceremonia se celebró en la mezquita de Fornalutx, consagrada para la ocasión y convertida en iglesia de Santa María por el propio comendador templario. Durante toda la boda Jan permaneció rezando muy fervorosamente, con los ojos nublados de lágrimas y sin dedicar ni una sola mirada de

ternura a la mujer con la que se estaba desposando. Tras un breve banquete celebrado en la antigua casa del alcaide, los recién casados se retiraron a la alforfá del piso superior, acompañados por los dos hijos de Blanca.

Y por fin Jan tuvo que enfrentarse a solas con su mujer en la alcoba principal, que era una estancia rectangular con tarimas y lechos a los dos extremos, siguiendo el uso y costumbre de los moros. Los dos niños dormían plácidamente en uno de los mullidos lechos, acurrucados alrededor de su madre, que los acariciaba y les cantaba una nana.

Blanca se había vestido con una camisa limpia de algodón y una espléndida saya de tafetán azul que debía de haber pertenecido a la dueña de esa casa. Se había pasado la tarde entera en el baño, arreglándose con tanta habilidad y destreza que ni la más cara cortesana de Barcelona o de Tolosa se hubiese podido igualar con ella, pensó Jan con recelo. Pues sin lugar a dudas, en ese corto espacio de tiempo había conseguido hacerse deseable a los ojos de los hombres: su rubio pelo caía ahora liso y suave sobre la frente; su semblante lucía fresco y sonrosado como en la primera juventud, gracias a los delicados ungüentos y afeites que se había aplicado y al arrebol con que había enrojecido sus labios. Sus ojos seguían brillando, sin embargo, con la temible intensidad de antes. Jan aún llevaba puestos los arreos de guerra y se había limitado a echarse hacia atrás el almófar y el yelmo y a desanudarse la cofia. Hasta ellos llegaba el fuerte rumor del salón de abajo, pues el anterior propietario de la casa, aunque fuese moro, tenía una bodega bien surtida de vino de dátiles, y los comensales se lo habían servido en abundancia durante el festín.

Incapaz de seguir aguantando la mirada de aquella desconocida con la que se acababa de desposar, Jan daba vueltas por el centro de la alcoba, haciendo rechinar las tablas del suelo con sus pies recubiertos de acero. De vez en cuando, avivaba con unas tenazas el fuego que ardía en la chimenea, para disipar el frío de la noche. Blanca era su penitencia, pensaba Jan, el precio que tenía que pagar por su falta de fe anterior. Sólo con ese pensamiento podía aceptar lo que le acababa de ocurrir. Colocó la cruz que llevaba cosida en su manto sobre el respaldo de una taracea, e hincándose de rodillas ante ella, empezó a rezar con el mayor de los fervores: «*Credo in unum Deum, patrem omnipotentem...*». Antes de que hubiera terminado la oración, descubrió que Blanca se había puesto de hinojos a su lado y le había acompañado en su rezo.

—Desde luego habéis cambiado, antes no parecíais tan católico —le dijo con una voz que a Jan le resultó cascada y desagradable.

—La vida me ha abierto los ojos y me ha demostrado cuán equivocado estaba.

—En todo caso, creedme si os digo que a lo largo de mis años de cautiverio no he dejado de rezarle todas las noches a la Virgen y Nuestro Señor Jesucristo.

—¿Sabéis, Blanca? Han transcurrido diecinueve largos años desde aquel lejano día en el que os conocí en Barcelona. En ellos he pasado del catolicismo a seguir las herejías albigenses; luego me he convertido en un descreído al estilo de los antiguos gentiles; y ahora, pocos meses atrás, al ordenarme caballero, he regresado de nuevo a la santa fe católica. Sin embargo, os aseguro que a lo largo de todo este tiempo no ha disminuido mi amor por vos ni mi ansia por volver a veros. Tal cosa sólo ha ocurrido hoy mismo, cuando por fin os he encontrado y desposado.

—Caballero tan fiel y constante como vos merecería sin duda un mejor galardón; no os podéis

imaginar cuánto me gustaría volver a ser la misma doncella a quien visteis por última vez en la casa de mi desgraciado padre. Daría todo el oro del mundo, hasta mi propia alma, por recuperar la lozanía de entonces.

—Pues según tengo entendido, vos no me habéis sido tan constante ni tan fiel. —Y dichas estas palabras, cargadas de resentimiento, Jan estrechó con fuerza entre los brazos a su mujer—. Un moro que se llamaba Ahmad me encargó antes de morir que os abrazara.

Ella le rechazó.

—Ese moro que habéis nombrado era uno de los buenos, y yo le tenía en tal alta estima que a punto estuvo de conseguir que renegara del cristianismo. Dios me castigó por ello con una larga penitencia, que pensaba, desventurada de mí, que habría finalizado hoy con nuestra boda.

Jan volvió a mirar a Blanca: a pesar del tafetán de seda que recubría su espalda, se la veía encorvada por los muchos trabajos que había padecido. Sí, efectivamente, esa mujer debía de haber sufrido una larga penitencia. Y tendría que compartirla con ella el resto de su vida; pues, entre otras cosas, sus dos hijos eran de piel demasiado morena como para ser hijos de un cristiano viejo, y a buen seguro la honra les faltaría a los dos, por muy caballero que él fuera.

— Jan, ¿te arrepientes de haberte casado conmigo? —le preguntó al fin.

Sí, se arrepentía de haberse casado con Blanca. Él, a sus treinta y pocos años, se había convertido en un gentil hombre que enseguida gozaría de abundantes posesiones y terrenos. De haber permanecido soltero, concluyó, habría sido muy buen partido. Se habría dirigido a cualquiera de las familias de colonos que poblaran la isla y con un simple chasquido de dedos podría haber conseguido a cualquier doncella cristiana, tan bella como lo había sido años antes la propia Blanca. Podría incluso haberse amancebado con varias cautivas moras de distintas razas y haber vivido con ellas en pecado mortal hasta el fin de sus días. Todo aquel deseo que le había asaltado durante los últimos diecinueve años, pensando en Blanca —tantas veces durante tantos miles de días y de noches—, había sido nada más que un espejismo, unas gotas de rocío incapaces de resistir la clara luz de la mañana. La Blanca del pasado pertenecía sólo al pasado.

Y la mujer estropeada del presente no dejaba de observarle con el gesto preocupado.

—Pobre Jan, ¿por qué lo has hecho entonces? —empezó a susurrarle con un imprevisto tono de voz, que de pronto le recordó al que había oído cuando estaban los dos a solas en el refugio de pastores—. No sé cómo me he dejado enredar de esta manera; pero mi hermano insistía, y los demás también; y yo... ¡estaba tan turbada tras tantos años de cautiverio que ni siquiera sabía lo que estaba haciendo! Con que me hubieras ofrecido un puesto de criada, y un techo para mí y mis dos hijos ya me habría conformado. ¡Y aun así, habría estado igualmente tan contenta de volverte a ver!

Y entonces Jan reconoció aquel cuerpo blando y cálido apretándose contra el suyo, al que sacudían unos sollozos idénticos a los que había escuchado quince años atrás en Reus. Y le atenazó el mentón con su diestra y le miró directamente a las pupilas: una llamarada del hogar les devolvió el mismo tono dorado que había advertido por primera vez en el portal de la Seo de Barcelona, cuando acababa de conocerla.

—Yo también me alegro de volver a verte— dijo al fin.

La besó. Tal y como se había temido, su lengua tenía un sabor agrio y áspero; pero cuando se separó de ella, sus facciones seguían con la misma expresión de arrobó y de ternura que antaño. Entonces le quitó la saya de un tirón, le arremangó la camisa hacia abajo, y estudió los cambios que había sufrido su cuerpo: los senos y el vientre estaban flácidos, como un odre vacío; la piel, seca y surcada por incontables cicatrices, y el cuerpo, flaco y huesudo. Y a medida que la contemplaba, Jan escuchaba en silencio el discurso de Blanca, monótono y sin inflexiones, como el murmullo de una fuente, en el que le explicaba cómo había parido y amamantado ya a cuatro niños, y que uno de ellos se le había muerto y al otro se lo habían arrebatado de los brazos para venderlo como esclavo; y las muchas penas y fatigas que había tenido, siendo azotada sin piedad y trabajando hasta la extenuación en labores ingratas. Y de pronto Jan recogió con las robustas palmas de sus manos esos senos caídos que habían dado de mamar a cuatro niños y los subió hasta su lugar de nacimiento. Y no contento con ello, rindió pleitesía con la lengua a unos pezones grandes y abultados como uvas. Y su mujer, como respuesta, entornó los ojos y se estremeció de placer. Y, mientras tanto, Jan no podía dejarse de preguntar cuántas veces se habría estremecido con otros hombres; y cuántos de ellos habrían chupado la leche de esas mismas tetas caídas, y habrían fornicado con ella. ¿Lo habían hecho acaso todos los esclavos que la acompañaban por el camino? Pero estos mismos pensamientos, que a otros hombres les habrían asqueado y hecho rechazar a Blanca, a él por el contrario, le encendían el deseo: un deseo que superaba con creces el que nunca hubiera sentido por ninguna otra mujer.

—Dime ahora la verdad, ¿tan fea me he vuelto? ¿Tanto he cambiado? —le preguntó ella de pronto, separándose de Jan.

Éste lo negó con la cabeza, y le dijo al fin:

—No, Blanca, en absoluto; y te juro y te prometo además, ante Dios y todos los santos, que te seré un marido fiel y devoto.

Volvieron a besarse e hicieron el amor con sosiego y calladamente, para no despertar a los niños que dormían en la tarima del otro extremo de la alcoba.

Horas más tarde, mientras su mujer roncaba plácidamente con los brazos y las piernas aferrados a los de él, como si fuera una náufraga que temiera ser tragada por las aguas, Jan se reafirmó en su decisión. Había hecho bien casándose con ella. A fin de cuentas, era lo único que podía haber hecho para ser consecuente consigo mismo, con todos los deseos que le habían venido atormentando y moldeando su personalidad desde hacía diecinueve años, cuando la había visto por primera vez.

VII

Guilhem Durfort había soltado las riendas de su corcel, y dejaba que éste trotara a su ritmo por la carretera real que llevaba hacia Valldemossa. Le acompañaba el caballero templario Miquel Guiu, que durante los últimos ocho años había mostrado una valentía y una bravura mayores que la suya, luchando contra los sarracenos de la isla de Menorca, o los de la ciudadela casi inexpugnable de Peñíscola. Aunque los dos templarios tuvieran muchas ganas de volver a encontrarse con su amigo Jan Vidal y su mujer Blanca Guiu, la terrible nueva que deberían darles a los dos les oprimía el corazón y les hacía ralentizar el paso.

La caballería otorgada a Jan por el monarca en el momento de hacer las reparticiones era una extensa finca llamada la Alcubia, que estaba situada a las afueras de la villa de Valldemossa. Guilhem reconoció enseguida los campos de algodón y azúcar de la finca vecina y miró con lástima a los cautivos moros que en ellos faenaban de braceros, con las espaldas surcadas por los latigazos. En cambio, el corazón se le alegró cuando a la vuelta de un recodo aparecieron los campos de la Alcubia. Los almendros estaban en flor, y descendían en coloridas terrazas hasta los fértiles huertos que crecían a las orillas del torrente; sus ramas eran tan grandes y frondosas que a simple vista parecía que aquellas laderas en las que crecían estuvieran cubiertas de nieve. Miquel recordó con nostalgia aquella historia del sultán Al-Mutamid que había aprendido en lengua árabe años atrás, cuando era esclavo. En ella, el sultán hacía plantar cientos de almendros alrededor de su palacio para que su amada Rumaiquiya creyera que había nevado y dejara de sentir añoranza por las montañas nevadas del norte, de las que procedía.

Embargado por la belleza del paisaje, cruzó la mirada con Guilhem y le dirigió una afectuosa sonrisa, que fue respondida con un apretón de manos. Al fondo del valle, se alzaba sobre una montaña la localidad de Valldemossa, custodiada por las robustas torres bermejas de su alcázar real, y con el perfil irregular de sus tejados recortándose contra las sombrías crestas de la sierra. Apacibles columnas de humo salían de las chimeneas del pueblo y de las muchas alquerías que había desperdigadas por las laderas de los alrededores; entre ellas, la que les esperaba al final del camino y pertenecía a su amigo Jan Vidal. Las columnas de humo blanco se perdían en un cielo vaporoso, recubierto por nubes de forma vaga e indefinida. Todo transmitía tanta paz y serenidad que los dos monjes guerreros llegaron a anhelar un hogar de verdad.

No tardó en llegar a los oídos de ambos caballeros el crujido de la noria y del molino que Jan tenía a orillas del torrente. El ruido de aquellos artefactos no consiguió acallar el ladrido de los mastines de caza, que habían venido a recibirlos acompañando a su dueño. Mientras los perros

correteaban a su alrededor, unos criados los ayudaron a apearse de las monturas y las cogieron de las riendas para llevarlas al establo. Los dos templarios se echaron a sus espaldas el yelmo y se limpiaron el rostro y las manos con el agua de rosas y los paños que otro criado les trajo.

Jan no podía dejar de expresar su mucha alegría por verlos de nuevo tras tantos meses de ausencia. Las cosas le habían ido bien los últimos años, y se le veía gordo y feliz: a pesar de llevar los cordones de su sobrevesta sin atar, la barriga le apuntaba por debajo de ella. La masía en la que Jan les hizo entrar era ancha y rica; una escalera recubierta de azulejos arrancaba del fondo del zaguán y llevaba a un vasto salón, iluminado por una arcada de ventanas ojivales. Blanca se sentaba sobre la plataforma entarimada que había en un extremo de la sala, cubierta de cojines; la acompañaban sus dos hijas y una criada tártara, y las cuatro estaban charlando animadamente mientras sacaban los guisantes de sus vainas. Aparte de esa conversación, todo era silencio y paz en la casa; olía limpio, y desde las ventanas del salón ascendía el perfume de los rosales que crecían en el jardín trasero. Por donde quiera que Guilhem y Miquel miraran se notaba la mano previsora y cuidadosa de la dueña de la casa, que de pronto los descubrió y se levantó de su almohadón dando un grito de alegría.

Jan hizo sentar a los dos caballeros templarios en los escaños de honor, y entabló enseguida una distendida conversación con Guilhem sobre la espléndida cosecha que se preveía para aquel mismo año. Mientras lo hacían, cuatro niños entraron en tropel por la puerta del salón. En la manera de criarlos, el matrimonio apenas hacía distinción entre los dos hijos anteriores de Blanca y los otros cuatro que ella había tenido con Jan, por lo que todos ellos solían jugar juntos. Las manitas blancas de estos últimos se juntaban en sus juegos con las morenas de sus dos hermanastros, que muy pronto se convertirían en mancebos.

Blanca inició a su vez una animada conversación con Miquel, ajena al torbellino de chillidos, gritos y carreras que se había formado en la sala. Al poco rato, parecía que los dos hermanos Guiu hubieran regresado también a la infancia y que el tiempo transcurrido durante los últimos veintidós años se hubiese desvanecido en el aire; sus rostros se habían vaciado de inquietudes y sus voces se habían vuelto tan agudas y estridentes como las de los seis niños que correteaban a su alrededor. De pronto, Blanca se puso muy seria y, acariciándose el vientre, les comunicó a los dos caballeros que esperaba otro hijo de Jan. Quién lo iba a decir, les aseguró, su pobre madre que tenía tantos problemas para engendrar niños y conseguir que conservaran la vida, y ella en cambio paría tantos como una coneja, que con aquél llegarían ya a nueve los que en total habría tenido. Y además le salían casi todos ellos fuertes y sanos: sólo uno de ellos había muerto de temprana edad; y era una lástima que de aquel otro a quien habían arrancado de sus brazos para venderlo como esclavo, no hubiera vuelto a tener noticia. Jan estuvo largo rato mirando embelesado a su mujer, y de pronto se incorporó de su taracea y le pasó el brazo por detrás, acariciándole el rostro con la mayor de las ternuras. Guilhem recordó que el aspecto de Blanca había cambiado por completo a los pocos meses de ser liberada. Su tez había recuperado el tono pálido y rosado de cuando era doncella, sus mejillas y su cuerpo se habían vuelto a inflar, e incluso su pelo había adquirido la misma abundancia y color de antes. Y a pesar de los ocho años transcurridos desde su boda con Jan, Blanca seguía pareciéndose mucho más a la de su primera juventud que al espectro que les había salido por el camino cuando estaban a punto de entrar en Fornalutx. Sin duda alguna, el abundante dinero de su marido y las muchas artes y tretas aprendidas de los moros le habían sido de gran ayuda. Tan sólo le traicionaba la repentina mirada que a veces adoptaba cuando se quedaba perdida en sus

pensamientos; la mirada extraviada de quien en algún tiempo anterior ha sufrido el fuego de los infiernos y aún no acaba de creerse del todo que haya conseguido salir de ellos. Ocho años era un intervalo de tiempo en el que incluso las uniones más razonables y mejor acordadas se enfriaban con el desamor, o se agriaban con discusiones estériles. Para Guilhem, lo más sorprendente de todo era que al cabo de ese tiempo, Jan y Blanca seguían mirándose el uno al otro con el mismo arrobo y la misma complicidad que dos mozos que se hubieran acabado de estrenar en las artes del amor.

Por la puerta del salón apareció la criada tártara de antes a anunciarles que la cena estaría lista enseguida. La criada tenía un bello rostro y una piel que se adivinaba de gran suavidad, pero la expresión torturada y afligida de sus ojos recordaba a la de Blanca en ocasiones.

—¿Es nueva? —preguntó Guilhem—. La última vez que vine aquí no la vi.

—Se la compramos a Bernat Sa Sala, el vecino, por pura compasión, pues la maltrataban tanto que la tenían medio muerta —le explicó Jan—. Me pesa mucho admitirlo, pero con sus plantaciones de algodón y azúcar las cosas les van mejor que a nosotros.

—Aun así, me parece que la fortuna os sonríe —terció Guilhem.

—No podemos quejarnos, la verdad sea dicha. He arrendado buena parte de mis tierras a tres familias de colonos cristianos, y nos pagan a tocateja sus rentas; los cautivos, a los que siguiendo los consejos de mi mujer he liberado, nos sirven muy bien de criados... En fin, ¿qué más podría pedir?

—Evidentemente, nunca se nos ocurrirá comprar esclavos ni tratarlos como a bestias, que es lo que hacen nuestros vecinos —añadió Blanca—. Preferimos no prosperar tanto como ellos y dormir con la conciencia tranquila.

—Dicen que el mercado de esclavos de Mallorca vuelve a ser el más importante del Mediterráneo occidental, al igual que en la época de los sarracenos —prosiguió Miquel—. Y eso que Nuestro Señor Jesucristo, a quien todos los cristianos deberíamos tomar como ejemplo, estaba en contra de la esclavitud, según parece.

—La esclavitud es una institución de uso demasiado común entre los sarracenos —concluyó Blanca—. Y yo bien lo sé, pues durante quince largos años he sido su cautiva.

—Al final, de tanto luchar contra los moros, acabaremos pareciéndonos a ellos —terció Miquel.

—El caso, es que la Orden del Temple a la que pertenecemos tiene su antecedente en la de los almorávides, cien años más antigua que la nuestra —explicó Guilhem—; y que esa orden sarracena también está formada por monjes guerreros, que hacen voto de castidad y de luchar hasta la muerte contra los enemigos de su religión. Según se dice, las mismas cruzadas que los cristianos empezaron en España hace doscientos años, fueron una represalia contra las correrías de aquel moro conocido como Almanzor, en las que arrasó todas sus villas y ciudades, y asesinó o redujo al cautiverio a decenas de miles de infortunados.

—¿Sabéis? —terció Miquel—. A pesar del profundo odio y enemistad que moros y cristianos se tienen entre sí, me parece a mí que con el mucho guerrear y el mucho trasiego de gentes de un lugar al otro, ambos pueblos se van pareciendo cada vez más. Y estoy seguro de que si ahora mismo viniera a las orillas del Mediterráneo un viajero procedente de la lejana Catay y observara a moros y

cristianos, apenas notaría la diferencia entre unos y otros.

—Por ese mismo motivo, soy de la opinión de que los sarracenos deberían convertirse a la única fe verdadera y santa, o largarse lo antes posible de los reinos de España —concluyó Blanca.

—Hablad con más respeto de ellos, hermana —le recriminó Miquel—. Pensad que gracias a los moros tenéis esta hacienda, regada con abundante agua de la noria, y un molino que fabrica un papel que en el resto de la cristiandad se vende a precio de oro. Incluso el mismo sayo de damasco que lleváis puesto ahora es obra suya.

—Grandes congojas y sufrimientos he tenido que padecer antes de poder disfrutar de todo ello.

—Y ruego al cielo para que no tengáis que padecer muchos más —murmuró Guilhem, mirando de reojo a Blanca.

Fue ella misma quien propuso a Jan:

—Mi marido y señor, ahora toca servir la cena. ¿No crees que seríamos muy malos anfitriones si antes no les dejáramos quitarse a nuestros huéspedes sus arreos de guerra?

—Tenéis razón, Blanca. Acompañadme, que ahora os llevo a la cámara de invitados.

Los tres hombres se metieron por un corredor en penumbra y entraron en una de las estancias silenciosas y apartadas que había en su extremo. Allí, con la ayuda de los criados de antes, se quitaron las espesas sobrevestas de cuero y las pesadas lorigas.

—Me imagino que si venís de la corte habréis hablado con mi señor, el vicario real Nuno Sanç —les preguntó Jan, tendiéndoles unos sayos de algodón, bien limpios y almidonados—. ¿Está contento con los diezmos que le entrego?

Guilhem intercambió una mirada de complicidad con Miquel: había llegado el momento de darle la noticia a su anfitrión, por mucho que les pesara, pues con Blanca delante aún les costaría más hacerlo.

—En Nuno está contento con vos; pero ahora, por orden del rey nuestro señor, os va a pedir otra cosa de mayor importancia que la entrega de diezmos.

—Explicaos mejor —dijo Jan, empalideciendo.

—Me imagino que ya habréis oído hablar de la campaña que nuestro señor en Jacme quiere emprender contra el reino de Valencia y que lleva aplazando desde hace varios años.

—Una campaña contra el reino de Valencia no se hace con unas pocas mesnadas de caballeros —dijo Jan, como pensando en voz alta—. Puede llegar a ser incluso más difícil y complicado que conquistar la isla de Mallorca. Los moros de allí tendrán toda la ayuda que necesiten de los vecinos reinos de Granada, Murcia o Sevilla.

—Habéis razonado bien. Y os ha faltado añadir que como leal vasallo es vuestro deber acudir en ayuda del rey, nuestro señor. El propio Nuno Sanç nos lo ha recordado.

—¡Ya pasé bastantes privaciones y presencié suficientes carnicerías en la campaña anterior! —repuso Jan, alzando la voz y haciendo que Blanca acudiera corriendo a la cámara donde se

encontraban—. ¡Me niego a ir!

—Jan, ¿no estarás hablando en serio? —saltó Miquel—. El juramento de fidelidad te obliga a acudir a la llamada del rey; en caso de que no lo hicieras te podría considerar un traidor. Y ya sabes que en Jacme tiene en muy alta estima a sus hombres valientes, y en muy baja a aquellos que muestran cobardía.

—Si te declarara culpable de traición —siguió Guilhem—, podría hacerte ajusticiar y apropiarse de todos tus bienes. Y entonces toda tu familia quedaría deshonrada y sin fortuna. ¿Es eso lo que quieres?

Jan miró compasivamente a Blanca, como si ella fuese la única persona que estuviera con él en la alcoba, y le dijo al fin:

—Amada mujer, me tengo que ir con ellos.

La carta por la que Jaime I hacía entrega a Jan Vidal de su caballería de la Alcubia estipulaba en su tercera cláusula lo que, en caso de guerra, éste debería proporcionar al ejército real. Nada menos que un caballero con su correspondiente escudero, los dos montados en buenos corceles, y asimismo una compañía de nueve hombres de a pie; todos ellos bien abastecidos con las armas, los arreos y las bestias de carga que fuesen necesarios. Pere, el hijo mayor de Blanca, se había ofrecido como voluntario para hacer de escudero a Jan, y como era natural, su madre se había negado. Los tres habían estado discutiendo toda la noche en sus aposentos, y tan fuertes eran los lloros y los lamentos de Blanca, que sus dos huéspedes los pudieron escuchar bien claramente.

—¡Ay, triste de mí! ¡Ay, desgraciada, que voy a perder a la vez a mi marido y a mi hijo mayor! —repetía una y otra vez—. ¿Es que no sabéis cuántos peligros vais a correr los dos en la batalla? ¿No habéis oído nunca el dicho que reza que de las guerras del rey pocos regresan? ¿Creéis que me gusta hacer de vaca y parir a mis hijos para que me los maten y despedacen en campo abierto, como si fueran toros de lidia, y que además hagan lo mismo con mi marido y señor? ¡Preferiría mil veces estar muerta antes que perderos a los dos! ¡Y yo que me figuraba que ya se habían acabado mis penas!

No le servían de ningún consuelo a Blanca las razones y explicaciones de Jan, asegurándole que, en caso de no acudir a la llamada del rey, su vida aún correría más peligro; ni tampoco las de Pere, en las que justificaba su decisión argumentando que ya había llegado a la edad de salir del nido, y que precisamente a causa de su nacimiento vergonzoso, con padre gentil, era su deber conseguir la honra con la fuerza de las armas. Tanto se repitieron los lamentos y las discusiones que los dos caballeros templarios pasaron la noche entera en vela.

A la mañana siguiente, mientras celebraban la misa de laudes en la capilla de la casa, Blanca no hizo ningún mal gesto ni estalló en lloros. A cualquiera que la conociera poco, le parecería que por fin se había resignado a la idea de que su marido y su hijo mayor partirían de inmediato hacia la guerra. Las madres y hermanas de los nueve peones que tenían que acompañarlos, por el contrario, no se ahorraban ninguna muestra de dolor, ni toda la caterva previsible de lágrimas, suspiros y

desmayos.

A la salida de la misa, Jan se retiró con sus dos invitados y sus nueve hombres al salón principal, y allí les ofreció un generoso desayuno con carneros y pollos asados. La mayoría de los peones que le acompañarían eran mancebos y hermanos segundones. Con la ausencia de sus madres y la ayuda de la abundante ambrosía que Jan les hizo servir, su estado de ánimo mejoró notablemente. El dueño de la casa aparentó en todo momento estar alegre y despreocupado; tan sólo sus ojeras delataban que había pasado la noche sin dormir. Al fin, tras intercambiar cuatro bromas con los presentes, se sentó al lado de Guilhem, a la cabecera de la mesa.

—Me pesa mucho que antes de llegar al final de mis días todavía tenga que presenciar crueles combates y despiadadas matanzas —le confesó a su huésped, bajando el tono de voz.

—Es como dice el miserere de *Dies irae*, Jan, son días de ira —le contestó Guilhem—. Si regresas al condado de Tolosa te verás atrapado en la larga y brutal cruzada con la que los católicos persiguen a los nuestros; aquí, a orillas del Mediterráneo, te alcanzará la guerra santa que moros y cristianos están luchando; si huyes a las orillas del mar Negro, te topará con la otra guerra que los turcos están haciendo contra los griegos; escóndete en las lejanas estepas de Asia y serás testigo de la cruel lucha entre los árabes y los mongoles... Vayas adonde vayas a lo largo y a lo ancho del mundo, lo único que verás son querellas, muerte y destrucción.

—Guilhem, todos mis ancestros, entre ellos mis bisabuelos, mis abuelos y mis propios padres, vivieron una larga y tranquila vida como prósperos marchantes de paños en Béziers. Y no conocieron jamás ninguna de estas guerras... hasta el fatídico día en que Simón de Montfort llegó a las murallas de la ciudad. El propio abuelo de Blanca, Balduví Guiu, pese a tener el oficio de caballero, también pudo disfrutar de sus largos sesenta años de vida sin participar en una sola guerra... ¿Qué ocurre? ¿Es que el mundo se ha vuelto de pronto loco? ¿Es que no hay un rincón de él donde puedas refugiarte y vivir con comodidad, sin que la ira de los demás se cebe en ti y en tus seres más queridos?

—De casta nos viene, Jan, igual que a los galgos. Donde quiera que vayas y encuentres a seres de condición y naturaleza humana, te encontrarás también con las semillas de la discordia. No obstante, te doy la razón en que este tiempo que vivimos parece mucho más violento que el que presenciaron nuestros padres o abuelos. Y ello es así porque se acerca la Parusía, el gran Día de la Ira, el día de la batalla final entre el Hacedor Maligno y el Dios del Verbo. A lo largo de ese día, el mundo quedará reducido a un montón de cenizas y el destino de la raza humana será decidido por el ganador de la contienda.

—Ojalá estés equivocado, Guilhem; después de haber presenciado tantas masacres estúpidas, ya sólo me faltaría asistir al fin del mundo.

Los dos amigos estallaron en una abrupta risotada y cambiaron de tema, pues había ya demasiados oídos pendientes de todo lo que estaban hablando.

Acabado el desayuno, los comensales se pusieron sus arreos de guerra y se ciñeron sus armas en el

mismo salón, ayudándose unos a otros; luego salieron al patio de la casa y se despidieron de sus familiares. Al igual que muchos otros de sus compañeros, Pere se hincó de rodillas ante su madre y le pidió su bendición. Blanca le santiguó y le dijo con un nudo en la garganta:

—Hijo mío, que Dios Nuestro Señor y la Santísima Virgen te protejan y te libren de todo mal.

Jan se inclinó ante ella y, tras besarle con gran fervor sus manos, le dijo:

—Mucho me pesa volverte a dejar, mujer mía, pues eres mi corazón y mi alma, pero el deber me llama. En cuanto a tu hijo, quédate tranquila, que cuidaré de él mejor que de mí mismo.

—Así plazca a Dios que los dos volváis pronto sanos y salvos —contestó con la voz apagada.

Luego, Jan se despidió de sus cuatro hijos y de su otro hijastro, Roger, abrazándolos con la mayor de las ternuras, cubriéndolos de besos e intentando disimular las lágrimas que le empezaban a nublar los ojos.

A pesar de que la mañana era clara y luminosa, cuando la compañía abandonó por fin la Alcubia, todos los hombres que la formaban marchaban a paso lento y sumidos en tristes pensamientos. Al pasar por el molino de papel les deslumbró la superficie de la alberca, tocada de lleno por el sol. Jan se acercó a ella con su rocín y, a modo de despedida, acarició con los dedos las ondas resplandecientes de su superficie, levantadas por una repentina brisa. Y justo en ese momento resonó un alarido; tan fuerte y espantoso era, y tanto le sobresaltó, que tuvo que agarrarse con firmeza a las riendas de su caballo para no caerse de él.

Era Blanca, que sin preocuparse en lo más mínimo por guardar las formas, los había perseguido desde la casa corriendo y aullando tan fuerte que parecía que estuviera loca. Se acercó a Jan y agarró con sus dos manos el pie de él, cubriéndolo de besos y negándose a soltarlo. Y así permaneció durante un momento que se les hizo eterno a todos, hasta que las criadas y sus otros hijos vinieron desde casa a recogerla y a consolarla; y todos los presentes tuvieron mucha lástima de verla en aquella condición, pues Blanca era una dueña gentil y generosa, que a muchos de ellos les había sacado del cautiverio o les había hecho grandes favores.

—Mi muy querida y leal Blanca, adiós —le dijo Jan, alzando su diestra, mientras se la llevaban cogiéndola de los brazos.

La compañía volvió a emprender la marcha, y cuando llegaron al primer recodo del camino y torcieron por él, les salieron al encuentro un par de grajos, negros como la noche. Los grajos soltaron unos estruendosos graznidos que espantaron a todos, y salieron disparados desde su diestra antes de perderse revoloteando por entre las sombras del encinar que había a la izquierda. Jan dejó escapar un suspiro. Su corazón le decía que aquella había sido la última vez en su vida en la que iba a ver a Blanca.

APÉNDICES

1. CRONOLOGÍA DE LOS HECHOS HISTÓRICOS DESCRITOS EN LA NOVELA

1114. Primera cruzada de Mallorca. El conde de Barcelona, Ramon Berenguer III, y sus aliados pisanos y genoveses intentan conquistar Mallorca saliendo desde Salou, pero son rechazados por el emir almorávide Miramamolín (Mohamed Al-Munemim).

1148. Ramon Berenguer IV conquista el reino de Tortosa con una cruzada internacional. A partir de entonces, se puebla la actual provincia de Tarragona con colonos cristianos.

1145-1160. Inicio del arte gótico en los alrededores de París.

1193. Muerte de Saladino (Yusuf Salah Al-Din), tras haber conquistado Jerusalén y la mayor parte de Tierra Santa a los cristianos.

1195. Los almohades derrotan a Alfonso VIII en Alarcos.

1200. Elaboración de los primeros estatutos de la Universidad de París.

1204. Los cruzados saquean Constantinopla.

1208. Inicio de la cruzada contra la herejía albigense.

San Francisco de Asís empieza a predicar en Italia, mientras San Domingo de Guzmán lo hace en Provenza.

1209. Simón de Montfort toma Béziers.

1211. Los cruzados franceses conquistan Lavaur y Bram.

1212. El emir almohade Mohamed Al-Nasser es derrotado en Las Navas de Tolosa por la coalición de reinos cristianos hispánicos.

1213. Batalla de Muret. El rey Pedro III de Aragón es derrotado por Simón de Montfort, que mantiene a su hijo, el futuro Jaime I, como cautivo en Carcasona.

1214. Jaime I es liberado y nombrado rey de Aragón y conde de Barcelona.

1224. Sitio fallido de Peñíscola por un joven e inexperto Jaime I al que sus nobles abandonan.

Punto álgido del imperio mongol. El dominio de Gengis Khan se extiende desde Pekín hasta las orillas del mar Negro y Mesopotamia.

1229. Partida de Jaime I desde Salou para conquistar Mallorca. Inicio de la Inquisición.

1238. Empieza la conquista del reino de Valencia.

Fernando III de Castilla conquista Córdoba y la mayor parte de Andalucía.

Inicio de la dinastía Nazarí en Granada.

2. PERSONAJES HISTÓRICOS

La lista de personajes históricos contemporáneos que aparecen o se citan en la novela es la siguiente:

JAIME I, rey de Aragón, conde de Barcelona y señor de Montpelier.

FELIPE AUGUSTO CAPETO, rey de Francia.

JUAN DE PLANTAGENET «SIN TIERRA», rey de Inglaterra y duque de Normandía.

RAIMOND DE TRENCVEL, conde de Tolosa y primo de don Jaime I.

GUILLEM DE MONTCADA, señor del Bearn.

RAMON DE MONTCADA, señor de Tortosa y hermano del anterior.

NUNO SANXES (O SANÇ), conde de la Cerdaña y del Rosellón, y primo de Jaime I.

JAÇPERT DE BARBERÀ Y RAMON ALAMANY, nobles catalanes de la época.

OLIVIER DE TERMES, noble provenzal que participó en la expedición de Mallorca.

AIMERIC DE MONTREAL Y GIRAUDA DE MONTREAL, castellanos de Lavour.

BERNAT DE BELL-LLOC Y AGNÈS DE CÀNOVES, castellanos de Reus.

BERENGUER DE CASTELLET, camarero real de Reus.

XIMENO D'ARTUSELLA, señor de Salou y alférez del rey.

RAMON DE RIBES, señor de Barenys.

BERENGUER DE PALOU, obispo de Barcelona.

ESPÀRREG DE LA BARCA, arzobispo de Tarragona.

BERNAT CALBÓ, abad de Santes Creus, beatificado tras su muerte.

JEAN D'ABEVILLE, delegado papal.

RAMON DE LA SERRA, comendador del Temple de Mallorca y de Monzón.

BERNAT DE CAMPANES, comendador del Temple en la Ribera y Miravet.

BERENGUER GIRART, *còmdor* o comodoro de las milicias de Barcelona.

BERNARD DURFORT, cónsul o concejal de Barcelona, de origen provenzal.

CARRÓS, *cómite* o almirante de una galera, de origen alemán.

BERNAT RIUS, primer peón cristiano que desembarcó en Mallorca.

ABU YAHYA AL-HAKEM, jeque y emir de Mallorca.

BILLAH AL-FATÍ, noble mallorquín.

ALÍ DE LA PALOMERA, musulmanes de Mallorca que ayudan a Jaime I.

MOHAMED O GIL D'ALAGÓ, cristiano convertido al islam.

3. TRATAMIENTOS DE RESPETO

En el siglo XIII, la manera correcta de dirigirse a un señor era usando el «vos» y anteponiendo el siguiente tratamiento:

En y na en Cataluña y Provenza.

Don y doña en Aragón, Navarra y Castilla.

Sire y madame en el norte de Francia.

Se tuteaba al interlocutor cuando éste era de rango inferior o cuando existía mucha familiaridad con él. Así, por ejemplo, un hijo bien educado tenía que tratar de «vos» a su madre o a su padre, pero ellos, a su vez, le trataban de «tú». Lo mismo ocurría con los criados.

4. DIVISIÓN SOCIAL

En la Cataluña del siglo XIII, a los miembros de la nobleza en su conjunto se les llama *rics-hòmens* o *barons*. Un *rico hombre* o *barón* es todo aquel señor que posea al menos un territorio feudal custodiado por un castillo, en el que pueda cobrar impuestos y aplicar justicia, entre otras prerrogativas. Los barones, a su vez, suelen ser vasallos de otros barones con más poder que ellos (un conde, un obispo o el mismo rey).

Existe una clase intermedia entre el campesinado rico y la nobleza, a cuyos miembros en Castilla

se les conoce como *infanzones* o *hidalgos*, y en Cataluña y Aragón como *caballeros* o *équites*. Un caballero es un hombre libre y con suficiente terreno y prosperidad como para permitirse una *caballería* (es decir, el mantenimiento de un equipo completo de guerra, un escudero y varios caballos) y está obligado por vínculos de vasallaje a luchar al lado de su barón o señor feudal, formando parte de su *mesnada* (cat. *mainada*), la unidad de combate de la caballería en esa época.

5. VESTIMENTA

En el año 1200 apenas había diferenciación entre las prendas de vestir usadas por ambos sexos. Los hombres llevaban debajo unas *bragas* o *calzones* (calzoncillos) y unas *calzas* (mezcla entre medias y pantalones). Tanto hombres como mujeres llevaban también una *camisa* y se ponían sobre ella una túnica con faldones y mangas largas, que podía recibir muchos nombres distintos: *cota*, *vesta*, *aljuba*, *gonela*, *saya*, *brial*, *sayo*, etc. Los nombres que uso en esta novela para referirme a esa túnica son los de mayor tradición en nuestra literatura: *brial* cuando la llevan mujeres y *aljuba* o *sayo* cuando la usan hombres. Encima del brial o de la aljuba, tanto hombres como mujeres solían ponerse en épocas frías un sobretodo sin mangas de cuero o de pieles, que también era conocido con una multitud de nombres: *sobregonela*, *pellote*, *pelliza*, *ropa*, *loba*, *sobrevesta*, *sobreveste*, etc. En esta novela utilizo la denominación de *sobrevesta*.

En la cabeza, tanto mujeres como hombres, solían ponerse una *cofia*, una especie de capucha suelta que se cerraba con nudos. Aparte de eso, también solían llevar unos y otros *birretes* (gorros cerrados a los lados), *tocados* (amplias piezas de ropa que se enrollaban o se estiraban alrededor de la cabeza) y por supuesto *sombreros*, que solían ser redondos y de alas anchas. Las mujeres principales del siglo XIII también se ponían en ocasiones una *tiara*, un gorro alargado terminado en punta.

Los caballeros llevaban para el combate una prenda de tamaño y forma parecida a la aljuba, pero hecha de distintas capas de mallas de acero superpuestas que se llamaba *loriga* (cota de malla, cat. *lloriga* o *ausberg*), y sobre la cabeza podían ponerse una *cofia* de cuero, el *almófar* (la capucha de la loriga) y un *yelmo de bacinete* (casco de forma semiesférica). Los ballesteros solían llevar un *yelmo de capacete*, con un ala ancha.

6. MEDIDAS MEDIEVALES

Lo primero que hay que tener en cuenta al considerar las unidades de medir anteriores al siglo XIX es que las equivalencias con el sistema actual son aproximadas; y lo segundo es que las mismas unidades podían cambiar según el territorio o la época a tratar. La longitud de la milla, por poner un ejemplo, varía de los 1.480 metros de la milla latina a los 1.610 metros de la inglesa actual y a los 1.460 de la antigua milla catalana.

6.1. Distancias

Una jornada: entre 50 y 30 kilómetros.

Una legua: entre 4.000 y 5.000 metros.

Una milla: entre 1.450 y 1.600 metros.

Un tiro de ballesta: 300 metros (aprox.).

Un tiro de piedra: 20 metros (aprox.).

Un paso: 74 centímetros.

6.2. Cantidades

Una fanega o hanega: unos 55 litros de líquido, 55 kilos de peso sólido o la extensión de tierra necesaria para producir esa misma cantidad de los productos pertinentes, por ejemplo, trigo o uvas.

Una arroba: unos 11 litros o kilos.

Una libra: unos 400 gramos.

6.3. El tiempo

En la Edad Media, el tiempo se medía según el tipo de misas y según la sombra que marcaba el reloj solar; su duración, por tanto, variaba en cada época del año, y en verano las horas eran mucho más largas que en invierno. El reloj solar que se ve hoy día en muchas casas de campo es posterior a la difusión de los relojes modernos, y tiene una distribución distinta a la de los antiguos, que partían el día en doce segmentos iguales.

6.3.1. Las horas

La hora prima: entre las seis y las ocho de la mañana, con el primer rayo de sol.

La hora tercia o tercera: entre las diez y las once.

La hora sexta, es decir, la hora de la siesta: entre la una y las tres del mediodía.

La hora nona o novena: entre las tres y las cinco.

Las doce de la noche: cuando se pone el sol.

6.3.2. Las misas

Maitines (de madrugada, antes de que amanezca).

Laudes (al amanecer).

Vísperas y ángelus (al ponerse al sol).

Completas y toque de queda (ya de noche cerrada).

6.4. Direcciones

La tramontana indica el norte y *el mediodía*, el sur. Para decir que algo queda al oeste se dice *a poniente* y para decir que algo está en dirección hacia el este se dice *a levante*. Así, el Mediodía de Francia es para alguien que vive en París la región de Provenza; y el Levante español es para alguien que viven en el centro de la península la Comunidad Valenciana.

6.5. Unidades monetarias

En el siglo XIII se distribuía el dinero mediante monedas de nombres distintos, que eran usadas por todo el Mediterráneo y los distintos reinos de Europa Occidental. Su valor dependía de la proporción de metal que tuvieran y del lugar donde fueran acuñadas. La moneda más valiosa era el *maravedí* (cat. *morabati*), de origen almorávide, que solía ser de oro. Un *maravedí* equivalía, aproximadamente, a unos 30 *sueldos* y unos 360 *dineros*. Los *sueldos* y los *dineros* eran aleaciones de plata mezclada con otros metales. El *sueldo* era lo que solía recibir un trabajador manual como salario de una jornada, y tenía un valor parecido a los 50 euros de hoy en día. También existían los *besantes*, monedas de plata de origen bizantino, y las *libras* y los *marcos*.

AGRADECIMIENTOS

Quisiera dar las gracias por su aportación a mi hermano Ariel y a mis compañeros: Eva Marrugat, Núria Grau, Blanca Niubó, Carmen Martínez, Tomás Gimeno y Jordi Ximeno. Muchas gracias también a Miryam Galaz por sus sugerencias y su apoyo.

Notas

[*] Actualmente se hace el día de Corpus Christi, festividad celebrada a partir del siglo XIV.

[*] Romance extraído de Menéndez Pidal, *Flor nueva de romances viejos*. Aunque es del siglo XV o XVI, está basado en un cantar más antiguo.

[*] «En la tierra de Larida unos perdían, otros salían ganando. ¡Ay, amigo mío! Pero nosotros hemos perdido mucho, hemos perdido a nuestra dama. ¡Ay, amigo mío! ¿Dónde la iremos a buscar? He caminado por todas las montañas de día y de noche, sin encontrar castillo ni granja, salvo un castillo diminuto donde el techo toca el suelo. Me han invitado a cenar al lado de otra dama, cenar ya lo creo que cenaré, ¡pero no así, por mi alma! Por despecho, me han preparado un lecho de paja al pie de la hoguera. ¡Ay, amigo mío!» (Canción extraída de G. de Sède *El tesoro cántaro*).

[*] En el siglo XIII, el cauce del río Llobregat rozaba las laderas de Montjuïc y discurría cerca del actual cementerio.

[*] La verdad está en el vino, tengo la intención de morir en la taberna.

❏ ¡Oh, Fortuna, eres cambiante como la luna, unas veces creces y otras menguas! En nuestra detestable vida, primero oprimes y luego calmas, según te apetezca. La riqueza y el poder disuelves como el hielo.

[*] «Debajo de mi ventana hay un pájaro, toda la noche canta sin cerrar ojo. Debajo de mi ventana hay un almendro que hace flores blancas como de papel. Cante lo que cante, no canto para mí, canto para mi amiga que está cerca» (De Sède, *El tesoro cártaro*).

[*] R. Violant i Simora, *Etnografia de Reus i la seva comarca*, Asociación de estudios reusenses, 1959.

[*] «Buen golpe mal dado, por las llagas de Cristo, un padrenuestro a la Santa Trinidad y el golpe de saeta sea curado». Basado en una oración recogida por R. Violant i Simora. *op.cit.*

[*] «Y Perceval picó su caballo hacia donde había visto el vuelo. El ganso estaba herido en el cuello, del que manaron tres gotas de sangre que se esparcieron sobre lo blanco, dando la impresión de un color natural. Cuando Perceval vio la nieve hollada donde había yacido el ganso, y la sangre que apareció alrededor, se apoyó en su lanza para mirar aquel parecido; y es que la sangre y la nieve juntas le recuerdan el fresco color del rostro de su amiga y piensa tanto en ello que se olvida de lo demás» (Chrétien de Troyes, *Le conte du Graal*).

[*] Oración extraída del libro *Rituals càtars*, de Michel Gardère.

[*] En la Edad Media se confundía al astrónomo griego Ptolomeo con los faraones del mismo nombre que gobernaron Egipto.

[*] «Santa Bárbara va por el campo, toda vestida de blanco, llamando al Espíritu Santo, el Espíritu Santo no puede dormir, tres nubes ve venir, una de truenos otra de relámpagos y una llena de tempestad. Bárbara, échalas a la trementina, donde no cante gallo ni gallina y toda criatura esté viva» (Violant i Simora, *op. cit.*).

[*] Ibn Hazm de Córdoba, *El collar de la paloma*.

[*] La almunia aparece mencionada en la crónica de Bernat Desclot, pero se omite en la de Jaime I.

[*] «El rey con sus caballeros, hiriendo y rompiendo, subieron al monte, donde encontraron gran presa. Así que la batalla fue muy encarnizada allí arriba, y los sarracenos no pudieron resistir durante mucho tiempo al rey ni a su compañía, que al monte habían subido y que hubieron matado a tantos de ellos que la sangre corría ladera abajo, como si fuera un río de agua». Fragmento de romance o de cantar de gesta de principios del siglo XIII, reconstruido por Ferran Soldevilla a partir del *Llibre dels Feits*, de Jaime I, en *Les quatre grans cròniques*.

[*] «Día de ira aquel en el que los siglos serán reducidos a cenizas, como profetizó David con la Sibila. Cuánto terror habrá en el futuro cuando venga el juez a rendirnos cuentas con el mayor de los rigores».

[*] La fallida expedición de Billah Al-Fatí y el bombardeo de cabezas sobre la ciudad de Mallorca aparecen en todas las crónicas reales; la epidemia en la de Jaime I.

[*] Anécdota sacada del *Decamerón* de Bocaccio.

Dies irae

Joel Santamaría

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Diseño e imagen de cubierta: Alejandro Colucci, 2013

© Joel Santamaría, 2013

© Espasa Libros, S. L. U., 2013

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2013

ISBN: 978-84-670-2865-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño

www.mtcolor.es